

Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología



Un acercamiento a las bolsas domésticas de Quillagua en relación a las
caravanas del Período Intermedio Tardío.
(Loa Inferior, II Región)

Memoria para optar al Título Profesional de Arqueóloga

Alumna Postulante: Bárbara Cases C.

Profesora Guía: Dra. Antonia Benavente A.

Diciembre 2004

*Treinta rayos convergen en el cubo de una rueda
pero es de su vacío que depende la utilidad del carro.
Modelando la arcilla se hacen vasijas
pero es de su vacío que depende la utilidad de la vasija.
Se horadan puertas y ventanas para hacer una habitación
pero es de su vacío que depende la utilidad de la habitación.
En consecuencia
así como nos beneficiamos con lo que es
debemos reconocer la utilidad de lo que no es.*

(Tao Te King, Lao Tse, Siglo VI AC)

A la memoria de William Crocker y de todos mis ausentes

AGRADECIMIENTOS.

En primer lugar, al Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología (FONDECYT), por financiar el Proyecto 1000148, del cual es parte esta memoria, además de los proyectos 1950071 y 91-0189, cuyos materiales y resultados también se han integrado en esta investigación. Al Museo Arqueológico de Santiago de la Fundación Cultural Plaza Mulato Gil de Castro, tanto por su patrocinio en los dos primeros proyectos citados, como por autorizar el uso de fotografías de su colección textil. A las instituciones depositarias de las colecciones estudiadas en esta memoria: Museo Arqueológico San Miguel de Azapa de la Universidad de Tarapacá; Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Antofagasta; Museo Municipal de María Elena; Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige de la Universidad Católica del Norte; Museo Parque El Loa, de la Corporación Cultural y Turismo de Calama; Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural; Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti en Buenos Aires y Museo de Tilcara, ambos dependientes de la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

En un ámbito más personal, quiero agradecer a Antonia Benavente, por seguir adelante a pesar de la adversidad; a Mauricio Uribe, Investigador Responsable del Proyecto Fondecyt 1000148, por permitirme realizar mi Memoria de Título bajo el alero de dicha investigación y a su invaluable apoyo en este proceso; al “grupo Quillagua”, por tantos momentos hilarantes: a Carolina Agüero por los años compartidos, a Patricia Ayala por nuestra amistad, a Carlos Carrasco, por la expeditividad y a todos quienes participaron en las investigaciones de la localidad: Luis Campos, Gabriel Cantarutti, Gabriela Carmona, Lino Contreras, Jacqueline Correa, Pablo Miranda, Carolina Odone, Sergio Rebolledo, Omar Reyes, Rodrigo Sánchez, Cecilia Sanhueza, Joyce Strange y Varinia Varela y muy especialmente a Francisco Gallardo, por encaminarme a Quillagua y a Luis Cornejo, my own personal statistic coach. Asimismo, a Claudio Castellón, por su permanente colaboración logística en Quillagua.

A mis padres, en nombre de toda mi familia, sólo por ser y estar: a Jaime, por nuestra afinidad con el desierto y como Dr. Cases, por mostrarme la pasión de investigar, la rigurosidad y el respeto a los datos; a Graciela, por el profundo, calmo, incondicional y siempre acogedor amor y sabiduría. A Viviana Manríquez y Hugo Moraga, por su incondicional amistad y compañía. A mi gran familia iconiana: a Kin, por las amenazas frente al portón, pero sobre todo por estar en el peor momento; a Rodrigo Pizarro y Janine Abraham, mis primeros y más leales compañeros en el extenso, misterioso e infinito camino del tao; a Mónica Ramos, Rebecca Pizarro y Teresa Becerra, sencillamente por la amistad y contención; a Petra Wallem, por la asistencia técnica y el placer de compartir el cuerpo científico del ICO; a Consuelo Ugalde, por mostrarme el camino hacia la disciplina. A Alida y Lorena Morales y todos sus ayudantes, por “conspirar” a mi favor.

Last, but by no means least, a los antiguos habitantes de Quillagua, por dejarme entrar en sus espacios de vida y muerte.

INDICE

Presentación	vi
CAPÍTULO 1. ANTECEDENTES DEL ESTUDIO	1
1. CARACTERÍSTICAS AMBIENTALES	1
A.- La Región Atacameña	1
B.- El oasis de Quillagua. Emplazamiento y Recursos	3
2. ANTECEDENTES	5
A.- El Período Intermedio Tardío en la región Atacameña	7
B.- La unidad material Atacameña	10
3. QUILLAGUA DURANTE EL PERÍODO INTERMEDIO TARDÍO	16
A.- Historia de la investigación	16
B.- La ocupación del Intermedio Tardío de Quillagua	18
a.- Antecedentes Formativos	18
b.- La Fase Yaye: inicios del Período Intermedio Tardío (900 – 1100 DC)	19
c.- Fase Solor: la convivencia Tarapacá – Atacama (1100 – 1300 DC)	21
d.- Fase Turi: El predominio Atacameño (1300 – 1470 DC)	26
CAPITULO 2. LA MATERIALIDAD DEL TRÁFICO DE CARAVANAS	29
1.- LA MOVILIDAD CARAVANERA	29
A. El tráfico de caravanas en el Período Intermedio Tardío	31
B. Críticas y aportes al modelo	34
2. EL TRÁFICO DE CARAVANAS DESDE LA ETNOGRAFÍA	37
A.- La organización de las actividades y su relación con los viajes	37
3. EL TRÁFICO DE CARAVANAS DESDE LOS MATERIALES	41
CAPÍTULO 3. LAS BOLSAS EN EL CONTEXTO CARAVANERO	44
1. DEFINICIÓN DEL UNIVERSO DE ESTUDIO	45
2. BOLSAS PARA COCA O RITUALES	46
3. LAS BOLSAS DOMÉSTICAS O AGRÍCOLAS	48
A. Las bolsas domésticas en el ciclo	51
B. Del uso en vida al contexto arqueológico	56

4. EXPECTATIVAS MATERIALES PARA LAS BOLSAS ARQUEOLÓGICAS	58
CAPÍTULO 4. METODOLOGÍA	60
1. EL MATERIAL	60
2. LAS VARIABLES TEXTILES	62
A.- Morfología	62
B.- Técnica	62
C.- Decoración	64
3. METODOLOGÍA DE ANÁLISIS	66
CAPÍTULO 5. RESULTADOS DEL ANÁLISIS	70
1. PIEZAS COMPLETAS.	70
A.- Las bolsas domésticas y sus categorías funcionales	70
a.- Sobre tamaños, formas y categorías	70
b.- Sobre materiales y técnicas	73
c.- Sobre decoración	75
B.- Las subcategorías	78
a.- Talegas	79
b.- Costales	81
2.- LOS FRAGMENTOS Y OTRAS CATEGORÍAS FUNCIONALES	82
A.- De las piezas a los fragmentos	82
a.- Desde las variables técnicas	82
b.- Los tipos decorativos	84
c.- De fragmentos a categorías y subcategorías funcionales	90
B.- Las otras categorías funcionales	91
3.- LAS BOLSAS DE QUILLAGUA	94
A.- Cementerio Oriente	95
B.- Cementerio Oriente Alto	100
C.- Cementerio Poniente	102
D.- Colección Latcham del Museo Nacional de Historia Natural	107
4.- QUILLAGUA Y LAS LOCALIDADES VECINAS	108
A.- Tarapacá: Pica-8	108
B.- Loa: Chacance y Chiu Chiu	111
C.- San Pedro de Atacama: Oasis y Quebradas	113
D.- Puna de Jujuy: Doncellas	114

CAPÍTULO 6: DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	119
1. Definición de las bolsas domésticas arqueológicas	119
2. Implicancias funcionales y socio-económicas de las bolsas domésticas	121
3. Las bolsas depositadas en Quillagua	133
4. Los indicadores de tráfico en Quillagua	143
5. Las prácticas productivas en Quillagua	148
6. Recapitulación	155
7. Palabras finales	162
BIBLIOGRAFÍA	166
ANEXO N° 1: BASE DE DATOS (TOTAL)	188
ANEXO N° 2: VARIABLES BOLSAS DOMÉSTICAS	197
ANEXO N° 3: TABLAS	205

CAPÍTULO 1

ANTECEDENTES DEL ESTUDIO

1. CARACTERÍSTICAS AMBIENTALES

A.- La Región Atacameña

Comprende el territorio ocupado por las poblaciones que etnohistóricamente se denominaron “atacamas”, es decir, los grupos que en el siglo XVI se concentraban en la cuenca del Loa, los oasis del Salar de Atacama y la puna aledaña (Sanhueza 1992), ocupando lo que hoy se conoce como la Subárea Circumpuneña. Ésta se extiende desde el sur del Salar de Uyuni, en Bolivia, abarcando el altiplano de Lipez, la puna de Atacama en Chile y la de Jujuy en Argentina, hasta el paso San Francisco por el sur. Abarca, por lo tanto, las vertientes occidental y oriental de los Andes. La vertiente occidental limita con el Pacífico, desde el norte del río Loa hasta Chañaral por el sur, mientras que la vertiente oriental lo hace entre las cabeceras y valles de la región de Humahuaca hasta el borde del Chaco, siguiendo hacia el sur, cerca de los valles de Salta y Jujuy (Aldunate y Castro 1981; Sanhueza 1992). Sus características ambientales son heterogéneas, a pesar de lo cual se pueden definir unidades longitudinales más restringidas, de mar a cordillera (Figura 3). Me centraré en la vertiente occidental ya que tiene relación directa con la localidad tratada en esta memoria.

La franja litoral o costa desértica atacameña, se caracteriza por la ausencia de recursos fluviales. Aunque el río Loa, desagua en el mar, éste se encuentra encajonado, lo que impone ciertos límites a las posibilidades de desarrollo agrícola, a diferencia de las amplias terrazas adyacentes al mar de los Valles Occidentales. A pesar de que la escasez de recursos hídricos es crítica, el borde costero permitió el desarrollo de focos poblacionales semipermanentes en el ciclo anual, a través de un antiguo, especializado y eficiente sistema de explotación marítima, basado en la pesca, caza y recolección en áreas de ecotono (Schiappacasse *et al.* 1989).

Al norte del Loa, insertos en el ámbito desértico, se observan valles en quebradas que capturan aguas subterráneas o intermitentes, dando origen, además de la Pampa del Tamarugal, a la zona de quebradas intermedias. Aquí se encuentran, entre otras, las quebradas de Aroma, Tarapacá, Mamiña, Guatacondo y el oasis de Pica, que permiten el desarrollo ganadero y agrícola, con productos semitropicales como cordilleranos. Al sur de éstas, la extrema aridez del desierto de Atacama, es interrumpida gracias a la cuenca del Loa, que produce entre su curso medio e inferior, los oasis de Calama, Chacance y Quillagua, aptos para la explotación agrícola y forestal (Niemayer 1989; Schiappacasse *et al.* 1989).

Las cabecera de estos valles contactan con las pampas estériles y salares de la Puna Salada, sin potencialidades para el poblamiento humano ni animal (Núñez y Dillehay 1995). Dentro de ésta, se inscribe la Puna Atacameña, con condiciones más favorables, consistentes en oasis fértiles, gracias a los ríos que desaguan en el Salar. Una particularidad de esta puna, es su sensibilidad a las fluctuaciones de las lluvias estivales lo que, junto a las bajas de temperatura invernales, favorecen patrones de ocupación estacionales, vinculados a las oscilaciones del recurso forrajero para los animales. No obstante sus oscilaciones, estos recursos permiten mayor concentración demográfica en la Puna Salada, que se fundamenta en el desarrollo de agricultura tropical, semitropical, cordillerana, ganadería, recolección de los frutos del algarrobo y chañar, aptos para el consumo humano y animal (Martínez 1998). Ésta se complementa con la extracción de piedras semipreciosas, cobre, sal, entre otros (Sanhueza 1992). Aunque no parece un ámbito particularmente apropiado para el desarrollo de la agricultura, ésta se desarrolló exitosamente a través de la implementación de sistemas agrohidráulicos en las quebradas altas del Loa y del Salar (Adán y Uribe 1995; Alliende *et al.* 1993; Uribe *et al.* 2002).

Condiciones más favorables se extienden hacia el Noroeste Argentino, a través de la Puna Seca. Ésta tiene más potencial productivo, por el mayor índice de precipitaciones; sin embargo, las posibilidades de desarrollo agrícola se limitan a escasos, pero fértiles valles aislados (Sanhueza 1992). Adyacente a éstos se encuentran las selvas occidentales, con una variada gama de productos tropicales (plantas medicinales, alucinógenos, maderas, etc.).

B. El oasis de Quillagua. Emplazamiento y Recursos.

La localidad de Quillagua, se sitúa a 802 msnm, en el límite norte de la región de Antofagasta, al inicio de la suave inflexión hacia el oeste que produce el curso inferior del río Loa para desembocar en el mar, a unos 70 km de distancia (Figura 2). Aunque sus aguas son salobres, el río mantiene un caudal constante a lo largo del año, con un aumento de flujo relativo a las lluvias cordilleranas estivales. En la misma época se produce una mayor concentración de sales en sus aguas (Rodríguez y Sepúlveda 1982), constituyendo el momento más propicio para la caza del camarón del Loa (*Cryphiops camentarius*), aunque éste se hallaba en el oasis a lo largo del año¹ (Bittmann 1988; Tsunekawa 1988).

En este sector, la cuenca fluvial se abre, dando paso a una formación de terrazas. Las tres más bajas, conectadas entre sí por un talud suave, son amplias, planas y se componen de sedimentos finos, limo arcillosos (Rodríguez y Sepúlveda 1982). La terraza inferior y algunos sectores de la intermedia, constituyen vegas drenadas por pequeñas vertientes laterales en los flancos del valle; en éstas se dispone una cubierta de junquillo, grama blanca y sorona, con potencial forrajero. Las otras dos sostienen el bosque de algarrobo y chañar que en la actualidad se extiende por unos 4 km² (Figura 4). Ambas especies constituyen recursos de fácil manejo, ya que sus frutos caen una vez maduros en los meses de verano, sirviendo en múltiples preparaciones para el consumo humano² y como forraje adicional para los animales (Bittmann 1988). Junto a la cubierta vegetal, se desarrolla fauna menor, como roedores, aves y lagartos, estos últimos de gran tamaño.

De acuerdo a criterios contemporáneos, las condiciones del suelo serían apropiadas sólo para el desarrollo ocasional de cultivos; sin embargo, la agricultura como práctica regular, habría sido posible mediante la rotación y abono de la tierra por nitrato o guano (Rodríguez y Sepúlveda 1982), ambos disponibles a distancias relativamente cortas en las pampas aledañas y en la costa, respectivamente.

¹ Actualmente, el camarón del Loa está prácticamente extinguido, producto de la sobre explotación y de la contaminación de las aguas por faenas mineras.

² Para un detalle de los usos y preparaciones de algarrobo y chañar, ver Bittman (1988) y Martínez (1998).

A lo largo del oasis existen también afloramientos de calcedonia, que constituye una importante fuente de materia prima para la confección de instrumental lítico, así como de canteras de arcilla para la confección local de alfarería (López 1979).

Las condiciones climáticas son bastante constantes a largo del año, con temperaturas máximas que sobrepasan los 30°C y mínimas que no llegan a 0 entre julio a septiembre, que además de ser los meses más fríos, son los que registran mayor actividad eólica (Rodríguez y Sepúlveda 1982). Consecuente con su emplazamiento, las precipitaciones no alcanzan los 5mm anuales.

La ubicación del oasis en una relativa cercanía a la costa, sugiere al menos el aprovechamiento de la producción marina con toda la gama de productos alimenticios (pescados, moluscos y mamíferos), de uso ritual (conchas, soles, estrellas y agua de mar) y agrícola (guano) (Bittmann 1988). Cervellino y Téllez (1980) señalan la existencia, además, de vetas de cobre nativo en la línea costera adyacente, a lo que se podría sumar que el oasis está en medio de importantes fuentes de salitre. Finalmente, el emplazamiento tiene la ventaja estratégica de articular la Subárea Circumpuneña, Valles Occidentales y la faja costera.

Hoy en día la zona se encuentra en un acelerado proceso de desecación, pero aún viven allí unas 200 personas. La mayor parte de su población proviene fundamentalmente de Guatacondo y, en menor medida, de Quehuita y de Pica (Odone 1991). Actualmente sus habitantes practican una agricultura de subsistencia, basada en el cultivo de hortalizas, alfalfa y ganadería doméstica, muy lejana a los años de esplendor del oasis, cuando surtía de forraje a las salitreras de la zona. Para esto, hasta la década de 1950 se traía guano desde la desembocadura a lomo de burro (Odone 1995). A juzgar por los relatos de los habitantes de Quillagua, la arriería fue una actividad importante hasta bien entrado el siglo XX para complementar la producción agrícola del oasis, consistente en alfalfa, maíz y quínoa, con aquella proveniente de Tarapacá, la desembocadura y el Alto Loa (Odone 1991). Asimismo, el sector norte del oasis, era usado para la engorda de ganado, que era luego vendido en las salitreras.

De los componentes ambientales, parece claro que su sumatoria pudo sustentar el asentamiento

de manera más o menos estable en el ciclo anual, producto de la combinación de actividades de recolección, agricultura, mantención de animales domésticos, caza menor, complementadas con la producción de otras regiones a través de la arriería o del caravaneo. Así, pensar en Quillagua como un concurrido escenario de tareas productivas, parece casi una conclusión obvia, de la cual dan cuenta, más de 90 sitios arqueológicos de distintos períodos identificados a la fecha (Agüero *et al.* 1995; Gallardo *et al.* 1993 a y b).

2.- ANTECEDENTES ARQUEOLÓGICOS

Las cuencas del río Loa y del Salar de Atacama, fueron consideradas por los pioneros de la arqueología como una unidad territorial y cultural (Boman 1908; Latcham 1938; Oyarzún 1931; Uhle 1913). Durante décadas ésta quedó parcialmente oculta por el desarrollo de arqueologías locales, que más allá del interés de sus estudiosos³, es el resultado de su propia historia cultural. En ella, los vínculos con Tiwanaku y su posterior desarticulación afectó diferencialmente a los oasis de San Pedro de Atacama, producto de su interacción durante el Período Medio (Berenguer y Dauelsberg 1989; Uribe 2002; Uribe y Agüero 2003), mientras la cuenca del Loa se encontraba inserta en un extenso Período Formativo que paulatinamente da paso a los Desarrollos Regionales (Adán y Uribe 1995; Berenguer 1994, 1995; Agüero *et al.* 2001; Sinclair 2001). De igual manera, durante el Período Intermedio Tardío la cuenca superior del Loa acusa la impronta de vínculos con el Altiplano Meridional (sur – Lípez), mientras el curso inferior hizo lo propio con Valles Occidentales (Adán y Uribe 1995; Agüero *et al.* 1997, 1999; Aldunate 1993; Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Ayala 2000; Berenguer 1994, 1995; Castro *et al.* 1984; Cervellino y Téllez 1980; Gallardo *et al.* 1993 a y b; López 1979; Núñez 1971; Núñez *et al.* 1973; Spahni 1967; Pollard 1970; Schiappacasse *et al.* 1989; Tarragó 1989; Uribe *et al.* 2002).

³ A grandes rasgos, en la cuenca de Atacama las investigaciones se concentraron en el Período Medio y en materiales de cementerios (Le Paige 1957-8 en adelante; Orellana 1964, 1968; Tarragó 1968, 1976, 1989). En el curso superior del Loa, se estudiaron sitios habitacionales tardíos y de arte rupestre (Adán y Uribe 1995; Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Berenguer *et al.* 1984; Castro *et al.* 1984; Gallardo y Vilches 1995; Uribe y Adán 2002); del Loa Medio existe escasa información para el período, ya que en las dos últimas décadas, el estudio del Arcaico y Formativo acaparó la atención de los investigadores, de manera casi exclusiva (Ayala y Uribe 1995; Benavente 1982; Cartajena 1994; Pollard 1970; Thomas 1978; Thomas y Benavente 1974-5; Thomas *et al.* 1994); del Loa Inferior se cuenta con antecedentes de poblados y cementerios, de momentos tempranos como tardíos (Agüero *et al.* 1997, 1999, 2003; Cervellino y Téllez 1975-6, 1980; Gallardo *et al.* 1993 a y b; López 1978), mientras la desembocadura, ha sido escasa y esporádicamente trabajada (Núñez 1971; Núñez *et al.* 1973; Spahni 1967).

Consecuentemente, las periodificaciones locales hicieron difícil comparar ambas cuencas en cuanto a procesos culturales, aún cuando coinciden en señalar el desarrollo de sociedades de orientación agrícola y pastoril, que ocuparon sitios de diversa naturaleza, entre los que se cuentan pucaras, aldeas, estancias y aleros, constituyendo asentamientos permanentes, semipermanentes y transitorios, vinculados a cementerios, arte rupestre, terrazas y canchones de cultivo y obras de regadío⁴.

Muchas de estas secuencias, privilegiaron influjos externos en las dinámicas sociales del período, por sobre los procesos locales, discusión que se focalizó en torno a las Tradiciones del Desierto y Altiplánica (Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Berenguer *et al.* 1984; Castro *et al.* 1979; Castro *et al.* 1984; Castro y Martínez 1996; Schiappacasse *et al.* 1989). La primera, correspondería a expresiones de poblaciones locales o regionales, que se caracterizan por habitar ámbitos desérticos, el uso de recursos como el algarrobo y el chañar, compartir rituales, rasgos arquitectónicos y una orientación esencialmente ganadera. Arqueológicamente, correspondería a las fases Yaye, Solor, Turi I y Lasana II, Quinchamale I y II (Ver Tabla 1) y espacialmente, al Salar de Atacama y a gran parte del Loa (Schiappacasse *et al.* 1989; Uribe 2002; Uribe *et al.* 2002). Materialmente, se expresa en una serie de objetos comunes a distintos sitios de la región atacameña, que constituyen los pilares de la unidad atacameña, a los que me referiré más adelante (Agüero *et al.* 1999; Ayala *et al.* 1999; Castro *et al.* 1984; Catalán 2003; Latcham 1938).

La segunda tradición, alude a la influencia de pueblos que habitaron el altiplano. Arqueológicamente, correspondería al Complejo Toconce-Mallku, cuyos representantes habrían ocupado las quebradas altas e intermedias del Loa Superior y la región de Lípez en Bolivia, entre los 1300 – 1450 DC⁵; su economía habría sido agroganadera y sus referentes materiales se circunscriben a cerámica decorada de origen altiplánico, siempre en pequeños porcentajes, las *chullpa* y el uso de abrigos rocosos para construir depósitos o unidades mortuorias características

⁴ Para detalles del asentamiento, referirse a Adán 1996, 1999, 2003; Adán y Uribe 1995; Aldunate 1993; Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Alliende *et al.* 1993; Ayala 2000; Berenguer 1992, 1994; Castro *et al.* 1984; Pollard 1970; Tarragó 1989; Uribe 2002; Uribe *et al.* 2003.

⁵ Aunque originalmente la Fase Toconce se definió entre 800 – 1470 DC (Aldunate y Castro 1981), Ayala (2000) sugirió su re-evaluación cronológica, entre otros motivos, porque sus fechados se realizaron en momentos en que se experimentaba con las pruebas termoluminescentes en Chile, lo que imponía ciertas restricciones en las muestras susceptibles de ser fechadas. La fecha señalada en el texto, se corresponde con la Fase 3 de Uribe (2002) o Turi Catarpe de Uribe y Adán (2003).

de la Fase Toconce y parte de Turi II (Aldunate 1993; Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Castro *et al.* 1984; Schiappacasse *et al.* 1989; Uribe *et al.* 2002).

Sin embargo, estudios realizados en la última década en Quillagua, Turi y Caspana, sobre alfarería, arquitectura, textiles, contextos funerarios e información etnohistórica, sugieren la mixtura, más que una diferencia taxativa entre ambas tradiciones, que se consolida hacia el siglo XIV DC (Adán 1996; Adán y Uribe 1995; Agüero *et al.* 1997, 1999; Ayala 2000; Ayala *et al.* 1999; Manríquez 2002; Uribe 1996, 2002). En consecuencia, para esta memoria he optado por retomar la vieja noción de unidad cultural atacameña, entendiéndola como un

“...sistema social articulado por poblaciones segmentadas en el espacio, pero fuertemente vinculadas en el plano territorial por aspectos sagrados y, seguramente, parentales, alcanzando un importante grado de integración macro-regional, al menos entre las poblaciones del río Loa y San Pedro” (Uribe *et al.* 2002: 305).

Aunque esto tendría cierta equivalencia con la Tradición del Desierto, en tanto poblaciones que ancestralmente habitaron el desierto de Atacama (Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Berenguer *et al.* 1984; Castro *et al.* 1979; Castro *et al.* 1984; Castro y Martínez 1996; Schiappacasse *et al.* 1989), considero que la discusión en torno a las Tradiciones del Desierto v/s Altiplánica es de las quebradas altas del Loa y del Salar, por lo que no representa a otras situaciones de interacción como la del Loa inferior con Valles Occidentales. En este mismo sentido, me parece más clara la idea de unidad cultural atacameña, en cuanto sugerir una continuidad con las poblaciones que habitaban el desierto en períodos previos, independiente de sus vinculaciones con Tiwanaku y a un papel más activo de sus habitantes en las dinámicas sociales del período, en las que se incluye la recepción de influencias de otros territorios y su recreación en expresiones con una impronta propia, sobre un sustrato de carácter local (*vide infra*).

A. El Período Intermedio Tardío en la región Atacameña

Las secuencias cronológicas resultantes, tienen el común denominador de señalar dos momentos para los desarrollos regionales de este territorio; éstas se han sintetizado en la Tabla 1, junto a la

reciente propuesta de Uribe y Adán (2003), que unifica ambas cuencas con mayor cantidad de fases como resultado de la investigación en que se enmarcó esta memoria.

El primer momento, situado entre 900 – 1300 DC, está más débilmente caracterizado, con asentamientos más pequeños, que sugieren menor densidad demográfica. La propuesta de Uribe y Adán (2003), sin embargo, segmenta este lapso en la Fase Solor-Turi, situada entre 900-1000 DC, como una transición con momentos previos, sea éste el extenso Período Formativo que se advierte en el Loa o el Período Medio de San Pedro de Atacama, con lo cual se inicia una historia cultural más compartida entre ambas cuencas. En este tiempo, los oasis sanpedrinos comienzan a redefinir sus relaciones económicas y sociales tras la desintegración de Tiwanaku, basadas en el tráfico de bienes de estatus a larga distancia. De esta manera, se observa un comportamiento dual al interior del Salar, donde algunos mantienen aspectos de continuidad con la entidad altiplánica como la segregación de ámbitos domésticos y funerarios, mientras otros innovan, al integrarlos al espacio habitacional, lo que va acompañado de textiles que tienen continuidad hacia momentos más tardíos. Paralelamente, se inicia una exploración hacia las quebradas u oasis del Loa, instaurándose un sistema estanciero agro-ganadero compartido con el Loa Superior. La economía se mantiene de manera tradicional, basada fundamentalmente en el pastoreo, la recolección y el uso de recursos de fácil manejo, con prácticas agrícolas poco relevantes (González 2003), sustentando asentamientos poco aglutinados, generalmente pequeños y dispersos, mostrando cierta continuidad con períodos previos y poca competencia por el control de recursos (Adán 2003; Uribe y Adán 2003). Entre 1100 – 1300 DC, en la Fase Turi-Quitor se observa la proliferación de asentamientos en quebradas, junto a la construcción de terrazas de cultivo y obras de regadío que hacen productivos terrenos previamente desechados, paralelo al uso de los oasis, sugiriendo la consolidación de la dinámica pueblo–estancia. La agricultura adquiere una notabilidad sin precedentes, que se asocia a la propagación, especialmente en el Loa superior, de estructuras de patrón constructivo tipo *chullpa* usados como silos y el énfasis en la molienda. Este proceso habría agudizado conflictos al interior de la sociedad piepuneña, seguramente vinculado al control del agua y territorios. Se constata la interacción intrarregional, sugiriendo la ampliación efectiva de los espacios y estrategias productivas e interregional, con Valles Occidentales en el curso inferior del Loa y con poblaciones sur-altiplánicas en el Loa Superior. En este tiempo y procesos, se integran total o parcialmente, las Fase Quinchamale I en el Alto

Loa (Berenguer 1992, 1994); los inicios de la Fase Toconce (Aldunate y Castro 1981, Aldunate *et al.* 1986); Turi I, en la subregión del río Salado, Caspana y Lasana (Adán y Uribe 1995; Adán *et al.* 1995; Aldunate 1993; Ayala y Uribe 1995); parte de la Fase Lasana en Chiu Chiu (Pollard 1970); las fases Yaye y Solor de Quillagua (Agüero 1997, 1999); la Fase Yaye y una parte de la Fase Solor, de San Pedro de Atacama (Tarragó 1989), las que de acuerdo a Uribe y Adán (2003), tal como sugirieron Berenguer y colaboradores en 1986, serían parte de la dualidad señalada más arriba.

Entre 1300 – 1470 DC, la Fase Toconce-Zapar (Uribe y Adán 2003) –el momento clásico del Intermedio Tardío—, constata el éxito del asentamiento en las quebradas, cuyas características de emplazamiento, sugiere más directamente el control de los recursos aledaños, al tiempo que los oasis de San Pedro dejan de ser ocupados intensamente. La economía dependiente mayoritariamente de la agricultura del maíz, adquiere un carácter excedentario, a juzgar por la relevancia del almacenamiento, al interior de poblados aglutinados más grandes, sustentando una población mayor que da cuenta de núcleos económicos y sociales autosuficientes, políticamente independientes, en que el Loa tiene un rol más importante que San Pedro. Esta relevancia se habría apoyado en los vínculos con el Altiplano Meridional, a juzgar por la concentración de estructuras tipo *chullpa* y la cerámica Hedionda, sugiriendo el tráfico de larga distancia. En estos años se afianza la unidad atacameña en términos de interacción social entre ambas cuencas (Adán 2003; Uribe y Adán 2003). A este momento corresponden aproximadamente las Fases Quinchamale II, Toconce, Turi II y Lasana, presentes en los mismos espacios recién señalados, así como la Fase Turi de Quillagua y parte de la Fase Solor de San Pedro de Atacama.

De esto, me parece importante destacar no sólo la integración de ambas cuencas en procesos comunes, sino que entre éstos, se observan cambios sustantivos en la economía que inicialmente descansaba en el pastoreo y el tráfico de caravanas a larga distancia de bienes de estatus, esto último válido en los oasis de San Pedro, a otras modalidades que suman la agricultura. En la medida que aquélla va adquiriendo mayor importancia, hasta llegar a niveles excedentarios, habría sido posible reanudar el tráfico post-Tiwanaku, aunque esta vez a menor distancia, tanto al interior de la región definida por ambas cuencas como hacia el altiplano Meridional y el Noroeste Argentino, ahora basada en este tipo de producción más que en bienes suntuarios de elite.

B. La unidad material Atacameña

Esta sección tiene el objetivo de referir las evidencias que avalan la unidad atacameña y permiten reconocer la existencia de una base cultural común, en cuanto materiales y prácticas locales. Sobre ellas se integran diferencialmente aportes de otras áreas, dando cuenta de ciertas particularidades dentro de localidades o directamente, de materiales y rasgos no locales⁶.

Entre los atributos de continuidad al interior del Período Intermedio Tardío, se cuentan los recintos mayoritariamente rectangulares o subrectangulares, característicos de la arquitectura doméstica atacameña (Ayala 2000), que comportan las funciones de dormitorio, cocina y almacenaje —en que se incluyen las estructuras tipo *chullpa*, circulares o subcirculares—, patios interiores, recintos sin techar y corrales, generalmente distanciados de los centros habitacionales (Adán 1996, 1999). A éstos se suman espacios públicos, como patios de mayor extensión, plazas y vías de circulación interna y externa, además de basurales, que testimonian la densidad ocupacional de los sitios (Adán 1995, 1996, 1999, 2003). Dependiendo del tamaño y aglutinamiento de los poblados, éstos se disciernen con mayor o menor claridad, siendo casi una norma que durante la ocupación más temprana se observen menos atributos, a diferencia del momento clásico cuando los asentamientos están en pleno funcionamiento.

En el ámbito de la funebria⁷, se observan las más importantes diferencias al interior de la unidad atacameña (Agüero *et al.* 1997, 1999; Ayala *et al.* 1999; Montt 2003), principalmente en aspectos como el tipo de instalación y unidad mortuoria⁸. Siguiendo a Montt (2003) uno de los pocos

⁶ Evito el término “foráneo”, por engañoso, pues los “foráneos” parecen ser vecinos, con quienes se comparte de manera cotidiana al menos el territorio y algunas costumbres (Adán y Uribe 1995).

⁷ Esta sección se basa en la reciente sistematización de prácticas funerarias de la región, realizada por Montt (2002, 2003). Para mayores detalles sobre prácticas mortuorias del Período Intermedio Tardío y su distribución en espacio y tiempo, consultar Adán (1996); Agüero *et al.* (1997, 1999); Aldunate y Castro (1981); Ayala (2000); Castro *et al.* (1993); Montt (2002, 2003).

⁸ Montt (2002, 2003) utiliza el término instalación mortuoria para diferenciar los cementerios, que implican la separación espacial de vivos y muertos, de otras prácticas como disponer cadáveres en estructuras de patrón constructivo tipo *chullpa*, que se incluyen en espacios domésticos, en sitios como Talikuna y Mulorojte (ref. Adán 1999, Ayala 2000). Con unidad mortuoria, Montt (2003) alude al espacio culturalmente construido y utilizado para depositar uno o más muertos; el término depositar lo usa para evitar la palabra “enterrar” — poner bajo tierra o dar sepultura—, pues su uso es correcto sólo cuando la unidad mortuoria corresponde a fosas.

atributos de regularidad, es que los cuerpos se depositaron en posición flectada, sin una orientación específica.

Desde la desembocadura hasta el Loa Medio y los oasis de San Pedro de Atacama, las prácticas funerarias del Período Intermedio Tardío muestran continuidad con momentos previos y vigencia, con variaciones menores, durante todo el período. Se singularizan porque los cuerpos se enterraron enfardados, lo que se ha registrado hasta el Loa Medio y sólo ocasionalmente en San Pedro ⁹, dentro de fosas generalmente colectivas, al interior de cementerios, todo lo cual dificulta su posterior manipulación (Montt 2003).

Por su parte, San Pedro de Atacama se caracteriza porque se incluyeron fosas y/o urnas –las últimas conteniendo infantes—, en espacios domésticos, ambas prácticas registradas también en Quillagua¹⁰, Chacance y Lasana en el río Loa. Entre los oasis de San Pedro y los del Loa Medio, en momentos más tardíos de los Desarrollos Regionales, sobre este sustrato de oasis se integran las unidades mortuorias de influencia altiplánica, como aquellas asociadas a bloques o afloramientos rocosos, cistas y patrón constructivo tipo *chullpa*¹¹ al interior de recintos y/o del espacio edificado e incluso, la disposición de muertos en urnas al interior de silos (Montt 2003). De manera contemporánea, las prácticas mortuorias de las quebradas adyacentes al Salar y en el curso superior del Loa –donde no hay indicios claros de un componente funerario más temprano (*sensu* Montt 2003)—, se caracterizan porque los cadáveres se depositaron primariamente en estructuras de patrón constructivo tipo *chullpa*, para posteriormente depositarlos en unidades mortuorias asociadas a bloques o afloramientos rocosos, incluidas o excluidas de lo doméstico. Cabe señalar que todas las unidades mortuorias de referente altiplánico permiten el contacto visual con los muertos y al constituir contextos abiertos, su posterior manipulación (Aldunate y Castro 1981; Ayala 2000; Montt 2003).

Aún cuando las prácticas mortuorias fueron relativamente particulares a cada localidad de la

⁹ Situación que me parece se debe más bien a un problema de conservación.

¹⁰ Un porcentaje importante del material fragmentario recuperado de los cementerios Oriente y Poniente, como en la Aldea La Capilla corresponde al Rojo Violáceo (Uribe y Ayala 1997).

¹¹ Con esta definición, Montt (2003) deja abierta la posibilidad de que su uso haya sido como repositorio funerario –función única de las *chullpa*—, pero también como depósitos, silos o trojas para el almacenamiento, debido a su similitud formal.

región atacameña, al menos los habitantes de los oasis de Atacama y de las tierras altas del Loa, habrían constituido una misma población, bajo condiciones de vida similares (Ayala *et al.* 1999; Reyes 2001; Uribe *et al.* 2003). En efecto, hombres y mujeres tuvieron una alta esperanza de vida, no obstante el intenso trabajo físico y problemas alimentarios, tanto por escasez como por mal balance de nutrientes. Se registran también algunos traumas, sin consecuencias mortales y es frecuente la pérdida y desgaste de piezas dentales, como consecuencia del alto consumo de productos agrícolas y su uso como herramienta de trabajo. En cuanto a la deformación craneana, en San Pedro se observa un predominio de la deformación tabular erecta, seguida de la oblicua y circular (Torres-Rouff 2002, en Uribe *et al.* 2002).

En los ajuares y ofrendas que portaron estas poblaciones en su última morada, se encuentran regularidades que constituyen importantes argumentos para la unidad atacameña. Entre sus principales componentes¹², se cuenta la alfarería local o Loa-San Pedro que se distribuye de manera homogénea en ambas cuencas, de la cual mencionaré sólo las combinaciones de tipos que según Uribe (2002) serían las más diagnósticas de cada momento (Adán 1996; Ayala y Uribe 1996; Uribe 1996, 2002; Uribe y Ayala 1997; Varela 1992; Varela *et al.* 1993). El Intermedio Tardío inicial, se caracteriza por escudillas, platos y pucos Dupont (DUP) y vasijas y cántaros San Pedro Rojo Violáceo (SRV) (Figura 5 a y b). Entre la desembocadura y el Loa Medio, junto a la anterior, pero en frecuencias inferiores, se encuentra alfarería de Valles Occidentales, tanto de la Fase I o San Miguel de la Cultura Arica (1100 y 1350 DC), en sus variantes del valle de Azapa (SMB2, SMB4 y SMB5) y costera (NDEC), como también los tipos Pica Chiza (PCZ) y Pica Charcollo (PCH) de los oasis piqueños y de la costa arreica (Figura 5 g-i).

Un momento posterior, se caracteriza por los pucos o escudillas Aiquina (AIQ) y Turi Rojo Revestido (TRR). De manera más tardía, inmediatamente antes de la avanzada Inca (1450 – 1470 DC, *sensu* Uribe y Adán 2003), aparecen pucos, platos y escudillas Turi Rojo Revestido Pulido (TRP), cántaros, cuencos, fuentes y miniaturas Turi Rojo Alisado (TRA) y Turi Rojo Burdo o urnas Solor-Solcor (TRB) (Figura 5 c-f). Junto a esta cerámica, se encuentra alfarería

¹² Con “componente cerámico”, se alude a una sumatoria o conjuntos de tipos que se consideran característicos de un período y área determinados; en tal sentido, la recurrencia en su aparición es clave (Agüero *et al.* 1997, 1999; Ayala y Uribe 1996; Uribe 2002). “Tipo” refiere a un grupo de objetos que comparten una asociación de atributos, pero que pueden mostrar variaciones en algunos detalles, a pesar de lo cual, puede separarse de otro grupo, por una o más discontinuidades en sus estados de atributos (Agüero 1994; King 1965; Uribe 1996).

Altiplánica, entre las que se cuenta el tipo Hedionda, originario de LÍpez; Yura Huruquilla de Potosí y Yavi Chicha del altiplano argentino-boliviano y Noroeste Argentino (Figuras 5 j y k). Aunque en proporciones muy pequeñas, en particular el tipo Hedionda, se distribuye desde las tierras altas a la desembocadura del Loa (Uribe 2002).

Parte importante del ajuar y ofrendas, fueron los textiles atacameños (Agüero *et al.* 1997, 1999; Agüero 1998 a, 2000 b; Cases 1997 a y b), cuyo hallazgo, por problemas de conservación, se restringe fundamentalmente a los oasis piepuneños y al curso Medio e Inferior del Loa. Un rasgo común a las túnicas rectangulares o cuadradas y a las bolsas tejidas a telar en faz de urdimbre, es el uso de tramas múltiples (Figura 6 a). En la primera parte del período (900 – 1100 DC) se encuentran dos estilos¹³. El primero, de San Pedro, presenta dos versiones, una de las cuales tiene continuidad con el Período Medio local o con situaciones de contacto cultural en el Loa (Agüero 2000 b); sus túnicas fueron decoradas por medio de bordados rectilíneos en puntada satín (Figura 6 c) en el cuello y curvilíneo en los laterales o con listados dispuestos en un solo costado, logrados por urdimbres complementarias o transpuestas, y bordados laterales en diseños rígidos¹⁴ (Agüero 2000 b; 2002); junto a ellas, se cuentan gorros tipo corona (Figura 6 b y d). La segunda versión (Figura 6 e-h), de continuidad hacia momentos más tardíos, se caracteriza por túnicas decoradas por bordados laterales adjuntos a una sola lista, “gorros tipo corona” más altos, “saquitos amuletos” y bolsas en torzal (Agüero 2000 b; Cases 1997 a y b). El segundo estilo Loa-San Pedro, en tanto, está presente fundamentalmente en la cuenca del Loa (Agüero 2000 b). Las túnicas tienen decoración por urdimbres complementarias y bordados de trazado rígido, similares a los de San Pedro, junto a las cuales se encuentran bolsas decoradas por listas lisas y en damero (Figura 7 a y b).

Principalmente en el Loa Inferior, se han detectado textiles de Valles Occidentales en los que se inserta el componente Tarapaqueño¹⁵, de manera contemporánea a su contraparte cerámica (1100

¹³ Estilo se entiende en este contexto como una manera específica y característica de hacer algo que es particular a un tiempo y espacio específicos (Oakland 1992; Wiessner 1990). Agüero *et al.* (1997, 1999), hacen equivalentes el concepto de estilo al de componente y el de subestilo a grupo, éstos últimos aludiendo a modalidades más específicas o locales de realizar tejidos.

¹⁴ Corresponden a los grupos A y B de Oakland (1992), respectivamente.

¹⁵ Para una caracterización detallada de estas tradiciones textiles, consultar Agüero (1998); Agüero (2001); Agüero y Horta (1997); Agüero *et al.* (1997, 1999); Cases (1997); Horta y Agüero (1997).

– 1300 DC) y al grupo textil Loa-San Pedro (Agüero 1998 a, 2001; Cases 1997 a y b). Se caracteriza por el uso de trama continua, la forma semitrapezoidal en túnicas y bolsas (Figuras 8 a-d); mientras que como atributo exclusivamente tarapaqueño, las primeras suman el uso de orillas de urdimbre curvas (Figura 8 g). En las túnicas, la decoración se logró por faz de urdimbre en listados laterales policromos y la decoración bordada, se realizó con puntada anillada. Las bolsas corresponden a *chuspas* y bolsas faja (Figuras c y f), logradas por urdimbres complementarias y flotantes, y las bolsas agrícolas presentan decoración lograda sólo por listas lisas (Figuras 8 d y h). En igual espacio y tiempo, se identificó textiles Loa-Tarapacá, que conjugan elementos formales y decorativos de ambas localidades, con túnicas levemente trapezoidales, con decoración listada y menor espacio bordado (como las de Pica y Arica), pero usando tramas múltiples (Figura 7 c); las bolsas son similares a las de estilo Loa-San Pedro (Figura 7 d), aunque tejidas con una sola trama, o al revés, es decir, se asemejan a las de Valles Occidentales, pero se tejieron con tramas múltiples (Cases 1997 a y b).

Finalmente, los textiles del Intermedio Tardío clásico (1300 – 1450 DC), son túnicas decoradas por urdimbres transpuestas o por tapicería dentada, junto a algunas bolsas decoradas por la primera técnica y gorros tipo corona más altos (Figuras 7 e-h) y su distribución es circumpuneña, abarcando desde la desembocadura del hasta el Noroeste Argentino y Arica por el norte hasta Calingasta por el sur (Agüero 2000 b) .

El resto de la cultura material, fue agrupada por Catalán (2003) en complejos artefactuales¹⁶ vinculados a actividades, que lejos de constituir conjuntos cerrados, cuentan con elementos transversales a distintas prácticas¹⁷ (Figura 9). Entre los que aluden a la subsistencia, se cuenta el agrícola, caza/faenamiento, pastoreo/caravaneo¹⁸, pesca y el alimenticio, el último de los cuales integra artefactos para su preparación y consumo. Los referentes de la producción y manufactura de artefactos, son las herramientas tecnológicas vinculadas al trabajo en madera y cuero y el complejo textil, que incluye elementos como husos, torteras, agujas, bastidores, hilados, madejas y costureros. Completan el panorama el complejo psicotrópico que destaca por el menor

¹⁶ Para detalles consultar Catalán (2003).

¹⁷ Es el caso, por ejemplo, de piezas cerámicas que se integrarían al complejo alimenticio, al igual que las bolsas domésticas, que se integran al mismo complejo, pero también al agrícola y pastoreo / caravaneo.

¹⁸ Este será tratado en mayor detalle en capítulos siguientes.

despliegue iconográfico con relación al Período Medio; los instrumentos musicales, los atavíos — que refieren al cuidado y ornato personal— y objetos sin referentes para asignarlos a alguna actividad, como discos, figurillas y placas (Catalán 2003).

La distribución de estos complejos es relativamente uniforme, siendo el psicotrópico —en el cual existen diferencias locales en la decoración del mango de las tabletas—, y el alimenticio, los más frecuentes. No obstante, el Loa inferior destaca por la recurrencia de utensilios de caza y pesca, mientras en el Loa Medio y Superior lo hace el complejo agrícola, dando cuenta de énfasis más particulares en las actividades productivas (Catalán 2003). Por otra parte, dentro del complejo agrícola, se incluye el subconjunto de molienda, que a partir del 1200 DC adquiere mayor relevancia, vinculado tanto a la elaboración de alimentos, como a la “*challa*” de minerales en las unidades mortuorias y otros contextos rituales (Carrasco 2003; Montt 2003; Uribe *et al.* 2003). Dentro del alimenticio, la media calabaza de corte oval es la más frecuente, con iconografía local que vincula a San Pedro y el Loa Medio en los inicios del período; mientras en el segmento final la decoración del Noroeste Argentino se distribuye desde el curso inferior y medio del Loa hasta San Pedro de Atacama, lo que sugiere que se pudieron haber importado. Por su parte, sólo en el Loa inferior se detectaron calabazas botelliformes, propias de Valles Occidentales (Catalán 2003).

Son comunes a distintos sitios de la región los restos de fauna y vegetales hallados tanto en contextos funerarios como en los sitios habitacionales. Entre ellos se cuentan algarrobo, chañar y maíz, los dos primeros con importantes connotaciones identitarias para la región atacameña (Castro y Martínez 1996; Martínez 1998); restos de animales como roedores, huesos de aves, camélidos, y vértebras de pescado y conchas marinas en el Loa Inferior (Figura 9 j). Generalmente, se encuentran enteros en los contextos funerarios y fragmentados en los domésticos, donde se asocian tanto a la preparación y manipulación de alimentos, de igual forma que a la eventual mantención de animales en los poblados (González 2003). También se han hallado productos de la puna como papa chuño, quínoa, otros tubérculos y obsidiana; productos de los Valles Orientales como hojas de coca, semillas y plantas medicinales; restos animales como plumas, cueros y pieles; vértebras de pescado y moluscos, todos los cuales dependiendo de su distancia con la zona de origen, podrían considerarse como productos no locales.

Los geoglifos, vinculados al tráfico de caravanas por su emplazamiento adyacente a las rutas, se distribuyen principalmente en la región de Tarapacá (Núñez 1976, 1984). Sin embargo, constituyen uno de los pocos elementos del asentamiento hallados en la región atacameña de carácter no local. En efecto, existen ejemplares cercanos a Quillagua en el Loa Inferior y Medio, como también uno emplazado en el Alto Loa (Berenguer 1994, 1995; Gallardo 1993 a y b).

De esta suerte de inventario, es evidente que materialmente existen argumentos contundentes que avalan una historia material y cultural compartida, pero no idéntica en las cuencas del Loa y Atacama (Uribe *et al.* 2003), y que parte importante del registro artefactual alude al procuramiento de alimentos, vinculados a prácticas agrícolas y ganaderas, con énfasis específicos a distintas localidades. Fueron igualmente locales las áreas con las que se interactuó, de las que es posible reconocer improntas materiales, recreadas por ejemplo, en estilos textiles que mediatizan las situaciones de contacto cultural con los Valles Occidentales (Agüero *et al.* 1997, 1999; Agüero 2002), como expresión de una unidad atacameña no exenta de particularidades. Con esta óptica, que no desconoce los aportes externos en un sustrato material común, se integra Quillagua en la región atacameña.

3. QUILLAGUA DURANTE EL PERÍODO INTERMEDIO TARDÍO

A. Historia de la investigación

A comienzos del siglo XX, Luis Vergara Flores (1902, 1905), sugería que este valle habría constituido un lugar de convergencia de poblaciones distintas. Casi tres décadas después, Ricardo Latcham (1933, 1938) situó los cinco sitios que reconoció y excavó, muy saqueados a la fecha, en la secuencia establecida por Max Uhle (1913, 1919) para Arica. De este modo, la aldea Gentilar (La Capilla) y el Cementerio Poniente habrían pertenecido al período “Atacameño Indígena” (900 – 1100 DC), y el Cementerio Oriente y Oriente Alto al “Chincha Atacameño” (1100 – 1350 DC). Los materiales recuperados permitieron a Latcham (1938), sugerir vínculos con la costa (Cobija y Taltal), el Loa Medio (Chiu Chiu, Calama), San Pedro de Atacama y el

Noroeste Argentino (Angualasto, Tilcara y la Quebrada de Humahuaca).

Posteriormente, se realizaron estudios en la aldea Gentilar o “La Capilla”, como se le denominará en adelante. Cervellino y Téllez (1975-6, 1980), basados en la cerámica de los tipos Charcollo, Negro inciso, San Miguel, Gentilar, Lasana, Dupont, Chilpe, Saxámar e Inka policromo –escasos en relación a 3000 fragmentos de alfarería sin decoración— y a una fecha de 710 ± 70 DC¹⁹, integraron a la aldea en los Períodos Intermedio Tardío y Tardío, señalando que se situó en un área intermedia y marginal respecto de Arica-Pica y Loa Medio-San Pedro, y que estaría "*controlada por poblaciones que provienen de centros distantes constituyéndose en área de co-tradiciones*" (1975-6: 203). A su vez, López (1979) detectó dos fases en la ocupación de la aldea. La primera representaría a poblaciones locales que producen cerámica monocroma y que al final de la fase integran el tipo Dupont. La segunda daría cuenta de la entrada al valle y aldea de poblaciones provenientes de otras zonas, según se evidencia en los escasos fragmentos de los tipos cerámicos Gentilar, Chilpe e Inca regional; éstas habrían convivido con la población local, introduciendo la metalurgia –a juzgar por el hallazgo de moldes y crisoles— e incrementado el desarrollo agrícola, manifiesto en la construcción de trojas para el almacenamiento de productos al interior de la aldea.

Al inicio de 1990, Gallardo y colaboradores establecieron una secuencia local, basada en la presencia de tipos cerámicos diagnósticos y fechados por termoluminiscencia, cuyo Período IV corresponde al Intermedio Tardío (Gallardo *et al.* 1993 a y b). En éste, se reconoció un momento inicial situado entre 700 – 1000 DC, que tiene como sitios principales²⁰ la aldea La Capilla (02-Qui-04), los Cementerios Oriente y Oriente Alto (02-Qui-01 y 02), caracterizados por cerámica de Valles Occidentales y Loa-San Pedro, los que, sin embargo, podrían extender su ocupación a momentos más tardíos, por el hallazgo de tipos cerámicos Gentilar, Charcollo, Chiza y Saxamar. El Cementerio Poniente (02-Qui-03), correspondería a un momento más tardío, entre 1000 y 1400 DC, caracterizado sólo por cerámica Loa-San Pedro.

Con estos datos, Quillagua se incorporó a las cronologías y síntesis regionales (Núñez 1965, 1968, 1976, 1978; Núñez y Dillehay 1995; Schiappacasse *et al.* 1989), que coincidieron en señalar

¹⁹ Fechado RC14 no calibrado, tomado sobre restos de un fogón.

²⁰ Existen sitios de diversa funcionalidad –habitacionales, cementerios, entierros aislados, talleres líticos, canteras, arte rupestre y corrales— que también pertenecen al período (*Vide infra*).

al oasis en una posición marginal a los procesos del Salar de Atacama, Arica y Tarapacá y que su tangencial integración a éstos, se vincularía al tráfico de caravanas, recibiendo influencias o poblaciones de estas regiones, a juzgar por el registro cerámico multicomponente. Desde ya, las dos fases del Intermedio Tardío local, sugieren cierta identidad con los procesos del territorio atacameño.

B. La ocupación del Intermedio Tardío de Quillagua

Estudios más recientes –que inauguraron la investigación sistemática de los textiles—lograron establecer una secuencia histórico-cultural detallada para el período. Ésta se asienta en material cerámico, textil y fechados, provenientes de los Cementerios Oriente, Poniente y la aldea La Capilla, lo que permitió inferir con más y mejores elementos, la presencia de diferentes grupos culturales ocupando la localidad (Agüero *et al.* 1997, 1999). Esta secuencia se ha complementado con algunos sitios registrados por Gallardo y colaboradores (1993 a y b), asumiendo las notables diferencias de información entre éstos y los primeros, a lo que se suma el intenso saqueo que ha sufrido la gran mayoría (Figura 10). La información de estos sitios, cuya asignación se basa en el hallazgo de cerámica de los Desarrollos Regionales²¹ (Gallardo *et al.* 1993 a y b), se ha sintetizado en la Tabla 2, para ofrecer un panorama más integrado. Se incluyen la aldea y cementerios mencionados, en los últimos de los cuales me detendré con mayor detalle, pues de ahí provienen los materiales con que trata esta investigación.

a. Antecedentes Formativos (700AC – 700 DC)

Hacia el final del período (500 – 700 DC), es evidente la presencia de cerámica y textiles de Tarapacá en el oasis, junto con elementos del curso superior del Loa, de la desembocadura, y más débilmente de los oasis atacameños, mixtura que se remonta, aunque sutilmente, a épocas más tempranas (700 – 135 AC), cuando predominaban materiales del Loa (Agüero 2000 b; Agüero *et al.* 2001; Agüero y Cases 2003; Carrasco 2001; Uribe y Ayala 2001). La existencia de un grupo cerámico de carácter local, pero fuertemente vinculado a Tarapacá (Uribe y Ayala 2003), sugiere que previo al Intermedio Tardío, estas relaciones estaban bien consolidadas, con una presencia

²¹ Existen otros 19, cuyos materiales de superficie no son lo suficientemente diagnósticos como para afirmarlo con seguridad.

que se concentraría en la terraza aluvial alta al este del río Loa, donde se ubican cementerios y túmulos ceremoniales con cerámica tarapaqueña (Agüero 2001; Gallardo *et al.* 1993 a y b). El ámbito doméstico, por su parte, se situó en los extremos norte y sur del oasis, relacionados al recurso forestal, constituyendo concentraciones de basura en montículos o depresiones subcirculares, que usaron materiales perecibles para formar viviendas, en un patrón disperso y al mismo tiempo expeditivo (Ayala 2002; Carrasco 2002; Cases 2002). Cabe destacar, que existe continuidad en las fechas de las ocupaciones del Formativo con aquellas de los inicios del Intermedio Tardío, las que incluso se traslapan; independientemente de la secuencia y de lo que indique esta continuidad, quiero recalcar que hacia el final del primer milenio DC, Quillagua y Tarapacá contaban con una extensa historia de interacción.

b. La Fase Yaye: inicios del Período Intermedio Tardío (900 – 1100 DC)

Ésta manifiesta, por una parte, la continuidad en la ocupación de los sitios del período anterior (Qui.76, Qui.77 y Qui.49), que presentan cerámica negra pulida característica del período Medio de San Pedro y tipos Loa – San Pedro del Intermedio Tardío inicial (Agüero 2000; Uribe y Ayala 2001). De manera más o menos contemporánea, e incluso levemente más temprano, el Cementerio Oriente, tiene débiles evidencias del período Medio con cerámica Azapa-Charcollo y Cabuza de Valles Occidentales (Ayala y Uribe 1996), así como túnicas tarapaqueñas (Agüero *et al.* 1996), lo que tendría coherencia con la fecha de 720 ± 130 DC (Gallardo *et al.* 1993 a y b).

Sin embargo, es el Cementerio Poniente (Figura 10), que se ubica al fondo de la terraza W, a unos 500 m de La Capilla, el que se usó efectivamente en este momento. De ello da cuenta, el contexto que se detectó en el Cuadrante NW, bajo lo que parecen haber sido restos del saqueo de otras tumbas (Figura 11). Consistía en una fosa en que se depositó el fardo funerario de un individuo flectado y sentado, envuelto en una manta roja, cubierto por un cuero de camélido. Su ofrenda se componía de dos palos cavadores, un cuchillo enmangado, ambos con trazos de pintura roja y el extremo distal de un dardo; un capacho de seis palos con trama de fibra vegetal, conteniendo vainas de Algarrobo, en cuyo interior se colocó una escudilla Dupont fechada en 1070 ± 100 DC, que contenía Algarrobo, una bolsa de cuero, dos palos aguzados pintados de rojo, además de una *vichuña* de hueso de camélido también con restos de pintura roja. Separados del fardo funerario, a su derecha, se ofrendó dos extremos de dardo desprendible, con sus respectivas puntas de

proyectil, junto a una olla de superficies grisáceas. Cabe señalar que las puntas de proyectil de los dardos están bien documentadas en el Pucara de Turi (Vásquez, en Ayala 1997). Otra fecha de esta ocupación es 980 ± 110 DC, obtenida del tipo Aiquina, de la unidad SW-7B (Agüero *et al.* 1997, 1999).

La construcción de la aldea La Capilla, de acuerdo a la fecha obtenida por Cervellino y Téllez (1980), se habría materializado entre 700 – 800 DC, en concomitancia con el inicio de la disolución de los vínculos de los oasis atacameños con Tiwanaku (Uribe 2002) y la exploración de otros ámbitos (Uribe y Adán 2003). Lo que hoy se puede observar de la aldea La Capilla, situada en la terraza W, a 100 m del río Loa, está sumamente alterado por dos caminos y la línea del tren, que se ubica en su margen poniente (Figura 10). Consiste en un conjunto de al menos 80 recintos rectangulares aglutinados²², construidos por medio del adobe y el pircado de piedra caliza y mortero. De éstos, es posible que en sus inicios se hayan construido y usado sólo algunos recintos. Siguiendo a Cervellino y Téllez (1976) como a López (1979), la construcción inicial de la aldea correspondió a gruesos muros realizados en adobe con postes de algarrobo empotrados, que se relacionarían con las ocupaciones tardías de Caserones y Tarapacá (13 y 14). En los pisos más profundos, no obstante, se halló el entierro de un camélido (López 1979), que podría corresponder a un *waki* fundacional como los del Loa Superior (Adán 1996, 1999). Sin embargo, el análisis de material cerámico recuperado de un basural²³, permitió reconocer una ocupación inicial con predominio total del componente cerámico Loa – San Pedro, con una mínima participación de Tarapacá y Valles Occidentales (Uribe y Ayala 1997). De los sectores de basurales excavados, cabe destacar que en los depósitos más profundos se detectó vainas y semillas de algarrobo, combinados con restos marinos (Cervellino y Téllez 1976; López 1978).

Estos datos insinúan cierta contemporaneidad entre una ocupación tradicional y posiblemente menos intensa del oasis por poblaciones tarapaqueñas y la fuerte entrada de carácter más permanente de los atacameños al oasis, a juzgar por la construcción de La Capilla y los materiales depositados en los cementerios y desechados en los basurales, anunciando un cambio en los vínculos sociales del oasis. Asimismo, los elementos del contexto funerario recuperado en el

²² Registro realizado en el contexto del proyecto FONDECYT 1000148.

²³ Recuperado por Gallardo y colaboradores en 1991.

Cementerio Poniente, indica que junto a una tradicional explotación del algarrobo y de otros recursos por caza y faenamiento, se están incorporando innovaciones agrícolas.

c. Fase Solor: la convivencia Tarapacá-Atacama (1100 – 1300 DC)

Esta situación fue interpretada como de etnicidad, entendida como la manifestación material de prácticas resultantes del encuentro de poblaciones culturalmente distintas, que se expresan principalmente en los textiles del Cementerio Oriente (Agüero *et al.* 1997: 267; 1999: 170). En efecto, sólo en este material se advierte la fusión de elementos propios de Tarapacá y Atacama, en el estilo ambiguo Loa-Tarapacá, cuya distribución se circunscribe al curso inferior del Loa, disminuyendo notablemente aguas arriba y totalmente ausente en los oasis piepuneños. De acuerdo a Agüero y colaboradores (1997, 1999), manifestaría la intención de reducir diferencias y posiblemente abrir un espacio de diálogo, sugiriendo que fue la negociación lo que permitió resolver las tensiones propias de esta convivencia. A esto puedo agregar que la mixtura de elementos presentes en los textiles Loa-Tarapacá, parece dar cuenta de una redundante proximidad física entre individuos de ambas entidades culturales; es por esta razón que hablo de convivencia, para diferenciarla de la interacción que implica mínimamente el contacto visual, pero también la recurrencia de asociaciones contextuales y estratigráficas (Gamble 1999), sin que se produzca la fusión de atributos en un mismo objeto.

El Cementerio Oriente se sitúa en la terraza E y la discontinuidad en los hallazgos lo divide en un sector Bajo (02.Qui.01) y Alto (02.Qui.02), de los cuales se recuperó un entierro intacto y uno disturbado respectivamente, que ilustran la combinación de elementos de Atacama y Tarapacá (Figura 12).

El primero, detectado en la unidad NE-B, corresponde a una fosa en que se enterró a tres individuos adultos y un infante, todos hallados en posición sentada decúbito lateral flectada, con su respectivo ajuar y ofrendas (Figura 12). El Contexto Funerario 1, una mujer adulta de 37 a 46 años, vestía una túnica semitrapezoidal exterior de estilo Loa-Tarapacá y otra interior (no identificada). Su ajuar se compuso de tres palos aguzados, una peineta de espinas de cactus, maíces contenidos en un cesto pequeño, cuya forma y decoración se asemejan a piezas San Miguel de Arica y Pica-8 (Prado, en Ayala 1997), una talega que contenía vainas de algarrobo y

maíz, una *chuspa*, cuatro talegas fragmentadas, además de trozos de cerámica Rojo Violácea o urnas Solor, fechada en 1005 ± 100 DC. A sus pies se dispuso un fragmento de cerámica Turi Rojo Burdo, fechada en 980 ± 80 DC, que cubría una ofrenda de algarrobo y un plato de cestería a su izquierda.

En el Contexto Funerario 2, se depositaron dos individuos. Un adulto de sexo masculino de 28 a 37 años, enterrado sin cabeza, vestía una túnica rectangular monócroma interior de estilo Loa-San Pedro, una intermedia semitrapezoidal Loa-Tarapacá y una externa tarapaqueña, también semitrapezoidal teñida por amarras; completaba su vestimenta un taparrabo de color café y bandas laterales verdes. Cerca de su brazo izquierdo, se encontró una placa ancha de metal que podría corresponder a un brazalete. Como ofrendas presentó varias talegas fragmentadas (Figura 12). Al lado del adulto, se encontró un infante de 18 ± 6 meses, que vestía túnicas internas y externa idénticas a las del adulto y en cuyo cráneo se encontró una placa de metal muy delgada. Su ofrenda consistió en una talega y una botella globular Pica Charcollo, fechada en 1055 ± 80 DC (Ayala 1997).

Al NE de la fosa, se detectó el Contexto Funerario 3, una mujer de 46 ± 3 años, dispuesta sobre una talega, cuyo cráneo presentaba deformación tabular y vestía una túnica interior Loa-San Pedro, cubierta por una gruesa manta café oscuro y una faja. Se encontraron también restos de una talega en muy mal estado, una botella globular Pica Charcollo, fechada en 1110 ± 100 DC, una ofrenda de algarrobo y cerca de sus pies, otra cubierta por un cesto en forma de puco tipo San Miguel (Prado, en Ayala 1997).

La cerámica del Cementerio Oriente, en su sector Bajo se caracteriza por una heterogeneidad en los componentes, entre los que predomina el Loa-San Pedro, seguido por Tarapacá; mientras que con frecuencias inferiores al 1%, aparece cerámica altiplánica y de Valles Occidentales (Uribe y Ayala 1997). Los textiles mostraron también heterogeneidad, con un predominio de materiales Loa-San Pedro, junto al ambiguo Loa-Tarapacá y con frecuencias notablemente menores el componente tarapaqueño y textiles circumpuneños (Agüero 1998; Agüero y Correa 1997). El Cementerio Oriente Bajo cuenta con otro fechado contemporáneo de 900 ± 100 DC, sobre cerámica Rojo Violácea (Gallardo *et al.* 1993 a y b).

Del sector Alto, con una ocupación mucho menos densa, en la unidad NE-C, se recuperó el contexto disturbado de un adulto que vestía tres túnicas: la interior tarapaqueña de forma semitrapezoidal con orilla de urdimbre curva; la intermedia rectangular de tipo Loa-San Pedro y la exterior, rectangular, también Loa-San Pedro. Las bolsas recuperadas de dicha unidad de excavación corresponden a talegas y a *chuspas* que se asocian tanto a cerámica Pica Charcollo, como al componente Loa-San Pedro.

La cerámica en este sector registra una disminución de la variedad tipológica, donde siguen predominando los tipos Loa-San Pedro, pero con un notable aumento del componente tarapaqueño que llega casi a equipararse con el anterior (Ayala y Uribe 1996). Los textiles exhiben una tendencia similar, es decir, una disminución de los tipos presentes, siempre con un predominio del componente Loa-San Pedro, que se manifiesta de manera más explícita por la reducción del Loa-Tarapacá y Tarapacá. Aunque las fechas disponibles para este sector son más tempranas -680 ± 110 DC sobre Rojo Violáceo y 830 ± 140 DC sobre cerámica San Miguel (Gallardo *et al.* 1993 a y b)—, esta ocupación fue interpretada como más tardía por su similitud con las frecuencias de los componentes cerámicos y textiles depositados en el Cementerio Poniente, en cuanto a la reducción de la variedad tipológica.

Además de los datos provenientes de los contextos funerarios, se cuenta con una breve caracterización demográfica del cementerio²⁴, cuyo número mínimo de individuos fue 145, con predominio de mujeres en su ciclo reproductivo y niños, seguidos de juveniles y hombres; la expectativa de vida fue de 35 a 45 años y las patologías artrósicas sugieren estrés físico, mientras que escasas fracturas indican violencia (Strange 1995; Strange y Silva 1997). La deformación craneana tabular fue la más frecuente en los adultos e infantes, independiente del sexo, aunque su ausencia fue común entre los jóvenes; habrían constituido una misma población, pues no se observó diferencias entre quienes deformaron o no su cráneo. Éstos, a su vez, fueron comparados con una muestra de San Pedro de Atacama²⁵, mostrando que la población del Cementerio Oriente

²⁴ Ésta resultó tanto de una caracterización *in situ* a partir de huesos largos y coxales hallados en superficie (Strange 1995), como del estudio de 146 cráneos recolectados por Vergara (actualmente depositados en el Museo de Historia Natural de Valparaíso), que de acuerdo a Strange y Silva (1997) corresponderían a este cementerio.

²⁵ Los datos fueron facilitados por el Dr. F. Rotthammer a J. Strange y corresponde a cementerios de distintos

tiende a separarse de las del oasis piepuneño, aunque algunas variables sugieren que el poblamiento de Quillagua pudo partir de una población de estirpe común, desarrollando diferencias a través del tiempo (Strange y Silva 1997).

Simultáneamente, en la banda oeste, el Cementerio Poniente experimenta un hiato en su ocupación entre 1070 y 1390 DC, lo que fue interpretado como una estrategia atacameña para mantener fuera de los cementerios a la gente de Tarapacá; asimismo, tanto la cerámica como los textiles indican una ocupación muy leve de este cementerio durante el período, corroborado por una sola fecha contemporánea de 1150 ± 80 DC sobre urnas Solor (Gallardo *et al.* 1993 a y b).

Por otra parte, la alfarería desechada en La Capilla muestra una entrada de material tarapaqueño y de Arica en el espacio doméstico que sólo en una capa llega a superar al 20%, siendo más comunes frecuencias entre el 2 y 8% sobre un sustrato Loa-San Pedro, que aproximadamente reproduce la depositación de los cementerios (Uribe y Ayala 1997). Además, el uso de piedra caliza y mortero, vincularía al poblado con sus pares del Loa Medio (*sensu* Cervellino y Téllez 1975-6), con los que difiere, sin embargo, por la ausencia de muro perimetral, sugiriéndoles un estado de “armonía” (Cervellino y Téllez 1975-6; López 1979). Asimismo, en la Capilla se observan algunos sectores con entierros, proponiendo que desde el inicio de su construcción se habrían introducido atributos claramente atacameños (Cervellino y Téllez 1980; Gallardo *et al.* 1993 a y b; López 1979). Por otra parte, sólo en las capas superficiales de La Capilla, se observa un franco predominio del maíz, junto a restos de caza menor, de productos marinos y moldes para metales (Cervellino y Téllez 1975-6; López 1979). Asimismo, mencionan que los campos de cultivo y canal de regadío actualmente en uso, situados a pocos metros del poblado, serían los mismos del Intermedio Tardío. Esta asignación descansa en el hallazgo de abundante material relativo a molienda, tanto en dichos espacios como en la aldea, como su ocasional inclusión en los paramentos. Cabe señalar, que además del uso de estos elementos para la molienda, los autores destacan que con bastante frecuencia se encontró en ellos residuos de grasa, colorante rojo y arcilla. Tal vez en una lógica similar, en la terraza E se sitúa un canal de regadío (Qui.50) asociado a una estructura aislada (Qui.51), que podría indicar el despeje del bosque para habilitar tierras agrícolas.

períodos.

Además de esta evidencia, existen sitios de menor tamaño que se relacionarían a la dinámica social desarrollada en esta fase. Uno de ellos es un conjunto aglutinado (Qui.66), situado en la ribera E del Loa, compuesto por 9 recintos rectangulares, entre cuyos restos se cuenta alfarería contemporánea de Valles Occidentales y que pudo constituir un intento tarapaqueño por consolidar su presencia en el oasis. En esta misma dirección se enmarca el hallazgo de geoglifos (Qui.16, Qui.25, Qui. 26, Qui.27, Qui.80), que aluden de manera bastante explícita a la región de Tarapacá y al tráfico de caravanas. Se sitúan, en su mayoría de manera periférica al oasis, sobre la pampa W, algunos asociados a apachetas (Qui.15) y a huellas troperas. Sólo uno ha sido asignado al período con seguridad (Qui.74). Sin embargo, en la base de una de las figuras de Qui.78, se encontró un plato de cerámica Dupont²⁶, que en su interior presenta la réplica de una de estas figuras, realizada por raspado post cocción (Figura 10). Coincidentemente, los escasos paneles con pinturas detectados a la fecha se emplazan en las afueras del oasis (Qui.21, Qui.22) hacia el NW y más escasamente hacia el sur (Qui.79²⁷). También a cierta distancia del oasis, sobre la pampa que rodea al cañón del Loa, al suroeste se sitúan estructuras aisladas que presentan cerámica Loa – San Pedro (Qui.18, Qui.19, Qui.32), una de ellas asociada a una huella tropera (Figura 10).

Todo lo anterior tiende a subrayar que los cambios ocurridos en esta fase, habrían sido impulsados por poblaciones atacameñas, ocasionando un fuerte impacto en el paisaje social y material del oasis de Quillagua, “tradicionalmente” compartido con Tarapacá, anunciando la consolidación atacameña en la localidad durante la fase siguiente. Asimismo, son más explícitos los cambios en la producción agrícola que lo que se vislumbraba en la Fase Yaye, la que pudo haberse orientado hacia Tarapacá, como lo señalan huellas, estructuras y geoglifos y posteriormente, hacia el resto del territorio atacameño, en concomitancia con los procesos que se describen a continuación.

d. Fase Turi o el Predominio Atacameño (1300 – 1470 DC).

En el momento clásico del Intermedio Tardío se constata la virtual ausencia de Tarapacá, lo que

²⁶ Hallazgo realizado por Claudio Castellón

²⁷ Este sitio fue reconocido por Luis Vergara en 1897.

sugiere la consolidación y “cierre” de las permeabilidades de la frontera norte de Atacama, quienes habrían afianzando su presencia en el valle. La ocupación se concentra en la banda poniente del Loa y se extiende hasta, al menos, la llegada de influencias incaicas a la zona (Agüero *et al.* 1997). Este momento coincide con el fortalecimiento de la identidad atacameña en el resto de la región.

Es así como se constata la reocupación del Cementerio Poniente, cuyo número mínimo de individuos se estimó en 150, correspondientes a mujeres, seguidas por hombres, niños y juveniles, con patologías artrósicas y escasas fracturas, que con la excepción de un ligero aumento en el número de hombres, sugiere condiciones similares a las del Cementerio Oriente (Strange 1995). Gran parte de los entierros fueron colectivos y, posiblemente, se habrían reutilizado en este momento algunos del inicio de la ocupación (Strange y Silva 1997). Finalmente, dentro de los escasos restos dentarios, se registró una aguda abrasión, producto de una dieta rica en carbohidratos y su uso como herramientas, similar a lo que registran sus contemporáneos de Caspana y San Pedro (Ayala *et al.* 1999).

En el sitio se observa un predominio absoluto del componente cerámico Loa-San Pedro, tras una mínima ocupación durante tiempos intermedios del período, siendo mucho más notorias las instancias más clásicas y uno posterior que sugiere la influencia del Tawantinsuyu, a través de estilos inca local, tanto en la iconografía textil como en los materiales alfareros (Agüero *et al.* 1997, 1999; Horta 1997; Uribe 1996). Asimismo, los tejidos de este sitio, se caracterizan por el total predominio del componente Atacameño, el cual está presente en todas sus fases, destacando por una parte la presencia de los tempranos textiles de estilo netamente San Pedro, como también la escasa presencia de textiles tarapaqueños y del ambiguo estilo Loa-Tarapacá (Agüero y Correa 1997). Las restantes fechas del sitio representan bien a este momento: 1315 ± 70 DC sobre cerámica Dupont (Gallardo *et al.* 1993 a y b); 1395 ± 60 DC del tipo Turi Rojo Revestido, de SW-18F; 1395 ± 60 DC del tipo Hedionda de SE-3B; 1480 ± 40 DC del grupo Turi Gris Alisado de SW-12D (Agüero *et al.* 1997, 1999).

La Capilla, como espacio edificado, habría estado en pleno funcionamiento durante estos momentos, con recintos de uso doméstico (habitación, cocina y almacenaje), grandes patios o

plazas, corrales, vías de circulación interna y densos basurales (Cervellino y Téllez 1975-6; López 1979). Nuevamente, se constata el predominio del componente cerámico Loa – San Pedro junto con tipos altiplánicos, de Valles Occidentales e Inca locales, con frecuencias que no superan o bordean el 1% (Agüero *et al.* 1997; 1999; Uribe 1996; Uribe y Ayala 1997). Como se mencionó en relación con la fase anterior, los depósitos acusan la intensificación de las prácticas agrícolas, específicamente del maíz (Cervellino y Téllez 1975-6) y si se aceptan los asertos de López (1979), la producción de excedentes habría transformado en trojas de almacenaje recintos ocupados anteriormente.

De manera contemporánea, se habría ocupado un pequeño conjunto de recintos aglutinados (Qui.09), conformado por escasos recintos cuadrados o rectangulares pequeños, que comportarían funciones habitacionales y funerarias, situado a pocos metros de La Capilla, en un emplazamiento que sugiere directamente el control del bosque y de la terraza opuesta. Asimismo se habría ocupado otro cementerio (Qui.11), constituido por un pequeño grupo de tumbas en fosas, situado a pocos metros de La Capilla y se habrían edificado en la terraza W una serie de pequeños conjuntos aglutinados o dispersos y estructuras aisladas (Qui.05, Qui.06, Qui.07, Qui.10), que sugieren, su uso para el descanso de hombres y animales en las prácticas caravaneras, como se verá en el Capítulo 2.

Con los datos expuestos hasta aquí, parece evidente que dentro de las condiciones de desierto extremo en que se emplaza, Quillagua presentó un conjunto de características ambientales que desde temprano lo perfilaron como el escenario de una larga historia de contactos entre tradiciones culturales diferentes, que al menos se extiende hasta el siglo XVII (Martínez 1998; Núñez 1984; Odone 1995), pero cuyo momento más conspicuo se vivió durante el Período Intermedio Tardío. De esto quiero destacar dos aspectos. Por una parte, que la larga historia de interacción con lo diverso, le confiere a la localidad un carácter permeable a la diferencia, donde intercambiar con “otros” tendría profundas raíces históricas y posiblemente formara parte del cotidiano de sus habitantes prehispánicos. Por otra, que la “marginalidad” imputada a los desarrollos del oasis no se condice con el interés por habitarlo; esto sin duda se debió a una mirada que sobrevaloró los aportes externos, particularmente de los tipos cerámicos decorados de Valles Occidentales, en desmedro del sustrato cerámico y material atacameño, que ya anunciaba

Latcham (1938).

Del mismo modo, resulta bastante claro que desde una situación inicial en que las poblaciones tarapaqueñas tenían cierta presencia en el oasis, se cambia a otra en que Atacama alcanza un predominio absoluto. Esto va aparejado a importantes transformaciones en el asentamiento y en las prácticas productivas, asimilables con ciertas particularidades a los eventos que tuvieron lugar en el tramo superior del Loa y en San Pedro de Atacama (Uribe y Adán 2003). En efecto, paulatinamente se constata que la subsistencia habría transitado desde una mayor dependencia en la explotación de recursos del oasis, hacia otro contexto en que la agricultura cobra mayor importancia, llegando a niveles excedentarios a juzgar por la mayor escala que habría adquirido el almacenamiento.

Paralelo a ello, e incluso, posibilitado por este tipo de producción, las prácticas caravaneras parecen cobrar mayor relevancia y visibilidad, tanto en el paisaje más periférico al oasis, donde se sitúan geoglifos, pinturas, rutas, estructuras aisladas y apachetas, que jalonan el tráfico principalmente hacia la costa²⁸ y Tarapacá y en menor grado hacia el Loa Medio y Atacama. La relevancia de esta actividad, se sugiere también por la cantidad de bolsas depositadas en los cementerios, pues esta forma textil alude a las funciones de almacenaje y transporte, las cuales son fundamentales en el caravaneo. Por esta razón, en el Capítulo 2 se abordarán las características del tráfico de caravanas, para constituir el marco de referencia con el cual tratar las bolsas domésticas y su vinculación con prácticas productivas.

²⁸ Del todo evidente por la extraordinaria presencia de productos marinos en los depósitos de los basurales y entre los materiales de los cementerios.

CAPÍTULO 2

LA MATERIALIDAD DEL TRÁFICO DE CARAVANAS

Aún sin ahondar mayormente en la funcionalidad específica de cada tipo de bolsa, todas comparten el contener y transportar. Sin duda, este uso, derivado de sus propiedades muebles, diferenció a estas piezas de contenedores realizados en otras materias primas, como por ejemplo, grandes cántaros de cerámica. Este es el *leit motiv* del capítulo: el potencial de las bolsas en el traslado de productos. De aquí surge la necesidad de contextualizar este material y la información que contienen en el ámbito del tráfico de caravanas, ya que sería en su interior y cargados por animales como se habrían transportado los bienes (Figura 13).

1.- LA MOVILIDAD CARAVANERA

En las últimas décadas, uno de los modelos que mejor ha dado cuenta de las relaciones entre poblaciones geográficamente distantes en los Andes Centro Sur, y tal vez más concretamente, del hallazgo de objetos depositados fuera de su ecosistema de origen, ha sido el tráfico de caravanas (Núñez y Dillehay 1995; Núñez 1976, 1984, 1996).

Previo a referirme al modelo, considero pertinente introducir la definición de esta actividad que aporta Nielsen (1997/8).

“Definimos al caravaneo (del persa arabizado karawan= recua [Real Academia Española] como la actividad especializada de transportar a larga distancia mercancías utilizando animales de carga. En todos los casos que conocemos, los caravaneros se encargan también de la cría de los animales (sean o no sus propietarios)” (Op. cit.: 166).

Se desprende de aquí, que los caravaneros son pastores especializados en traslado interregional.

Por lo tanto, se puede presumir que la función de los contenedores es fundamental para cargar los animales y transportar productos a larga distancia.

El modelo de movilidad giratoria, tiene como punto de partida la inexistencia de desarrollos urbanos en el área Centro Sur, a pesar de lo cual sus habitantes prehispánicos superaron exitosamente las restricciones del desierto más árido del mundo, generando su propio patrón de desarrollo y cambio socio-cultural, en forma independiente de los Andes Centrales. Se constituyó así, un territorio que nunca fue completamente unificado en términos políticos (Núñez y Dillehay 1995). Según los autores, lo que otorga el carácter único al proceso de surgimiento de complejidad socio-cultural es la movilidad de los pastores y caravaneros de este territorio.

De acuerdo a la formulación y enunciados del modelo (Núñez y Dillehay 1995), la movilidad caravanera constituye un mecanismo andino de adaptación a las particulares restricciones ambientales de los Andes Centro Sur, donde los espacios apropiados para la ocupación humana, por ende, con recursos, están dispersos y distantes sobre el desierto. En tal sentido, es también una modalidad específica de complementariedad ecológica, económica y social (Murra 1972), en que el acento está puesto justamente en la capacidad de carga y transporte de los animales y luego en la existencia de agricultura y/u otros recursos obtenidos por recolección o extracción. Además de constituir un mecanismo específico de complementariedad, puede considerarse un sistema de verticalidad “móvil”, ya que se están contactando y relacionando distintos ambientes en el perfil costa-altiplano-selva, a nivel interregional por medio de las caravanas. Esto le confiere un carácter integrador de ecologías, productos, culturas, sociedades e ideologías, tal vez el punto más sensible del modelo.

A partir del último aspecto, consiste en un mecanismo igualmente específico de interacción social entre asentamientos, de modo que muchos de los poblados y sus cementerios, como Quillagua, manifiestan ocupaciones multiétnicas, inferidas principalmente por la variedad de componentes cerámicos y textiles, de acuerdo a las condiciones de conservación. En el ámbito del tráfico de caravanas, de acuerdo a los autores, la existencia de asentamientos semisedentarios o sedentarios es una condición esencial. Éstos habrían cumplido dos funciones vitales en este contexto: como espacios de aprovisionamiento y descanso para las caravanas, como también centros de

intercambio y redistribución a nivel local o regional.

De lo expuesto, se desprenden dos prerequisites para la movilidad caravanera, que cuentan con antecedentes en la región. El primero es la especialización en carga de camélidos domésticos, que junto al temprano surgimiento de poblados semiestables, se remonta al segundo milenio AC, tanto en Chiu Chiu como en Puripica (Benavente 1982; Núñez 1982). Ambos presentan evidencia de caza y crianza paralelos, existiendo en Chiu Chiu evidencias de patrones de especialización de llamas en transporte, a juzgar por análisis óseos y pelíferos (Arias *et al.* 1994; Benavente 1981, 1982; Cartajena 1994). El segundo, son los excedentes para traslado e intercambio, sean materias primas, manufacturas o productos. A juzgar por los antecedentes de la fase Tilocalar (1200 – 400 AC), las quebradas y oasis adyacentes al Salar de Atacama, ostentaron elementos tan complejos como cerámica, metalurgia, crianza de llamas y horticultura de maíz (Núñez 1994), lo que habría permitido no sólo satisfacer las necesidades de consumo local, sino también generar excedentes, favoreciendo el desarrollo del tráfico de caravanas en forma más estable ya desde este período.

De aquí se desprende la profundidad histórica del tráfico de caravanas en el territorio atacameño y la importancia que habrían tenido los oasis piepuneños, convirtiéndose desde entonces, en un eje fundamental de tráfico interregional, donde convergían rutas provenientes de la costa, del norte y sur desértico, del Noroeste Argentino y Valles Orientales, la que habría estado en pleno funcionamiento durante los Desarrollos Regionales, como se verá más adelante.

Gran parte de las evidencias de tráfico interregional esgrimidas por los autores se basan, principalmente, en el registro cerámico y secundariamente en el hallazgo de materias primas, productos y manufacturas provenientes de territorios distantes e imposibles de adquirir de manera local, que exhiben una gran diversidad para el período en cuestión. Además de productos agrícolas como maíz, papa *chuño*, quínoa y hojas de coca, se cuenta con plumas de aves tropicales, objetos confeccionados en piel de jaguar y conchas del Pacífico; objetos traficados, como tubos y tabletas para alucinógenos, calabazas pirograbadas, entre muchos otros. A éstos se suma el arte rupestre como expresiones propias del tráfico de caravanas, que incluyen tanto a los geoglifos en ambientes desérticos vinculados a Tarapacá, como a petroglifos aludiendo a la

temática, dispuestos en ámbitos que articulan distintos pisos altitudinales en asociación a rutas y senderos uniendo localidades y sitios²⁹ (Berenguer 1994, 1995; Núñez 1976, 1984; Núñez y Dillehay 1995). Asimismo, serían diagnósticos del tráfico, la presencia de bodegas en aldeas, asociados a molienda de algarrobo y maíz para la generación de excedentes, el trazado de rutas de caravanas que conectan los asentamientos y un conjunto de materiales relacionados como cencerros, ganchos de atalaje y sogas para cargar llamas, hallados en contextos funerarios tardíos de la costa, oasis medios y tierras altas y en último lugar “textilería de sacos utilizados en las cargas de llamas” (Núñez y Dillehay 1995: 121).

En el ámbito de esta investigación, no deja de sorprender la gran ausencia de alusiones a algún tipo de contenedor u otros materiales para el traslado de bienes en las caravanas (Núñez y Dillehay 1995). Esto se debería, por una parte, a que el modelo señala lineamientos generales a nivel bastante hipotético y en términos de proceso, basados esencialmente en indicadores cerámicos y, por otra, a la inexistencia de investigaciones sobre textiles del Período Intermedio Tardío —y escasamente de períodos anteriores— al momento de la realización del estudio al final de 1970. Por otra parte, autores como Clarkson y Briones (2001), aún cuando dan cuenta de información etnográfica detallada de cómo y con cuánto peso se cargan los animales, no mencionan en absoluto a los contenedores, de lo cual se puede suponer que es algo tan evidente que ni siquiera merece ser nombrado. Sin embargo, los contenedores, a diferencia de los otros objetos muebles, apuntarían más explícitamente a la actividad, pues gran parte de dichos materiales podrían ser el resultado de otros mecanismos de interacción (eg., verticalidad *sensu* Murra 1972). Por tal motivo, parece urgente encontrar indicadores que aludan directa y exclusivamente al caravaneo y en tal sentido, las bolsas domésticas y más específicamente los costales, lo harían de manera más explícita que otros materiales.

A. El tráfico de caravanas en el Período Intermedio Tardío

²⁹ También se vincularían al tráfico los sitios de muro y cajas detectados entre el Loa Medio y Superior (Berenguer 1994, 1995; Sinclair 1994; Thomas 1977). Al respecto, cabe señalar que Thomas (1977) y Benavente (Com. pers. 2003), señalan que en el Loa Medio, el tipo de materiales que componen los contextos y su emplazamiento, son mucho más variados y complejos que los aludidos por Sinclair (1994) para el Loa Superior.

A partir de los inicios del período, el tráfico de caravanas experimenta un auge como sistema de interacción, lo que se relacionaría con el surgimiento de sociedades autónomas en los territorios del sur del Perú y Bolivia, norte de Chile y Noroeste Argentino. Esto habría posibilitado una red de conexiones que para el territorio circumpuneño se traduciría en patrones de tráfico de menor distancia, sin necesidad de centralización, incorporando múltiples asentamientos complementarios en oasis del Loa Inferior y Medio; asentamientos rurales dispersos en los espacios agroganaderos del Alto Loa, la Subregión del río Salado y en las quebradas que drenan los oasis de San Pedro de Atacama; valles fértiles del Noroeste Argentino y praderas del Altiplano Meridional. Este proceso habría traído como consecuencia, un intento de cada grupo por fortalecer su identidad cultural, a través del desarrollo de estilos locales y una suerte de competencia entre grupos menores, a juzgar por el patrón de asentamiento que en momentos tardíos del período se caracteriza por aldeas aglutinadas con muros perimetrales, que se concentran en la cuenca del Loa y oasis de Atacama. Paralelamente, el tráfico de corta distancia sería el responsable de la popularización de los contextos mortuorios menos elaborados, con escasa iconografía, interpretados como un “empobrecimiento cultural” (Le Paige 1963; Núñez y Dillehay 1995; Tarragó 1989).

En este momento las redes de tráfico interregional se multiplican y diversifican, siendo posible reconocerlo hacia la costa desértica, valles bajos del Loa, con el Altiplano Meridional, Noroeste Argentino y Tarapacá, al menos hasta el curso medio del Loa (Agüero et al 1997, 1999; Agüero 2000; Núñez y Dillehay 1995; Uribe 2001).

A este contexto de integración e interacción caravanera se habría superpuesto la ocupación incaica, constituyendo la primera evidencia de centralización del tráfico interregional a gran escala, a través del almacenamiento de productos suntuarios, al servicio de trabajo humano y el manejo de las rutas caravaneras preexistentes (Llagostera 1976, 1996).

De acuerdo a información colonial temprana, durante el siglo XVI las rutas tradicionales habrían seguido en operación a juzgar por el tráfico de pescado entre Cobija y Potosí, controlado por poblaciones atacameñas (Sanhueza 1992). Asimismo, en el siglo XVII se ha identificado

habitantes originarios de los oasis circumpuneños, a nivel de unidades domésticas, residiendo en territorios de Tarapacá (Martínez 1998), el Noroeste Argentino y Altiplano Meridional (Hidalgo 1984), explicitando la continuidad de sus patrones de movilidad. A su vez, información histórica y etnográfica confirma la vigencia de los movimientos de caravanas, como mecanismo de complementariedad e interacción hasta la actualidad (García *et al.* 2000; Göbel 1998, 2003; Lecoq 1985, 1987, 1991; Nielsen 1997, 1997/8, 2001; Núñez 1976, 1984; Sanhueza 1992), recalando la larga tradición que tiene el tráfico de caravanas en la región. En tal sentido, el rol socio-económico del viaje de caravanas, a juicio de Lecoq (1987), constituiría el sistema más lógico desde un punto de vista económico como ecológico para sacar partido de las riquezas del mundo andino.

B. Críticas y aportes al modelo

A pesar de lo recurrido del modelo para dar cuenta de la interacción de poblaciones y de los productos hallados fuera de su área de origen, no ha estado exento de críticas (Aschero 1996, 2000; Berenguer 1994, 1995; Núñez 1996). Tampoco son muchos los estudios que han tratado el tema de manera central, dejando en evidencia los escasos intentos concretos por pasar de un nivel hipotético a uno que operacionalice el registro material, para identificar arqueológicamente el tráfico de caravanas (Lecoq 1987, 1991; Nielsen 1997, 1997/8, 2001).

Entre las críticas de Berenguer (1994, 1995), se cuentan la falta de especificidad en torno a las rutas y asentamientos; el carácter general del modelo para un extenso período y área (Andes Centro-Sur); focalización del modelo en aspectos demográficos y económicos, con escasa atención a variables sociales y políticas; ausencia de información acerca del nivel de especialización del caravaneo, su inserción en las sociedades involucradas y el grado de centralización con que operaba. A su vez, Núñez (1984) tras profundizar sobre la interacción e intercambio caravanero en la región de Tarapacá, desde períodos tempranos hasta contemporáneos, reconoce el grano grueso de las hipótesis de funcionamiento del modelo, que a su juicio requeriría de investigaciones que integren el patrón de asentamiento y los productos derivados del tráfico, conjugando información proveniente de contextos funerarios y domésticos (Núñez 1996: 56-7).

En esta línea se inscribe el trabajo de Lecoq (1985, 1987, 1991), quien aplica este sistema de interacción a la prehistoria del Período Intermedio Tardío en la región Intersalar en el sudoeste boliviano (1991), para lo cual los datos recopilados en un viaje de caravanas hacia Tarija le sirven como guía en sus interpretaciones (Lecoq 1985, 1987). El exhaustivo análisis del medio ambiente, de fuentes documentales, información etnográfica y arqueológica de los distintos sitios que componen el asentamiento, le permiten plantear a la zona como un corredor de ejes caravaneros y, por ende, un punto estratégico del tráfico interregional entre las subáreas Altiplano Meridional, Valluna, Valles Occidentales y Circumpuneña. Allí habrían convergido productos, principalmente agrícolas, provenientes del tráfico, para su redistribución a nivel regional. Además, en lo concerniente de manera directa a la temática del presente estudio, Lecoq (1987, 1991) aporta interesante información etnográfica en torno al uso de los costales para almacenar y trasladar productos, sobre la cual volveré en detalle más adelante.

Berenguer (1994, 1995), operacionaliza el modelo de acuerdo a las críticas. Para ello restringe su análisis al Período Intermedio Tardío en la localidad de Santa Bárbara en el Alto Loa. El estudio detallado de información de diversa índole (cronología, asentamiento, emplazamiento, rutas, ceremonialismo, arte rupestre), le permiten postular que se habría producido un importante cambio en el patrón de asentamiento, vinculado a la mayor participación de la localidad en el tráfico de caravanas, a partir de la fase Quinchamale 1 (1200 – 1300 DC), alcanzado su clímax en Quinchamale 2 (1300 – 1470 DC). De este modo, la localidad habría sido un punto de convergencia de rutas y, por ende, lugar de paso de caravanas, todo lo cual estaría relacionado al tráfico de metales, de acuerdo a los yacimientos de cobre cercanos (Chuquicamata y Collahuasi). En este contexto, el sistema de asentamiento de la localidad, habría operado como centros de trasvasije o apoyo logístico –de acuerdo a la terminología de Núñez y Dillehay (1995)—, como puestos de control del tráfico de bienes, campamentos base de grupos caravaneros, santuarios de llameros o una combinación de todas las posibilidades anteriores. Sin embargo, más que en los indicadores que discute a Núñez y Dillehay (1995), se apoya en las ventajas que el emplazamiento ofrece en relación al tráfico, en las representaciones del arte rupestre de camélidos y personajes antropomorfos con túnicas o escudos y hachas de aspecto antropomorfo, siendo igualmente inespecífico en torno a los cambios económicos, más allá de la mayor

participación de la localidad en el tráfico de caravanas. Pese a esto, el mayor aporte de Berenguer (1994, 1995) es llamar la atención hacia sitios de menor escala, que serían a su juicio, los que mayores luces arrojarían sobre aspectos funcionales del tráfico interregional, ya que estarían especializados en dicha actividad.

Aschero (1996), por su parte, discute el supuesto “empobrecimiento” cultural (Núñez y Dillehay 1995; Tarragó 1989), que en el arte rupestre se traduciría en la estandarización que afecta a las figuras humanas y camélidos que aludirían al tráfico de caravanas (Berenguer 1994, 1995). En tal sentido, señala que esta homogenización respondería a transformaciones conducentes al surgimiento de diferenciación social y al establecimiento de jefaturas, de lo cual dan cuenta las representaciones de personajes con túnicas o hachas y escudos antropomorfos; éstas se superponen a una economía pastoril y hortícola de larga tradición en la Subárea Circumpuneña, representada por los camélidos, en emplazamientos asociados a poblados y espacios productivos vinculados al pastoreo. Aunque tales innovaciones habrían operado a nivel local, la recurrencia regional de estos patrones, respondería efectivamente a redes de interacción a corta y larga distancia (Aschero 2000). Por otra parte, sin desconocer que los pastores pudieron ser caravaneros, coincide con Berenguer (1994, 1995) y Nielsen (1997, 1997/8, 2001) en que los referentes de la actividad especializada en transportar, que aludan más directa y exclusivamente a tal práctica se situarían en espacios de desierto alejados de los poblados. Al respecto, cabe señalar que en los primeros sitios existe información más específica de cómo efectivamente operaron las caravanas (Núñez *et al.* 2003), mientras que en los sitios habitacionales de mayor envergadura, se requiere de estrategias de investigación específicas para poder discernir el caravaneo de las distintas actividades que tuvieron lugar en tales espacios.

Otra aproximación al tema, de mayor utilidad para este estudio, que se verá con detalle en la sección siguiente, es la que realiza Nielsen (1997, 1997/98, 2001) desde la etnoarqueología. En su trabajo destaca el análisis de las implicancias materiales, que tienen estas actividades, tanto en el lugar de residencia de los caravaneros como en aquellos de descanso y puntos de intercambio o articulación, lo que apunta a operacionalizar el caravaneo –más allá de los productos fuera de su lugar de origen—en el proceso en sí y cómo éste debiera observarse en el registro arqueológico. Por ello, enfatiza en la necesidad de buscar datos en sitios habitacionales y los campamentos de

paso³⁰, llamados *jaras* o *paskanas*, que permitirían tener una mejor apreciación de cómo operó el tráfico caravanero en tiempos prehispánicos.

A estas críticas y aportes, considero que se debiera sumar estudios detallados de los indicadores de la propia actividad, como es el complejo de pastoreo-caravaneo (Catalán 2003) y en los contenedores usados para el traslado, atendiendo a la intensidad que desde temprano habría tenido el tráfico caravanero. Como sea, estas aproximaciones coinciden en señalar la importancia del modelo y la necesidad de “aterrizarlo” en referentes materiales que permitan su reconocimiento desde la arqueología, para dar cuenta de procesos e interacciones concretas. Así, parecen ser los remanentes actuales de esta actividad los que aportan el mejor tipo de información, para configurar una pauta de lectura del registro arqueológico del tráfico de caravanas. Por este motivo, considero atinente ofrecer un breve panorama del conjunto de las personas, actividades y materiales que están implicados en el caravaneo, considerando que en este contexto se desempeñarían funcionalmente las bolsas.

2. EL TRÁFICO DE CARAVANAS DESDE LA ETNOGRAFÍA

A.- La organización de las actividades y su relación con los viajes

Tanto las especies de camélidos domésticos como las silvestres proporcionan al hombre una inigualable fuente de energía y materias primas, a través del total aprovechamiento del animal, para fines cotidianos y rituales: carne, piel, fibras, grasa, interiores, fetos, huesos, guano, etc., y en el caso específico de las llamas como medio de transporte³¹ (Flores Ochoa 1977; Lecoq 1987; Nielsen 1997/8; 2001). Si bien esta función pueden cumplirla también las alpacas, en éstas se ha privilegiado la explotación pelífera, del mismo modo que se aprovecha la fibra de las llamas para confeccionar algún tipo de piezas como sogas y costales (Flores Ochoa 1977; Lecoq 1987; Nielsen 1997/8; 2001).

³⁰ Para un detalle del tipo de registro que debieran presentar este tipo de sitios, referirse a Nielsen (1997, 1997/8, 2001) y a Núñez *et al.* (2003), donde se detallan materiales recuperados de un campamento de caravaneros.

³¹ Como resultado de la especialización zootécnica en la función de transporte (Com. pers., Benavente, 2004).

En este sistema socio-económico, es necesaria la participación de la totalidad de la unidad doméstica, considerando que la actividad agraria y pastoril están entrelazadas. En este contexto, se entenderá como unidad doméstica al conjunto de personas que viven y pastorean juntas (Browman 1994: 47), que puede corresponder a la familia, constituyendo una unidad mínima de producción, consumo y administración (Lecoq 1987: 6). No obstante, las relaciones de intercambio se ampliarían y verían enriquecidas por lazos de parentesco y/o compadrazgo (Aldunate y Castro 1981; Göbel 1998; Lecoq 1987; Nielsen 1997/9, 2001). Los autores coinciden al señalar que la cooperación de todas las partes es crucial en cuanto generan productos para el consumo y excedentes, tanto para la previsión de años malos, como para el intercambio.

Aunque la división del trabajo es flexible, parte de las actividades propiamente de pastoreo, suelen ser realizadas por mujeres y niños, ya que tienen un carácter más estable en el ciclo anual, por tanto, más acordes a la maternidad y crianza. El trabajo en los campos de cultivo, que ocupa entre cinco y siete meses dependiendo del piso altitudinal, es desarrollado principalmente por hombres, pudiendo requerir del trabajo conjunto de unidades sociales mayores como la comunidad, en la realización y mantenimiento de canales de regadío, terrazas o canchones (Aldunate y Castro 1981; Lecoq 1987). La labranza y siembra de la tierra, también demandan de la participación de más miembros de la colectividad, la que será retribuida oportunamente por la unidad doméstica (Medvisnki 2002). Son los hombres adultos y los adolescentes, en proceso de entrenamiento y aprendizaje, los responsables de llevar a cabo el movimiento de las caravanas, que generalmente se realiza en los meses secos (Browman 1994; Casaverde 1977; Göbel 1998; Lecoq 1987; Nielsen 1997/8).

El pastoreo, como sistema de crianza, requiere de un patrón residencial disperso que necesita de vínculos solidarios entre los distintos segmentos del grupo familiar (Flores Ochoa 1977), ya que los recursos de pasto y agua para los animales no suelen estar disponibles en un solo lugar en el ciclo anual, lo que implica que parte de la unidad doméstica deberá desplazarse y mantenerse mientras los recursos estén disponibles (Flores Ochoa 1977; Göbel 2003; Lecoq 1987). En consecuencia, el sistema de asentamiento debe ser flexible como para adaptarse a tales exigencias y, al mismo tiempo, tener cierta estabilidad porque los animales no pueden estar en constante

movimiento. De este modo, suelen existir asentamientos con poblaciones más o menos estables, vinculados a los terrenos de cultivo, que se complementan con el uso temporal de estructuras habitacionales dispersas y distantes, emplazadas cerca del forraje y agua, que son usadas de manera estacional y eventualmente compartidas por unidades sociales mayores.

En relación con el asentamiento, éstos deben contar con corrales para mantener rebaños, grandes o pequeños. En los corrales se los mantiene seguros durante la noche, ante amenazas climáticas o de depredadores; se separan y juntan hembras y machos para el apareamiento; se separan a las crías y a los machos reproductores de los capones; se inicia su entrenamiento en cuanto seguir a los animales guía y acostumbrarlos a trasladar carga sobre sus lomos (Flores Ochoa 1977; Lecoq 1987).

Para realizar viajes, que pueden tomar gran extensión de tiempo (1 a 3 meses), los pastores necesitan coordinar estratégicamente una gran cantidad de variables. Junto a los animales en condiciones de emprender el viaje y de la producción doméstica, se requiere de los enceres que los caravaneros necesiten para la ruta como alimentos, ollas, vestuario y abrigo, y todos los utensilios relativos a mover productos y animales: costales o algún otro tipo de contenedor, sogas, hondas, ganchos, cencerros, bozales y elementos relativos al desarrollo de rituales, tanto en la salida como durante el viaje, entre los que se cuentan costales miniaturas (Göbel 1998, 2003; Nielsen 2001).

Asimismo, deben manejar información sobre las zonas donde desean intercambiar sus productos, estado de las rutas y alternativas que le permitan optimizar los resultados del viaje. (Browman 1994; Flores Ochoa 1977; Göbel 1998; Lecoq 1987; Nielsen 2001). En este sentido, el sistema pastor-caravanero, además de flexible, es oportunista en términos de lograr el mejor aprovechamiento de los propios recursos, como de aquellos que pueda adicionar a lo largo de la ruta.

En el trayecto, se privilegia el bienestar de los animales, en cuanto a su alimentación, siendo la presencia de pastos y aguadas elementos fundamentales. La seguridad es también un factor clave, que incluye el descanso apropiado de la “recua”, su protección contra depredadores y que la ruta

en sí no depare peligro. Estos factores articulan las jornadas, que aprovechan la luz del día y la alternación de cuatro a seis días de caminata y uno a dos de descanso (Nielsen 2001).

En los campamentos, se descargan los animales para que pasten mientras hay luz y si ha sido necesario proteger sus patas, se quitan las protecciones (sandalias o *abarcas*, según Nielsen 2001). Sólo después de velar por los llamos, se arma el fogón para la alimentación y descanso de los caravaneros. Antes de dormir, se reúne a los animales y de acuerdo a las condiciones de seguridad, se les mantiene unidos por medio de cabestros. Un dato interesante, es que en ruta, las caravanas evitan dormir en asentamientos o cerca de tierras de cultivo, para eludir conflictos que pudieran disminuir el potencial económico del viaje. Antes del amanecer, se prende el fogón, desayuna y carga a los animales, iniciando una nueva jornada con la primera luz del día. En los campamentos de descanso, de mayor estadía, se realizan rituales para propiciar el éxito del viaje y transacciones; al igual que en los de pernoctación, se reparan sogas, costales, cabestros, protecciones para las patas, etc.

Una vez arribados al punto terminal del viaje, se materializa el trueque. Un aspecto que garantiza el éxito de una empresa que requiere de un gran consumo de energía para el grupo, descansa en lazos de parentesco o compadrazgo, muchas veces heredadas por generaciones que aseguran el óptimo rendimiento del viaje (Browman 1994; Casaverde 1977; Flores Ochoa 1977; Göbel 1998; Lecoq 1987; Nielsen 2001). Esta red cerciora que alguien desee sus productos y brinde los propios, además de facilitar la eventual salida de remanentes del intercambio. Asimismo, implica certeza al contar con un espacio seguro y conocido donde reponer energías para el caravanero y sus animales, luego del extenso viaje (Casaverde 1977; Göbel 1998; Lecoq 1987).

Con posterioridad al intercambio de la totalidad de los productos, se inicia el retorno. Este puede ser más lento, ya que los animales están cansados y generalmente trasladan cargas más pesadas (Lecoq 1987, Nielsen 2001). Cabe señalar, que la carga y descarga de los animales, al inicio y término del viaje, se realiza en los espacios domésticos o cerca de éstos, donde se almacenan los materiales y productos obtenidos por el trueque, como también los enceres relativos al viaje.

De la información expuesta hasta aquí, me interesa subrayar que estoy considerando al caravaneó

como la expresión final de una cadena productiva que incluye a la crianza y pastoreo de los animales, a la siembra, cosecha, recolección, extracción, elaboración de manufacturas, como los textiles, alimentos, además de la generación y almacenaje de excedentes. En tal sentido, la mirada no se centra sólo en los resultados del trueque, sino que incluye toda la producción doméstica, como el resultado de la vida cotidiana.

3. EL TRÁFICO DE CARAVANAS DESDE LOS MATERIALES.

Estos datos, de manera más o menos explícita, refieren al lector a la producción económica en una escala familiar o de la unidad doméstica³². Atendiendo a la extensión de las redes de interacción hipotetizadas por el modelo para el período, se estaría hablando de una escala que supera, en términos productivos y organizacionales, a la unidad doméstica que se ha aludido en la información etnográfica. Se trataría de sociedades capaces de emprender la menuda tarea de ordenar la producción agraria y la recolección de otros recursos y materias primas³³, realización de manufacturas, almacenaje temporal de productos para intercambio o provenientes de él para su redistribución y moverlos a través de distintos pisos ecológicos con producciones complementarias. Asimismo, se podrían haber movilizado grupos menores de su población de manera más o menos transitoria, para producir u obtener ciertos productos –esenciales o suntuarios. En este contexto, no resulta incoherente pensar en una sociedad jerarquizada, que haya contado con un grupo especializado en la ejecución del traslado y trueque de productos. Otra diferencia importante de considerar, es que el tráfico interregional para el período, es la sumatoria de bienes, entre los que se cuentan los rituales y de prestigio (Nielsen 1997/8; Núñez y Dillehay 1995), junto a los de subsistencia como los que se acaban de mencionar.

Con la información arqueológica, etnográfica, etnohistórica y etnoarqueológica recopilada hasta aquí, se puede estructurar un modelo de análisis desde los propios restos materiales que estarían dando cuenta del tráfico de caravanas, los que se encuentran en el registro del Período Intermedio

³² Entendida como el grupo de personas que viven y realizan sus actividades productivas en conjunto, constituyendo la unidad mínima de producción, consumo y administración (Browman 1994; Lecoq 1987).

³³ Como la extracción de minerales, considerando este potencial era conocido desde períodos previos e integraba ya al tráfico interregional (Núñez 1999; Núñez *et al.* 2003).

Tardío de Quillagua (ref. Capítulo 1).

En esta dirección, es importante como primera variable el patrón de asentamiento, que dé cuenta de la dinámica poblado – estancia o asentamiento satélite, cuyo emplazamiento se relacionaría a recursos, rutas o senderos, sitios de arte rupestre. Una segunda variable serían los sitios habitacionales, que independiente de su tamaño debieran contemplar recintos destinados a actividades domésticas y al almacenamiento de productos para el consumo familiar y para el trueque. Si se considera que la escala de producción en el período pudo ser mayor que la unidad doméstica, debieran hallarse silos, espacios de almacenamiento o de acopio, para la producción comunitaria local destinada al intercambio, o conteniendo bienes alóctonos, resultantes del trueque, para su posterior redistribución. Tanto a escala doméstica como comunitaria, en los depósitos se esperaría encontrar contenedores para su almacenamiento en buenas condiciones (contenedores tejidos, en cerámica o cestería). Además de productos agrícolas, la información etnográfica sugiere que en estos lugares se guardarían los objetos relacionados a la caravana: sogas, cabestros, ganchos, cencerros, costales, hondas, las protecciones de las patas de animales, entre otros (Nielsen 1997, 1997/8, 2001). También en los asentamientos y relacionado a ámbitos domésticos y públicos, habría espacios destinados a los corrales, o en su defecto, que los recintos y patios permitan el “encierra” de los animales para cargarlos. Estos, eventualmente, podrían estar dentro de los poblados o cerca de ellos y de espacios con forraje y agua. Si los corrales están en los asentamientos mismos, no sería extraño encontrar pastos traídos para alimentar a los animales. Un tema concerniente al funcionamiento del modelo, dice relación con cierta estabilidad poblacional que resida en los asentamientos. Esta información, derivaría de los sitios habitacionales mismos (número de recintos y su funcionalidad) y de la densidad de los depósitos de basuras (Adán 1996), pero también de los cementerios contemporáneos.

En acuerdo con la información entregada hasta aquí, una tercera variable que transversaliza varios de los aspectos señalados, es discriminar entre materiales locales y no locales. Recogiendo una observación de Nielsen, además de las evidencias actuales de la presencia de un producto, es importante considerar que existan “*indicadores de su extracción o producción, especialmente si la arriería es fundamental entre las actividades económicas*” (Nielsen 1997/8: 167), como parece haber sido durante el Período Intermedio Tardío. Estos materiales estarían presente tanto entre

los ajuares y ofrendas de los difuntos, como en los recintos domésticos, pero si se piensa en especialistas, aquellos debieran estar concentrados en otras habitaciones.

En el ámbito de la funebria, como cuarta variable, sería de esperar el hallazgo de una mixtura de elementos locales y no locales, tanto en ajuares como en las ofrendas. A su vez, el registro debiera arrojar, al menos ocasionalmente, ciertos objetos particulares de las caravanas como sogas, ganchos, bozales, cencerros, las protecciones para las patas de los animales y restos de camélidos domésticos (Figura 14). Obviamente este listado incluye las bolsas y capachos, además de otros contenedores como distintos tipos de vasijas cerámicas. Para concluir esta sección, creo que un último elemento que debiera considerarse en alusión a los caravaneros y al caminar (Sinclair 1994), son las sandalias de cuero. Me resultan impensables –asumo el prejuicio— largas travesías por una variedad de suelos, sin ningún tipo de protecciones en los pies. Además, si protegen las extremidades de los animales, no habría razones para no proteger las propias.

Estas conclusiones preliminares, resumidas en la Tabla 3, a partir del modelo de movilidad caravanera y de una variedad de antecedentes, permitirán leer de modo más apropiado el registro arqueológico del Período Intermedio Tardío de Quillagua. Así, esta propuesta se orienta no sólo a través del registro de los productos resultantes del tráfico, sino también por los objetos e indicadores relativos a la actividad caravanera propiamente tal, aspectos que retomaré en la discusión. Me centraré en profundidad sólo en las bolsas, las que estarían concernidas directamente en el traslado de productos, aspectos a los que me referiré en el Capítulo 3.

Tabla 3. Resumen de indicadores del tráfico de caravanas.

VARIABLE	ATRIBUTOS
Asentamiento	-Emplazamiento asociado a: recursos (pasto, agua, bosque, minas, canteras, etc.); senderos; arte rupestre (geoglifos, paneles de pinturas) -Patrón poblado — asentamientos satélites (estancia, aleros o abrigos rocosos, recinto aislado)
Sitios habitacionales	-Estabilidad poblacional: número de recintos, densidad de los basurales (desechos de productos locales y no locales), cementerios contemporáneos -Recintos destinados a actividades domésticas (dormitorio, cocina, almacenaje) -Depósitos domésticos o comunales conteniendo: productos locales y no locales; contenedores: costales o talegas , cerámica (local y no local), cestería; equipamiento caravanero -Corrales y patios o plazas
Cementerios	Ajuares / ofrendas locales y no locales; costales o talegas ; equipamiento caravanero; restos de camélido; prácticas funerarias locales y no locales.

CAPÍTULO 3

LAS BOLSAS EN EL CONTEXTO CARAVANERO

De los antecedentes expuestos en el Capítulo 2 resulta evidente que existe un conjunto de objetos que de manera más o menos explícita aluden al tráfico, entre los cuales se cuentan las bolsas, y más específicamente los costales. Justamente el presente Capítulo se definirá el objeto de estudio de esta memoria y profundizaré en su vinculación con las caravanas, desde un punto de vista material y funcional, para lo cual se usará información etnográfica con el fin de ilustrar de qué manera se insertan las bolsas domésticas en tales contextos. En este sentido, la información etnográfica que se presenta en las páginas siguientes, se usará bajo un enfoque etnoarqueológico, que permita establecer un puente entre el presente y el pasado. A través de las bolsas contemporáneas pretendo generar estándares que vinculen el comportamiento y los artefactos, para constituir correlatos materiales vinculados a la función de las bolsas arqueológicas, con las cuales se evaluar el registro arqueológico (Arnold 1999).

Para distinguir **función** de **uso**, me valdré de la definición de Heron y Evershed (1993) citada por Adán en su estudio del Pukara de Turi (1996: 28). En ésta, **función** es el término más amplio que comprende un conjunto artefactual en su totalidad, ajustándose a los contextos sociales, económicos y rituales de un sistema cultural, y a los roles que estos conjuntos juegan en dichos contextos; **uso**, se refiere a la tarea o las tareas utilitarias en las que se pone a dichos conjuntos.

De este modo, se asume la existencia de una intención funcional, que implica seleccionar los atributos relacionados con el desempeño de las bolsas en tareas utilitarias (Beck 2002; Chilton 1999). Este desempeño, al menos parcialmente, se relaciona con ciertas propiedades físicas y mecánicas que las bolsas deben cumplir; por ejemplo, propiedades de los hilados y del tejido para realizar transporte y carga, que serían particularmente apropiadas para someter a contrastación (Arnold 1999).

1. DEFINICIÓN DEL UNIVERSO DE ESTUDIO

Con el término bolsa, se alude no sólo a uno de los objetos más frecuentes en los depósitos funerarios del Período Intermedio Tardío; también a una variedad morfológica³⁴, material, técnica y decorativa, que comparte la función general de contener y transportar. A partir de las escasas sistematizaciones existentes (Cases 1997 a y b; Correa y Ulloa 2000; Horta y Agüero 1997; Sinclair 1996), se distinguen tres grupos o categorías de bolsas:

1.- Bolsas tejidas a telar con faz de urdimbre, de formas cuadradas, rectangulares, trapezoidales o semitrapezoidales, confeccionadas principalmente en fibra de camélido y algodón (Figura 1 a-e).

2.- Bolsas tejidas en técnicas de anillado, realizadas en fibra vegetal, con igual morfología que la señalada más arriba (Figura 1 f).

3.- Bolsas realizadas en técnicas de torzal y anudado, de formas alargadas o tubulares, confeccionadas en distintas fibras (Figura 1 g y h).

En esta investigación, el objeto central es el primer grupo, ya que concentran al grueso de las bolsas tejidas del período, mientras los otros dos grupos tienen frecuencias muy inferiores (Cases 1997 a y b; Sinclair 1996).

Chuspas, bolsa faja, *wayuñas*, talegas y costales son los términos que denominan a las bolsas del primer conjunto en la literatura arqueológica y antropológica. Cuando una pieza tejida a telar no presenta atributos decorativos, se usa simplemente el término “bolsa” (Agüero *et al.* 1997, 1999; Cases 1997 a y b; Cereceda 1978; Corea y Ulloa 2000; Espouey *et al.* 1995; Hoces de la Guardia y Rojas 2000, 2003; Horta y Agüero 1997; Sinclair 1996; Ulloa 1982 a y b; Zlatar 1984).

Los estudios realizados sobre textiles arqueológicos y etnográficos, permiten segregarlas en dos

³⁴ Uso el término morfología referirme a la forma geométrica y diferenciarla de la forma o pieza textil.

grupos o categorías³⁵ de acuerdo a sus funciones, que como se verá, tiene estrecha relación con su contenido. Las bolsas rituales que incluye a *chuspas* y bolsas faja y las bolsas agrícolas o domésticas, que engloba a *wayuñas*, talegas y costales. Es el segundo conjunto de bolsas el que está mejor representado tanto en los cementerios de Quillagua, como en otros de la cuenca del Loa y de los oasis sanpedrinos y, por tanto, es en ellas en los que se centra específicamente esta memoria. Coherentemente con su funcionalidad, estas bolsas son las que tendrían una relación más estrecha con la totalidad del proceso productivo relacionado al tráfico de caravanas, como se verá más adelante. Las otras bolsas también están presentes, pero en frecuencias notablemente inferiores, razón por la que se abordarán tangencialmente, pues tienen una “participación” menor en el contexto caravanero.

2.- BOLSAS PARA COCA O RITUALES

La información etnográfica señala a la *chuspa* o *wistalla* como una bolsa con decoración, que se usa para contener hojas de coca y la *llikta* o cenizas, con que se las mezcla para su consumo (Adelson y Tracht 1983; Arnold 1994; Cases 1997 a y b; C.E.M 1987; Cereceda 1978; Concklin 1998; Correa y Ulloa 2000; Espoueyes *et al.* 1995; Gisbert *et al.* 1987; Hoces de la Guardia y Rojas 2000; Horta y Agüero 1997; Medvinsky 2002; Montell 1926; Torrico 1989; Ulloa 1982 a y b; Zorn 1987). Es justamente su contenido más habitual y la importancia de éste en todo contexto ritual, lo que da origen a esta agrupación. Sin embargo, la denominación podría corresponder, como hacen muchos autores de habla inglesa, simplemente, a “bolsa para coca”, ya que estas hojas son consumidas habitual y cotidianamente por las poblaciones andinas. De este modo, tal vez sería oportuno diferenciar entre aquellas usadas a diario, de las que se emplean en ceremonias o fiestas importantes, tal como lo señala Medvinsky para Isluga (2002).

Hay consenso en que su uso no es en la actualidad exclusivo de algún grupo etario ni de género, aunque aparentemente en tiempos incaicos habría tenido una vinculación con los hombres (Adelson y Tracht 1983; Correa y Ulloa 2000; Gisbert *et al.* 1987; Horta y Agüero 1997). Las *chuspas* etnográficas aparecen en el marco de actividades agrícolas y pastoriles relacionadas

³⁵ En este contexto, se entiende por categoría a una división o clase dentro de un esquema de clasificación, que en este caso específico alude a la función.

principalmente a ceremonias en terrenos de cultivo, a la limpia de canales, de marcación de animales y rituales desarrollados durante el viaje (Castro y Varela 1994). Así, antes de dar inicio a la siembra, en Isluga, por ejemplo, se reparten hojas de coca a los ayudantes a modo de bendición de la tierra y de la actividad; durante la plantación, se disponen hojas de coca sobre una *llijlla* antigua, a modo de altar, que se mantiene en el terreno durante todo el proceso (Medvinsky 2002) para propiciar la producción. También se la encuentra entre los materiales usados en la ceremonia de marcación de los llamos, en Macusani, cerca de Puno en Perú (Zorn 1987), y hay antecedentes de que junto al cencerro se le pone una *chuspa* al delantero de la tropa, para que vaya “*coqueando*” para que no se canse (Nielsen 2001).

Las mismas fuentes coinciden en señalar que se trata de piezas rectangulares y/o cuadradas, sus tamaños varían de acuerdo a su lugar de origen, entre los 90 a 200 mm de ancho por 110 a 240 mm de alto. Está confeccionada principalmente en fibra de alpaca, aunque en la actualidad se han incorporado hilados sintéticos de colores artificiales en su decoración. Independiente de esto, coinciden en que están profusamente decoradas por medio de listas lisas de colores teñidos y/o con motivos decorativos complejos, es decir, tejidas en faz de urdimbre con decoración en urdimbres complementarias, flotantes y transpuestas. Como terminación, en las uniones laterales pueden tener complejos bordados o un tejido en aguja formando motivos geométricos simples; la apertura de la bolsa también puede presentar bordados y la base de la pieza tener aplicación de borlas y flecaduras (Figura 15 a). Suele usarse colgando al cuello, por medio de un asa que puede ser tejida o un cable³⁶. Generalmente, se tejen en telares de estaca o de cintura y como en la mayor parte de los textiles, las mujeres se encargan de su confección. Todas estas características las comparten las *chuspas* atacameñas contemporáneas (Hoces de la Guardia y Rojas 2000, 2003).

En contextos arqueológicos de los Desarrollos Regionales fueron parte del ajuar funerario en números variables, siendo muchísimo más frecuentes en los contextos de Valles Occidentales, que en los circumpuneños, donde no obstante, se distribuyen hasta el curso medio del río Loa (Agüero 2000; Cases 1997 a y b; Horta y Agüero 1997). Cuando es posible consignarlo, aparecen también conteniendo hojas de coca. Su morfología es más diversa (trapezoidal,

³⁶ Hilado producido por la retorsión de dos o más cabos.

semitrapezoidal, cuadrada o rectangular) y presentan una mayor variedad de colores teñidos y de técnicas decorativas que componen una rica iconografía (Horta y Agüero 1997); coherentemente, pueden presentar elaborados bordados de colores en sus terminaciones y/o aplicación de borlas. En general el asa corresponde a un cable, pero las de influencia incaica, pueden tener una huincha tejida en urdimbres complementarias (Figura 15 b).

Las **bolsas faja** por su parte, prácticamente no tienen referentes etnográficos³⁷. Sin embargo, se las considera en este mismo grupo, porque las arqueológicas comparten motivos decorativos con las *chuspas* y los paños ceremoniales o *inkuñas*, todas las cuales conforman un conjunto de piezas rituales, que aluden a trasladar y guardar³⁸ (Horta 1998; Zorn 1987). Asimismo, se han registrado conteniendo hojas de coca (Ulloa 1982 a y b).

Morfológicamente son rectangulares, de 35 a 60 cm de largo por 16 a 31 cm de alto. En términos de factura, se diferencian de otras bolsas de este grupo, porque el paño tejido se dobla en sentido vertical, es decir, de la urdimbre y se cierra por todas sus orillas, dejando una abertura central por el lado más largo. La pieza fue usada, como su nombre lo indica, como faja y amarrada por cables alrededor de la cintura. Esta diferencia de factura implica, por una parte, que es la única pieza que se usa en un sentido distinto al cual se tejió y que, una vez en uso, tiene un anverso y un reverso, muchas veces diferentes en términos decorativos. Así, el anverso suele tener motivos decorativos de diversa complejidad, mientras que el reverso presenta sólo listas de colores naturales, en una composición semejante a las talegas etnográficas (Figuras 15 c y d).

3. LAS BOLSAS DOMÉSTICAS O AGRÍCOLAS.

Esta denominación proviene, principalmente, de los datos que aporta Cereceda sobre las talegas de Isluga (1978) y que ha sido adoptada en estudios posteriores (Cases 1997 a y b; Correa y Ulloa

³⁷ Al respecto, Adelson y Tracht (1983) mencionan que a la fecha seguían en uso al oeste del lago Titicaca.

³⁸ Las *inkuñas* o *tari* y las *llijlla* o *awayu* completan el conjunto de tejidos usados para transportar y almacenar; ambas constituyen paños tejidos, que se usan para estos fines formando un atado. Las dos piezas están también emparentadas funcionalmente (*sensu* Zorn 1987), aunque el *awayu* tiene un uso más cotidiano, en el traslado de objetos para distintas actividades.

2000; Zorn 1987).

“(…) la wayuña, bolsita en todo igual a una talega pero más pequeña, y el costal, el conocido saco altiplánico, de un diseño tan semejante a la talega, aunque menos complejo y más tosco. (...) La unidad se produce no sólo al nivel del aspecto, sino también en relación a la función: las wayuñas sirven para llevar las semillas de quínoa durante las siembras. Las talegas llevan las semillas de papas. Los costales van y vienen de las chacras con semillas y cosechas. (...) En las bodegas (...) comparten el almacenamiento de los víveres (...) Wayuña, talega y costal conforman, entonces, una familia de bolsas que podríamos llamar “las bolsas dedicadas al alimento humano”, es decir, a su producción, almacenamiento y transporte. Resulta muy interesante que esa función que se vincula tan estrechamente con la agricultura y el hogar, se presente en relación directa con un diseño específico y constante.”
(1978.: 50-51).

Se puede afirmar, entonces, que no hay grandes diferencias en cuanto a técnicas, materiales, ni decoración y que estas semejanzas afirman su parentesco funcional, el que se relaciona fuertemente con actividades agrícolas y domésticas. Las principales diferencias corresponden a la morfología y los tamaños (Figura 16). Así, las *wayuñas* y talegas son cuadradas a rectangulares, en cuyo caso las diferencias entre alto y ancho no superan los 20 mm, produciendo aproximadamente la imagen de un cuadrado. Las *wayuñas* miden entre 80 y 150 mm, mientras que las talegas oscilan entre los 180 a 500 mm. Las talegas que bordean la última medida, en Macha, Bolivia (Departamento de Potosí) se denominan costales chicos (Torrico 1989). Los costales, por su parte, son rectangulares –marcando una clara divergencia morfológica con sus parientes— y de grandes dimensiones, de unos 600 mm de ancho promedio; con 1200 mm para los más altos, el cual se denomina *sayiri*, 1000 mm para los medianos o “carga costal” y uno más pequeño, sin especificación de tamaño, denominado “aroba” o incluso “talega grande” (Cereceda 1978).

Éstos constituyen un tejido de muy buena factura, con hilados de grosor parejo para que mantengan la tensión y soporten la tracción, para el uso que se le dará en los viajes de trueque

(Com. pers., Nielsen, 2002; Torrico 1989). En su confección intervienen hombres y mujeres, al menos en Macha; así, las mujeres hilan y lo tejen y los hombres se encargan de la factura, es decir, doblarlo y coser sus orillas. En la misma localidad serían ellos quienes los reparan (Torrico 1989), aunque Lecoq (1987) informa que en Potosí, la reparación también es una labor femenina e incluso, que al estar cada reparación relacionada a un viaje, la cuenta de éstas permitiría estimar la “edad” de un costal. Su confección es doméstica, lo que determinaría una suerte de identidad familiar en su decoración (Lecoq 1987). Sin embargo, el costal es una prenda valiosa por el cuidado que exige en cuanto a hilatura y tejido; por lo tanto, no se descarta fácilmente y se puede heredar (Lecoq 1987; Torrico 1989). Así, los costales contemporáneos tras una larga vida útil pasan a formar parte de los aperos de los burros, los que en viaje son usados para la cama de los caravaneros (Lecoq 1987).

A pesar de estas diferencias, las tres piezas comparten atributos decorativos que usan listas gruesas y finas alternadas, de colores contrastantes, principalmente naturales (Figura 16). Las listas se disponen en número impar, de modo que la central segmenta verticalmente al tejido en dos mitades iguales; a su vez, cada una de éstas suele dividirse en otras dos. Sólo ocasionalmente se incorporaría alguna lista decorada o usando colores artificiales, la que se situaría en el centro. Sobre la realización de estas bolsas, Cereceda (1990) plantea, por una parte, que se tejen a partir de hilados de colores que aparecen en pequeña cantidad en el animal o con hilados que sobraron de la confección de piezas más importantes (como *llijllas* o mantas). La virtud de la tejedora se refleja en el resultado final que debe tener un máximo de colores posibles, dispuestos en franjas angostas, organizados para producir las divisiones señaladas con un máximo contraste entre franjas.

Comparadas con las talegas, la *wayuña* tendría menos exigencias en cuanto a normar su decoración y el costal no alcanzaría los niveles de complejidad de la primera. Las mujeres tejen estas tres piezas en telar de suelo o cintura, dependiendo del tamaño. En relación con la fibra, las de Isluga se tejerían en alpaca (Cereceda 1978, 1990; C.E.M. 1987), pero en el altiplano boliviano se confeccionan con hilados de llama (Lecoq 1987, 1991). Las terminaciones consistirían en un encandelillado o un festón sencillo. Tanto la *wayuña* como la talega se usan colgadas al cuello o prendidas con un alfiler de gancho, para dejar las manos libres. Los costales,

dado su tamaño y su relación con la carga y el almacenamiento, se mantienen cerrados por medio de una costura.

Cabe destacar que actualmente en la región atacameña no se menciona a la *wayuña*, mientras que talegas y costales se confeccionan en fibra de camélido, con decoración basada en listas verticales de colores naturales; ocasionalmente, las talegas incluyen una lista de color teñido o decorada que va en la franja central, mientras que las listas verticales anchas de los costales, pueden alternar con listas finas, manteniendo un patrón simétrico (Hoces de la Guardia y Rojas 2000, 2003).

En general, esta descripción se ajusta bastante bien a la muestra arqueológica disponible para este estudio, pues no obstante las diferencias de tamaño, comparten un mismo patrón decorativo; cuando presentan contenidos, corresponden a maíz o harinas y los costales arqueológicos están profusamente reparados. Sin embargo, las discrepancias más notables se refieren a la incorporación de colores artificiales en las listas, y a la presencia de decoración en las mismas (entre una y cinco), logradas tanto por el tejido en faz de urdimbre, como por urdimbres complementarias o transpuestas; asimismo, se puede reconocer con cierta frecuencia el uso de terminaciones ligeramente más elaboradas, como el festón anillado sencillo. Muchas veces en los contextos arqueológicos aparecen invertidas, es decir, con la terminación por el interior de la pieza y sus bocas cerradas por un hilván o encandelillado (“matadas”). El asa, si la presentan, suele corresponder a un cable.

A.- Las bolsas domésticas en el ciclo productivo

Uno de los usos más claros de las bolsas, es en las tareas relativas a la producción agrícola, donde están presentes a lo largo de todo el proceso: las *wayuñas* llevan las semillas a las chacras durante la siembra, prendidas al pecho por un gancho o colgando del cuello por medio de un tirante, dejando las manos libres para sembrar; algo similar ocurre con las talegas que llevan las semillas de papa, mientras que los costales, trasladarían las semillas hacia las chacras y los productos a las residencias (Cereceda 1978; Medvinsky 2002).

De este conjunto, la *wayuña* es la pieza que tiene un uso más específico y definido: sólo contiene

semillas de quínoa y se usa en el proceso mismo de la siembra, es decir, para trasladar en la chacra las semillas entre el contenedor en que se transportaron desde la residencia –generalmente una talega—, y la tierra labrada (Figuras 17 a y b). Consecuentemente, las mujeres las tejen para cada miembro de la familia en edad de sembrar (C.E.M., 1987; Medvinsky 2002). Cereceda (1978) las señala también en uso en las cocinas, junto a las talegas, para la preparación del alimento diario. Sin embargo, pueden aparecer, con las talegas en ceremonias previas al inicio de la siembra, conteniendo quínoa y papa, respectivamente, lo que confirmaría su relación con la semilla y las labores agrícolas (Cereceda 1978).

Las talegas, en el contexto de la siembra de la papa, además de contener las semillas en un uso similar a las *wayuñas* (Figura 17 c y d), son las encargadas de trasladar semillas y alimentos, como *pito* o harina tostada de quínoa, *tostado* o maíz tostado y azúcar, desde las residencias hacia los terrenos de cultivo³⁹, de pastoreo y durante los viajes de las caravanas. En este contexto contienen, además de los alimentos mencionados, sal, papa fresca o *chuño*, harinas y *charqui*, y se trasladan al interior de costales o en paños atados o *awayus* (Com. pers., Nielsen, 2002; Lecoq 1987). Se usan también para almacenar productos y alimentos, obtenidos por cosecha o trueque, en los depósitos y para “trasvasijar” desde los sectores de almacenaje a las cocinas, en la preparación de las comidas diarias (Cereceda, 1978; Medvinsky 2002). Aparte del uso en ceremonias agrícolas, Cereceda señala que a los cadáveres se les deposita en el pecho una talega con alimentos (1978). Asimismo, Torrico (1989) afirma que en Bolivia, el llamo delantero, lleva una talega con maíz tostado, que le sirve de alimento en su viaje a los valles para que no se canse.

En un nivel simbólico, Cereceda (1978, 1990) informa que las talegas, al menos en Isluga, son percibidas por las mujeres como un animal, dotado de corazón, cuerpo y boca; esta última, sugiriendo una relación con el alimento. Por su parte, los hombres, sin negar esa lectura, enfocan la propia desde un punto de vista espacial, distinguiendo a la lista central como el pueblo, las dos mitades como los dos *ayllus* y las otras listas como estancias, en una clara alusión a las tierras de cultivo. Asimismo, las listas que componen el diseño, de colores contrastantes, intercambian una más fina cada una para “mediatizar” el contraste óptico, lo que de acuerdo a la autora simboliza

³⁹ Es necesario señalar que para trasladar enceres, esta función la suelen cumplir otros tejidos que comparten con las bolsas esta pragmática: las mantas, de distinto tamaño, cruzadas por la espalda y atadas sobre el pecho (Medvinsky 2002; Zorn 1987).

una relación madre-cría, que insinúa procreación y fertilidad. Esto implicaría “descendencia” para la semilla, que en la chacra o sembradío la semilla germine; “multiplicación” para el alimento, que en la bodega y en la cocina el alimento “alcance” (1978); a lo que se podría agregar que en los viajes, dentro de los costales, exista “abundancia y fertilidad” para el trueque.

La forma que alude más directamente a las caravanas son los costales, pues son esenciales para transportar productos para el intercambio entre distintos pisos ecológicos. Sirven también en la siembra y cosecha para cargar productos a mayor distancia (Figura 17 e); por ejemplo, semilla de papa a la chacra y luego de la cosecha, entre los terrenos de cultivo y las residencias (Torrico 1989; Zorn 1987). Se usan también en labores agrícolas, para separar y almacenar la papa para semilla, de la que se deshidratará para *chuño*⁴⁰. Invariablemente van a parar a los depósitos domésticos, donde se los almacena apilados para proveer de alimentos a la familia durante el año y, en tal sentido, el costal, constituye el mejor y más cómodo medio para almacenar granos (quínoa, maíz) o harinas, cerrados por medio de espigas de cactus o de una costura⁴¹ (Figura 17 f).

En relación con el almacenamiento, Lecoq (1991: 217-219) informa que considerando un promedio de 550 a 600 mm de ancho, 850 a 900 mm de alto y 250 a 300 mm de espesor una vez llenos, pueden almacenar un volumen aproximado de 135 litros, lo que atendiendo a las diferencias de peso por volumen, permiten almacenar un máximo de 112 kg si está repleto o 100 kg si no está totalmente lleno. Estos se pueden guardar formando columnas de una cantidad variable de costales según su espesor y dejando, eventualmente, espacio para ventilación. El último sistema se usa en los viajes para confirmar el estado de la carga, mientras que se usa para guardar en las piezas-depósito adyacentes a las viviendas y produce el amontonamiento de los granos. Asimismo, existiría una relación estrecha entre el volumen de los silos y el tamaño de los costales, pues éstos una vez alineados en el interior, se adaptan exactamente al tamaño del recinto y al tamaño de los vanos para manipularlos. De este modo, las cantidades almacenadas permitirían el consumo familiar, reserva para años malos y el excedente para el trueque.

⁴⁰ Al respecto, aparentemente las papas no se almacenan en costales, porque brota, sino sobre paja brava cubierta por algún tejido (Lecoq 1987; Medvinsky 2002; Torrico 1989).

⁴¹ Para detalles del almacenamiento de papas y quínoa, ver (Lecoq 1991).

La importancia de los costales en el contexto caravanero radica en su potencial de carga (Figura 18 a), el cual se relaciona directamente al tamaño y a su uso como unidad de medida (peso y volumen) con el cual se rige y regula el intercambio (Cereceda 1978; Lecoq 1987, 1991; Nielsen 2001). Esto implica que su tamaño es estandarizado y que aluden de manera más directa que otras piezas al trueque y su materialización. De hecho, se menciona la equivalencia entre costal y arroba (Lecoq 1985, 1987), medida que corresponde a 12.5 kg ó $\frac{1}{4}$ de costal. Este fraccionamiento, se debe a que las llamas cargan entre 25 hasta 45 kg, es decir, 2 a 3 arrobas como máximo. Aún dentro de esa estandarización de tamaño, Torrico (1989) menciona que entre los Macha de Bolivia, se tejen de dos tamaños, relacionando cargas con la edad de los llamos. Así, el “quintalero”⁴² serviría para machos viejos y otro más pequeño para los jóvenes que hacen sus primeros viajes; consecuentemente, tendrían mayor cantidad de listas en la decoración los costales que cargan los machos viejos. Asimismo, Nielsen (1997/8; 2001) señala que al partir se llevan costales vacíos, los que volverán llenos una vez realizado el trueque. Adicionalmente, Lecoq (1987: 23, Lámina 2) señala que durante el viaje, los costales llenos y toda la carga, se usan para formar paravientos o parapetos en los campamentos (Figura 18 b).

Durante el trueque propiamente tal, para establecer las fracciones y equivalencias de distintos productos, se usa la mano (como “cuartas”), marcando la posición por medio de una costura con un hilado rojo en sentido horizontal (Lecoq 1987; Torrico 1989).

Por otra parte, los costales estarían vinculados a distintas ceremonias relativas a los llameros o caravaneros (Com. pers., Nielsen, 2002), así como al marcado de animales. En este último contexto, se les registra en Macusani (Puno, Perú), formando parte de los atados rituales empleados en la marcación de los animales del rebaño familiar⁴³; en esta ceremonia, se les utiliza como “mesa”, doblado en cuatro, disponiéndose sobre él hojas de coca y otros implementos usados para este efecto, de los cuales menciono los tejidos: mantas pequeñas o *inkuñas*, sogas, *chuspa* (Zorn 1987). Al respecto, la autora menciona que dentro del atado ritual para esta ceremonia, se juntan objetos que integran en un nivel simbólico distintas zonas altitudinales, necesarias para maximizar el cuidado de los animales y los recursos esenciales para el modo de

⁴² El quintal en España corresponde a 46 kg, mientras que en Bolivia oscila entre 46.6 a 48.5 kg (Lecoq 1991: 217).

⁴³ En la marcación, se perforan las orejas de los animales para introducir hilados de colores, las flores, con lo cual se les enviste de identidad socio cultural, es decir, el animal pertenece a una familia (Torrico 1989; Zorn 1987).

vida pastoril.

Nielsen (1997/8, 2001), menciona también costalitos o miniaturas de los originales, que contienen los productos que se pretende obtener durante el viaje. Estos, permanecen guardados en las bodegas, junto al resto del utillaje relativo a las caravanas y se usan durante el viaje en el ritual principal, que se relaciona con pedir a los *mallku*⁴⁴, por el buen desarrollo del viaje y el trueque. Estos habrían sido realizados intencionalmente en ese formato para esa función (Com. pers., Nielsen, 2002).

De acuerdo a Torrico (1989), el costal tiene connotaciones simbólicas similares a las de las talegas, lo que deriva de su parentesco funcional y del uso de iguales atributos decorativos. Así, por el hecho de compartir las listas gruesas y delgadas, en relación madre-cría, se refuerza también la noción de fertilidad y reproducción de los productos transportados y almacenados en los costales. Igualmente, estas listas aluden a conceptos espaciales como muros de piedra o divisiones naturales o como límites que refieren también al *ayllu*. Los colores empleados, asimismo tendrían relación con los productos y el piso ecológico del cual proceden⁴⁵. De igual modo, se sugiere el zoomorfismo del costal, dotado de corazón, boca —que refuerza su condición de contenedor—, manos y trasero, siendo sugerente que le falten las patas para desplazarse, función que cumplen los llamos. A diferencia de las talegas de Isluga, no hay vaguedad en relación al animal: se trata de un sapo que alude a lo subterráneo, a lo femenino (la vagina) y, en consecuencia, refuerza el concepto de fertilidad para las relaciones de intercambio y sus productos. Su diseño connota conceptos esenciales para el intercambio de bienes entre las partes: simetría e igualdad. Además, el tejido y color ocultan, almacenan y protegen el alma del producto, para que se “acostumbre” en la puna y continúe procreando dentro de la pieza textil (Torrico 1989).

De acuerdo a la información entregada, las actividades relacionadas al caravaneo se vinculan

⁴⁴ Cerros tutelares y, al mismo tiempo, el lugar en que viven los ancestros.

⁴⁵ Entre los Macha, el blanco representa la sal como un producto de la alta puna; el negro, a la papa o *chuño*, de la puna baja; el beige, al maíz de los valles y el café al trigo, provenientes de espacios entre la puna y los valles (Torrico 1989). En relación a este punto, existen algunos estudios que sugieren una relación entre los colores de las listas de las talegas y los nudos de los *quipus* incaicos (Asher y Asher 1980; Cereceda 1978; Flores Ochoa y Fiel 1989).

tanto a la producción agrícola como al pastoreo, al tejido, el almacenamiento de productos agrícolas, como al traslado de productos a través de caravanas. En ese sentido, todo lo expuesto es elocuente ya que ilustra cómo estos tejidos domésticos participan en la red productiva y son parte significativa de la materialidad del tráfico de caravanas. De aquí se desprende que todas las fases de la producción económica, están en últimos término vinculadas a los viajes, desde la siembra hasta el trueque mismo. Y, como es evidente, en todas estas tareas específicas hay alguna bolsa doméstica presente. A nivel simbólico, es también sugerente la redundante referencia a los conceptos de fertilidad y abundancia a los que aluden estas bolsas, visibles para quienes ven estas piezas, y “enviados” a sus contenidos.

En consecuencia, se podría afirmar que la *wayuña* es la bolsa doméstica más especializada y que alude de manera casi exclusiva a la siembra, específicamente de la quínoa, por tanto, su hallazgo en el registro arqueológico aludiría a tal actividad. La talega por su parte, además de participar en la siembra de productos distintos a la quínoa, hace referencia al traslado de alimentos a pequeña escala, relacionado con actividades productivas, como también a la manipulación y preparación de alimentos, todas ellas a escala doméstica. El costal aludiría entonces al almacenamiento de productos para la provisión de alimentos en el ciclo anual y en ese sentido se podría vincular con la producción destinada al intercambio; asimismo, refiere explícitamente al traslado a mayor distancia y volumen que las talegas.

B. Del uso en vida al contexto arqueológico

Hasta aquí se puede señalar que las bolsas domésticas se relacionan con una economía agropastoril. Considerando que la totalidad de los textiles tratados provienen de cementerios, cabe preguntarse sobre el tránsito de las bolsas desde un contexto de uso en vida al de la muerte. Aunque se ha mencionado que algunas talegas con alimentos se depositan con los difuntos, existen otros antecedentes en este sentido.

Los estudios sobre ritos mortuorios contemporáneos, coinciden en señalar que el pensamiento andino conceptualiza a la muerte como un viaje, hacia otra dimensión de la tierra, situada más allá del mar (Acosta 2001; Bascopé 2001; Fernández 2001; Harris 1983; Ortega 2001; van Kessel

2001). Así, lo subterráneo, pasado y nocturno, propio de los muertos, aparece como opuesto a lo terreno, presente y diurno, el ámbito de los vivos. La muerte, en cuanto otra dimensión reproduce a la vida y, por tanto, los muertos tendrán conflictos, amarán, y sobre todo, trabajarán para los vivos. Con esto se sugiere no sólo que los muertos son los abuelos, los gentiles, los antepasados, e intermediarios entre los vivos y las divinidades; sino también, que su trabajo en el mundo subterráneo, propiciará la fertilidad y abundancia de campos y animales, labrando y regando la tierra, pastoreando al ganado y atrayendo las lluvias. En este sentido, los muertos son la semilla de la cual surge la vida y de esta manera, no están separados del mundo de los vivos: son parte del gran ciclo vital, en permanente destrucción y renovación. De hecho, los mismos autores recién citados coinciden en señalar a la Fiesta de los Difuntos y Todos los Santos como una propiciación de la temporada de siembra y de las lluvias, fundamentales para el éxito de la actividad agrícola. Esta relación entre fertilidad y abundancia para tierra y animales, se ve de algún modo reforzado por el proceso de “cavar” la tumba, usando artefactos vinculados a la actividad agrícola (Gavilán 1998).

La muerte, en cuanto viaje, también requiere de un utillaje que actualmente se dispone en los ataúdes. Dentro del rito mortuorio, se señala con frecuencia el sacrificio de uno de los llamos del difunto para que le ayude a llevar sus pertenencias a su nueva residencia. Aquellas consisten en las vestimentas del fallecido, alimentos dispuestos en talegas y costales, al igual que hojas de coca depositadas en *chuspas*, para aplacar el cansancio de la larga caminata a su nueva morada. En este sentido, los objetos que acompañan al difunto, tendrán los mismos usos que en vida. Esto es extensivo a otros artefactos con que se los entierra: sogas, hondas, vestuario, objetos personales como frazadas y cama, objetos favoritos, etc.; en definitiva, todo aquello que requerirá para habitar y trabajar en su nuevo hogar (Gavilán 1998). Sólo en caso de que algún objeto sea extremadamente valioso, se podría reemplazar por una miniatura, observación sumamente insinuante, en relación a los “saquitos amuletos” y a la cantidad de reparaciones que presentan los costales arqueológicos en San Pedro de Atacama (*vide infra*). Preliminarmente, se puede plantear que en tales oasis San Pedro de Atacama, se habrían desarrollado prácticas de éste tipo, pues a juzgar por la intensidad de las reparaciones de los costales, se presume el valor que éstos habrían tenido; asimismo, con frecuencia se depositaron “saquitos amuleto” en los contextos funerarios, posiblemente en reemplazo de los costales.

Atendiendo a la información previamente señalada en torno a la función de las bolsas en el ciclo productivo, junto a la concepción de la muerte como un viaje hacia un piso subterráneo, el cual se vincula con la propiciación de la fertilidad y la abundancia, resulta casi una consecuencia lógica que se depositen bolsas en los entierros. Considerando las numerosas bolsas presentes en los contextos funerarios del Período Intermedio Tardío, se puede suponer una relación similar de estas piezas en el ámbito mortuario y que tanto en vida como en la muerte hayan cumplido iguales funciones. Desde esta perspectiva, lo que está en el contexto funerario reproduce al contexto en vida, por lo tanto, ofrece un canal para analizar las bolsas domésticas y su vinculación con la producción que sustenta al tráfico de caravanas.

4. EXPECTATIVAS MATERIALES PARA LAS BOLSAS ARQUEOLÓGICAS

Tal como se anunció al comienzo del capítulo, su objetivo era no sólo ilustrar la vinculación de las bolsas con el sistema agro pastoril en general y con el tráfico de caravanas en particular; sino que además, especificar ciertos atributos susceptibles de ser contrastados en las bolsas arqueológicas. En consecuencia, de esta información se derivan expectativas materiales relativas en primer lugar, a morfología y tamaños.

Este conjunto de variables es fundamental, porque corresponde a la primera instancia de selección al tejer una prenda, ya que desde el urdido o disposición de los hilados de la urdimbre en el telar queda definido el tipo de bolsa, su morfología, tamaño y decoración. El largo y ancho de las bolsas debiera presentar una distribución trimodal con solución de continuidad, que refleje cierta intencionalidad en la selección de tamaño entre las tres categorías. Dentro de cada una de éstas, debiera existir un rango de tamaños acotado y si la información etnográfica atacameña tiene continuidad hacia el pasado, la categoría *wayuña* debiera estar ausente o muy escasamente representada. Morfológicamente, *wayuñas* y *talegas* debieran ser cuadradas o rectangulares con diferencias entre largo y ancho, iguales o inferiores a los 20 mm. En los costales, se debieran advertir formas rectangulares, de largo mayor que el ancho.

Desde un punto de vista técnico, no debieran existir diferencias significativas en las técnicas de

manufactura, ni en los materiales empleados para la confección de cada categoría; éstos corresponderían al tejido a telar con ligamento faz de urdimbre y fibra de camélido, respectivamente. Asimismo, los costales debieran presentar, predominantemente, hilados de torsión fuerte y tejido denso, es decir, con un alto número de urdimbres y tramas por centímetro cuadrado. Consecuentemente, las reparaciones debieran ser frecuentes en este tipo de piezas.

Sobre la decoración, no debieran existir grandes diferencias en las técnicas decorativas, ni en el diseño o composición espacial de las tres piezas, aunque *wayuña* y *costal* no tendrían el nivel de excelencia de las *talegas* en la ejecución del diseño. Éste se basaría en el uso de listas lisas de tonos contrastantes, y en la presencia de un eje central, que divide el espacio tejido en dos mitades, las que se subdividirían por dos ejes secundarios. La introducción de listas decoradas con recursos distintos a la variación de color, serían muy poco frecuentes y se dispondrían preferentemente en la lista central. Los colores empleados serían predominantemente naturales y si se tejieron con remanentes de la confección de otras piezas, se debiera encontrar variaciones significativas en los colores empleados, particularmente en la urdimbre. De ser efectivo que la decoración de los costales en particular se vincule a la pertenencia a una familia, en un sentido más amplio tal vez que el de la unidad doméstica, sería esperable que la combinación de atributos decorativos tenga cierta distribución entre subzonas, considerando los altos índices de movilidad constatados en tiempos históricos y subactuales (Martínez 1998). Finalmente, las terminaciones de urdimbre y trama serían sencillas, generalmente encandelillado o festón sencillo.

Con esta información, creo haber constituido una serie de patrones materiales contra los cuales contrastar las bolsas arqueológicas, lo que permitirá definir las desde sus propios atributos y no ajustando el registro arqueológico al etnográfico. Consecuentemente, el análisis se centrará en las bolsas domésticas y su distribución en los cementerios de Quillagua y otros contemporáneos, para posteriormente discutir y comparar este tipo de información con aquella proveniente de las ofrendas, ajuares, cementerios y del asentamiento, definidas en el Capítulo 2. Con esto espero contribuir a la comprensión de las dinámicas económicas y sociales ocurridas en la localidad, en particular lo concerniente a su incorporación a los circuitos caravaneros del Período Intermedio Tardío.

CAPÍTULO 4

METODOLOGÍA

El propósito de este capítulo es dar a conocer el material que compone la muestra, explicitar la metodología, definir las variables y el tipo de análisis que se realizará de las bolsas domésticas. Como las expectativas materiales derivadas de información etnográfica para contrastarlas con las bolsas domésticas arqueológicas fueron señaladas al final de Capítulo 3, me extenderé aquí en definir las variables textiles y cómo se abordará el análisis de éstas.

1. EL MATERIAL

El material que se tratará a continuación consiste en bolsas arqueológicas que proceden de cementerios con ocupaciones del Período Intermedio Tardío de las Subáreas Circumpuneña y de Valles Occidentales, los últimos incluidos en virtud de la situación de frontera de Quillagua y de la interacción que documenta con Tarapacá. Los materiales de Quillagua, proceden tanto de la recolección que hiciera Latcham (1933, 1938)⁴⁶ en la década del 1930, como de las excavaciones realizadas en los Cementerios Oriente y Poniente en el contexto del proyecto FONDECYT 1950071⁴⁷ (Agüero et al. 1997, 1999). Para el Loa, se revisaron las colecciones de Chacance y Chiu Chiu⁴⁸, la primera recuperada en las excavaciones de Castellón, Téllez, Bustos y López, entre 1979 y 1983, y la segunda obtenida por Núñez y Dauelsberg en 1963. Los escasos materiales de San Pedro de Atacama, fueron recuperados por Le Paige entre 1957 y 1964 en Solor y Catarpe 2, por Mostny en 1948 en Peine, como de un rescate más reciente en Solcor⁴⁹, todos con ocupaciones del Período Intermedio Tardío (Agüero 2000). Por su parte, los materiales

⁴⁶ Depositada en el Museo Nacional de Historia Natural.

⁴⁷ Actualmente se encuentran depositados en el Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo G. Le Paige, de la Universidad Católica del Norte (IIAM), San Pedro de Atacama.

⁴⁸ La colección de Chacance se encuentra depositada en el Museo Municipal de María Elena; la de Chiu Chiu en el Museo Arqueológico San Miguel de Azapa.

⁴⁹ Material inédito recuperado en calle Kcilapana en agosto del 2002. Éstos y los materiales recuperados por Le Paige y Mostny, se encuentran depositados en el IIAM.

de Doncellas fueron recuperados por Casanova entre 1941 y 1943⁵⁰ y sus fechas se agrupan entre 1210-1310 DC y entre 1590–1640 DC (Pérez de Micou 1997). Finalmente, el Cementerio de Pica-8 fue excavado en 1965 por Núñez⁵¹ y cuenta con una fecha promedio de 1000 DC (Zlátar 1984). El universo total de bolsas recopiladas en esta investigación es de 610, cifra que incluye piezas completas y fragmentos, correspondientes a todas las categorías de bolsas señaladas en el Capítulo 3 y se distribuyen como se señala en la Tabla 4.

Tabla 4. Composición de la muestra total de bolsas.

Col. Pica	Cem. Oriente	Cem.O. Alto	Cem. Poniente	Colecc. Latcham	Chacance	Chiu Chiu	Solor	Solcor	Catarpe2	Peine	Col. Doncellas	Total
129	124	30	122	43	44	10	21	6	11	1	69	610

El estudio de colecciones de otras localidades en este contexto tiene propósitos tanto comparativos con el material de los cementerios de Quillagua, pero principalmente responde a la necesidad metodológica de constituir referentes con los cuales abordar el material fragmentario sin atributos formales, provenientes de dichos cementerios, con un alto grado saqueo. Tales referentes permitieron en primera instancia asignar fragmentos a piezas completas –bolsas, túnicas, fajas, taparrabos o tocados—, con lo cual abordar el estudio de la localidad (Agüero *et al.* 1997, 1999).

Para cada pieza y fragmento, se consignó en una ficha de registro⁵² todas las variables formales, técnicas y decorativas presentes, de acuerdo a su estado de conservación. Estos datos fueron luego vertidos en una planilla Excel, para su manejo resumido⁵³.

⁵⁰ Esta colección se encuentra depositada en el Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti en Buenos Aires y en Tilcara en Jujuy, ambos dependientes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

⁵¹ La colección se encuentra depositada en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Antofagasta.

⁵² Esta ficha de registro fue desarrollada de manera conjunta con Carolina Agüero en el contexto del Proyecto FONDECYT 1950071, y ha sido usada en investigaciones posteriores (FONDECYT 1930202, 1960113, 1970073, 1990168, 1030923 y Fundación Andes C-23603-44).

⁵³ Anexos N° 1 y 2: Base de Datos y Estados de las Variables para las bolsas.

2. LAS VARIABLES TEXTILES

A. Morfología

La primera variable relativa a la forma, corresponde a las dimensiones de largo y ancho expresados en milímetros, por tanto, de tipo proporcional. La morfología, corresponde a la forma geométrica que adopta cada pieza una vez terminada y es de tipo nominal (cuadrada, rectangular, trapezoidal o semitrapezoidal). En este sentido las diferencias, se refieren a la factura, es decir, a la manera en que se confecciona cada pieza. De este modo, en todas las bolsas tejidas a telar, la morfología resulta a partir del tejido de un paño rectangular o hexagonal, doblado en sentido horizontal (que coincide con el sentido de la trama), que posteriormente es cosido en sus uniones laterales para crear la bolsa.

B. Técnica

En este grupo se conjugan la técnica de manufactura o tejido, el tipo de ligamento, los hilados y sus características, las materias primas y las reparaciones.

Las técnicas de manufactura se refieren a la manera en que se entrelazan los hilados para producir el tejido. En general, se segregan entre el tejido a telar y otras técnicas textiles que producen diferentes estructuras adecuadas a distintas funciones y usos de las bolsas. Como se señaló en el Capítulo 3, existe un porcentaje muy inferior realizada en otras técnicas (Figura 19), a las que me referiré al conformar el total de bolsas presentes en los cementerios de Quillagua y comparar la distribución de las distintas categorías.

Todas las bolsas domésticas en estudio se tejieron a telar, definido a partir del cruce, en principio ortogonal, de dos sistemas de elementos o hilados, urdimbre (vertical) y trama (horizontal); suele generar estructuras cerradas y compactas apropiadas, por ejemplo, para la contención y traslado de materiales pequeños o finos que, sin embargo, pueden llegar a constituir cargas pesadas (Figura 20 a-b).

De esta técnica se pueden generar distintos tipos de ligamentos. Entre ellos se cuenta el ligamento tela, en que tramas y urdimbres se encuentran en números similares y el tejido no es particularmente denso, lo que permite que ambos elementos sean visibles (Figura 20 c). En el ligamento faz de urdimbre, como su nombre lo indica, las urdimbres ocultan a las tramas (Figura 20 d), lo que implica la existencia de un número mayor de urdimbres que tramas, o que las primeras son más gruesas que las segundas⁵⁴. Esta variable, obviamente, es nominal.

La densidad del tejido se refiere al número de urdimbres y tramas por cm^2 , ordenada en los siguientes rangos para la urdimbre: baja (hasta 19 hilados), media (entre 20 y 39) y alta (mayor o igual a 40); para la trama: baja (hasta 5), media (entre 6 y 10) y alta (mayor o igual a 11). El número de estos elementos incidirá en que el tejido sea más o menos compacto y tiene cierta vinculación con la variable ligamento.

En el análisis de hilados de trama y urdimbre, se consideran distintas variables que permiten su caracterización. La primera de ellas es la materia prima, también una variable nominal, que se refiere a las fibras usadas en los hilados con que se confeccionaron las piezas, incluyendo en este caso la fibra de camélido o algodón⁵⁵.

Para lograr que fibras de un largo discreto se vuelvan un haz continuo o **cabo**, unidad textil mínima, es necesario torcerlas (Figura 21 a). La torsión se puede hacer de izquierda a derecha, lo que genera una línea diagonal denominada **S**, o en sentido inverso, generando una diagonal **Z**; los cabos así obtenidos, son generalmente **retorcidos** en número de 2 ó **torzal**, volviendo a generar estas diagonales (Figura 21 b y c). Dependiendo de la calidad del proceso de torsión y retorsión como de la intención de quien hila, se generan hilados **regulares**, de grosor continuo o irregulares, es decir, con tramos más gruesos que otros. El número de **colores** de las fibras empleadas también caracteriza a un hilado, pudiendo ser monocromo, o molinés cuando se usaron dos cabos de distinto color (Agüero 1995 c). La combinación de estas variables genera distintos tipos de hilados, que para efectos de este análisis se han resumido en dos denominaciones de acuerdo al número de cabos y colores, regularidad del hilado, torsión de los

⁵⁴ El tejido en faz de trama tiene características opuestas, es decir, que la trama oculta a la urdimbre (Figura 20 e). Sin embargo, en la muestra no hay bolsas domésticas con estas características.

⁵⁵ La fibra vegetal está presente sólo en las bolsas confeccionadas en técnica de anillado.

cabos y retorsión final del hilado: torzal, monocromo, regular 2ZS y molinés regular 2ZS ⁵⁶ (Figuras 21 b y c).

Otras variables que definen los hilados son de tipo ordinal y se tratan por separado. La primera es el **grado de torsión** que se ordena de acuerdo al ángulo en que se presenta la retorsión de los hilados (Figura 21 d). Se distinguen 4 rangos: floja (menor a 15°), media (15° - 30°), fuerte (entre 30° - 40°) y muy fuerte (sobre 40° - 45°). La segunda es el **título** o grosor, que se relaciona con la densidad del tejido y se ordena en muy grueso, grueso, regular, fino y muy fino (Figura 21 e).

Completan este conjunto la variable reparación, que se manejó en términos binominales, por presencia o ausencia (Figura 22).

C. Decoración

Se entiende por ésta a cualquier variación de textura, técnica o color discernible en el espacio tejido o en sus orillas. Esta se puede lograr por recursos estructurales propios del tejido o superpuestos a la estructura tejida –superestructurales—, como bordados y costuras. Por lo tanto, para abordar la decoración, se analizarán el número de urdimbres, color de urdimbre, tipo de hilado de urdimbre, técnicas de decoración, composición espacial, terminaciones de urdimbre y trama o unión lateral.

El número de urdimbres es una variable proporcional, cuya cifra se relaciona con colores diferentes, éstos últimos correspondientes a una variable nominal. Para trabajar los colores, se optó por sintetizarlos en 26 combinaciones, ya que dentro de la muestra no existen dos piezas que compartan exactamente los mismos colores. Estos, sin embargo, pueden ser de origen natural, presentes en el pelaje de los animales y en el algodón, o teñidos. Asimismo, se analizará el número de colores de los hilados de urdimbre, ya que el uso de hilados molinés puede generar

⁵⁶ En este caso, se subentiende que es un torzal por la presencia de dos cabos de distinto color.

efectos decorativos como el jaspeado o vetado ⁵⁷.

Las técnicas decorativas corresponden a una variable nominal que se refiere a todos los recursos empleados para generar las variaciones mencionadas, pudiendo o no existir una diferencia con la técnica de manufactura. De no existir, la decoración corresponde al uso de hilados de urdimbre de distintos colores, lo que genera listas lisas, en damero o “peinecillos” (Figura 23 a-c). Del mismo ligamento se pueden derivar otras técnicas decorativas que implican la presencia de juegos de hilados de colores contrastantes, que se levantan alternadamente; entre éstas se cuentan las urdimbres complementarias, flotantes y transpuestas (Emery 1995), que permiten realizar motivos más complejos, como figuras geométricas, zoomorfas o antropomorfas. Las urdimbres complementarias contemplan dos juegos de hilados de urdimbre, de colores contrastados, que se levantan alternadamente para que pase un solo juego de tramas (Figura 23 d). En las urdimbres flotantes, a lo anterior se suman flotes de la urdimbre sobre uno o más pasadas de tramas (Figura 23 e). Las urdimbres transpuestas o excéntricas, como su nombre lo indica, rompen el cruce ortogonal, para construir líneas diagonales (Figura 23 f). Claramente, se trata de una variable nominal.

La composición espacial se refiere a la manera en que se disponen las listas lisas, dameros, “peinecillos”, motivos logrados por urdimbres flotantes, complementarias y transpuestas, sobre la superficie tejida. Cabe señalar que las composiciones espaciales coinciden, aproximadamente, con los tipos decorativos (ver más adelante), pero en estos se incluyen las combinaciones de color que más se repiten. De hecho, la misma composición espacial puede ser usada por varios tipos; en estos casos, los tipos se diferencian por la relativa recurrencia de combinaciones de color o en el uso de materias primas disímiles. De igual modo, un tipo puede tener distintas composiciones espaciales. Estas dos situaciones, corresponden a tipos que no tienen la mayor representación dentro de la muestra. Debido a que se han reconocido 28 composiciones espaciales distintas, se optó por sintetizarlas de acuerdo a la combinación de elementos y técnicas decorativas en 4 grupos: a) sólo listas lisas de distinto grosor; b) listas lisas y dameros y/o peinecillos; c) listas lisas, dameros/peinecillos y otras técnicas; d) listas lisas y otras técnicas (Figura 24). Se incluye

⁵⁷ No se consideró el color de las tramas porque no son visibles y, por tanto, no tienen incidencia en la decoración de las piezas.

en estas variables la presencia o no de simetría a partir de un eje central y la cuatripartición. Al ser una variable que agrupa atributos, es nominal.

Literalmente, para concluir con estos atributos, se consideran las terminaciones de trama y urdimbre, ambas variables nominales. La terminación de trama o unión lateral es parte de la factura⁵⁸, en cuyo caso se usó un encandelillado (Figura 25 a) o un festón sencillo (Figura 25 b), siendo la diferencia entre ambas la mayor densidad de las puntadas en el festón sencillo. Sin embargo, ocasionalmente la unión lateral fue decorada por medio de un festón anillado simple (Figura 25 c), un festón anillado doble (Figura 25 d) o usando puntada en 8 (Figura 25 e); éstas terminaciones pueden o no ser iguales en ambas orillas. Cuando existe terminación de urdimbre, corresponde a una puntada o bordado que se dispone en la boca de la bolsa u orilla de urdimbre, la que suele formar parte de la decoración de la pieza; en este caso repite las que se mencionaron en relación a la unión lateral, con la salvedad de la puntada en 8, que no se usa como terminación de urdimbre.

Como las variables decorativas son nominales, se tratarán mediante tablas de frecuencias y gráfica descriptiva.

3.- METODOLOGÍA DE ANÁLISIS

La primera parte del análisis se realizará sólo sobre piezas completas, con el doble objetivo de abordar el tema funcional, mediante el contraste de los atributos morfológicos y técnicos de materiales arqueológicos con los etnográficos; y caracterizar las bolsas domésticas del Período Intermedio Tardío desde sus propios atributos al sumar las variables decorativas.

Con el propósito de observar la intensidad de la correlación entre las variables largo y ancho y si ésta es significativa, se aplicará el coeficiente r de Pearsons (Shennan 1992). Para evaluar si la distribución de largo y ancho se acerca a la normal, se realizarán las pruebas de normalidad de

⁵⁸ La factura se refiere a la manera en que se da forma a una pieza; en el caso de las bolsas, doblando un paño tejido por la mitad y cosiendo sus orillas laterales.

Kolmogorov & Smirnov (Shennan 1992) y W de Shapiro-Wilk⁵⁹, apoyadas, además, con gráfica descriptiva. El mismo procedimiento permitirá evaluar la existencia de solución de continuidad en estas dimensiones, con lo cual establecer la separación entre categorías y, eventualmente, subcategorías en su interior. En este caso, las categorías al interior de las bolsas domésticas debieran corresponder a los integrantes de esta familia, es decir, *wayuña*, *talega* y *costal*; las subcategorías, aludirían a las diferencias de tamaño señaladas en el Capítulo 3, todas las cuales aludirían a funciones y usos más específicos.

La morfología se abordará mediante la diferencia entre largo y ancho, considerando que en las piezas perfectamente cuadradas el valor será igual a 0; para las rectangulares de ancho mayor al largo, los valores serán negativos y positivos para las de largo mayor que el ancho. Sobre estos valores se aplicarán tablas de frecuencias, al igual que sobre gran parte de las variables técnicas y decorativas, sean nominales u ordinales, usando sólo ocasionalmente gráfica descriptiva.

Con tales resultados, será posible, caracterizar las bolsas domésticas arqueológicas desde sus atributos y contar con categorías funcionales que permitan caracterizar su distribución a nivel local y regional con las cuales abordar la relación de las bolsas domésticas con el tráfico de caravanas.

Por otra parte, la distribución diferencial de estados de atributos en *wayuñas*, *talegas* y *costales*, permitirá contar con un criterio técnico que se complemente con el tamaño de los fragmentos y de sus elementos decorativos para asignarlos a las categorías domésticas con mayor certeza. Con el fin de reconocer las combinaciones de estados de atributos que permitan segregar dichas categorías, se contempla realizar un análisis de conglomerados sobre las piezas completas, por medio de la técnica de agrupamiento de enlace completo o vecino más lejano y de la medida de distancia del porcentaje de diferencia (Shennan 1992), adecuados para datos categóricos. De manera complementaria, se realizará un diagrama del análisis de componentes principales, cuyo objetivo es ordenar las unidades en un pequeño número de dimensiones que enfatizan los principales patrones de variación con el fin de detectar los atributos que mejor caracterizan y segregan a estas categorías (Shennan 1992; Digby y Kempton 1994).

⁵⁹ Ayuda del Programa Statistica versión 5.0.

Para asignar los fragmentos, que constituyen el grueso del material proveniente de Quillagua, a categorías funcionales, los resultados de estos procedimientos se combinarán con tipos decorativos establecidos tanto en esta investigación como en anteriores (Cases 1997 a y b), con lo cual se sumará información cronológica y cultural. Esta tipología se realizó considerando que los atributos decorativos pueden presentarse de manera más o menos independiente de las variables morfológicas y técnicas; por ejemplo, la misma decoración se podría encontrar en una *wayuña* semitrapezoidal o en un costal rectangular, pudiendo existir variaciones en la densidad de tejido y en el tipo de hilados empleados. Por esto, el criterio principal para su confección fueron las técnicas decorativas, los elementos o motivos que éstas generan, su composición espacial (disposición de los motivos decorativos sobre la superficie tejida⁶⁰) y las combinaciones de color más recurrentes, considerando que difícilmente dos piezas exhiben exactamente los mismos colores. Los tipos así establecidos corresponden a un agregado de bolsas que comparten una asociación de atributos, que pueden separarse de otro grupo, por una o más discontinuidades en sus estados de atributos (Agüero 1994; King 1965). Aunque cada tipo admite variación tanto en las terminaciones, detalles técnicos (densidad de tejidos, tipos de hilados, entre otros), la recurrencia en las discontinuidades de motivos, de su disposición en el espacio tejido y colores, como también el uso de otras materias primas, puede dar origen a subtipos⁶¹.

En tanto algunos tipos decorativos son exclusivos a una categoría doméstica, es frecuente que estén presentes en más de una. En tal sentido, para adscribir fragmentos a dichas categorías, se combinaron los atributos técnicos que permiten segregar tales categorías, pero asumiendo la distribución de categorías funcionales en cada tipo. Es decir, que aunque un fragmento tenga atributos técnicos que corresponderían a un costal, si pertenecen a un tipo decorativo que no contempla esa forma en las piezas completas, se lo asumirá como talega. Asimismo, de existir referencias publicadas para tipos decorativos presentes en otras zonas —como los estudios de Agüero (2001) y Agüero y Horta (1997) para Valles Occidentales—, con muestras mejores que las tratadas en este estudio, se respetará la distribución de categorías en tales clasificaciones. La asignación a subcategorías en particular y a categorías, en general, tiene un carácter tentativo y al

⁶⁰ Para una descripción más detallada, referirse al Capítulo 5.

⁶¹ En el Capítulo 5 mencionaré brevemente sus principales atributos morfológicos y decorativos. Para detalles de algunos tipos, referirse a Cases (1997 a y b, 2002).

mismo tiempo conservador, en tanto asumir que la muestra de piezas completas y de fragmentos tienen igual distribución.

A la información así obtenida, se incorporarán las otras categorías funcionales —*chuspas*, bolsas faja, bolsas anilladas, en torzal y sin decoración—, las que también sido clasificadas en tipos, para realizar los análisis al interior de cada sitio, entre cementerios de Quillagua y a nivel regional.

Para esto, los tipos correspondientes a cada categoría de bolsa serán agrupados en componentes que por su recurrente asociación, se consideran característicos de un período y área determinados, (Agüero *et al.* 1997, 1999; Ayala y Uribe 1996; Uribe 2002). En este sentido, el término componente se hace equivalente al de estilo, tal como lo plantearan Agüero y colaboradores (1997, 1999), entendiendo por estilo a la manera específica y característica de hacer bolsas en este caso, que es particular a un tiempo y espacio específicos (Oakland 1992; Wiessner 1990).

CAPÍTULO 5

RESULTADOS DEL ANÁLISIS

1. PIEZAS COMPLETAS

A. Las bolsas domésticas y sus categorías funcionales

Para abordar el tema funcional a través del contraste de las expectativas materiales derivadas de información etnográfica, se seleccionaron 163 piezas completas distribuidas como se señala en la Tabla 5, ya que sólo en éstas es posible reconocer la totalidad de sus atributos morfológicos, técnicos y decorativos⁶².

Tabla 5. Composición de la muestra de piezas completas.

Col. Pica	Cem. Oriente	Cem.O. Alto	Cem. Poniente	Colecc. Latcham	Chacance	Chiu Chiu	Solor	Solcor	Catarpe2	Peine	Col. Doncellas	Total
58	5	1	6	8	35	3	4	3	1	1	38	163

*a. Sobre tamaños, formas y categorías*⁶³

La Prueba *r* arrojó un valor de 0.88, que dejó en evidencia que el largo y ancho se correlacionan de manera significativa, al existir una relación lineal entre ambas; el índice r^2 , permite interpretar que el 77% de lo que varía el largo o ancho, depende del valor de la otra variable. A partir de esto fue posible aplicar la ecuación de regresión que encabeza los Gráficos 1 y 2 y predecir una medida a partir de la otra. Aunque a través del largo se obtiene una predicción más cercana al ancho real que a la inversa, constituye una muy buena herramienta –por cierto perfectible— para mejorar y complementar muestras con materiales fragmentados. Esto sugiere, junto a los

⁶² Los resultados y tablas de contingencia de todos los análisis y comparaciones se detallan en el Anexo N° 3: Tablas. En lo sucesivo, a continuación de cada subtítulo se señalarán en una nota a pie de página, los números de las tablas correspondientes.

⁶³ Anexo N° 3: Tablas 1 – 4.

resultados de los test de normalidad (*Vide infra*), que el ancho sería dependiente del largo.

Aunque inicialmente consideré más apropiado realizar la caracterización de cada categoría a partir exclusivamente de las piezas completas “reales”, opté por incorporar bolsas cuyas dimensiones se obtuvieron por medio de la ecuación por los siguientes motivos: a) de la confrontación de resultados obtenidos usando sólo las piezas reales y sumando las proyectadas, fue evidente que las variaciones eran mínimas (menos del 3% por estado de variable), las que afectaron a la categoría mejor representada y en ningún caso produjo variaciones importantes en su caracterización; b) las escasas oscilaciones daban una mejor imagen de la diversidad del material, que no era evidente al tratar las piezas completas y, al mismo tiempo, permitió una mejor aproximación a los materiales de los cementerios de Quillagua, donde las piezas completas estaban escasamente representadas, producto de los saqueos; c) al incluir las piezas de la regresión la muestra total tratada permitía aumentar el número de las piezas completas de un 35% a cerca del 45% del universo total, constituyéndose como se lee en la Tabla 6.

Tabla 6. Composición de la muestra sumando ejemplares obtenidos con la ecuación de regresión⁶⁴.

Col. Pica	Cem. Oriente	Cem.O. Alto	Cem. Poniente	Colecc. Latcham	Chacance	Chiu Chiu	Solor	Solcor	Catarpe2	Peine	Col. Doncellas	Total
64	8	1	10	17	34	3	8	6	2	1	53	207

El largo tiene una distribución bimodal, tal como se ve en el Gráfico 3, con solución de continuidad, entre los 530 y 580 mm. El ancho, por su parte, muestra una distribución más continua, con un solo quiebre sobre los 475 mm, tal como se observa en el Gráfico 4. En tal sentido, sería el largo la variable privilegiada para establecer diferencias formales, arrojando por sí sola mayor información sobre el tema funcional. Por otra parte, si con la muestra “real” era evidente que el largo y ancho no tenían una distribución normal, ahora se puede afirmar con más propiedad, en acuerdo con los resultados de la Tabla 7.

⁶⁴ En el Anexo 1 se señala en colores rojo o azul las piezas cuyas medidas fueron obtenida por la ecuación de regresión; los datos anotados en verde, corresponden a las piezas completas u obtenidas por dicha ecuación. Variables como la categoría funcional de las bolsas domésticas, expresan los resultados de este análisis.

Tabla 7. Resultados de las pruebas de normalidad.

	Kolmogorov – Smirnov			W Shapiro Wilk		
	Statistic	Df	Sig.	Statistic	df	Sig.
Largo	,203	207	,000	,765	207	,000
Ancho	,900	207	,000	,900	207	,000

De este modo, respetando la distribución de los materiales, se definió la separación entre talegas y costales en 580 mm, estando las primeras bajo la última cifra y los segundos con valores iguales o superiores, aunque es posible que de ampliarse la muestra, en particular en el extremo superior de las talegas y en los costales, sea alrededor del los 500 mm donde se produzcan diferencias entre ambas categorías. Asimismo, existiría una selección consistente sobre los 150 mm y bajo los 350 mm, insinuando desde ya que son esos los rangos de largo usados preferentemente para las talegas; a su vez, los costales presentan una distribución irregular, con quiebres, pero concentrados entre 760 y 970 mm de largo.

Así definidas, las talegas agrupan al 89.86% de la muestra y los costales al 10.14%. Sin embargo, las talegas tienen un rango de extensos 445 mm entre las más pequeñas y las más grandes, que debieran agruparse en subcategorías. Al tratar el largo de las talegas de manera independiente, fue evidente que comportaba una distribución cercana a la normal como se observa en el Gráfico 5; esto permitió usar la mediana y los rangos intercuartiles para establecer divisiones en su interior. Aunque los costales presentan un rango de 522 mm, su número es reducido ($n= 21$), con una distribución del largo que se aleja de la normal como se ve en el Gráfico 6; por tal razón, cualquier subdivisión en su interior resulta arbitraria.

Con relación a la morfología, algo menos del 3% de las talegas es cuadrada, lo que difiere notablemente de las contrapartes etnográficas. Por el contrario, al menos para el Período Intermedio Tardío en el territorio circumpuneño, la forma rectangular de largo mayor que el ancho se seleccionó con más frecuencia. Como se aprecia en el Gráfico 7, sólo en la puna de Jujuy pareció existir cierta preferencia por formas cuadradas y rectangulares de largo menor que el ancho, pero siempre dentro de un predominio de la relación inversa, lo que podría sugerir distinta funcionalidad y/o cronología. Tarapacá por su parte, muestra también cierta recurrencia

de talegas rectangulares de largo menor que el ancho, al tiempo que en el Loa se observan escasamente ambas situaciones. Aparentemente, las piezas cuadradas y aquellas de ancho mayor que el largo serían tardías, lo que es coherente con su presencia en Doncellas (Uribe y Agüero 2003) y con ocupaciones más tardías de un sector del cementerio de Pica (Zlatar 1984).

b. Sobre materiales y técnicas⁶⁵

Todas las bolsas fueron tejidas a telar en faz de urdimbre, en coincidencia con los datos contemporáneos y menos del 1 % que no corresponden a esta norma, se pueden considerar un error de factura.

La materia prima utilizada fue principalmente la de camélido, pero un pequeño número de talegas ($n=11$) aceptan algodón en urdimbres y/o tramas, combinación que se da al interior de una pieza, pero al menos en esta muestra nunca en el mismo hilado. Por otra parte, el que provengan de Pica y Chacance en el Loa Inferior, indicaría un acceso diferencial a esta fibra vegetal, en relación al resto de la región atacameña.

La densidad de urdimbre raramente supera los 40 hilados por cm^2 en las talegas, todas las cuales provienen del sitio Doncellas, en la Puna de Jujuy⁶⁶, ya que al igual que en los costales es más frecuente la densidad media, es decir, entre 20 y 40. Por lo tanto, no se mantiene el supuesto de la ejecución de un tejido de mejor calidad para los costales, pero sí se puede afirmar que se usó hilados con torsiones preferentemente altas en la urdimbre y floja en la trama. Sin embargo, esto es válido en ambas categorías, de modo que no existen diferencias notables entre costales y talegas, lo que sugiere que el uso de este tipo de hilados no se vincula necesariamente con diferencias funcionales, sino que se usó lo que estaba disponible. Desde un punto de vista técnico, la preferencia por torsiones de trama flojas, obedecería a que en los tejidos realizados en faz de urdimbre, éstos mantienen la tensión del tejido y soportan la tracción, mientras que la trama tendría la función de ligarlos y, por ende, no es tan relevante su grado de torsión. Aunque no es un atributo decorativo (porque las urdimbres las ocultan), es interesante que las tramas de

⁶⁵ Anexo 3: Tablas 5 – 11.

⁶⁶ Cabe señalar que la hilandería del Noroeste Argentino hasta hace poco, era aún renombrada por su excepcional calidad (Com. pers., Iriarte, 1996).

las talegas suelen ser monocromas, a diferencia de las de los costales que son principalmente molinés, pues podría resultar un atributo que combinado con otros, permita hacer esta distinción a nivel de fragmentos pequeños. Por otra parte, es importante señalar que la información etnográfica de la que han derivado estos supuestos técnicos, corresponden a observaciones que no tienen análisis tecnológicos como contraparte.

El título o grosor de los hilados se vincula también con la calidad del tejido; en este caso, en ambas categorías predominan los hilados de urdimbre fino y muy fino, y los de trama finos.

Un aspecto que no ha sido señalado hasta aquí, es la cantidad de tramas con que se tejió las bolsas. Si bien, no hay supuestos de este tipo a partir de la información etnográfica, los materiales evidencian que se usó trama continua y tramas múltiples. En las talegas que se pudo observar este atributo⁶⁷, están prácticamente igualados, mientras que en los costales las tramas múltiples son predominantes.

En otra oportunidad se ha señalado que la trama continua es un atributo que permite diferenciar los tejidos de Valles Occidentales –que incluye a los de Tarapacá— de los de Atacama, que usan tramas múltiples (Agüero *et al.* 1997, 1999; Cases 1997 a). Aunque el uso de una sola trama es característica de Tarapacá, como se observa en el Gráfico 8, está en forma decreciente en el Loa y San Pedro y completamente ausente en el Noroeste Argentino. Al contrario, las tramas múltiples con todas sus variantes, son propias de las cuencas del Loa y San Pedro, alcanzando la más alta representación en la Puna de Jujuy, distribución que confirmaría que es un atributo propio de la Subárea Circumpuneña durante los Desarrollos Regionales. La presencia de tramas múltiples en Pica, se vincularía a la interacción entre estos oasis y los del Loa Inferior (Agüero *et al.* 1999; Cases 1997 a). Por su parte, la presencia de tramas continuas en San Pedro de Atacama, podría vincularse tanto con momentos inmediatamente previos y posteriores al Período Intermedio Tardío (Agüero 2003; Uribe y Agüero 2003).

En torno a las reparaciones, están presentes en las talegas, pero son cuantitativa y cualitativamente mayores las que presentan los costales. En éstos, es frecuente que las

⁶⁷ Este atributo suele no ser visible en las piezas completas, pues se encuentra bajo la terminación.

reparaciones sean tan profusas y cubriendo superficies tan extensas que casi no se observa el tejido original, situación particularmente notable en los materiales de San Pedro de Atacama como se desprende del Gráfico 9. Esto sugeriría que en los oasis piepuneños los costales fueron una pieza extremadamente valiosa, pudiendo indicar que no se tejió localmente, que existió un restringido acceso a la fibra o incluso, ambas opciones. Lo que se observa en los costales del Loa, que presentan reparaciones no tan extensas, aludiría a una situación distinta a la de San Pedro, tanto en el valor de la pieza, en el acceso a la fibra y en cuanto a que la manufactura pueda ser local. Alternativa, pero complementariamente, estas diferencias también podrían referir a usos más o menos intensos de los costales en prácticas caravaneras, donde sufrirían el mayor desgaste, y a la mayor importancia del almacenamiento de productos.

*c. Sobre decoración*⁶⁸

Para decorar y tejer las bolsas, se usó preferentemente hilados de urdimbre monocromos en ambas categorías, aunque en las talegas ocasionalmente se combinaron con molinés generando listas que presentan un efecto jaspeado o veteado, por la combinación de dos colores en el mismo hilado.

Se usó cuatro a seis colores distintos para las talegas y tres o cuatro para los costales, cuyas combinaciones no coinciden exactamente. De éstas, sólo nueve corresponden exclusivamente a tonos naturales, mientras que las restantes suman los colores teñidos, mixtura que se da con mayor frecuencia en las talegas, las que sólo ocasionalmente usaron de manera exclusiva colores naturales; siendo una relación inversa a la que muestran los costales. Esto se explicaría, entre otras cosas, porque dado el largo de la pieza con que se confeccionan (el doble del que se observa una vez terminada), se requiere de una cantidad notablemente mayor de hilados que en las talegas. Asimismo, la diversidad de colores usados en la decoración de talegas y costales, confirmaría otro supuesto que deriva de información etnográfica señalada por Cereceda (1990): que desde los Desarrollos Regionales estas bolsas se pueden tejer usando los hilados que sobran de la confección de otras piezas. En efecto, el que muy pocos ejemplares coincidan exactamente en los colores utilizados, indicaría que los hilados destinados a elaborar estas piezas, no fueron

⁶⁸ Anexo 3: Tablas 12 – 21.

expresamente realizados con este fin; esto también se vincularía con que no existan diferencias importantes en las torsiones de los hilados de talegas y costales, tal como se señaló en la sección anterior. Adicionalmente, todo esto podría implicar que ambas bolsas se habrían tejido a nivel doméstico, usando los hilados que cada tejedor/a tuvo disponibles al momento de montar el telar.

La técnica decorativa no es diferente de la de manufactura, existiendo un número notablemente menor de talegas y costales que incorporaron otros recursos. Las urdimbres flotantes y complementarias serían exclusivas de las talegas, mientras que las transpuestas están en ambas formas y no se disponen necesariamente en la lista central.

Las numerosas composiciones espaciales o diseños (ver Tabla 9, más adelante), tienden a rebatir el supuesto más implícito de que estas bolsas tendrían pocos patrones decorativos, tal como se observa en la actualidad, en que la misma decoración, con variaciones mínimas, se encuentra en distintas regiones del sur de Bolivia y norte de Chile. Por otra parte, es efectivo que unas pocas composiciones espaciales (N° 5 y N° 7) concentran a un gran número de casos y son compartidas por ambas formas, pero con la misma calidad en su factura. Esto último discute los supuestos de la etnografía, ya que el criterio de forma no determina el cuidado con que se les tejió y decoró. Existen también composiciones espaciales exclusivas a una u otra forma, que en aquellas presentes en las talegas ($n = 18$) concentra a muy pocos ejemplares, a diferencia de las cuatro de los costales.

Otro aspecto que se observa sólo en algunas talegas, es el uso de listas lisas como principal recurso decorativo, pues es mucho más frecuente la combinación de éstas con damero o peñecillos en ambas categorías. Como se observa en el Gráfico 10, tales elementos tienen una distribución diferencial. En acuerdo con estos datos, el supuesto de la decoración basada en listas lisas gruesas y finas, tendría mayor validez para la tradición de Valles Occidentales, mientras que para la Circumpuneña lo característico sería su combinación con damero, lo que sin embargo difiere significativamente de lo que se observa en la actualidad en la región atacameña.

Prácticamente todas las composiciones espaciales presentan simetría, la que se aprecia con claridad cuando existe un elemento central fácilmente discernible y marcado del resto de la

superficie tejida, sea una lista lisa, damero o peinecillo, o una combinación de éstos. No obstante, si se considera la superficie central lisa, resulta evidente que todas tienden a la simetría⁶⁹ (ver Tabla 9). La ausencia de eje central no es frecuente en ambas categorías, mientras que el 43.01% de las talegas tiene eje central y 40.32%, presentan, además, dos ejes laterales. Ambas modalidades están igualadas en un 47.62% en los costales.

Las terminaciones de urdimbre no son frecuentes en ambas bolsas, pero de existir, ésta suele ser un festón anillado simple, en cuyo caso se le considera formando parte de la decoración. Esto sugiere también, que la terminación de urdimbre sí debió tener la función de mejorar la orilla, para soportar su costura durante el almacenaje o traslado y, posteriormente, su apertura o descosido. Las uniones laterales, confirman la frecuencia del uso del encandelillado, pero también es usual el festón simple y el anillado simple, así como la combinación de todos ellos. En el caso de las talegas, la diversidad se relacionaría con la decoración, mientras que en los costales ésta se explica funcionalmente, pues para trasladar y almacenar alimentos es coherente que se haya usado una terminación que implique el mejor cierre de la bolsa, para evitar el derramamiento de productos y contar con una unión lateral más resistente al roce y tracción, una vez llenos los contenedores y en ruta.

De estos primeros resultados, es evidente, que salvo algunos atributos, principalmente técnicos, talegas y costales no difieren notablemente, lo que se relacionaría con la “familiaridad” funcional que integran. Antes de pasar a las subcategorías, en cuyo interior tampoco sería esperable encontrar grandes diferencias, del Gráfico 11 es posible constatar la distribución espacial de estas categorías de bolsa. Es así como la talega está en todos los sitios tratados, con la excepción de Solcor y escasamente en Solor, donde predominan los costales, sugiriendo que en los oasis de Atacama es más característico el costal, a diferencia de las quebradas como Catarpe-2 y Peine donde se ha registrado sólo talegas, aunque también escasas. A su vez, la cuenca del Loa, muestra una situación más diversificada, en que ambas formas aparecen, siendo predominantes las talegas e incluso en algunos cementerios (Cementerio Oriente Alto y Pica 8), la única categoría de bolsa doméstica depositada en los contextos funerarios. Por su parte, Doncellas

⁶⁹ Situación extensiva a *chuspas*, bolsas faja y gran parte de las túnicas y mantas; con esto quiero destacar que no es un atributo exclusivo de talegas y costales.

exhibe una distribución bastante similar a la cuenca del Loa. Como sea, en esta etapa, la imagen que ofrecen las bolsas domésticas es muy general, ya que con la salvedad de ciertas colecciones (Latcham, Pica y Doncellas) existen muy pocas piezas completas. Sin embargo, me interesa destacar que a partir de esta distribución, el costal parece perfilarse como una categoría más recurrente en la subárea Circumpuneña que en Tarapacá, al menos en esta muestra. Para corroborar lo anterior y ofrecer un panorama más diversificado es necesario retomar las subcategorías y posteriormente, los fragmentos.

B. Las subcategorías⁷⁰

En esta sección, sólo se caracterizan las subdivisiones dentro de cada categoría, resumidas en la Tabla 8, con el fin de detectar la existencia de variaciones, ya que salvo excepciones no existen parámetros etnográficos con los cuales contrastarlos.

Tabla 8. Subcategorías de talegas y costales (medidas en mm)

Talega Muy Pequeña (TMP)	Talega Mediana (TM)	Talega Grande (TG)	Costal	
L <= 129	130 – 389	390 – 579	580 - 1102	
3,86	77,78	8,21	10,14	%
8	161	17	21	N

Considerando que más adelante será necesario abordar los fragmentos, se optó por mantener la especificación de las muy pequeñas y grandes para los extremos y agrupar las talegas pequeñas y medianas como “talegas medianas”, pues ambas subcategorías agrupadas representan al grueso de las piezas completas y constituyen el rango más habitual en que se distribuye la categoría en su totalidad⁷¹. Además, entre ellas no existen más que ligeras discrepancias en sus atributos morfológicos, técnicos y decorativos que no sugieren diferencias funcionales importantes, excepto entre talegas muy pequeñas y las grandes. En el caso de los costales, se optó también por juntar ambas subcategorías, debido a las ligeras diferencias técnicas entre ambas, que no permiten

⁷⁰ Anexo 3: Tablas 22 – 24.

⁷¹ Para el detalle de las subcategorías originales de talegas y costales, consultar Anexo 3.

diferenciar con certeza ambas subcategorías a partir de fragmentos. En consecuencia, de las seis subcategorías definidas para piezas completas, se considerarán sólo cuatro: talegas muy pequeñas, talegas medianas, talegas grandes y costales.

a. Talegas⁷²

El ligamento, así como las torsiones, densidad de urdimbre y trama no presentan diferencias notables entre subcategorías, a excepción del único ejemplar realizado en ligamento tela que se encuentra en las talegas medianas y que las talegas muy pequeñas no tienen densidad alta de urdimbre. Asimismo, el título de las tramas es uniforme en las tres subcategorías, siendo notable en las talegas muy pequeñas y en las grandes un predominio de hilados finos, que las separan de las talegas medianas y que en el caso de las talegas grandes las acerca bastante a los costales más pequeños (*Vid. infra*). En todas imperan los hilados monocromos, los que ocasionalmente se combinaron con molinés y es mayoritaria la combinación de tonos naturales y artificiales. Comparten composiciones espaciales, estando la N° 5 en las cuatro subcategorías, mientras que entre la mediana y la grande son comunes la N° 6 y N° 7, pero con distintas frecuencias; entre las talegas muy pequeñas, por su parte, son frecuentes la N° 1 y N° 2. La ausencia de terminación de urdimbre es lo más común, a excepción de las talegas grandes; en caso de existir, corresponde al festón anillado simple, con la salvedad del encandelillado en las muy pequeñas, mientras que la unión lateral generalmente es un festón simple. El cierre de las talegas suele ser un hilván, atributo que no se pudo registrar en las muy pequeñas.

En las talegas muy pequeñas, predomina la morfología rectangular de largo menor que el ancho, seguida por la de largo mayor que el ancho, junto con el uso de la fibra de camélido, aunque tiene importancia el algodón solo o combinado con camélido en las urdimbres y sólo de algodón en las tramas. Los hilados empleados son de título fino y muy fino, aunque son recurrentes los hilados de urdimbre regulares, compensadas con tramas finas, predominantemente continuas y tienen escasas reparaciones. En su decoración, se usaron pocos colores, generalmente dos, en sólo cuatro combinaciones, para lograr diseños preferentemente listados, distribuidos en cinco composiciones espaciales en las que predomina un solo eje. Cuando tiene terminación de

⁷² Anexo 3: Tablas 25 – 42.

urdimbre, al igual que en la unión lateral, es frecuente el encandelillado.

Dentro de las talegas medianas, en aquellas de menor tamaño, se observa con cierta frecuencia la morfología cuadrada y de largo menor que el ancho, dentro de un predominio de rectangulares de largo mayor que el ancho. La fibra empleada fue el camélido y ocasionalmente el algodón, solos o combinados en trama y urdimbre. Las tramas continuas y múltiples están igualadas, pero predominan las primeras en las de menor tamaño y las segundas en las más grandes. Tienen pocas reparaciones. Se usó cuatro a seis colores, en una veintena de combinaciones, para lograr igual número de composiciones espaciales que usan listas lisas y dameros o peinecillos, a lo que esporádicamente se sumó urdimbres flotantes y transpuestas. Es ligeramente más frecuente la presencia de un eje central entre las más pequeñas y la cuatripartición en las más grandes. La terminación más recurrente es el festón anillado simple en la urdimbre y el festón simple en la unión lateral.

La talega grande es exclusivamente rectangular de largo mayor que el ancho y realizada en camélido. Las tramas son principalmente de título fino, múltiples y aunque predominan las monocromas, las molinés tienen mayor presencia que en las otras subcategorías. Las reparaciones también son más frecuentes. El estado de las tres variables recién señaladas sugieren un acercamiento a iguales atributos en los costales, en particular las reparaciones, indicando que fueron usadas de manera más intensa. En cuanto a la decoración, se empleó cuatro o cinco urdimbres de distinto color, en ocho combinaciones, formando siete composiciones espaciales que comprenden listas lisas y dameros, a las que se suman ocasionalmente las listas lisas solas o su combinación con urdimbres complementarias; éstas últimas podrían corresponder a un período más tardío. En las composiciones espaciales tienen igual frecuencia la bi y cuatripartición. Las terminaciones no varían en relación a las subcategorías anteriores.

b. Costales⁷³

⁷³ Anexo 3: Tablas 43 – 60.

Son de largo mayor que el ancho, realizados sólo en fibra de camélido, con densidades de urdimbre medias y de trama bajas, con torsión de urdimbre fuerte. Predominan las reparaciones, aunque son ligeramente más comunes en los más chicos. Los hilados monocromos son los más frecuentes en la urdimbre y los molinés en las tramas. Se usó con mayor recurrencia hilados de tonos naturales en la urdimbre, para obtener decoración compuesta por listas lisas y dameros o peinecillos, a los que se sumó las urdimbres transpuestas en los costales de menor tamaño. Comparten sólo cuatro composiciones espaciales, siendo las más recurrentes la N° 5, 10 y 23. Es frecuente la ausencia de terminaciones de urdimbre, seguida del festón anillado simple, pero los más pequeños ostentan mayor variedad en éstas. Se hallaron cerradas por medio de un cable.

Prácticamente la totalidad de los costales tienen torsión de trama floja, mientras que el título de los hilados de urdimbre y trama son, en general, finos entre los más pequeños y muy finos en la urdimbre en aquellos de mayor tamaño, que también pueden ser regulares. Predominan las tramas múltiples, aunque existe también la trama continua, en particular en los más chicos. En este elemento, aún cuando predominan las molinés, tiene cierta frecuencia el uso de tramas monocromas y su combinación. La decoración se logró por el uso de tres o cuatro colores distribuidas en seis combinaciones para obtener igual número de diseños o composiciones espaciales. A éstas se suman las urdimbres transpuestas sólo en los de menores dimensiones. Es más frecuente la presencia de un eje entre los más pequeños y la cuatripartición en los más grandes. La unión lateral suele corresponder a un festón anillado simple y al encandelillado, aunque existe mayor diversidad y mixturas entre los más grandes.

De esta breve descripción, parece claro que dentro de la categoría de talegas, no existen grandes discontinuidades que puedan implicar diferencias funcionales importantes entre las muy pequeñas y medianas, salvo en lo morfológico; mientras que las grandes están en una posición intermedia entre los costales, por cuanto algunos atributos de forma, técnica y decoración son bastante similares a aquellos. En tal sentido, se tiende a corroborar información etnográfica relativa al difuso terreno entre talegas grandes y costales chicos (Cereceda 1978; Torrico 1989).

Al observar las subcategorías en distribución espacial, el panorama tiende a ser más informativo que con las dos categorías previamente definidas, a excepción del Cementerio Oriente Alto, Chiu

Chiu, Solcor, Catarpe 2 y Peine, que no muestran mejoras porque tienen un solo ejemplar completo, razón por la cual se agruparon por áreas en el Gráfico 12. Partiendo por la periferia, en Pica 8, donde los costales están ausentes, existe una ligera presencia de talegas grandes (¿costales pequeños?), con un total predominio de talegas medianas, seguidas por talegas muy pequeñas en frecuencias mínimas. Éstas se observan también a lo largo del Loa inferior con recurrencias ligeramente mayores, lo que junto a su ausencia en San Pedro de Atacama y el Noroeste Argentino, podría vincularse con la interacción del Loa Inferior y Tarapacá. Las talegas medianas mantienen frecuencias altas aunque inferiores a Tarapacá y hay más talegas grandes, junto a los costales que claramente caracterizan a San Pedro de Atacama. Efectivamente, en dicha localidad las talegas están presentes en las dos subcategorías de mayor tamaño y, en conjunto, apenas superan al 23%; mientras que los costales tienen la indiscutible mayor frecuencia. En el Noroeste Argentino, por su parte, están ausentes las talegas muy pequeñas, mientras que las talegas se distribuyen como en Tarapacá y el Loa, y las grandes están mejor representadas que en dicha cuenca.

Si bien con las subcategorías se accede a un mejor acercamiento a las bolsas depositadas en estos cementerios, se trata de menos del 50% de las bolsas domésticas, pues la porción restante corresponde a fragmentos, lo que no permite observaciones seguras de los cementerios de Quillagua. Estos aspectos se abordarán en la sección siguiente.

2. LOS FRAGMENTOS Y OTRAS CATEGORÍAS FUNCIONALES

A. De las piezas completas a los fragmentos

a. Desde las variables técnicas

De las descripciones previas, es evidente que muchos atributos no se distribuyen diferencialmente entre talegas y costales, ni al interior de sus subcategorías (a excepción del algodón solo o combinado, que está presente exclusivamente entre las talegas muy pequeñas y medianas), y que muchas de las variables que sí lo hacen, se pueden observar sólo en piezas completas (eg., morfología, elementos decorativos, combinaciones de colores, composiciones espaciales, la presencia de uno o más ejes). Sin embargo, existen tres variables técnicas y una decorativa

susceptibles de ser observadas en fragmentos, que se comportan de manera más o menos diferencial entre talegas y costales. Éstas son la densidad de trama, el tipo de hilados de trama, las reparaciones y el origen de los colores. Usando únicamente las piezas completas en que era posible reconocer las variables mencionadas, ($n = 197$)⁷⁴ se realizó un análisis de conglomerado y de componentes principales, para reconocer si alguno de estos atributos o su combinación permitían segregar ambas categorías y contar con un criterio distinto, pero complementario al del tamaño de un fragmento, para su asignación a talega o costal.

Como se puede observar en el dendrograma del Gráfico 13, existen tres grandes ramas independientes, en la segunda de las cuales se concentra la mayoría de los costales, gran parte de los cuales se encuentran en una rama más pequeña, en que se incorpora sólo una talega. Los restantes costales pueden agruparse en un máximo de dos o tres, pero generalmente se “mezclan” con las talegas. Esto se explica parcialmente en que la distribución de éstas variables no es completamente diferencial entre categorías. No obstante, el detalle del estado de las variables que agrupa al 42,85% de costales, sugiere que la combinación que mejor describe a un costal es la densidad de trama baja, el color de urdimbre natural, las tramas molinés y la presencia de reparaciones. El reemplazo de colores naturales, por su combinación con artificiales, manteniendo el resto de los atributos constantes, describe al 14,29% de los costales.

A su vez, el Gráfico 14, que ordena los componentes principales, permite reconocer que la urdimbre natural y la densidad de trama baja describen satisfactoriamente al 61,9% de los costales y sólo 7,39% de las talegas y aunque las reparaciones están en ambas categorías, su combinación con la densidad de trama baja, describe al 66,67% de los costales, con sólo 5,11% de las talegas. Estas combinaciones fueron consideradas para diferenciar los costales de las talegas, además del tamaño, pues las restantes describen a talegas y costales, por tanto no es relevante exponerlas aquí, ya que no permiten distinguir ambas categorías.

En consecuencia, la información extraída de estos análisis, permite contar con combinaciones de estados específicos de las variables, que autorizan a diferenciar fragmentos de talegas y costales,

⁷⁴ La diferencia con el número total de piezas completas corresponden a talegas en buen estado de conservación, en las cuales no se pudo registrar el Tipo de hilado de trama.

de manera independiente de sus tipos decorativos. Este ejercicio, por una parte, permite sumar la variable funcional al material fragmentado, aspecto del todo relevante para realizar una interpretación más acuciosa de la integración de Quillagua a las prácticas caravaneras a través de la manera en que se distribuyen las bolsas domésticas, pues como se vio en el Capítulo 3, talegas y costales participan de distinta manera en esta actividad. Para complementar estos resultados e integrar las subcategorías de talegas, es necesario recurrir a los tipos decorativos, pues algunas se distribuyen diferencialmente en éstos. Asimismo, este ejercicio permitirá agregar información cronológica y cultural a la funcional.

b. Tipos decorativos

Los tipos decorativos que se presentan a continuación, corresponden a bolsas que comparten una asociación de atributos decorativos que puede separarlas de otras, por una o más diferencias en sus estados de atributos (Agüero 1994 a; King 1965). Aunque cada tipo admite variación tanto en detalles técnicos (densidad de tejidos, tipos de hilados, entre otros), la recurrencia en las discontinuidades de motivos, su disposición en el espacio tejido y los colores empleados, como también el uso de otras materias primas, puede dar origen a subtipos. Su adscripción cronológica se basa en fechas termoluminiscentes de la cerámica asociada contextualmente a estos tejidos; en las fechas de los sitios en que están mejor representados y en San Pedro de Atacama según su presencia en cementerios ocupados en forma continua desde el Período Medio o, por el contrario, donde la ocupación se extiende a momentos posteriores (siguiendo a Agüero 2000 b). Por su parte, la asignación cultural descansa fundamentalmente en el uso de trama continua o múltiple, su distribución espacial y frecuencia en las localidades o sitios en que se han reconocido. Esta información, junto a aspectos morfológicos, su asociación a túnicas y cerámica, se resume en la Tabla 9.

A continuación me referiré brevemente a los atributos más diagnósticos de cada tipo, presentándolos de acuerdo a los componentes y grupos⁷⁵ que integran, que para la localidad de

⁷⁵ Es decir, a la sumatoria de Tipos que por su recurrente asociación, se consideran característicos de un período y área determinados; en tal sentido, es equivalente al concepto de estilo (Agüero *et al.* 1997, 1999), entendido una manera específica y característica, en este caso de tejer, que es particular a un tiempo y espacio específicos (Oakland 1992; Wiessner 1990). A su vez, Agüero *et al.* (1997, 1999), hacen equivalentes el concepto de subestilo a grupo, éstos últimos aludiendo a modalidades más específicas o locales de realizar tejidos.

estudio corresponden al de Atacama y de Valles Occidentales (Agüero *et al.* 1997, 1999). El componente Atacameño se integra del grupo o subestilo San Pedro, en sus dos variantes (en continuidad con el Período Medio o con momentos más tardíos del Período Intermedio Tardío); los grupos Loa-San Pedro y Loa- Tarapacá, que enfatizan los vínculos entre tales áreas, conjugando, en el caso particular del segundo, elementos técnicos como decorativos de ambas; y por el Circumpuneño, de connotaciones más tardías. Dentro del Componente de Valles Occidentales se incluye el grupo o subestilo de Tarapacá.

Las bolsas del grupo San Pedro propias de la primera parte del Período Intermedio Tardío, pero en continuidad con ocupaciones del Período Medio –a las que me referiré en adelante como San Pedro 1—, son los Tipos 29, 30 y 33; comparten el estar constituidos sólo por costales, el uso de tramas múltiples, colores naturales y restringen su distribución a los oasis de Atacama (Tabla 9). En el Tipo 29 la decoración corresponde a una gruesa lista central lisa o con subdivisiones internas y dos dameros simples, situados de manera adyacente a las orillas de trama (composición espacial 21). El Tipo 30 presenta un damero central con dos pampas o listas muy gruesas adyacentes de colores iguales o distintos, seguido por 4 a 10 listas finas y medianas (composición espacial 23). El Tipo 33 comprende un bloque central de dameros y 2 laterales, alternadas con listas gruesas y medianas (composición espacial 25).

El grupo de San Pedro que tiene continuidad hacia momentos más tardíos –en adelante, San Pedro 2—se compone de los Tipos 31 y 31 A, que corresponden a talegas medianas y costales. El Tipo 31 consiste de una lista central muy gruesa flanqueada por 2 dameros situados en el tercio central, alternados con 3 a 5 listas gruesas hacia el reborde de trama (composición espacial 20). En la variante 31 A, la lista central corresponde a un listado triple o dos listas gruesas, mientras los 2 dameros se separan del reborde de trama por listas finas y gruesas (composición espacial 22). Visualmente, ambos son similares al Tipo 19 (Tabla 9). Se distribuyen principalmente en la cuenca de Atacama, aunque se reconocen también en Chiu Chiu y Doncellas, en el Noroeste Argentino, insinuando la extensión de su uso hasta el momento clásico del Intermedio Tardío.

Por otra parte, los Tipos 6⁷⁶, 16, 19 y 24 componen el grupo Loa – San Pedro, enfatizando la relación entre ambas cuencas, pero sin restringirse a ellas en cuanto a su distribución (Tabla 9). Se caracterizan por el uso principal de tramas múltiples, la mixtura de colores naturales y teñidos, como por la combinación de listas lisas con dameros. El Tipo 6 corresponde a talegas medianas, decoradas por 4 listas en damero o lisas flanqueadas por el motivo cruz de lados desiguales realizado en urdimbres flotantes blancas, alternadas por listas delgadas que combinan colores naturales y teñidos (composición espacial 17). El Tipo 16, por su parte, comprende la totalidad de la categoría doméstica; su decoración consiste de un damero central, flanqueado por 3 a 7 listas gruesas o medias a cada lado (composición espacial 5). El Tipo 19 también incluye a todas las bolsas domésticas, las que presentan un damero simple o peinecillo central y dos laterales alternados por listas muy gruesas y gruesas, con predominio de tonos naturales (composición espacial 10). El Tipo 24 se constituye de talegas medianas, decoradas por una lista central y dos laterales en damero de módulo rectangular, dispuestas sobre fondo liso (composición espacial 12).

El Tipo 16 ostenta la mayor dispersión espacial y temporal (Tabla 9), abarcando desde el final del Período Medio en Coyo Oriente e inicios del Período Intermedio Tardío en Solor 3, hasta el final del período en Catarpe-2 y Doncellas (Agüero 2000). Por su parte, el Tipo 24 está tanto en Coyo Oriente como en Solor, y correspondería a la primera mitad del Intermedio Tardío. Aunque los Tipos 6 y 19 tienen dispersión hacia Tarapacá (Cases 1997 a, 2002), se concentran fundamentalmente en el Loa, integrándose a este grupo el primero, por su notable parecido con las túnicas Tipo 5 del grupo Loa – San Pedro⁷⁷ (Agüero 1998 a) y el segundo, por su similitud con los Tipos 31 y 31 A de San Pedro; sin embargo, ninguno de ellos ha sido detectado en la cuenca de Atacama. En cuanto a su posición cronológica, el Tipo 6 se distribuye en los momentos iniciales del período mientras el Tipo 19, alcanza su mayor popularidad en el momento clásico.

⁷⁶ Aunque en una aproximación previa se había considerado a los Tipos 6, 2 y 2 A como *chuspa* (Cases 1997 a y b, 2002), principalmente por la incorporación de urdimbres flotantes en las primeras y el uso de colores artificiales en las segundas, en esta ocasión se optó por integrarlos dentro de las bolsas domésticas por la similitud de sus composiciones espaciales con aquellas de este conjunto. Además, para enfatizar la diferencia entre la “bolsa ritual” de Valles Occidentales como *chuspa* propiamente tal, de otras bolsas que aún cuando pudieron cumplir funciones similares, no pertenecen a dicha tradición y, por lo tanto, presentan otros atributos decorativos.

⁷⁷ Las túnicas de este Tipo alcanzan la mayor representación en el Cementerio Oriente de Quillagua (Agüero 1998 a).

Las bolsas Loa – Tarapacá se componen de los Tipos listados 2 A, 14, 17, 18 y 25 A. Todos ellos comparten el haber sido tejidos indistintamente con trama continua o múltiples y, como es evidente, se caracterizan por la fusión de variables técnicas y decorativas de ambas tradiciones; restringen su distribución a dichos territorios, estando completamente ausentes en Atacama (Tabla 9). El Tipo 2 A, está constituido por talegas medianas decoradas por 5 a 9 módulos de listas lisas finas (composición espacial 1). El Tipo 14 lo integran talegas muy pequeñas y medianas, que se decoraron a través de listas medianas o gruesas, en tonalidades naturales contrastantes (composición espacial 3). En el Tipo 17 se incluyen talegas medianas y grandes y costales que tienen un damero central y dos laterales, alternados con listas medias y gruesas que combinan tonos naturales y teñidos (composición espacial 7). En el Tipo 18 las talegas son medianas y grandes; presentan un damero central y dos laterales, alternados con listas pares medias sobre fondo blanco (composición espacial 9). El Tipo 25 A consiste de talegas muy pequeñas y medianas que presentan 4 ó 5 dameros o peinecillos sobre fondo liso (composición espacial 13). Eventualmente también componen este grupo piezas o fragmentos de los Tipos de Valles Occidentales, Tarapacá o Loa-San Pedro, tejidos con tramas múltiples o únicas, según corresponda, los que se distribuyen tanto en Pica como en el Loa.

Las bolsas del grupo Circumpuneño corresponden a los Tipos 16 A, 17 A, 17 B, 28, 28 A y 34. La decoración de los tres primeros se emparenta con los estilos loínos, fueron tejidos con tramas múltiples y se han identificado, principalmente, en sitios del Loa y de la Puna de Jujuy (Tabla 9). El Tipo 16A, corresponde a talegas medianas y grandes con un damero central situado sobre una amplia pampa de color natural, flanqueada en los rebordes de trama por 2 listas finas (composición espacial 6). El Tipo 17 A se compone de talegas medianas que presentan un damero central y dos laterales situados cerca del reborde de trama, alternados por listas medias y finas que combinan colores naturales y artificiales (composición espacial 8). En Tipo 17 B hay talegas medianas decoradas por medio de un damero central y 2 laterales, alternados por listas o módulos de listas simples, pares o triples medias y delgadas (composición espacial 24). El Tipo 28 comprende talegas medianas y costales cuya decoración se logró mediante 1 ó más listas decoradas por urdimbres transpuestas alternadas por al menos 1 lista en damero o peinecillo y listas medias a gruesas (composiciones espaciales 16, 18 y 19). Por su parte, el Tipo 28 A corresponde a una talega mediana decorada por urdimbres transpuestas, formando listas lisas y

bifurcadas (composición espacial 28). El Tipo 34 está en talegas medianas cuya decoración consiste de módulos de 3 ó 4 listas finas en colores naturales y/o artificiales adyacentes al reborde de trama (composición espacial 1).

Como se señaló anteriormente, estas bolsas se han reconocido en sitios con ocupaciones tardías del Período Intermedio Tardío (ver Tabla 9), con la excepción del Tipo 28, identificado tanto en Arica, Pica y el Loa⁷⁸; el Tipo 28 A detectado sólo en Peine (Agüero 2000 b) y el Tipo 34 hallado sólo en Doncellas. Considerando que la ocupación de Doncellas se inserta principalmente en el Período Tardío (Uribe y Agüero 2003), estos y otros Tipos detectados allí confirman también una ocupación del momento inmediatamente previo, durante el Intermedio Tardío clásico.

Entre los Tipos que por su distribución espacial, elementos decorativos y número de tramas se integrarían al componente de Valles Occidentales, se cuentan los Tipos 2, 15 y 35, junto a los Tipos 13, 13 A, 15 A, 20 y 25 del grupo Tarapacá, los que se distribuyen principal o exclusivamente en Pica, a diferencia de los primeros que pueden estar tanto en Arica como en Tarapacá y que, en tal sentido, constituirían un grupo propiamente de Valles Occidentales⁷⁹. Un atributo recurrente es el uso predominante de trama continua y de listas lisas en su decoración.

El Tipo 2 funcionalmente corresponde a talegas muy pequeñas y medianas, decoradas por listas delgadas a finas que irregularmente cubren toda la superficie (composición espacial 2). Fue denominado Grupo 5 por Agüero y Horta (1997) en la costa y Valle de Azapa, donde se detectó sólo en *wayuñas*⁸⁰ y representa el 28% de la muestra tratada por las autoras. El Tipo 15 corresponde a talegas medianas y grandes, decoradas por 2 a 5 listas gruesas a regulares en tonos contrastantes con el fondo, adyacentes o sobre las cuales se sitúan una o dos listas muy finas, usando principalmente tonos naturales (composición espacial 4). Este patrón decorativo, coincide con el descrito por Cereceda (1978, 1990). Fue identificado como Grupo 3 en contextos costeros y del valle de Azapa, por Agüero y Horta (1997), con un 25% de representatividad, siendo el más

⁷⁸ Los primeros pertenecen a una parte de la Colección del Museo Arqueológico de Santiago, que ingresaron con esa procedencia junto a materiales claramente de Valles Occidentales.

⁷⁹ Además de otros grupos de bolsas domésticas definidas por Agüero y Horta (1997), que no están presentes en esta muestra.

⁸⁰ En vista de los resultados de esta investigación, se las podría suponer como equivalentes a talegas muy pequeñas o medianas.

frecuente en la costa. El Tipo 35 corresponde a talegas medianas, cuya decoración es similar al anterior, pero suma un damero central (composición espacial 27), combinando colores naturales y teñidos. Agüero y Horta (1997) lo reconocen igualmente en Arica (Grupo 1) en talegas y costales, con una distribución uniforme entre costa y valle, representando el 28% de la muestra. Llama la atención que se incluya el damero en su decoración, puesto que dicho elemento tiene mayor recurrencia en la subárea Circumpuneña. También extraña que no esté en Pica-8, pero sí en la Colección Latcham de Quillagua e incluso en Doncellas.

Las bolsas de Tarapacá, corresponden al Tipo 13 que está compuesto por talegas medianas, cuya decoración consiste de listas lisas más o menos delgadas de colores teñidos dispuestos de manera adyacente al reborde de trama sobre fondo liso natural (composición espacial 1). El Tipo 13 A, lo componen talegas muy pequeñas y medianas que combinan hilados de algodón y camélido en tramas y urdimbres. El Tipo 15 A correspondiente sólo a talegas medianas, se caracteriza por usar igual mixtura de fibras en urdimbre y trama. El Tipo 20 lo integran talegas medianas decoradas por una lista gruesa central, flanqueada por dameros laterales alternados con listas medianas y dos dameros de módulo rectangular adyacentes al reborde de trama, usando sólo tonalidades naturales (composición espacial 11). Por su parte, el Tipo 25 corresponde a talegas medianas semitrapezoidales, con 4 ó 5 listas en damero de módulo más ancho, distribuidas regularmente sobre el fondo liso (composición espacial 13). Con la excepción del Tipo 13 que se distribuye también en el Loa Inferior, estos Tipos están presentes sólo en Pica-8 (Tabla 9).

Finalmente, las bolsas del Período Tardío se componen del Tipo 26, que corresponde a talegas medianas, decoradas por listas finas de peinecillos y veteadas de grosor mediano, alternadas con listas de colores contrastantes naturales y/o teñidos. Estas bolsas son de clara filiación incaica (Cases 1997 a y b; Uribe y Agüero 2003) y junto con formar parte de las ofrendas miniatura de los santuarios de altura, están también en sitios de Arica (Agüero 2000 b; Cases 1997 a; Dransart 1988; Uribe y Agüero 2003). Por su parte, el Tipo 27 comprende talegas grandes decoradas por 4 listas en urdimbres complementarias formando rombos en sucesión vertical en torno a eje ondulado, alternadas con listas gruesas; su adscripción descansa en la iconografía (Horta 1997).

Los tipos de bolsas agrupados en los componentes recién descritos, además de facilitar la

asignación de subcategorías de talega que se verá enseguida, permitirán reconocer la circulación de este tipo de material, sugiriendo contactos entre poblaciones a través del tiempo. Por lo tanto, conjugado con la variable funcional, constituye una herramienta efectiva para abordar cómo las bolsas se han insertado en el tráfico de caravanas.

c. De fragmentos a categorías y subcategorías funcionales.

Tras combinar los atributos técnicos y decorativos señalados más arriba, los materiales fragmentados correspondientes a bolsas domésticas se distribuyen como se ve en la Tabla 10.

Tabla 10. Distribución de categorías funcionales en fragmentos y piezas completas.

Categoría Doméstica	Fragmentos		Piezas		TOTAL			
	N	%	N	%	N	% Frag.	% Piezas	Total
T. Muy Pequeña	6	2,26	8	3,86	14	1,27	1,7	2,97
T. Medianas	193	72,38	161	77,78	354	40,89	34,11	75
T. Grandes	29	10,94	17	8,21	46	6,14	3,6	9,74
Costales	37	13,96	21	10,14	58	7,84	4,45	12,29
Total	265	100	207	100	472	56,14	43,86	100

Resulta claro que las categorías se distribuyen de manera más o menos uniforme, se trate de fragmentos o piezas completas, aunque los fragmentos de las talegas muy pequeñas y las medianas disminuyen en relación con las piezas completas, mientras las grandes y costales aumentan. Este aumento se relaciona con que los fragmentos constituyen más de la mitad de la muestra total. Además, tiene cierta coherencia con que gran parte de dicho material proviene de los cementerios del Loa y de San Pedro, donde –como se señaló más arriba— ambas piezas, pero los costales en particular, tienen mayor popularidad. El alza se relaciona también con el estado de conservación de los restos, considerando que esas piezas tienen mayor cantidad de reparaciones entre las piezas completas, y se depositaron en mal estado; por lo tanto, su hallazgo en carácter fragmentario no es extraño. Coherentemente, es más frecuente hallar partes de talegas medianas en mejor estado, que de las grandes o costales (Figura 26).

B. Las Otras categorías funcionales.

Previo a pasar a la caracterización de los sitios de Quillagua, es necesario introducir el resto de la muestra, que se descompone en bolsas rituales, sin funcionalidad definida y miniaturas, tal como se observa en la Tabla 11.

Tabla 11. Composición de la muestra por categorías funcionales.

Domésticas: 77,38%				Rituales		Miniat.	S/Func. Definida		
Subtotal Talegas: 67,87%				Subtotal: 13,93%		1,97%	Subtotal: 6,72%		
T. M. P.	Talega	T. Gde.	Costal	B. Faja	Chuspa	S.Amul.	Torzal	Anillada	s/ dec.
2,30%	58,03%	7,54%	9,51%	2,46%	11,48%	1,97%	2,30%	2,30%	2,13%

Las miniaturas, corresponden a los “saquitos amuleto” (Le Paige 1958 Ms., en Agüero 2000 b), realizados mediante la reutilización de retazos de otras piezas, generalmente bolsas, que contienen semillas de algarrobo, mineral de cobre y piedrecillas o guijarros pequeños, agrupados de momento en un único Tipo 36. Esta forma aparece en los momentos iniciales del Período Intermedio Tardío, extendiéndose hacia momentos posteriores (Figura 6 g).

Dentro de las piezas que no cuentan con una definición funcional, se cuentan las bolsas anilladas agrupadas bajo el Tipo 23, que representan un escaso, pero constante 2.3% sobre la muestra total. Para este grupo se sugieren vínculos con la costa y cierta continuidad con períodos previos, aunque su presencia en sitios como el Cementerio Poniente y Doncellas, propone la extensión de su uso hacia períodos más tardíos, aunque con escasa frecuencia (Figura 27 a). Por su parte, las bolsas en torzal o tipo hamaca constituyen el Tipo 22 con el 2.3% (Figura 27 b). En los pocos casos en que se las ha identificado con contenidos, éstos son sumamente diversos (p.e., otras bolsas, vellones, instrumentos de tejido, calabazas, etc.). Aunque de acuerdo a Agüero (2000 b) son parte del estilo propio de San Pedro, entre 900 – 1300 DC, creo que debieran sumarse al componente Loa – San Pedro producto de su distribución fuera de dichos oasis.

Se incluyen en este grupo las bolsas que no tienen atributos decorativos, compuestas por los Tipos 21 y 21 A, diferenciándose las segundas por el uso de hilados de algodón, con un 2,13%.

Aunque sus tamaños son mayores a la mayoría de los “saquitos amuletos”, creo que no se debiera descartar que tuvieran una función similar, ya que muchas de ellas fueron realizadas usando retazos de otras piezas (Figura 30 c). Cabe señalar que en este grupo, se han agregado bolsas en que se observan atributos decorativos, pero de mayor tamaño que las bolsas amuletos.

Las bolsas rituales las integran las *chuspas* (11.48%) y las bolsas faja (2.46%). Si bien ambas se pueden separar morfológicamente del resto de las bolsas, se diferencian sobre todo por su decoración, en que predominan los colores artificiales y los motivos más complejos, y en su distribución principalmente fuera de la subárea Circumpuneña. Las *chuspas* han sido definidas en detalle por Horta y Agüero (1997) para Valles Occidentales, quienes señalan que en dicha zona su popularización ocurriría hacia el final del Período Intermedio Tardío, aunque están en uso desde la primera mitad del período, en ningún caso de manera masiva.

Me referiré brevemente a las características de los tipos de bolsas rituales presentes en los cementerios de Quillagua⁸¹. Las *chuspas* Tipo 4 tienen un formato de largo menor que el ancho, decoración listada en el reborde de trama y terminaciones como el festón anillado simple o doble (Figura 27 d). El Tipo 5 puede ser rectangular o semitrapezoidal (Tipo 5 A); su decoración se realizó por medio de urdimbres flotantes, formando motivos geométricos simples los que pueden cubrir sólo algunos sectores o toda la superficie tejida; específicamente, el motivo de cuadrados o rectángulos concéntricos en bloques de uno a tres (Figura 27 e), corresponde a una decoración típica de Tarapacá (Horta y Agüero 1997). El Tipo 7 puede comportar formas rectangulares o semitrapezoidales (Tipo 7 A) (Figura 27 f), a lo que se suma el eventual uso de hilados de algodón (Tipo 7 B). Su decoración se logró por medio de urdimbres complementarias, algunas de las cuales corresponden al Período Intermedio Tardío y otras al Tardío. El Tipo 8, corresponde a *chuspas* rectangulares o semitrapezoidales, decoradas por medio de urdimbres transpuestas (Figura 27 g), con motivos que la sitúan entre finales del Período Intermedio Tardío e inicios del Tardío (Horta 1997; Michielli 2000; Uribe y Agüero 2003).

⁸¹ Aunque Horta y Agüero (1997) definieron en detalle las *chuspas* de Valles Occidentales, no me referiré a esta clasificación, pues aquí me interesa señalar su carácter externo a la región Atacameña. La mayor parte de las *chuspas* tratadas en este estudio provienen de Pica 8, como se verá más adelante, a las que me referiré sólo si aparecen en los cementerios de Quillagua.

Las bolsas faja, escasas en toda la muestra, están representadas en los Tipos 11 y 12 (Figuras 27 h-i). Las primeras se diferencian por tener decoración lograda por urdimbres flotantes, constituyendo motivos geométricos simples; y las segundas, por medio de urdimbres complementarias, formando motivos como rectángulos concéntricos, de origen tarapaqueño, o bien, motivos geométricos incaicos (Horta 1997).

Antes de abordar los cementerios de Quillagua, en la Tabla 12 se sintetizan las adscripciones culturales y cronológicas de la totalidad de las bolsas, agrupadas en componentes, es decir, en conjuntos de materiales que aparecen juntos de manera recurrente (*sensu* Agüero *et al.* 1999: 177).

Tabla 12. Resumen adscripciones culturales y cronológicas de las bolsas (Todas).

COMPONENTE	GRUPO	TIEMPO	TIPOS B. DOMÉSTICAS / RITUALES ⁸² / OTRAS
Costero	Formativo – Costa	700? - 1000 – 1400 DC	23
Valles Occidentales	Valles Occidentales	1100 – 1300 DC	2, 13, 15, 35 / 1*, 1 A*, 3*, 4, 5, 5 A, 7, 7 A, 8, 8 A, 9*, 10*, 12
	Tarapacá	1100 – 1300 DC	13 A, 15 A, 20, 25 / 7 B, 11
Atacama	Loa – Tarapacá	1000 – 1300 DC	2 A, 14, 17, 18, 25 A
	Loa – San Pedro	900 – 1450 DC	6, 16, 19, 24 / 22
	San Pedro 1 – Cont. P. Medio	800 – 1100 DC	29, 30, 33
	San Pedro 2 – Cont. PIT Clásico	900 – 1450 DC	36 / 31, 31 A
	Circumpuneño (Loa-Puna)	1300 – 1450 DC	16 A, 17 A, 17 B, 28, 28-A, 34
Tardío	Inca	1450 – 1550 DC	26, 27

Nótese que los Tipos 21 y 21 A no han sido adscritos a un período específico ni tienen una filiación cultural clara. Asimismo, como se ha señalado y se verá en mayor detalle en las páginas siguientes, existen tipos que se distribuyen en espacios más o menos restringidos, sugiriendo con ello puntos entre los cuales se “movieron” las bolsas y sus contenidos.

3. LAS BOLSAS DE QUILLAGUA

⁸² Los tipos marcados con * corresponden *chuspas* detectadas sólo en Pica-8, pero que no se mencionan en el texto por tratarse, en la mayoría de los casos, de ejemplares únicos.

Considerando la totalidad de las bolsas de Quillagua, como se ve en la Tabla 13, es evidente que las bolsas domésticas son completamente predominantes, cerca del 90%, mientras las rituales y sin función conocida apenas superan al 6% y al 5%, respectivamente.

Tabla 13. Quillagua: Distribución de categorías funcionales, subcategorías y tipos decorativos⁸³.

Domésticas: 88,04%																											
T.M.P.		Subtotal Talegas: 78,62%																Talega Grande				Costal					
1,81%		Talega Mediana: 69,57%																7,25%				9,42%					
14	16	2	2A	6	13	14	15	16	16A	17	17A	17B	18	19	25A	26	N/I	15	16	17	18	19	19	28	N/I		
1,45	0,36	0,72	0,72	1,81	4,71	3,62	0,72	9,06	1,45	11,59	5,07	1,09	5,8	10,14	0,36	0,36	12,3	0,36	0,72	0,36	1,45	4,36	7,79	0,36	11,09		

Rituales: 6,52%										S/ Fun. Con.		
B. Faja		Chuspa						5,43%				
1,09%		5,43%						Torz.	Anil.	S/dec		
11	12	4	5	7	7A	8	22	23	21			
0,36	0,72	0,36	0,72	3,62	0,36	0,36	1,81	3,26	0,36			

El detalle de cada categoría es igualmente elocuente y diferencial. Las talegas, son las más frecuentes, de las cuales menos del 2% corresponde a las talegas muy pequeñas, más de 7% a las talegas grandes y casi el 70% restante a las talegas medianas. Los costales superan a las talegas grandes, sin alcanzar el 10%. Dentro de la categoría ritual, son más frecuentes las *chuspas* que las bolsas faja y entre las sin función determinada predominan las bolsas anilladas, seguidas por aquellas realizadas en torzal y las sin decoración. Las bolsas miniatura están completamente ausentes en Quillagua, insinuando desde ya cierta diferencia con los oasis piepuneños.

Otro aspecto notable, es que son las talegas las que exhiben la mayor variedad tipológica, mientras que las otras categorías y subcategorías se distribuyen de manera más discreta. De este panorama general, parece claro que las actividades relativas al procuramiento de alimentos fueron fundamentales en la localidad. Desde el punto de vista de sus adscripciones cronológicas y culturales, con la excepción de las bolsas anilladas que aluden a períodos previos y/o a poblaciones costeras, la mayor parte de los tipos refieren al Período Intermedio Tardío y muy escasamente al Tardío. En términos generales, es evidente la presencia del componente de Valles

⁸³ En esta tabla y las siguientes, la fila que tiene los números marcados en verde, corresponde a los Tipos Decorativos.

Occidentales, donde Tarapacá tiene una frecuencia muy minoritaria, dentro de un predominio de materiales atacameños, entre los cuales el grupo Loa-San Pedro tiene la mayoría, seguido del Loa-Tarapacá y el grupo Circumpuneño está escasamente representado. Para no apresurar conclusiones y ver cómo se desarrollan estas apreciaciones generales a través de la ocupación de Quillagua, es necesario ir al interior de cada sitio.

A. Cementerio Oriente

La distribución general se repite aproximadamente en este cementerio, aunque con variaciones como se ve en la Tabla 14. La categoría doméstica nuevamente se impone superando al 90%, seguida de las rituales y las sin función conocida que se encuentran igualadas. Al interior de las domésticas, las talegas medianas son predominantes, seguidas muy por debajo por los costales. Por su parte, las talegas medianas alcanzan la mayor popularidad, seguidas de las grandes, mientras las muy pequeñas bordean el 2%. Consecuentemente, las medianas son las que exhiben mayor variedad tipológica, siendo evidente que el Tipo 17 es el más común, seguido del Tipo 16. Con frecuencias muy inferiores se encuentran las bolsas rituales de Valles Occidentales, en las que predominan las *chuspas* del Tipo 7; mientras que las bolsas faja del Tipo 12 no superan al 1%. Igualadas con las anteriores, se encuentran las sin función conocida, donde son más comunes las bolsas en torzal o tipo hamaca que las anilladas (Cases 1997 b), estas últimas refiriendo a débiles remanentes del Período Formativo y a relaciones con la costa.

Las adscripciones a las que remiten los tipos decorativos muestran que dentro de las bolsas, lo “puramente” tarapaqueño no está en absoluto presente, siendo frecuentes los tipos propiamente de Valles Occidentales. Si bien el componente atacameño es más común, el grupo que vincula al Loa y Tarapacá supera ligeramente al Loa-San Pedro. Asimismo, hay escasos elementos que refieran a vinculaciones con espacios más lejanos, como el Noroeste Argentino, y son también exiguas las evidencias del Período Formativo o costa. En suma, los tipos de bolsas más frecuentes, corresponden bien al lapso de mayor potencia e intensidad de la interacción entre Quillagua y Tarapacá, es decir, entre 1100 – 1300 DC, cuyos inicios, a juzgar por las fechas de los Contextos Funerarios, se podrían adelantar hasta al menos el 1000 DC.

Tabla 14. Cementerio Oriente: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 90,32%																			Rituales: 4,84%			S/Func.con.				
T.M.P.		Subtotal Talegas: 87,10%											Talega Grande				Costal		B.F.		Chuspa		4,84%			
2,42%		Talega Mediana: 76,61%											8,06%				3,23%		0,81%		4,03%		Torz.		Anil.	
14	16	2	2A	6	13	14	15	16	16A	17	18	19	N/I	16	17	18	19	19	N/I	12	7	7A	22	23		
1,61	0,81	1,61	0,81	0,81	3,23	3,23	0,81	14,52	0,81	18,55	9,68	9,68	12,9	1,61	0,81	3,23	2,42	2,42	0,81	0,81	3,23	0,81	3,23	1,61	Tot	
		1,61	0,81					4,84	0,81	3,23	5,65	6,45	2,42	0,81		0,81		0,81			0,81	1,61		NE	30,7	
1,61				0,81	1,61	1,61		9,68		14,52	4,03	3,23	8,06	0,81	0,81	2,42	0,81	1,61	0,81	0,81	2,42		1,61		NW	57,3
	0,81				0,81	1,61	0,81			0,81			2,42				1,61								SE	8,87
					0,81															0,81			1,61		SW	3,23

Tales distinciones son también extensivas a cada cuadrante del cementerio. Es así como, las talegas medianas superan al 70%, con la sola excepción del cuadrante SW, el más pequeño y menos denso del sitio, donde alcanzan al 25%. Sólo en los cuadrantes NE y SE se halló escasas talegas muy pequeñas, mientras las grandes están totalmente ausentes en el cuadrante SW y en los otros, alcanza frecuencias sobre 5% y bajo el 19%. Por su parte, los costales están presentes sólo en los cuadrantes NE y NW, con algo más de 2% y 4% respectivamente. Salvo en el cuadrante SE hay *chuspas*, a las que se suman las bolsas faja en el NW. Las bolsas sin función conocida, también están ausentes del cuadrante SE, mientras que en ambos sectores del Norte, están sólo las bolsas en torzal; a diferencia del SW donde las bolsas anilladas tienen la mayor frecuencia, sugiriendo que éste pudo tener ocupaciones más tempranas.

Del cuadrante NW se recuperó la mayor cantidad de bolsas, el 57,26% del material y, por tanto, se encuentran todas las categorías de talegas, con una distribución que replica la del sitio en general. También aquí están las dos categorías de bolsas rituales, siendo las bolsas anilladas las únicas ausentes. Al observar los tipos comprendidos en dichas categorías, es evidente que los ejemplares atacameños están mejor representados, al menos desde lo netamente decorativo. Sin embargo, el grupo Loa-Tarapacá tiene la mayor frecuencia, seguido del Loa-San Pedro. Muy pocas bolsas de Valles Occidentales corresponden a talegas, pues está presente por medio de *chuspas* y bolsas faja.

Aunque los materiales atacameños son los más populares, los tipos del grupo Loa-Tarapacá predominan (17, 18 y 14), seguidos por los tipos Loa-San Pedro (16, 19 y 22). Todos muestran

relación con cerámica Loa-San Pedro y Pica Charcollo, a lo que se suman túnicas del primer componente, en una combinación que parece ser representativa del Período Intermedio Tardío de Quillagua, en la fase que se caracteriza por la convivencia con Tarapacá (Agüero *et al.* 1997, 1999).

Dentro de las bolsas domésticas, las talegas muy pequeñas corresponden al Tipo 14, Loa-Tarapacá. En las talegas medianas, se encuentran más tipos decorativos, con preponderancia de los Tipos 17, 16, 18 y 19, repitiendo los componentes señalados más arriba. Aunque escasamente, está presente también el Tipo 13 de Valles Occidentales. En las talegas grandes, predomina el grupo Loa-Tarapacá, tejido con tramas múltiples, pero esta vez predomina el Tipo 18, al que siguen los tipos Loa – San Pedro, que constituyen la totalidad de los costales.

Si bien las bolsas rituales, en su totalidad son de Valles Occidentales, extraña que las bolsas faja del Tipo 12 se hayan tejido con tramas múltiples. Cabe mencionar que entre los fragmentos de bolsas rituales recuperadas, la iconografía está bien documentada en Arica y corresponden a Maytas Chiribaya, Chiribaya, San Miguel Tardío y Pocoma, como también con motivos propiamente Tarapaqueños; todo esto permite situarlos desde los inicios del período, incluso en continuidad con momentos previos, hasta alrededor del 1300 DC (Horta 1997; Horta y Agüero 1997).

La mayor parte del material recuperado del sector NE, el 30,65% del sitio, corresponde al entierro múltiple descrito en el Capítulo 1, que permite ilustrar la distribución general del cuadrante y, en ausencia de otros contextos, las asociaciones entre bolsas y otros materiales, principalmente túnicas y alfarería. En el Contexto Funerario 1, se encontró una talega completa del Tipo 19 que contenía vainas de algarrobo y maíz (Figura 26 d, abajo), junto a fragmentos del Tipo 16, 18 y 17 y a una *chuspa* semitrapezoidal Tipo 7 A (Figura 27 f), con iconografía San Miguel Tardío (Horta 1997; Horta y Agüero 1997). Éstas se asociaban a una mujer adulta que vestía una túnica exterior Loa-Tarapacá y otra interior (no identificada), parte de cuya ofrenda era cerámica del componente Loa-San Pedro. Cuando se pudo reconocer, predominaron las tramas múltiples, que caracterizan los textiles atacameños. Del Contexto Funerario 2, se recuperó fragmentos de talegas de los Tipos 2 A, 18, 16, 19, 16 A, con una mínima presencia de Valles

Occidentales en el Tipo 2, asociadas a un adulto masculino que portaba una túnica interna Loa-San Pedro, una intermedia y externa Loa-Tarapacá. Junto a él se depositó un infante, con túnicas idénticas, asociados a una talega Tipo 18 y alfarería Pica Charcollo. En este contexto, se reconoció cierta ambigüedad debido al uso de tramas múltiples en tipos de Valles Occidentales, o de una sola trama en las talegas atacameñas. En el Contexto Funerario 3, una mujer adulta que vestía una túnica interior Loa-San Pedro cubierta por una gruesa manta, se encontró sentada sobre una talega del Tipo 2, con un contenido indeterminado. Asociada a ella se encontraron restos de talega del Tipo 18 en muy mal estado y una botella Pica Charcollo contemporánea a los otros hallazgos; el contexto replica la ambigüedad del anterior en cuanto al número de tramas.

De esta caracterización se puede afirmar que las bolsas que se ofrendaron de manera predominante fueron las talegas medianas y mucho más esporádicamente las grandes. Independiente de la subcategoría, pertenecen a los tipos Loa-San Pedro, seguidos por Loa-Tarapacá y en menor medida de Valles Occidentales. Sin embargo, al observar el detalle de las tramas múltiples, se accede a un panorama más variado, incluso ambiguo, situación que se venía anunciando desde las túnicas y la cerámica. Igualmente se visualiza la insipiente apertura a espacios circumpuneños que será característica de momentos clásicos del período.

Aproximadamente, la misma distribución se observa en las bolsas de superficie y los escasos restos provenientes de las otras unidades de recolección: predominio de talegas que vinculan al Loa con San Pedro y Tarapacá, en su mayoría tejidas con tramas múltiples. Así, dentro del cuadrante NE las talegas Loa-San Pedro, encabezadas por el Tipo 19 y Loa-Tarapacá experimentan un descenso en relación al NW, donde predomina el Tipo 18, seguido del Tipo 17 y el 2 A. Las talegas grandes se reparten igualadas entre el Tipo 16 y 18; los costales son del Tipo 19 y existen pocas bolsas en torzal.

Con todo, el cuadrante NE muestra mayor vinculación con San Pedro de Atacama que con Tarapacá y una mínima ocupación propiamente tarapaqueña. Esto se vería confirmado por la cerámica que exhibe predominio de material cerámico Loa-San Pedro, con una constante presencia tarapaqueña, pero nunca mayoritaria (Ayala y Uribe 1996) y túnicas Loa-San Pedro, Loa-Tarapacá y Tarapacá, en orden decreciente (Agüero 1998 a).

La totalidad del sector sur tiene una densidad ocupacional muy inferior, con un 8,87% para el cuadrante SE, lo que redundará en menor variedad funcional que se restringe a las talegas, en toda su variedad. Las talegas muy pequeñas son del Tipo 16, tejidas con trama continua; entre las talegas medianas destacan las del grupo Loa-Tarapacá, con los Tipos 14 y 17, seguidos de los Tipos 13 y 15 de Valles Occidentales. Las talegas grandes y los costales, corresponden en su totalidad al Tipo 19. De este sector se recuperaron túnicas Loa-San Pedro, como también Circumpuneñas, que en coherencia con las asociaciones cerámicas, entre las que se cuentan los tipos Aiquina y Turi Rojo Revestido junto a Pica Charcollo y Pica Chiza, sugeriría que se trata de materiales inmediatamente previos al momento clásico (Ayala y Uribe 1996).

Finalmente, en el cuadrante SW, con sólo el 3,23% de este tipo de hallazgos, si bien exhibe todas las categorías funcionales, predominan las bolsas anilladas, sugiriendo vínculos con la costa y/o continuidad con el Formativo Tardío, seguidas por *chuspas* Tipo 7 y talegas medianas Tipo 13, en igual proporción, todas ellas de superficie. En este sector, además de estos fragmentos se encontró restos de túnicas tarapaqueñas y atacameñas, junto a cerámica Loa-San Pedro y de Valles Occidentales (San Miguel y Pocoma), sugiriendo el carácter ligeramente más tardío del cuadrante, al igual que el anterior.

En síntesis, los cuadrantes NE y NW, si bien presentan bolsas atacameñas, tienen una relación inversa, pues en el primero predomina el grupo Loa-San Pedro, mientras que en el segundo lo hace el Loa-Tarapacá, coincidiendo ambos en el uso de tramas múltiples y en las categorías funcionales involucradas. Sin embargo, el sector sur, de oriente a poniente, muestra una disminución de materiales atacameños que en principio no es tan evidente, pues los grupos Loa-Tarapacá y Loa-San Pedro está igualados; pero se explicita en el predominio de tramas continua en el SE, mientras que en el SW no hay evidencias atacameñas, lo que se relaciona también con los límites del cementerio y con que este sector se ocupó más tardíamente, de manera previa o contemporánea al posterior predominio atacameño, cuando es el Cementerio Poniente el que está siendo ocupado de manera más intensa (Agüero *et al.* 1997, 1999).

B. Cementerio Oriente Alto

En este cementerio, como se ve en la Tabla 15, la variedad funcional se encuentra notablemente disminuida. Es así como las bolsas domésticas, reducidas sólo a las talegas, siguen predominando aunque con un descenso en relación al sector Bajo. Pero sin duda, lo más notable es que las *chuspas* tienen la mayor frecuencia dentro de los cementerios de Quillagua, mientras que las bolsas en torzal se mantienen relativamente constantes. Dentro de las talegas, no están las muy pequeñas; esto último, junto con la ausencia de costales y la mayor frecuencia relativa de *chuspas*, insinúa desde ya cierta similitud con Pica 8 (*Vid. infra*). Otra particularidad del cementerio, es que la variedad tipológica de talegas y *chuspas* se encuentra igualada.

Tabla 15. Cementerio Oriente Alto: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 76,67%					Rituales: 20,00%					S/ func. Con.		
Talega					T.G.	<i>Chuspa</i>					3,33%	
73,33%					3,33%	20,00%					Torz.	
14	16	17	18	N/I	19	4	5	7	8	22		
3,33	20	26,67	13,33	10	3,33	3,33	6,67	6,67	3,33	3,33	Total	
3,33	20	16,67	10	10	3,33	3,33	6,67	6,67	3,33	3,33	NE	86,67
		3,33									SE	3,33
		6,67	3,33								SW	10

A partir de los tipos presentes en el sitio, se constata que no existen evidencias claras del Formativo y/o la costa, ni que permitan extender la ocupación hacia el período clásico del Intermedio Tardío, lo que insinúa que ésta no se habría dilatado más allá del siglo XIV. En coherencia con las categorías de bolsa, los tipos de Valles Occidentales, alcanzan aquí su mayor frecuencia e igual que el Cementerio Oriente, no hay bolsas tarapaqueñas. El componente Loa-Tarapacá de las bolsas domésticas alcanza la mayoría, con puntajes que superan a los que aluden al vínculo con San Pedro, factor que en general, acerca al sector al cuadrante NW del Oriente Bajo.

Se detectó bolsas sólo en tres cuadrantes, todos los cuales presentan talegas; en tanto que las otras categorías se concentran sólo en el cuadrante NE. De dicho sector proviene el 86,67% de los hallazgos del sitio y, por tanto, la mayor variedad funcional y tipológica. Dentro de las talegas,

las grandes corresponden exclusivamente al Tipo 19. Las talegas medianas se distribuyen dentro del Tipo 16, que en forma individual es el más popular, tejido principalmente con tramas continuas; no obstante, la sumatoria de los Tipos 17, 18 y 14, lo superan.

Del cuadrante se recuperó un contexto disturbado (unidad NE-C), del que desafortunadamente no se pudo reconocer detalles. Corresponde a un adulto, que vestía tres túnicas: la interior tarapaqueña, la intermedia y exterior Loa-San Pedro. Las bolsas recuperadas de allí son talegas medianas de los Tipos 16, 17 y 18, tejidas con trama continua, y una talega grande Tipo 19; es decir, que los elementos Loa-San Pedro y Loa-Tarapacá estaban igualados en las bolsas domésticas, junto a *chuspas* de los Tipos 4 y 7, la primera asociada a un niño, junto a cerámica Pica Charcollo y Loa-San Pedro.

He mencionado el número de tramas, porque en ellas y no en la configuración del diseño, reside la ambigüedad del sector Alto. Justamente, esta ambigüedad caracteriza al sitio, pues hay talegas que aluden a la vinculación del Loa con Tarapacá en primera instancia, y a San Pedro de Atacama en segunda, pero con una factura por manos tarapaqueñas, como lo explicitan las tramas continuas en los Tipos 16 y 17. Esta combinación se repite en túnicas Loa-San Pedro, Loa-Tarapacá y de Valles Occidentales, junto a cerámica predominantemente atacameña, pero acompañada de manera persistente por alfarería Pica Charcollo, la que experimenta un alza relativa (Agüero 1998 a; Ayala y Uribe 1996).

En el cuadrante NE, las *chuspas* de los Tipos 5 y 7 están igualadas, como también los Tipos 4 y 8, aunque con menor frecuencia. Todas se tejieron con trama continua, con la excepción del Tipo 5, en el que se igualan las tramas múltiples. La iconografía que presentan corresponde principalmente a Maytas Chiribaya y Chiribaya (Horta 1997). Por último, las bolsas en torzal junto al Tipo 16, combinación registrada en Catarpe 2 (más adelante), insinúan el uso de este sector hacia 1300 DC.

El cuadrante SW representa al 10% de los materiales, que corresponden a talegas medianas de los Tipos 17 y 18, mientras el 3,3% del SE, pertenece a la misma subcategoría y al primer tipo mencionado.

En general, la distribución de las bolsas del sector Alto, es similar al cuadrante NE del Oriente Bajo en cuanto a las categorías funcionales con la salvedad que éste tiene costales, y con el SE por las adscripciones culturales. En efecto, allí las bolsas domésticas de Valles Occidentales tienen la más alta frecuencia, aunque inferior a los grupos Loa-San Pedro y Loa-Tarapacá, que están igualados. Aquí, en cambio, Valles Occidentales se encuentra en las *chuspas*, pero Loa-Tarapacá alcanza mayor frecuencia, seguido por debajo del grupo Loa-San Pedro, guardando cierta similitud en la adscripción cultural que tienen en el cuadrante NW del sector Bajo.

C. Cementerio Poniente

Como se ve en la Tabla 16, la distribución general de las categorías funcionales aquí no es radicalmente distinta del Cementerio Oriente. En efecto, las bolsas domésticas siguen predominando y mostrando la mayor diversidad tipológica, pero las rituales y sin función conocida experimentan una ligera alza en relación al Cementerio Oriente.

Tabla 16. Cementerio Poniente: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 88,52%																	4.92%				S/Func.con.						
T.M.P.	Subtotal Talegas: 70,49%													Ta. Gde.		Costal		B.Faja		Chu.		6,56%					
1,64%	Talega Mediana: 61,48%													7,38%		18,03%		1,64%		3,28%		Anil. s/dec					
14	2A	6	13	14	15	16	16A	17	17A	17B	19	25A	26	N/I	15	19	19	28	N/I	11	12	7	23	21			
1,64	0,82	3,28	7,38	4,1	0,82	0,82	2,46	0,82	11,48	2,46	13,11	0,82	0,82	12,3	0,82	6,56	15,57	0,82	1,64	0,82	0,82	3,28	5,74	0,82	Tot		
0,82	0,82								1,64	0,82		0,82	1,64	0,82		1,64										NE	9,02
0,82		2,46	3,28	2,46					3,28		11,48		0,82	6,56		2,46	10,66	0,82	1,64		0,82	3,28	1,64			NW	52,46
			2,46		0,82		2,46		4,1	0,82	1,64			1,64		3,28	0,82			0,82			2,46	0,82		SE	22,13
		0,82	1,64	1,64		0,82		0,82	2,46	0,82				2,46		0,82	2,46						1,64			SW	16,39

Esta diferencia es también notable desde lo funcional en las bolsas domésticas, ya que los costales alcanzan sobre el 18% con sólo dos tipos decorativos, junto a las talegas, que aún cuando presentan la menor frecuencia en relación a Quillagua, siempre es alta y diversa en su decoración. Asimismo, las talegas muy pequeñas se mantienen en bajos porcentajes, con un solo tipo y las

talegas medianas y grandes experimentan bajas en relación al Cementerio Oriente, que en las grandes repercute también en los tipos que comprende. Las bolsas sin función conocida corresponden a las bolsas anilladas y sin decoración, las últimas ausentes en ambos sectores del Cementerio Oriente. Dentro de las bolsas rituales, están ambas formas, con predominio de las *chuspas*, pero las primeras tienen más variedad en su decoración.

Temporalmente, por las bolsas anilladas, se observan relaciones con el Formativo y/o la costa, lo que tiene cierta coherencia con el contexto funerario descrito en el Capítulo 1. De igual modo, aunque se repiten algunos tipos que caracterizaban las ocupaciones del Cementerio Oriente y Oriente Alto, es evidente que éstos no son en absoluto mayoritarios, lo que sumado a la frecuencia que alcanzan los tipos Circumpuneños, de connotaciones más tardías, sugieren más que un hiato, la baja intensidad de la ocupación del cementerio entre 1100-1300 DC, la que se extiende a los momentos clásico y Tardío. Esta tendencia se confirma en los componentes culturales que están en el sitio. Efectivamente, el de Valles Occidentales está presente, con frecuencias ligeramente mayores que el Cementerio Oriente, pero sin alcanzar la que obtuvo en el Cementerio Oriente Alto. Aunque muy débilmente, se reconocen bolsas faja tarapaqueñas, mientras que el grupo que vincula al Loa y Tarapacá tiene las menores frecuencias dentro de la localidad y se restringe sólo al cuadrante NE, donde supera al grupo Loa-San Pedro, igualándose con el Circumpuneño, lo que mostraría cierta contemporaneidad en los eventos ocupacionales a ambos lados del río. Y por otra parte, como se anunciaba en el Cementerio Oriente, se reconoce el inicio o consolidación de vínculos a mayor distancia. Asimismo las bolsas anilladas son relativamente frecuentes, a las que se suman las bolsas sin decoración.

Destaca en el sitio el rotundo predominio del Tipo 19 en la categoría doméstica, con la salvedad de las talegas muy pequeñas, junto al Tipo 17 A en las medianas, en desmedro de los Tipos 16 y 17, que tras alcanzar la mayor popularidad en el Cementerio Oriente, tienen aquí la menor representación de la localidad.

Dentro de la categoría funcional de interés para esta investigación, las talegas al igual que los costales se encuentran en todos los cuadrantes, pero con distintas frecuencias; sólo la talega muy pequeña, restringe su aparición al NW y NE. Las bolsas rituales, sin embargo, están sólo en los

cuadrantes NW y SE, en el primero de los cuales se encuentran las bolsas faja y *chuspas*, al tanto que en el segundo hay sólo bolsas faja. Finalmente, las bolsas anilladas están ausentes sólo en el cuadrante NE y aquellas sin decoración se localizan en el cuadrante SE.

De esta primera aproximación es interesante el aumento que experimentan las bolsas sin función conocida, entre las cuales destacan aquellas realizadas en anillado, pues estaban bajo el 2% en el Cementerio Oriente, sugiriendo un uso más continuo desde el Formativo o bien, una revitalización de los vínculos con la costa donde siguen en uso hasta momentos más tardíos de la prehistoria, asociadas a Valles Occidentales (Moragas 1995; Ulloa 1982 a).

Del cuadrante NW procede el 52,46% del material tratado y, por tanto, ostenta toda la variedad funcional del sitio, con la excepción de las bolsas no decoradas y toda la diversidad cronológica y cultural del sitio. Las talegas muy pequeñas corresponden sólo al Tipo 14, mientras las talegas medianas exhiben la mayor diversidad tipológica, donde predomina el grupo Loa-San Pedro, con los Tipos 19 y 6, el último en baja frecuencia. El grupo Loa- Tarapacá no está presente, salvo el Tipo 14 que es superado por el Tipo 13 de Valles Occidentales. Los tipos restantes son más tardíos, como el 17 A que explicita vínculos entre el Loa y la puna de Jujuy, y el Tipo 26 de filiación incaica; ambos tejidos con tramas múltiples, insinuando la continuidad de las tradiciones de tejeduría locales. Entre las talegas grandes sólo existe el Tipo 19, al que se suma en los costales el Tipo 28.

Todas las bolsas faja son del Tipo 12 y las *chuspas* son las más frecuentes de las rituales, pero en ellas destaca que estén igualadas en cuanto a haberse tejido con tramas múltiples y continuas. En ambas categorías, la iconografía que presentan es incaica (Horta 1997). Completan el panorama las bolsas anilladas.

Como conjunto, este cuadrante muestra elementos tempranos o costeros, como los contenedores recién señalados, hasta los elementos más tardíos como las talegas del Tipo 26. Sin embargo, llama la atención el descenso del grupo Loa-Tarapacá que caracterizó las ocupaciones de la banda oriente reducidos a un solo tipo, junto a la presencia de *chuspas* de Valles Occidentales, pero tardías. En tal sentido, este sector se habría usado en los albores del Intermedio Tardío a

juzgar por el contexto funerario detectado en el cuadrante, y en los momentos más clásicos del período, por el hallazgo del mismo bajo lo que parece haber sido una tumba saqueada de momentos más tardíos. Entre los materiales descritos en el Capítulo 1, el capacho y la pintura roja, insinúan vínculos con la costa (Sanhueza 1985), seguramente en continuidad con el Formativo Tardío. Esto coincide con la apreciación de Uribe y Ayala (1997) desde la cerámica, al señalar la existencia de una reocupación sobre un momento clásico más débil y otro más temprano y que se extiende también al cuadrante NE. Asimismo, Agüero y Correa (1997) reconocieron en el cuadrante NW, al igual que en el SW, túnicas del Período Intermedio Tardío inicial, que dan cuenta de la interacción con Tarapacá, a través de los tipos Loa-San Pedro, Tarapacá y Loa-Tarapacá, junto a elementos más tardíos, los que también se concentran en el NE y SE.

El cuadrante SE representa al 22,13% de las bolsas recuperadas en el sitio. En las talegas medianas, predomina el grupo Circumpuneño, que connota su carácter más tardío dentro del período, con los Tipos 16 A, 17 A y 17 B, el último tejido con trama continua. Junto a éstos, se encuentra el Tipo 19 del grupo Loa-San Pedro, que ostenta el mismo atributo. Igualmente, hay talegas de los Tipos 13 y 15 de Valles Occidentales, las primeras tejidas tanto con tramas continuas como múltiples. Por su parte, las talegas grandes al igual que los costales, corresponden al Tipo 19, siendo ésta una de las pocas ocasiones en que las talegas grandes superan numéricamente a los costales. De las bolsas rituales, aparecen aquí sólo las bolsas faja del Tipo 11 con iconografía piqueña (Horta 1997). Finalmente, las bolsas anilladas ocupan una importante frecuencia, sugiriendo por una parte vínculos con la costa, aunque también cierta continuidad con períodos más tempranos. Las bolsas se asocian consistentemente a túnicas circumpuneñas de connotaciones más tardías (Agüero y Correa 1997) y a grupos cerámicos Loa-San Pedro que aluden a momentos posteriores a los inicios del Intermedio Tardío y su momento clásico, pues aparecen en compañía del componente Altiplánico (Ayala y Uribe 1997; Uribe 2002), sugiriendo un uso más tardío de este sector.

El cuadrante SW, con el 16,39% de las bolsas, presenta una distribución bastante heterogénea; en tal sentido, las bolsas coinciden con la cerámica en señalar que hubo persistencia en la ocupación del sector, al igual que en el SE (Uribe y Ayala 1997); mientras que, las túnicas muestran la mayor concentración de tipos Loa-Tarapacá (Agüero y Correa 1997). Es así como, entre las

talegas medianas están presentes los Tipos 14 y 17 del grupo Loa-Tarapacá, casi igualados con los Tipos 6 y 16 del grupo Loa-San Pedro, cuya sumatoria iguala al Tipo 13 de Valles Occidentales; sin embargo, ninguno de ellos llega a equipararse a los Tipos 17 A y B más tardíos. Nuevamente, talegas grandes y costales corresponden al Tipo 19, aunque aquí los costales superan a las primeras y aparecen también las bolsas anilladas.

El cuadrante NE presenta el 9,02% de estos materiales y destaca porque es el único en que se halló sólo bolsas domésticas. Las talegas muy pequeñas son idénticas a las del sector NW, es decir, del Tipo 14, y entre las talegas medianas destacan los Tipos 17 A y B; mientras el grupo Loa-Tarapacá está presente en los Tipos 2 A y 25 A que se iguala con el Circumpuneño. Las talegas grandes son de Valles Occidentales y todos los costales son del Tipo 19. Esta combinación podría sugerir que el cuadrante fue, en comparación al resto del sitio, uno de los pocos sectores del cementerio usado en forma permanente durante el período, pues es el único en que predominan los tejidos con una sola trama, lo que se relaciona con la importancia que tiene el grupo Loa-Tarapacá.

Cabe señalar que los Tipos 15, 14, 2 A y 25 tienen en común el uso de trama continua y todos provienen de recolecciones superficiales, situación en la que se encontró el Tipo 15 en la otra banda del río. Asimismo, es sugerente que todo el material de superficie del cuadrante NE tiene trama continua, en cambio aquel recuperado de excavación tiene tramas múltiples, además de asociación a cerámica atacameña y de Valles Occidentales, sugiriendo una ocupación previa a 1350 DC por una parte, y la reocupación atacameña del sector sobre un sustrato de Valles Occidentales. Otro aspecto que me interesa mencionar, es que en el sitio, en general, existe menos ambigüedad entre la procedencia de los materiales y el número de tramas empleadas que en el Cementerio Oriente y Oriente Alto.

En el Cementerio Poniente como una unidad, es clara la importancia que cobran los costales, aunque sin superar a las talegas medianas, en relación a los Cementerios Oriente y Oriente Alto. Junto a ello, se observa un predominio del componente atacameño en los grupos Loa-San Pedro y Circumpuneño, paralelo a la menor frecuencia del grupo Loa-Tarapacá. Esto insinuaría cambios tanto en las prácticas económicas como en los vínculos sociales que los habitantes de la localidad

habrían privilegiado en momentos más tardíos.

D. Colección Latcham del Museo Nacional de Historia Natural

Antes de terminar con Quillagua, cabe mencionar la Colección Latcham, cuyos materiales, desafortunadamente no tienen asignación al cementerio del que se obtuvieron. Sin embargo, de la Tabla 17 se desprende que las bolsas domésticas son predominantes, lo que se asemeja al Cementerio Poniente, en tanto las rituales están en una frecuencia intermedia a lo que mostraban los cementerios de ambas orillas del Loa, y las sin función determinada son también similares al Cementerio Poniente, aunque incluyen a las anilladas y en torzal, como en el Cementerio Oriente. La principal categoría funcional es la talega mediana, que tiene una recurrencia menor que en los sitios de Quillagua; mientras el costal y la talega grande, son más frecuente que los hallazgos del Cementerio Poniente. Con registros notablemente inferiores, se encuentran igualadas la *chuspa*, la bolsa faja y la talega muy pequeña, seguidas por las bolsas anilladas y en torzal. Esta distribución le otorga un carácter mixto en relación a los cementerios descritos.

Tabla 17. Colección Latcham: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 81,40%											Rituales: 11,63%			S/Fun.D.		
T.M.P.		Subtotal Talegas: 58,14%							Talega Grande		Costal	B. Faja	Chuspa		6,98%	
4,65%		Talegas Medianas: 41,86%							11,63%		23,26	4,65%	6,98		Torz.	Anill.
14	19	2	16	17	18	19	N/I	16	17	18	17	11	4	7	22	23
2,33	2,33	2,33	9,3	20,9	2,33	2,33	4,65	2,33	2,33	7	23,36	4,65	2,33	4,65	2,33	4,65

Por su parte, el grupo Loa-Tarapacá ostenta una frecuencia cercana al 60%, al que le siguen muy por debajo los tipos Loa-San Pedro (16,3%), Valles Occidentales (9,3%), mientras que los que aluden a la costa o Formativo y a Tarapacá, se encuentran igualados (4,6%).

Entre las talegas muy pequeñas, casi como una norma, se encuentra, el Tipo 14, pero la novedad es que se incluye el Tipo 19. Dentro de las talegas medianas predomina absolutamente el Tipo 17, seguido del 16; mientras que, los restantes tienen frecuencias uniformes. En las grandes, es el Tipo 18 el que predomina y entre los costales se encuentran sólo los del Tipo 17. Las *chuspas*

están bien representadas junto a las bolsas faja, alcanzando una frecuencia que no llega a equipararse con la del Oriente Alto. Sin duda, lo más relevante es que los costales tienen mayor frecuencia incluso que en el Cementerio Poniente, pero son del Tipo 17, a diferencia de los materiales obtenidos allí. Por otra parte, al contar con mayor cantidad de piezas completas, con la excepción de los tipos claramente de Valles Occidentales, es evidente que predominan las piezas realizadas con tramas múltiples, es decir, realizadas por manos atacameñas. A su vez, el grupo Loa-Tarapacá alcanza casi al 60%, al que sigue por muy debajo el grupo Loa-San Pedro (16.29%), alcanzando el resto de los grupos bajo 10% y 5%.

Por la frecuencia que el Tipo 17 ostenta entre los costales y el grupo Loa-Tarapacá dentro de la colección, se podría suponer que pertenecieron al Cementerio Oriente y/u Oriente Alto. Más aún, Latcham menciona que las bolsas de mayor tamaño eran frecuentes en la época Chincha Atacameña (Latcham 1938: 281), a la que pertenecían los Cementerios Oriente y Oriente Alto, lo que confirmaría esta posibilidad. Asimismo, la distribución del grupo de Valles Occidentales es similar al Cementerio Oriente. Esta adscripción podría extenderse a gran parte de la colección, por la ausencia del grupo Circumpuneño, que se halla casi exclusivamente en el Cementerio Poniente. Con esta información, las frecuencias de las categorías funcionales de los Cementerios Oriente y Oriente Alto se verían parcialmente relativizadas, con un alza en las frecuencias de costales y talegas grandes, principalmente.

4. QUILLAGUA Y LAS LOCALIDADES VECINAS

A.- Tarapacá: Pica-8

Como ya se ha señalado, al menos el oasis de Pica muestra una fuerte interacción con Quillagua durante el período que, a juzgar por antecedentes formativos, tendría una larga tradición. Sin embargo, hasta antes del Período Intermedio Tardío no es claro que ésta haya adquirido el carácter de convivencia, que parece desprenderse del compartir espacios mortuorios en Quillagua, por una parte, pero sobre todo, por la fusión de elementos del subestilo o grupo Loa-Tarapacá, que tiene cierta importancia también en las bolsas domésticas de Pica-8.

Tabla 18. Pica 8: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 50,39%																		
T.M.P.		Subtotal Talegas: 50,39%														Talega Grande		
2,33%		Talega Mediana: 45,74%														2,33%		
13A	16	2	6	13	13A	15	15A	16	17	18	19	20	24	25	28	16	18	27
1,55	0,78	2,33	2,33	0,78	3,88	3,88	1,55	10,1	13,2	0,8	3,1	0,8	0,78	1,55	0,78	0,78	0,78	0,78

Rituales: 44,96%															S/func.D	
Chuspa												B.Faja		4,65%		
37,98%												6,98%		Torz	s/dec	
1	1A	3	4	5	5A	7	7A	7B	8	8A	9	10	11	12	22	21A
0,78	0,78	0,78	0,78	10,1	0,78	14	2,33	2,33	1,55	0,8	0,78	0,8	1,55	5,43	2,33	2,33

Aunque del Gráfico 12 se anunciaba que la distribución de las bolsas domésticas del sitio era más o menos similar al Loa, esta apreciación cambia radicalmente al introducir todas las categorías funcionales, como se ve en la Tabla 18. Sorprendentemente, la categoría doméstica corresponde al 50,39% de las bolsas seguidas del 44,96% de las rituales y 4,65% las sin función determinada. Con la salvedad de la última, la distribución inicial aparece como radicalmente distinta a Quillagua, aunque tiene cierta semejanza con el Cementerio Oriente Alto en la importancia de las bolsas rituales y con la Colección Latcham por la frecuencia de las bolsas domésticas, en general. Aunque tiene cierto parecido con el Cementerio Oriente en cuanto a la importancia de los Tipos 17 y 16, es evidente también que en Pica-8 son las bolsas de Valles Occidentales, principalmente las *chuspas* las que tienen la mayor frecuencia (46,6%), a las que siguen de lejos los grupos Loa-San Pedro (19,4%), Loa-Tarapacá (14,74%) y Tarapacá (13,2%). Los grupos Circumpuneño e Inca se encuentran igualados con una ínfima representatividad (0,78%).

Las talegas muy pequeñas muestran divergencias, como los Tipos 13 A y 16; entre las medianas se encuentran más tipos que en el Cementerio Oriente, a los que me referiré más adelante; y en las grandes, además de los Tipos 16 y 18, se suma el Tipo 27 perteneciente al Período Tardío. Las *chuspas* exhiben una diversidad decorativa comparable a las domésticas, aunque las del Tipo 7 y 5 obtienen las mayores frecuencias, mientras que el Tipo 12 de las bolsas faja es el más popular. Entre aquellas sin función determinada, se encuentran igualadas las bolsas en torzal y aquellas sin decoración, pero en su variante realizada en algodón. Sin duda, la gran ausencia

funcional es la de los costales que –creo— se debe más bien a un problema de registro y conservación, pues existen ahí al menos dos costales del Tipo 28⁸⁴.

Volviendo a las talegas medianas, sin duda, lo más notable es que tipológicamente las frecuencias sean semejantes al Cementerio Oriente, con predominio de los Tipos 17 y 16; el primero de los cuales no alcanza a superar al Tipo 7 de *chuspas*, entre las que no se registra, al menos en esta muestra, la iconografía Chiribaya que había en Quillagua. Asimismo, destaca que en las talegas medianas están presentes el resto de los tipos populares en las de Quillagua, que sumados superan a los de Valles Occidentales e incluso a los tarapaqueños. Los únicos presentes aquí, pero no en Quillagua son los Tipos 20, 24 y 25, mientras que el Tipo 28 está en las talegas medianas y al igual que en el Cementerio Poniente, en los costales.

Un aspecto conspicuo de los materiales de Pica, es el uso de algodón, en los Tipos 13 A y 15 A de talegas y entre las *chuspas* de los Tipos 1, 1 A, 7 B (Cases 1997 b), además del Tipo 21 A, enunciando cierta continuidad con materiales del Formativo tarapaqueño (Agüero y Cases 2001); y por otra, un acceso diferencial a dicha fibra. Finalmente, destaca el uso de tramas continuas en todas las categorías y tipos, independiente de su adscripción cultural, sugiriendo la manufactura local de estas bolsas. La excepción, en este sentido, la constituye el Tipo 19, el único en que predominan las tramas múltiples.

Las túnicas halladas en este sitio son, principalmente, semitrapezoidales de orillas de urdimbre curvas como característica local (Figura 8 g), seguidas de las semitrapezoidales de orilla recta de Valles Occidentales, y en menor medida, de túnicas rectangulares Loa-San Pedro (Agüero 1998 a). Se asocian a cerámica de Tarapacá, Loa-San Pedro y de Valles Occidentales (Ayala y Uribe 1996).

B.- Loa Medio: Chacance y Chiu Chiu

La Tabla 19 de Chacance ofrece cierta similitud con los cementerios de Quillagua, pues el

⁸⁴ Observación personal, septiembre 2002.

88,64% de las bolsas corresponden a la categoría doméstica, seguida por aquellas sin función determinada, donde se encuentran las tres categorías que las componen, mientras que las bolsas faja alcanzan la menor frecuencia y es la única bolsa ritual. Sin embargo, las domésticas, muestran un comportamiento que se asemeja al Cementerio Oriente, sugiriendo la contemporaneidad de ambas ocupaciones, pero con ciertas diferencias tipológicas. Tal es el caso de las talegas muy pequeñas, donde se encuentran tipos de Valles Occidentales y Loa-Tarapacá, siendo este último grupo el más frecuente en esta subcategoría, al igual que en el Cementerio Poniente, pero en frecuencias muy inferiores, también insinuando cierta sincronía entre ambos cementerios. Entre las medianas predominan los Tipos 17 y 16, resultando notable la frecuencia que alcanza el Tipo 2 que se iguala con el Tipo 18. Entre las talegas grandes y los costales se constatan sólo los Tipos 16 y 19, respectivamente. La bolsa faja es del Tipo 12, lo que las acerca al Cementerio Oriente y Poniente, aunque en el último la iconografía alude a momentos más tardíos. Las bolsas anilladas superan a las bolsas en torzal como también a las sin decoración.

Tabla 19. Chacance: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 88,64%												Ritual	S/func.D				
T.M.P.		Subtotal Talegas: 81,82%										T.Gde.	Costal	B. Faja	9,09%		
6,82%		Talega Mediana: 65,91%										9,09%	6,82%	2,27%	Torz.	Anill.	s/dec.
2	25A	2	6	16	17	18	19	24	28	N/I	16	19	12	22	23	21	
2,27	4,55	6,82	2,27	13,6	22,7	6,82	4,55	2,27	2,27	4,6	9,09	6,82	2,27	2,27	4,55	2,3	

En este cementerio se observa el grupo de Valles Occidentales, en un 11.36%, del cual la mayor parte corresponde a las talegas medianas. No obstante, predomina el grupo Loa-San Pedro con el 38,64%, casi igualado con el grupo Loa-Tarapacá, con 34,07%, y aquellos que vinculan al Formativo y/o costa constituyen sólo un 4,55%, mientras los Circumpuneños o clásicos se restringen al 2.27%. A su vez, cuando fue posible registrarlo, las tramas múltiples predominan en casi la totalidad de los tipos, lo que sugiere de manera bastante explícita su confección atacameña, incluso en el Tipo 2. Las excepción está en el Tipo 25 A, donde se registró sólo tramas continuas y en un pequeño porcentaje del Tipo 17.

En relación a las túnicas, se constata sólo una –peluda— propiamente del Salar de Atacama, dentro de un sustrato Loa-San Pedro junto a algunas túnicas tarapaqueñas (Agüero 2002). La

alfarería, por su parte, muestra una ocupación temprana, con antecedentes en períodos previos, junto a lo cual coexisten tipos de Tarapacá con un predominio de aquellos Loa-San Pedro, vigentes también en momentos más clásicos (Uribe 2002).

Tabla 20. Chiu Chiu: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 72,73%						S/Func.D
T.M.P	Talegas: 72,73%				T.G.	27,27%
9,09%	T. Mediana: 54,55%				9,1%	Torz.
16	6	16	19	N/I	16	22
9,09	9,09	18,2	9,09	18,2	9,09	27,27

Como se desprende de la Tabla 20, la muestra de Chiu Chiu es particularmente pequeña, mostrando mayor similitud con los oasis de Atacama que con los sitios del Loa Inferior, como se verá más adelante, tanto numéricamente como en las categorías, pues se encuentran sólo dos: las domésticas y las bolsas en torzal. Asimismo, dentro de las domésticas las talegas tienen la mayor frecuencia, que es inferior a los puntajes que obtiene en otros sitios del Loa (no así de Tarapacá), mientras las muy pequeñas y grandes se encuentran igualadas.

Además, es clara la presencia exclusiva del grupo Loa-San Pedro, donde predomina el Tipo 16 en toda la categoría doméstica, seguido por las bolsas en torzal, que acerca su distribución a los sitios del Salar. De este cementerio, Agüero (2002) menciona dos pequeñas bolsitas café monocromas del Tipo 21, las que relaciona con las “bolsitas-amuleto” (Agüero 2000 b), aún cuando no fueron realizadas con retazos, sino tejidas con esta forma. Asimismo, es coherente el predominio de las tramas múltiples, con la sola excepción del Tipo 6. Aunque los tipos existentes están también en el curso inferior del Loa, es evidente que Chiu Chiu constituye el límite “efectivo” de las relaciones de Tarapacá con el Loa, dada la nula presencia del grupo que vincula ambos sectores. Cabe señalar que Agüero (2002) menciona también un fragmentos de tirante de una *chuspa* Tipo 7, de formato y decoración incaicas, que sería el único textil susceptible de relacionar con Valles Occidentales y/o Tarapacá.

Las túnicas y tocados hallados en el cementerio, son propios del grupo San Pedro de contacto, lo que permitió a Agüero (2002) afirmar que sus portadores habrían provenido del Salar y convivido con

gentes del Loa, a juzgar por la presencia del grupo Loa-San Pedro. La alfarería registrada muestra una ocupación en momentos tempranos del período, con cierta presencia Altiplánica que se superpone a una ocupación del Período Medio y casi no presenta evidencias de momentos más tardíos (Uribe 2002).

C.- San Pedro de Atacama: Oasis y Quebradas

Esta localidad muestra una depositación que difiere notablemente del Loa Inferior, la que se manifiesta en la frecuencia que tienen los “saquitos amuleto” y las bolsas que no tienen decoración, junto a la ausencia de las bolsas rituales.

Tabla 21. Solor y Solcor: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Solor										Solcor			
Domésticas: 60%							Miniat.	S/Func.D			Domésticas		
T.G.	Costales						25%	15%			Costales		
5%	Talega Mediana: 55%						S. Amuleto	Torz.	s/dec.		100%		
16	16	29	30	31	33	29, 31 ó 31A	36	22	21	N/I	29	30	31A
5	10	5	10	5	5	20	25	5	5	5	17	50	33

Como se ve en la Tabla 21, el 60% de las bolsas de Solor corresponden a la categoría doméstica, entre las cuales los costales tienen la mayor frecuencia, junto a las talegas grandes. Asimismo, se encuentran los saquitos amuleto, seguidas de bolsas sin decoración y en torzal. Por tanto, la mayor parte de los tipos presentes son del grupo San Pedro 2 y 1, las que sólo excepcionalmente se han hallado en otras zonas; le siguen los tipos que vinculan a la localidad con el Loa que suman el 20%. Es evidente también el predominio de las tramas múltiples, aunque se ha registrado la trama continua en los saquitos amuleto y en las bolsas sin decoración, insinuando la reutilización de tejidos de otra tradición cultural, sean contemporáneas o de períodos previos. En Solcor, en cambio, se detectó sólo costales cuyos tipos corresponden principalmente al grupo San Pedro 1 y, coherentemente, predominan las tramas múltiples. Esto sugiere la “ausencia” de vínculos hacia afuera del oasis, a diferencia de Solor donde se visualizan relaciones con el Loa (Tipo 16) y con el Noroeste Argentino (Tipos 31 y 31 A).

Las quebradas, sin embargo, dan cuenta de otro panorama, como se aprecia en la Tabla 22. En Catarpe 2 la categoría miniaturas es la mejor representada, mientras que las talegas medianas y las bolsas en torzal se encuentran igualadas, sugiriendo que esta combinación se extiende al Intermedio Tardío clásico, de acuerdo a las fechas obtenidas allí (Uribe y Adán 2003). Consecuentemente, el grupo Loa-San Pedro corresponde al Tipo 16 y a las bolsas en torzal, que suman un 36,36%, mientras que los saquito-amuleto con un 63,64%, constituyen la mayoría del grupo San Pedro 2; todas presentan un total predominio de tramas múltiples. En Peine se detectó sólo una talega mediana, de un tipo que a partir de la técnica de urdimbres transpuestas se insertaría en el componente Circumpuneño característico del final del período, en total coherencia con los fechados del sitio (Agüero 2000 b; Uribe y Adán 2003). Aunque sumamente escasos, son característicos de este momento las túnicas Circumpuneñas, de amplia distribución espacial, cuyo uso se extendería temporalmente hacia el Período Tardío (Agüero 2000 b, 2003).

Tabla 22. Catarpe-2 y Peine: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Catarpe-2			Peine
Domésticas: 18,18%	Miniat.	S/Func.D	Domésticas
Talegas Medianas	63,64%	18,18	Talegas Medianas
18,18%	S. Amuleto	Torzal	100,00%
16	36	22	28 A
18,18	63,64	18,18	100

D.- Puna de Jujuy: El sitio Doncellas

Este sitio nuevamente enfrenta a un escenario más diversificado como se puede apreciar en la Tabla 23. La categoría doméstica sigue teniendo la mayor representación con el 88,41% de las bolsas, seguidas por aquellas sin función conocida –que al igual que Chacance, reúne a las tres categorías— y las rituales. Dentro de las domésticas, predominan las bolsas medianas, con la mayor variedad tipológica, donde el Tipo 16 A tiene la mayor frecuencia, por ende, los indicios de momentos más tempranos dentro del Período Intermedio Tardío son mucho más débiles. Le suceden las talegas grandes, donde predomina el mismo tipo, siendo notable la frecuencia que alcanzan aquí, comparable a la que obtienen los costales en el Cementerio Poniente. Entre los

pocos costales, se cuentan principalmente los del Tipo 16 y en las *chuspas* predomina el Tipo 8, que en este caso tiene gran similitud con las túnicas Circumpuneñas.

Tabla 23. Doncellas: Distribución de categorías, subcategorías y tipos decorativos.

Domésticas: 88,41%																Rituales		S/func.D			
Subtotal Talegas: 85,51%												T.Grande				Costal	4,35%		7,25%		
Talega Mediana: 68,12%												17,39%				2,90%	<i>Chuspa</i>		Torz.	Anill.	s/dec.
15	16	16A	17	17A	17B	26	31	31A	34	35	N/I	15	16	16A	17	16	8	N/I	22	23	21
1,45	1,45	44,9	1,45	5,8	1,45	1,45	2,9	1,45	1,45	1,5	2,9	1,5	1,45	13	1,45	2,9	2,9	1,5	2,9	1,5	2,9

Con relación a los grupos presentes, es evidente que el mejor representado es el Circumpuneño, con un 66,6% que corresponde exclusivamente a la categoría doméstica. Curiosamente, le sigue el de Valles Occidentales, pues se encuentran aquí algunas bolsas del Tipo 15, sugiriendo que desde entonces empezaba a “difundirse” este patrón decorativo, proceso que considero sería coherente con la expansión del Tawantinsuyu (Uribe y Agüero 2003). Cabe señalar que en la actualidad, este patrón decorativo, con variaciones menores, es el de mayor difusión en la subárea Circumpuneña (Cereceda 1978, 1991; Hoces de la Guardia y Rojas 2000, 2003; Lecoq 1987; Medvinsky 2002; Torrico 1989). Luego le siguen los grupos Loa-San Pedro y San Pedro 2, mostrando aunque sea de manera mínima que durante el momento clásico y previamente, habrían existido contactos entre ambas vertientes. Este hecho se ve confirmado por la presencia, además, de un pequeño porcentaje de talegas medianas y grandes Loa-Tarapacá, frecuencia que acerca a este sitio al Cementerio Poniente. Junto a ellas, se encuentra un número de talegas incaicas, las bolsas sin decoración y las anilladas, las que en este caso sugerirían relaciones con poblaciones chaqueñas (Com. pers., Aschero, 2003).

Si bien la distribución de categorías funcionales tiene cierta similitud con el Cementerio Oriente, es mucho más evidente su parecido con el Cementerio Poniente, demostrando la contemporaneidad de ambas ocupaciones, aunque de acuerdo a Uribe y Agüero (2003) en el sitio trasandino ésta se extendería con mayor intensidad hacia el Tardío, a juzgar por la cerámica local del Período Intermedio Tardío y Tardía, junto a túnicas Circumpuneñas que extienden también su uso al Tardío. Esta similitud sugeriría no sólo la contemporaneidad de la ocupación del Cementerio Poniente con la de Doncellas, sino que las relaciones de Quillagua en esos momentos

se reorientarían hacia San Pedro de Atacama y hacia la Puna, proceso que se vincularía a la consolidación atacameña en toda la región (Uribe *et al.* 2002), a diferencia de tiempos más tempranos, cuando era más evidente el vínculo con Tarapacá.

Para recapitular, en la Tabla 24 se ofrece un panorama general de los resultados del análisis, donde se sintetizan las tres subcategorías y grupos mejor representadas en cada sitio (en orden decreciente). De esto son evidentes algunas regularidades. La más obvia, como ya se ha señalado, es el predominio de las talegas medianas en todos los sitios y colecciones, siendo los oasis y quebradas atacameñas las únicas excepciones, donde el costal es la categoría más depositada en los contextos funerarios. Por su parte, las talegas grandes suelen ocupar el segundo o tercer lugar, aunque con menor frecuencia irrumpen las *chuspas* y los costales en tales posiciones. Al respecto, parece ser la cercanía física y social con Valles Occidentales y Tarapacá lo que incide en que se depositen *chuspas* en los contextos funerarios, salvo en Doncellas, donde la presencia de éstas piezas podría relacionarse con momentos tardíos. Para los costales se podría suponer que la cercanía a San Pedro de Atacama y una posición ligeramente más tardía inciden en la frecuencia con que se les depositó; sin embargo, se ha señalado que sitios como Solcor y Solor habrían sido ocupados en el inicio del Período Intermedio Tardío, extendiéndose la ocupación del segundo hacia momentos posteriores del período, por tanto, se trataría de una situación distinta, de la cual intentaré dar cuenta en el Capítulo 6. Otras categorías presentes en los contextos funerarios parecen responder a preferencias más locales, como la frecuencia de la bolsa faja en Pica-8, las bolsas en torzal en Chiu Chiu y Catarpe 2 y los saquitos amuleto en el último sitio y Solor.

La recurrencia de las bolsas domésticas en la región de estudio sugiere inicialmente, que este tipo de actividades fue más importante en distintas localidades y momentos del período, que las rituales, como lo indicaría la frecuencia de las *chuspas*. Más específicamente, parecen ser aquellas relacionadas a los alimentos, tanto a su manipulación como a su producción, las más significativas, a juzgar por la frecuencia de las talegas medianas; mientras que el almacenamiento y el traslado, serían actividades secundarias como lo sugieren las talegas grandes y costales. Resulta significativo en esta dirección, que el almacenamiento y traslado tendrían mayor concentración o intensidad en el Loa Inferior y Medio, en los oasis sanpedrinos y más

tardíamente, en la Puna de Jujuy.

Por su parte, los componentes culturales y grupos a los que pertenecen estas bolsas, muestran el predominio material de Atacama, lo que es coherente con la proveniencia de gran parte de la muestra. Sin embargo, existen matices de acuerdo a los grupos predominantes, siendo posible distinguir cuatro modalidades de depositar bolsas.

La primera se caracteriza por el predominio de grupos de Valles Occidentales y junto a los materiales locales tarapaqueños, sería propio de Pica-8 y posiblemente de Tarapacá. Aunque de menor importancia, es notable la frecuencia de los grupos Loa-San Pedro y Loa-Tarapacá, que evidencian los vínculos con esta zona y emparentan a esta modalidad con la siguiente.

La segunda está singularizada por los dos grupos alusivos al Loa, los que aunque están prácticamente igualados en su predominio entre los cementerios y colección, muestran cierta segregación espacial: el grupo Loa-Tarapacá se concentra en el Loa Inferior, mientras el Loa-San Pedro lo hace en el curso medio del río. Estas diferencias también responderían a diferencias cronológicas a juzgar por la combinación del grupo Loa-San Pedro con el Circumpuneño y San Pedro 2, en el Cementerio Poniente y Catarpe 2, respectivamente. Es igualmente sobresaliente la presencia de bolsas de Valles Occidentales, principalmente en el Loa Inferior a diferencia de espacios más cercanos a San Pedro de Atacama.

La tercera modalidad tiene como protagonistas a ambos grupos de San Pedro, el primero de los cuales no sólo se circunscribe a dicha localidad, sino más específicamente a los oasis, sugiriendo su posición cronológica más temprana, mientras San Pedro 2 incluye, además, el ámbito de quebradas y la Puna, que definiría un patrón más tardío para depositar estas bolsas.

La cuarta y última modalidad estaría caracterizada por el predominio del grupo Circumpuneño, más tardío dentro del Período Intermedio Tardío, que sugiere la importancia que adquieren los espacios puneños en momentos inmediatamente previos al Tardío y por otra parte, su extensa distribución, tan amplia como el grupo Loa-San Pedro, implicaría contactos a larga distancia.

Tabla 24. Resumen de las principales categorías funcionales y componentes culturales en los sitios y colecciones analizadas.

SITIOS	CATEGORÍAS FUNCIONALES	COMPONENTES CULTURALES
Pica-8	Talega Mediana – <i>Chuspa</i> – Bolsa Faja	V. Occidentales – Loa-San Pedro –Loa-Tarapacá
C. Oriente	Talega Mediana – Talega Grande - <i>Chuspa</i>	Loa-Tarapacá – Loa-San Pedro – V. Occidentales
C. Oriente Alto	Talega Mediana – <i>Chuspa</i> – Talega Grande	Loa-Tarapacá – Loa-San Pedro – V. Occidentales
C. Poniente	Talega Mediana – Costal – Talega Grande	Loa-San Pedro – Circumpuneño – V. Occidentales
Col. Latcham	Talega Mediana – Costal – Talega Grande	Loa-Tarapacá – Loa-San Pedro – V. Occidentales
Chacance	Talega Mediana – Talega Grande – Costal	Loa-San Pedro – Loa-Tarapacá – V. Occidentales
Chiu Chiu	Talega Mediana – Torzal – Talega Grande	Loa-San Pedro
Solor	Costal – Saquito Amuleto – Sin decoración	San Pedro 2 – San Pedro 1
Solcor	Costal	San Pedro 1
Catarpe-2	Saquito Amuleto – Torzal – Talega Mediana	San Pedro 2 – Loa-San Pedro
Peine	Talega Mediana	Circumpuneño
Doncellas	Talega Mediana – Talega Grande – <i>Chuspa</i>	Circumpuneño – V. Occidentales – San Pedro 2

Con estas observaciones generales, sobre las que me extenderé en el Capítulo 6, concluye el análisis que tuvo como punto de partida las piezas completas, con el fin de caracterizar las bolsas domésticas en la totalidad de sus atributos. A partir de estos resultados, fue posible abordar los fragmentos, que constituían más del 50% de la muestra total y particularmente de los muy saqueados cementerios de Quillagua, para posteriormente compararlos con los depósitos de otros sitios del Loa, San Pedro de Atacama, Tarapacá y la Puna de Jujuy. Por ahora, basta señalar que existen discrepancias en la distribución de categorías funcionales de las bolsas domésticas, que sugerirían diferencias en las actividades desarrolladas en el Loa y San Pedro de Atacama a través del tiempo, como también en las entidades culturales con las cuales se establecieron vínculos.

CAPÍTULO 6

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

1.- Definición de las Bolsas Domésticas Arqueológicas

A partir del análisis detallado de cada variable y su contraste con información etnográfica y/o inferencias técnicas derivadas de ésta, se logró definir las bolsas domésticas desde sus propios atributos, como se muestra a continuación.

La talegas son, principalmente, de forma rectangular de largo mayor que el ancho, y sólo de manera ocasional ancho mayor que el largo y cuadradas, las que se vincularían con el final del Intermedio Tardío e inicios del Tardío (*vide infra*); consecuentemente, la diferencia entre largo y ancho casi siempre es mayor a 20 mm. Como categoría comprende cuatro divisiones de tamaño, cuyo extremo inferior y superior se mantuvieron, mientras las otras dos se fundieron en una sola para hacer más operativa la posterior asignación de fragmentos a categorías, pues no existían diferencias radicales entre ellas.

Se tejieron usando fibra de camélido, aunque a veces se usó el algodón en su totalidad, o combinando ambas fibras en urdimbres y/o tramas. El ligamento corresponde al tejido en faz de urdimbre y los hilados de este elemento fueron de preferencia monocromos regulares 2ZS, de torsión fuerte y título fino, mientras que las tramas pueden tener iguales características o ser molinés con torsiones flojas. La densidad del tejido es mediana, pues con frecuencia no superan los 40 hilos de urdimbre por cm. Ocasionalmente, presentan reparaciones que cubren sectores restringidos de la pieza. Se tejieron usando tramas únicas o múltiples, según su procedencia.

La decoración de las talegas se logró principalmente por las mismas técnicas de manufactura, producto de la incorporación de hilados de distintos colores. Estos se combinaron en cantidad de cuatro a seis, que corresponden a tonalidades naturales combinadas con colores teñidos. En ciertas oportunidades, se sumaron otras técnicas decorativas, como urdimbres flotantes,

complementarias o transpuestas, que no se disponen necesariamente en el centro. Existe una diversidad de composiciones espaciales (24), gran parte de las cuales presentan un eje central, que divide el espacio en dos mitades simétricas, siendo ligeramente menos frecuente que estén subdivididas en cuatro. Casi todas las composiciones espaciales se conforman a partir de listas lisas y dameros o peinecillos, a las que se suma, de manera esporádica, decoración en otras técnicas, siendo poco frecuente el uso exclusivo de listas lisas. En general presentan terminación de urdimbre, la que suele corresponder al festón anillado simple; en tanto, la unión lateral muestra mayor frecuencia de festón sencillo, aunque acepta otras terminaciones.

Muchas de estas características son compartidas por los costales, pero también con evidentes divergencias. Morfológicamente, son siempre rectangulares de largo mayor que el ancho, superando los 580 mm. Se tejieron exclusivamente en fibra de camélido, compartiendo con las talegas los atributos de los hilados de urdimbre y trama, aunque en esta última son más frecuentes los hilados molinés. La densidad del tejido, es mediana, pero un tercio tiene menos de 20 hilos de urdimbre por centímetro. Se tejieron principalmente con tramas múltiples, pero también con trama continua. Son comunes las reparaciones cubriendo grandes superficies del tejido. Se decoraron por medio del tejido en faz de urdimbre y sólo en ocasiones se incorporó el uso de urdimbres transpuestas. Frecuentemente se usó sólo dos o cuatro colores que en su mayoría corresponden a tonalidades naturales, siendo notorio el uso poco frecuente de colores teñidos. Coherente con la técnica de manufactura, la decoración se compone de listas y dameros o peinecillos solos, o combinados con motivos logrados por urdimbres transpuestas. Comparten algunas composiciones espaciales con las talegas (cinco de nueve), pero existen algunas que le son exclusivas; al igual que en aquéllas, se constata la existencia de un eje central y es ligeramente más frecuente la subdivisión de cada mitad. Cuando comparten decoración, no se observan diferencias importantes en la ejecución del tejido entre talegas y costales. En caso de tener terminación de urdimbre, es festón anillado simple; mientras que, el encandelillado es la unión lateral más frecuente, pudiendo existir otras terminaciones.

Aunque en principio se estableció de manera arbitraria dos categorías de costales –medianos y grandes—, se optó por considerarlos como una sola unidad, por su reducido número porque diferían sólo en escasos atributos técnicos y decorativos, pero fundamentalmente para facilitar la

asignación de fragmentos a categorías. Las diferencias se reducían a aspectos tecnológicos como el uso de torsiones medias en las tramas de los grandes; a que la trama continua y múltiple se igualan en los más pequeños, señalando diferencias de factura y a nivel decorativo en la inclusión de urdimbres traspuestas en los costales de menor tamaño.

2.- Implicancias funcionales y socio-económicas de las bolsas domésticas

De estos resultados, es evidente que las tres categorías de bolsa doméstica reconocidas inicialmente en la etnografía no se reproducen en los materiales arqueológicos, al no existir quiebres en los rangos inferiores del largo. Así, se tiende a corroborar la ausencia de la *wayuña* que actualmente no se menciona en las cuencas del Loa y San Pedro (Hoces de la Guardia y Rojas 2000) y que tampoco está en la muestra arqueológica de Tarapacá. Posiblemente, esta discrepancia se vincule con sus escasas alusiones en la bibliografía especializada, lo que dificulta una identificación adecuada, realidad que se extiende también a aspectos técnicos de las bolsas etnográficas. Sin embargo, el que como subcategoría no se separe de las talegas, no implica necesariamente la ausencia de diferenciación funcional, que pudo corresponder a una talega muy pequeña o mediana, empleada en la siembra para trasladar las semillas. Tampoco debiera descartarse un uso equivalente a la *chuspa* de diario⁸⁵ (Medvinsky 2002), atendiendo que estas bolsas rituales no existieron en el Período Intermedio Tardío atacameño. Por otra parte, considerando que sería el contenedor doméstico de uso más específico, para trasladar semillas de quínoa durante la siembra (Cereceda 1978; Medvinsky 2002), su inexistencia podría implicar sencillamente, que durante el período no se desarrolló tal cultivo en las localidades tratadas⁸⁶.

A partir del tipo de unión lateral de las talegas muy pequeñas, que no son las más apropiadas para contener semillas, se podría sugerir su uso para contener tabletas u hojas de coca. De ser efectivo lo primero, en ausencia de *chuspa*, se podría sugerir que la última práctica no se extendió mucho durante el período en la totalidad de la región atacameña, a diferencia de la continuidad que

⁸⁵ Etnográficamente, esta es una *chuspa* que traslada las hojas de coca que se consumen de manera cotidiana y se diferencia de la *chuspa* de fiesta, que tiene decoración y terminaciones más elaboradas (Medvinsky 2002).

⁸⁶ Aún cuando en el caso específico de Quillagua existen referencias etnohistóricas que señalan el cultivo de quínoa junto al maíz en el oasis (Odone 1995).

muestran las prácticas insuflatorias en el período con relación al anterior (Catalán 2003). Además, su formato pequeño podría igualmente insinuar que se trate de costales miniaturas hechos ex profeso, lo que sería medianamente sustentable atendiendo ciertas similitudes con las talegas grandes y los costales (pocos colores y escasas composiciones espaciales).

Dentro de las talegas, es evidente que las muy pequeñas y grandes se separan de las medianas, que caracterizan al grueso de la categoría, tanto por aspectos morfológicos, técnicos y decorativos, pero fundamentalmente en los primeros, lo que sugiere que se trataría efectivamente de subcategorías funcionales emparentadas. Este continuo funcional se puede extender a las dos categorías establecidas (talegas y costales), pues las talegas grandes serían un punto de inflexión entre el costal y la talega, en tanto se acerca a éstos en algunos atributos técnicos, estructurales y morfológicos, pero se diferencia en los decorativos.

Esto se confirmaría en cierta concordancia entre talegas y costales arqueológicos y datos etnográficos, relativos al terreno difuso entre “talegas grandes” y “costales pequeños” o “arroba”, que correspondería a piezas cuyo largo bordea los 500 mm, rango que en este contexto queda cubierto por las talegas grandes. Atendiendo que los datos etnográficos señalan la equivalencia de talegas grandes con la arroba —medida de peso hispana, equivalente a 12.5 kg, usada en el trueque y carga en los animales—, sería interesante experimentar en torno al peso que puedan cargar las talegas con ese rango de largo y los costales, para evaluar la existencia de una medida de trueque y carga prehispánica, considerando la importancia que habría tenido el tráfico en el Período Intermedio Tardío. En este sentido, tal relación se sugiere en torno al tamaño, peso, edad y experticia de los animales usados en las caravanas (Lecoq 1991; Cereceda 1978; Torrico 1989).

Asimismo, dentro de la escasa muestra de costales, podría estar representado el *sayiri* de unos 1200 mm de largo, y el “carga costal” o costal mediano de 1000 mm. En este contexto corresponderían a los más grandes, que coinciden en el uso mayoritario de torsiones medias en las tramas, sugiriendo una mejor factura en relación a la cantidad que pueden cargar y contener. Dado lo pequeña de la muestra de costales, considero un poco arriesgado adoptar tales denominaciones, aunque son categorías dignas de buscar y atender en el registro arqueológico, pues su identificación podría ayudar ostensiblemente en la determinación de usos y funciones

más especializadas; como, por ejemplo, el uso exclusivo de costales grandes para el almacenamiento, en oposición a costales más pequeños que aludan más directamente al transporte. Asimismo, aunque los largos entre 690 a 900 mm tienen cierta frecuencia, con la muestra tratada no es posible afirmar con propiedad que existió estandarización de los tamaños; ésta, sin embargo, se extiende a los diseños, a diferencia de las talegas que ostentan hay mayor variedad decorativa.

Aparentemente, las piezas cuadradas y aquellas de ancho mayor que el largo serían tardías, lo que sería coherente con su presencia en Doncellas (Uribe y Agüero 2003) y con ocupaciones más tardías de un sector del cementerio de Pica, donde en todo caso tampoco son mayoritarias. Esto constituiría un antecedente para plantear que lo que se reconoce como etnográfico y en continuidad con los materiales arqueológicos, haya sufrido importantes transformaciones con la expansión incaica y, posteriormente, con la invasión hispana. Todos estos procesos han contribuido a formar una imagen homogénea del presente, que llama a mayor cautela en la extensión de analogías a un pasado que parece mucho más diverso, al menos en este material.

Al abordar las variables técnicas, es necesario reiterar que no existen descripciones detalladas de estos aspectos, sino deducciones derivadas de información de diversa naturaleza, lo que genera la necesidad de abordarlos en futuras investigaciones. En este sentido, sólo se pueden destacar algunas discrepancias notables, como el uso de algodón o su mixtura con el camélido que es más frecuente en los espacios que limitan con la Subárea de Valles Occidentales; indicando un acceso diferencial a dicha fibra, en oposición al registro de la Circumpuneña, donde el algodón es bastante “exótico”, siguiendo la tendencia de usar sólo la fibra de camélido que tiene antecedentes en los tejidos formativos de las cuencas del Loa y Atacama (Agüero y Cases 2003; Cases 2000).

En relación a los hilados, las diferencias no son muy contundentes, aunque destaca el uso mayoritario de hilados de trama molinés para los costales, a diferencia de los monocromos para las talegas; en tanto, la densidad de trama es baja y las reparaciones cubren grandes superficies en los costales, a diferencia de la densidad mediana y la menor cantidad y extensión de los remiendos en las talegas. Sobre el tipo de hilado, no tengo antecedentes referidos a función, sólo

que simbólicamente, al unir colores contrastantes podrían representar conceptos de complementariedad, en una modalidad similar a que señaló Cereceda en las listas de tonos contrastantes que conforman la decoración de las talegas (1978, 1990). Sin embargo, los dos atributos siguientes están relacionados pues la densidad de trama baja produce un tejido de menor calidad que se desgasta más, generando la necesidad de reparar. Esto, además, se vincularía con diferencias de usos, que a juzgar por los datos etnográficos, exponen a las talegas a menor “estrés”, a diferencia del costal, cuyo uso somete a la fibra a mayor desgaste, producto del cosido y descosido para su apertura y cierre al establecer equivalencias durante el trueque, para cerrarlas en el almacenamiento y traslado, por el roce y tracción en el transporte, y por la tensión que soporta el tejido una vez llenos.

En ese sentido, entre las talegas muy pequeñas y medianas, son escasas las reparaciones, explicitando su uso de manera más restringida, tal como informa la etnografía; es decir, como recipientes para trasvasijar alimentos en contextos domésticos o para trasladarlos en las actividades cotidianas, sea durante la siembra, cosecha, pastoreo o viajes. Esto se vería en parte confirmado por las uniones laterales, las que pasan del encandelillado al festón simple –de mejor factura—, en la medida que se avanza en tamaño. Esto podría implicar que las talegas grandes, particularmente, aquellas cuyo largo bordea los 500 mm, se hayan usado como costales y en esta situación, se podría considerar que sus tamaños estuvieron parcialmente estandarizados, en coherencia con la carga que un llamo promedio puede trasladar (por ejemplo, 25 kg).

Si se admite que es una pieza que prácticamente no se descarta, no es extraña la baja presencia del costal en el registro del período, en general, ni que se los deposite en contextos mortuorios en muy mal estado, indicando el fin de su vida útil, como en San Pedro de Atacama, donde se los encuentra formando parte del relleno del fardo funerario, o constituyendo las almohadillas sobre las que se sentó a las momias. Es evidente también que las reparaciones son notablemente más frecuentes en esta localidad que en otras. Por tanto, se podría suponer que si se reparó más, hubo un peor acceso a la fibra y/o que no se tejió localmente.

En el mismo ámbito, se concentra el hallazgo de los “sacos amuletos”, que podrían vincularse con los “costalitos” que menciona Nielsen (1997/8; 2001) para Lípez, constituyendo una

categoría ritual relativa al tráfico y a propiciar el intercambio. Éstos difieren con los de LÍpez, en que los primeros fueron “reciclados”, mientras los segundos se habrían realizado ex profeso en ese formato, tal como los registró Agüero (2002) en Chiu Chiu, lo que tiene cierta coherencia con el registro etnohistórico de relaciones de dicho oasis con LÍpez (Martínez 1998). Del mismo modo, se podría suponer una función similar en el contexto mortuario, donde se habrían depositado en reemplazo de la pieza real, en principio costales, ya que a partir de la cantidad de reparaciones se desprende que durante el Intermedio Tardío, tanto en los oasis piepuneños como en el Loa, fueron piezas muy valiosas e intensamente usadas, de muy difícil reemplazo. De esto se puede suponer que las funciones de almacenaje y transporte –seguramente causantes del desgaste—, fueron actividades centrales. Con esto quiero señalar que, aunque los costales aparecen en los contextos funerarios, también habría que “ampliar” la lectura a las miniaturas en reemplazo de los originales; asimismo, que el valor asignado al costal, a juzgar por las reparaciones, se explicaría porque la cantidad de hilados que requiere su confección es similar a una túnica completa o gran parte de ella.

El predominio de tramas múltiples en los costales insinuaría, además, que se trata de una forma característica de la región atacameña o al menos del Loa y San Pedro de Atacama, aunque sin llegar a igualar las frecuencias de las talegas en la primera cuenca, lo que se vincularía con el mayor valor del costal, no obstante su uso doméstico. Por otra parte, el que exista también un número de costales con trama continua, podría sugerir vinculaciones tanto con períodos previos como posteriores.

De todas las divergencias con el material etnográfico, me parece que las más sugerentes, son aquellas relativas a la técnica, y éstas vinculadas a la funcionalidad. En este sentido, el que la calidad del tejido en los costales y sus terminaciones en la muestra arqueológica sean inferiores a las talegas, cuestiona el uso exclusivo de los primeros en los viajes de las caravanas. Se podría suponer, entonces, que las talegas realizaron parte, al menos, de lo que actualmente hacen los costales en el traslado y almacenamiento. Esto, por una parte, sería coherente con la presencia de talegas grandes, para las cuales la etnografía sugiere una relación con una unidad de peso y de éste con la carga de los llamos, que en ningún caso corresponde al peso y volumen que puede contener un costal grande lleno (Lecoq 1987, 1991; Torrico 1989).

Por otra parte, el que la calidad de hilados, tejido y terminaciones sea diferente de lo etnográfico, podría sugerir que la cantidad de costales de mejor calidad, destinados a exponerse al desgaste que implica un viaje a larga distancia, fueran sólo los que tienen mayores densidades y torsión, y que los restantes se usaron en un contexto más doméstico para traslados de grandes volúmenes relacionados a actividades productivas como la agricultura y/o recolección.

Como sea, de lo señalado hasta aquí, considero que a partir de los atributos técnicos principalmente, es posible asumir identidad funcional entre las bolsas domésticas arqueológicas y etnográficas. En este sentido, las talegas estarían más directamente involucradas con la producción de alimentos, sea que se obtuvieran por tareas como la recolección, la siembra o cosecha; asimismo, aludirían a contener y trasladar alimentos en contextos domésticos o en actividades como el pastoreo y los viajes de las caravanas; por lo tanto, aludirían a una escala doméstica⁸⁷ de producción y consumo. Los costales se habrían usado en el almacenamiento por períodos más extensos –tal vez, el ciclo anual— y traslado de mayor volumen de productos a mayor distancia, sugiriendo por una parte, el acopio de excedentes⁸⁸ que posibilitan el tráfico de caravanas, como también en el último contexto, a aspectos más comunales y públicos, por cuanto serían más visibles.

De todo esto se desprende, además, que sólo algunas variables tecnológicas, como el uso de algodón entre las talegas de Valles Occidentales y en menor medida del Loa Inferior, la densidad de urdimbres y tramas altas como algo característico del Noroeste Argentino y las tramas continuas o múltiples para diferenciar los tejidos de Valles Occidentales y los de la subárea Circumpuneña, respectivamente, tendrían vinculación con el estilo tecnológico señalado por Stark (1999). Éstos, a diferencia de otros aspectos, muestran fronteras de interacción, posibles procedencias e incluso la “mano” que tejió una pieza. Asimismo, no resulta trivial que esta “marca de confección” que indicaría el número de tramas, se sitúe en el borde de los textiles,

⁸⁷ Es decir, a los recursos generados por la unidad doméstica (Bonte e Izard 1996: 611), por medio de cualquier actividad productiva o una combinación de éstas (recolección, agricultura, caza y faenamiento, pesca, pastoreo, etc.).

⁸⁸ Se entiende por excedente a los bienes y recursos materiales que sobrepasan las necesidades de subsistencia (Núñez 1984: 136-7), estas últimas correspondientes al segmento de la producción consumida por productores y personas que de ellos dependen durante la actividad productiva (Aguirre 1993: 212).

considerando la importancia que tienen las delimitaciones, al menos, de los territorios, *ayllus* y tejidos en el mundo andino (Arnold *et al.* 1992; Paul *et al.* 2003).

Quiero llamar la atención sobre un aspecto cronológico en relación con las categorías domésticas. El Tipo 16 sugiere que las talegas entre muy pequeñas y medianas, serían propias de un momento más temprano, como lo evidencia su alta frecuencia en Coyo Oriente, donde están en continuidad con el Período Medio (Agüero 2003). Posteriormente, durante el Intermedio Tardío son frecuentes también a lo largo del Loa, pero esta vez en talegas grandes y costales. Esto se confirmaría en una talega muy pequeña del Tipo 16 que está contenida en una bolsa tejida en torzal oblicuo doble (Figura 27 b), proveniente de Solor-3 (Agüero 2000) y en las fechas de los contextos funerarios del Cementerio Oriente, donde se encuentran formatos muy pequeños y medianos; mientras que en Catarpe 2, que tiene fechas más tardías, existen costales de este tipo. Una situación similar se reconoce para el Tipo 19, donde en un momento temprano del período se usan formatos pequeños, los que posteriormente se reemplazan por costales y talegas de mayor tamaño. Esto sugiere, de manera más o menos evidente, que sus portadores parecen estar involucrándose crecientemente en el almacenamiento y tráfico⁸⁹ de productos, siendo insinuante que el movimiento de bienes esté relativamente estandarizado en términos visuales, como lo manifiesta su decoración. El último aserto resulta coherente con los planteamientos de Uribe y colaboradoras (2002), quienes reconocen en San Pedro de Atacama y las tierras altas del Loa en momentos inmediatamente preincaicos, no sólo un incremento en la producción⁹⁰ y almacenamiento, sino también, la mayor importancia de la actividad caravanera a larga distancia.

Por otra parte, no deja de ser sorprendente que los tipos recién señalados, junto al Tipo 17 y 18, principalmente, hayan participado en una situación de etnicidad⁹¹ en Quillagua, casi sin alterar su unidad visual, admitiendo cambios sólo a nivel de sistema de tejeduría. Una vez resuelta esta situación caen en desuso, para siempre en el caso del Tipo 18, mientras que de los Tipos 16 y 17

⁸⁹ En este contexto se usará aludiendo al movimiento o traslado de productos por medio de caravanas (Albeck 1992: 129).

⁹⁰ Por producción se entiende al resultado de las actividades por las cuales los miembros de una unidad social se apropian de los recursos naturales, transformándolos en bienes para satisfacer sus necesidades (Cook 1973 en Aguirre 1993: 211).

⁹¹ Entendida como la manifestación material de prácticas resultantes del encuentro de poblaciones culturalmente distintas (Agüero *et al.* 1997: 267; 1999: 170).

presenta variantes que refieren a sus antecedentes –Tipos 16 A, 17 A y B—, pero distintos de aquellos, explicitando un cambio en las relaciones y áreas que conectan. En ese sentido, el Tipo 16 A presenta una distribución amplia, comparable a la que alcanzó previamente el Tipo 16, sugiriendo que en momentos inmediatamente preincaicos el foco de interacción se ha trasladado hacia la Puna, tal como se ha señalado para las ocupaciones de San Pedro y el Loa Superior (Uribe *et al.* 2002).

Sobre la decoración, me interesa subrayar algunos aspectos esbozados en el Capítulo 5. El primero se refiere a que en esta muestra el uso exclusivo de listas lisas es propio de Valles Occidentales y Tarapacá, atributo que, sin embargo, se extiende hasta tiempos tardíos a juzgar por su presencia en Doncellas. A su vez, predomina la decoración que combina listas lisas y dameros que tienen la mayor dispersión y serían característicos de la región Atacameña durante el Período Intermedio Tardío. Atendiendo a la distribución que tienen los últimos, se podría establecer una zona entre Tarapacá y el Loa Medio, donde predomina el uso de tres dameros, mientras que hacia San Pedro de Atacama y la Puna parece ser característico sólo uno. Sin importar los elementos y su número, resulta igualmente claro que la mayor parte de las bolsas presenta simetría, sea con bi o cuatripartición⁹² y, en tal sentido, baste recordar la importancia que tienen los conceptos de simetría, igualdad y complementariedad, como condiciones fundamentales en el trueque e intercambio (Ver Capítulos 2 y 3).

Por otra parte, que tanto Tarapacá como el Loa Inferior compartan la misma decoración remite a la intensa interacción que se desarrolló en el último territorio, el que habría operado como una frontera blanda durante parte del Intermedio Tardío (Agüero *et al.* 1997, 1999). Así, la existencia de estas composiciones decorativas y su distribución podría indicar que la zona de “frontera” fue más amplia, comprendiendo la totalidad del territorio entre el Loa Inferior hasta Pica y no sólo el primero. Y tal como Quillagua recibió materiales y poblaciones tarapaqueñas, en Pica habría ocurrido lo mismo, lo que se corrobora, además, en información etnohistórica (Agüero 1998; Ayala y Uribe 1996; Odone 1995).

⁹² No quiero profundizar más sobre el particular, ni sobre sus potenciales interpretaciones simbólicas, pues considero que para hacer un ejercicio serio, se requeriría de estudios etnográficos profundos y extensos que las avalen.

Otro aspecto que quiero destacar, es la diferencia en la cantidad de tipos decorativos de talegas y costales, donde las primeras ostentan muchos más que los segundos, con los que comparten sólo algunos. Como ya se ha señalado, a juzgar por las reparaciones, las talegas habrían tenido un uso más restringido a espacios y contextos domésticos, sometidas a menor estrés a diferencia de los costales, lo que permitiría suponer un uso materialmente más expuesto, tanto al desgaste producto de tensiones físicas y mecánicas, como a su uso fuera de los contextos habitacionales, por tanto “más público”. A partir de la combinación de estas observaciones, se puede plantear que los patrones decorativos de las talegas aludan más directamente a las unidades domésticas⁹³. A su vez, los costales aludirían a conjuntos de unidades domésticas, es decir, a una comunidad o *ayllu*⁹⁴.

Por ahora, sólo quiero plantear la posibilidad de que las categorías así establecidas estén dando cuenta de distintos contextos de uso y, por tanto, de distintos niveles de comunicación y exposición. En este contexto resultaría operativo que los costales, que vinculan a conjuntos de unidades domésticas con el “exterior” de sus territorios de origen, por medio de la realización de viajes de caravanas, manifiesten cierta uniformidad visual, la que “estirando” la información etnográfica, podría referir a los productos trasladados y traficados, a su procedencia o ambos. En tal sentido, el que gran parte de este material, en particular el proveniente de las ocupaciones más tardías de Quillagua, tienda a concentrarse en menos patrones decorativos, insinuaría que en el Período Intermedio Tardío clásico hay antecedentes para la uniformidad y estandarización al menos visual de los costales y, en menor grado, para las talegas. Esto en forma indirecta, indicaría el surgimiento de formas de autoridad, tal como han señalado Uribe *et al.* (2002) para las quebradas altas del Loa y Atacama, capaces de organizar no sólo la producción, sino también “la señalética” de su movimiento y traslado.

Alternativamente, si las caravanas operaron como una actividad especializada, su uniformidad

⁹³ Es decir, al grupo de personas que trabajan juntas y constituyen un componente mínimo de producción, consumo y administración, generalmente unidos por vínculos consanguíneos o de parentesco (Browman 1994: 47; Göbel 1998: 869; Lecoq 1987: 6).

⁹⁴ En este contexto, se entiende como una unidad social relativamente restringida enlazada por una línea de parentesco común, que se vincula a un territorio de origen, del que no sólo se extrae lo esencial para su subsistencia, sino que, además, se enterró en él a los ancestros (Bonte e Izard 1996: 183; Manríquez 2002 en Uribe *et al.* 2002: 304).

visual podría responder a la “adquisición” de costales de mejor calidad a tejedores de otras localidades y, en tal sentido, no tener relación alguna con las zonas en que se depositaron. No obstante, hasta aquí no veo antecedentes como para postular que el tráfico de caravanas del Período Intermedio Tardío fuera una actividad desarrollada por especialistas, ya que la distribución espacial de los tipos decorativos de las bolsas tiene coherencia con la de otros indicadores como la cerámica y las túnicas. Pero sobre todo, la fusión de atributos textiles diagnósticos de distintas entidades culturales sugeriría tanto su confección local como otro tipo de dinámicas, a las que me referiré a continuación.

Considerando que la decoración de los costales –y de las talegas cuando se comparten— pueda efectivamente remitir a las familias (Lecoq 1987), la manera en que se distribuyen los tipos decorativos, en el Loa y Pica tendría cierta coherencia con información etnohistórica relativa a unidades domésticas que articulan las cuencas del Loa y Atacama, con Tarapacá (Martínez 1998; Odone 1995). Esto sugeriría que, la recurrencia de composiciones espaciales con dameros en Pica se vincularía justamente con cierta penetración de unidades domésticas atacameñas en Tarapacá e, incluso, con el establecimiento de alianzas. En ese sentido, parece igualmente sugerente la información que aporta Martínez (1998) para el siglo XVII, en torno a que las unidades domésticas constituían la base real del funcionamiento de las estrategias de acceso a los productos, con un amplio margen de acción en cuanto a elegir modalidades específicas, su oportunidad y los pares con quienes establecían relaciones de alianza y parentesco. De este modo, los tipos decorativo, pudieron jugar un papel comunicacional importante, al hacer visibles a distancia, productos y tal vez procedencias, explicitando alianzas familiares o entre comunidades, según se trate de talegas o costales, vinculadas a la explotación o uso de ciertos espacios productivos compartidos.

Considerando la mixtura de atributos técnicos y decorativos que ostentan las bolsas y túnicas Loa-Tarapacá, se podría postular que tales combinaciones operaron al interior de unidades domésticas y que, por lo tanto, aludirían a alianzas de parentesco (por ejemplo, matrimoniales) (Göbel 1998; Lecoq 1987; Nielsen 2001). De ser así, y atendiendo lo diagnóstico del número de tramas, se podría suponer el origen de las tejedoras o tejedores, y especular sobre las poblaciones que vivieron y se enterraron en Quillagua. Con la salvedad del Cementerio Oriente Alto (donde

es más común la trama continua en las bolsas, por tanto, de Valles Occidentales y/o Tarapacá), a ambos lados del río predominaron gentes atacameñas. Ahora, atendiendo que las poblaciones enterradas en este oasis parecen corresponder a un mismo grupo (Strange 1995; Strange y Silva 1997), esto confirmaría que los límites de Tarapacá y Atacama se podrían extender a la totalidad del territorio comprendido entre el Loa y Tarapacá, y que el sustrato poblacional y cultural de Quillagua —lo propiamente local, sus habitantes más permanentes—, haya sido tradicionalmente mixto. En tal sentido, esta sería una interpretación alternativa a aquella planteada previamente por Agüero y colaboradores (1997, 1999), quienes señalaban en el grupo Loa-Tarapacá una intención de disminuir diferencias y establecer espacios de diálogo, por medio de cierta uniformidad visual. Sin descartar tales interpretaciones, creo que esta combinación de atributos no tuvo necesariamente una intencionalidad tan clara, sino que pudo derivar de la propia práctica del tejer, a través de su transmisión y enseñanza al interior de las unidades domésticas, sugiriendo el establecimiento de alianzas matrimoniales entre individuos de Atacama y Tarapacá.

En esta dirección, hay coincidencias en la información etnográfica que señala al tejido en telar de estaca y cintura⁹⁵ como una práctica esencialmente femenina, traspasada entre las generaciones que componen la unidad doméstica, es decir, de madre a hija, o en su defecto, de abuela a nieta o de tía a sobrina (Arnold 1994; Fisher 2003; Franquemont *et al.* 1992; Medlin 1986). Asimismo, los datos serían concurrentes en señalar que los matrimonios son, en su mayoría, exogámicos y que, aun cuando actualmente siguen normas de residencia patrilocales, se ejerce también la matrilocalidad (Arnold *et al.* 1992; Castro y Martínez 1996; Van Kessel 1996), la última de las cuales, de acuerdo a Arnold *et al.* (1992), al menos para el Altiplano Meridional, pudo ser más extendida en el pasado.

Aunque en este contexto lo expresado más arriba no pase de ser una hipótesis sugerente, que requerirá de mayor información sobre modalidades de residencia matrimonial y de la enseñanza del tejido, al menos como enunciado, tiene coherencia con los asertos de Martínez (1998) relacionados a la flexibilidad que las unidades domésticas pudieron ejercer para el acceso a territorios y recursos complementarios. Socialmente, implicaría que la interrelación entre

⁹⁵ Hago la salvedad del tipo de telar, porque existen igualmente coincidencias en señalar que el tejido en telar de pedales es una actividad masculina (Arnold 1994; Hoces de La Guardia y Rojas 2000, 2003; Mamani 1999).

Tarapacá y Atacama no se habría dado meramente a nivel de intercambio de productos ni de compartir un espacio productivo, habitacional y mortuorio, como lo sugiere la evidencia de La Capilla y de los cementerios de Quillagua (Agüero *et al.* 1997, 1999), sino a través de prácticas exogámicas que crean o refuerzan vínculos preexistentes, por medio del enlace de individuos – hombres o mujeres- no locales y locales; esto habría extendido las posibilidades de la unidad doméstica de acceder a recursos y territorios cada vez más distantes. Si estos datos se retoman desde la combinación de atributos de los textiles Loa-Tarapacá, considerando que el tejido es una práctica femenina, se podría suponer que la mayor frecuencia de tramas múltiples señala un territorio habitado principalmente por mujeres atacameñas, sugiriendo prácticas de uxorilocalidad y en menor grado, virilocalidad. Lo anterior tendría cierta coherencia con el mayor número de mujeres enterradas en ambos cementerios (Strange 1995). Por otra parte, considerando que el matrimonio exogámico ha sido señalado como una forma de complementariedad y que existiría cierta relación entre las mujeres y el acceso a territorios y animales (Arnold *et al.* 1992; Castro y Martínez 1996; Mamani 1999; Martínez 1998; Van Kessel 1996), el establecimiento de estas alianzas pudo asegurar el acceso a los recursos del oasis loíno por parte de poblaciones de Atacama entrando en un territorio que en los albores del Período Intermedio Tardío pudo ser más marcadamente tarapaqueño, según lo muestra la información del Formativo Tardío (Agüero *et al.* 2001); por el contrario, durante los Desarrollos Regionales, esta modalidad, pudo garantizar el acceso de tarapaqueños al territorio atacameño. Sin embargo, como he señalado más arriba, esta es una hipótesis que requerirá de mayores elementos de contraste para una correcta interpretación de registro arqueológico del Período Intermedio Tardío.

En suma, de lo anteriormente expuesto se puede asumir que las categorías estarían funcionalmente emparentadas, según dan cuenta la continuidad en los tamaños e iguales patrones decorativos, donde las talegas muy pequeñas y medianas se habrían usado en la recolección, siembra, cosecha, manipulación y preparación de alimentos, más vinculadas a ámbitos domésticos, lo que explicaría la mayor variedad decorativa; y los costales a lo público, que coherentemente, habría implicado menos tipos decorativos, mayor desgaste y, posiblemente, que las talegas grandes se pudieron someter a los mismos usos que los costales, es decir, al almacenamiento y traslado. Asimismo, que ambas formas, talegas grandes y costales, serían característicos de la región atacameña, lo que en principio, sugeriría la importancia del tráfico de

caravanas en el área y la fusión de atributos, al establecimiento de alianzas matrimoniales u otros vínculos entre unidades domésticas y, eventualmente, a nivel más comunal. Con estas conclusiones preliminares, es posible interrogar y discutir las bolsas domésticas depositadas en los contextos funerarios de Quillagua, como también su relación con actividades y escalas productivas.

3. Las bolsas depositadas en Quillagua

Atendiendo las subcategorías domésticas depositadas en el Cementerio Oriente, el predominio de talegas medianas apuntaría a la producción y consumo doméstico, al tiempo que el transporte y almacenamiento a mayor escala no se desprenden del escaso registro de los costales. Sin embargo, considerando la fuerte interacción con Tarapacá y que los costales de la colección Latcham provendrían de este cementerio, es posible suponer que se efectuó tráfico a mayor escala en tal dirección en algún momento de esta convivencia, parte del cual se habría realizado también con talegas grandes. Reconociendo este factor y los vínculos a los que aludiría la decoración de las bolsas domésticas, parece claro que en un punto de su ocupación, hubiera existido un énfasis en la producción doméstica se habría destinado a Tarapacá; pasando a otra en la cual, sin que Tarapacá deje de tener importancia, el movimiento de productos, se va enfocando hacia el resto del Loa y San Pedro de Atacama, adquiriendo mayor volumen y seguramente, frecuencia, en momentos posteriores al 1300 DC.

Considerando los fuertes y tradicionales vínculos de Quillagua con Tarapacá, es notable la diferencia en las bolsas depositadas, encontrándose las categorías doméstica y ritual prácticamente igualadas en Pica. Desde la perspectiva funcional, en las primeras, se trata de talegas en formatos muy pequeño y mediano, sugiriendo recolección, siembra y traslado de alimentos, en esas labores y las de pastoreo, como en la manipulación y preparación de alimentos en contextos domésticos. Desde este material, no habría evidencias tan claras del traslado de productos desde Pica hacia Quillagua, como en sentido inverso; por ende, se podría pensar que para las poblaciones de Tarapacá el oasis constituyó tanto un punto de explotación del algarrobo, un paradero de tráfico, o ambos, y que sólo una vez que la presencia atacameña fue notable, se

hiciera necesario desplegar otro tipo de estrategias para asegurar el acceso a los recursos del oasis. Esto se confirmaría en la ausencia de sitios habitacionales claramente asignables a Tarapacá, como en la escasa presencia en la Aldea La Capilla de la cerámica que le caracteriza (Agüero 1997, 1999; Gallardo 1993 a).

En torno a las áreas a las que aluden las bolsas de Pica-8, la mayor frecuencia la tienen las de Valles Occidentales que se distribuyen principalmente en las rituales, mientras sólo algo más del 6% son domésticas. Sorpresivamente, le siguen en frecuencia los tipos atacameños con un predominio de Loa-San Pedro seguidos de Loa-Tarapacá, donde predominan las categorías domésticas y sin función determinada. Los materiales tarapaqueños son aún más escasos, pero con predominio de las bolsas domésticas y existen también escasas bolsas más tardías. De esta caracterización, se puede presumir no sólo la contemporaneidad y familiaridad de las ocupaciones del oasis tarapaqueño con Quillagua, sino que las actividades relativas al procuramiento de alimentos para consumo doméstico habrían sido centrales y que de materializarse el tráfico, éste habría tenido lugar a pequeña escala, principalmente hacia el Loa por medio de talegas grandes. Finalmente, destaca el uso de tramas continuas en todas las categorías y tipos, independiente de su adscripción cultural, sugiriendo la manufactura local de estas bolsas, con la salvedad del Tipo 19.

En el Oriente Alto, de acuerdo a las categorías funcionales, se observa una producción con escasos indicios de excedentes, por la ausencia de costales y escasas talegas grandes, insinuando una escala de consumo doméstico, pero acompañado de cierta actividad ritual que tiene una importancia superior a la del sector Bajo. Tanto por las categorías funcionales presentes como por los patrones decorativos, este sector plantea una fuerte cercanía con Tarapacá, por la frecuencia, sin precedentes en el oasis, de las *chuspas* y las bolsas fajas, pero también por el grupo Loa-Tarapacá; en menor medida con San Pedro, por las escasas talegas grandes. Esto enseña que el tipo de lazo con ambas localidades sería de distinta índole, vinculando ámbitos domésticos, pero con un acento en lo ceremonial con Tarapacá y Valles Occidentales y con el tráfico en relación San Pedro, mostrando tal vez parte del proceso que se sugería desde los materiales del Cementerio Oriente Bajo; es decir, un cambio de vínculos desde Tarapacá hacia los oasis piepuneños. Esto tendría coherencia con el “beneficio” que pudo tener para Atacama

expandir su esfera de interacción hacia Tarapacá, tal como lo señalaron Agüero y colaboradores (1997, 1999).

Aparentemente, el movimiento de productos habría sido a pequeña escala y volumen; sin embargo, lo más relevante del sector Alto es la representatividad de las *chuspas*, para cuyo transporte no es fundamental contar con contenedores más grandes como los costales. Ahora, atendiendo a la distribución de esta categoría es evidente que este tipo de tráfico no fue de ninguna manera masivo, señalando un carácter bastante exclusivo. Por otra parte, el que la iconografía de las *chuspas* y bolsas fajas del Cementerio Oriente en sus sectores Alto y Bajo presenten bastantes motivos antropomorfos, vinculados a los Valles Occidentales del Sur del Perú y Arica (*sensu* Horta 1997), sugeriría que el tráfico a mayor distancia pudo involucrar este tipo de piezas como bien de prestigio, por medio del intercambio⁹⁶ con Valles Occidentales y/o mediatizado por Tarapacá.

El Cementerio Oriente Alto destaca también por tener la mayor mezcla de atributos decorativos y técnicos en las bolsas domésticas; la más alta frecuencia de *chuspas* en el oasis; un alza relativa en la cerámica Pica Charcollo sobre un sustrato predominantemente atacameño (Uribe 1996); un predominio de túnicas Loa-San Pedro (Agüero 1998), todo lo cual sugiere una situación particular. Si se considera que Quillagua tradicionalmente habría tenido un sustrato cultural mixto, pero fuertemente vinculado a Tarapacá, según se desprende del período Formativo Tardío (Agüero *et al.* 2001), parece que al inicio de los Desarrollos Regionales, se quiere representar una identidad material tarapaqueña, según lo muestra con mayor claridad el Contexto Funerario 2 recuperado en el Cementerio Oriente Bajo (Agüero *et al.* 1997, 1999), en la disposición de una túnica tarapaqueña sobre una intermedia Loa-Tarapacá y una interna Loa-San Pedro. Por su parte, el contexto removido del sector Alto muestra una situación inversa, es decir, las dos externas Loa-San Pedro y la interior tarapaqueña, sugiriendo que la cultura material atacameña ha cobrado mayor relevancia, pero apoyada en referentes emparentados con Tarapacá como es su cerámica y las bolsas rituales de Valles Occidentales.

Además de la transformación de los vínculos sociales y económico que había establecido la

⁹⁶ Entendido como un proceso de transferencia o circulación de bienes sociales (Aguirre 1993: 212).

sociedad local en los siglos previos, esta evidencia indicaría el surgimiento de desigualdad social al interior del oasis, donde las túnicas y luego las *chuspas* jugarían un rol de diferenciar a algunos individuos en actividades rituales, posiblemente agrícolas. Algo similar se ha señalado en relación a las poblaciones de las tierras altas del Loa y San Pedro de Atacama después del 1300 DC, donde se reconoce “una sociedad muy poco igualitaria” (Uribe *et al.* 2002: 309).

La importancia de la presencia Atacameña en este tramo del Loa, se observa también aguas arriba, en Chacance. Allí las bolsas depositadas sugieren vinculaciones con San Pedro de Atacama, Tarapacá y la costa, con actividades similares a aquellas registradas en el Cementerio Oriente y Oriente Alto, donde predominaría la producción a escala doméstica, pero es evidente el mayor énfasis en el traslado y almacenamiento como lo indica la mayor frecuencia de las categorías de talega grande y costal, los últimos del tipo más popular en el Cementerio Poniente. Éstos, incluso, están extensamente reparados y desgastados, lo que confirma su uso en el movimiento de productos y es coherente con el emplazamiento de este sitio, en un espacio intermedio entre el curso medio e inferior, relativamente cercano a la costa. A juzgar por el tamaño del cementerio y del sitio, que corresponde a un conjunto pequeño de recitos aglutinados (*sensu* Adán y Uribe 1995), no debió albergar más que un par de unidades domésticas en forma simultánea, por tanto, es posible que el sitio se haya usado de manera estacional o esporádica, pues la información estratigráfica muestra depósitos poco potentes (López *et al.* 1983). En tal sentido, resulta tentador señalar la funcionalidad del sitio como una posta entre espacios superiores del Loa y la costa. Además de la cerámica y textiles de Atacama, en los materiales del cementerio predomina el uso de tramas múltiples, que sugieren su uso por poblaciones portadoras de textiles de esta región, constituyendo uno de los límites más meridionales de la presencia Tarapaqueña en el Loa.

Esto se vería confirmado por la nula presencia del componente que vincula ambos sectores en Chiu Chiu, el cual habría constituido el límite “real” de las relaciones de Tarapacá con el Loa. Con todo, los materiales de este sitio insinúan –al igual que San Pedro de Atacama, que se verán a continuación—, prácticas productivas diferentes a las del curso inferior del Loa y Tarapacá, donde lo doméstico sigue siendo fundamental, pero las evidencias de almacenamiento y tráfico son limitadas, posiblemente a menor escala a juzgar por la ausencia de costales, posicionando al Loa Medio en

una situación intermedia entre el resto del Loa y San Pedro de Atacama⁹⁷.

En el ámbito de los oasis atacameños, en Solcor es notable la ausencia de talegas, que abre la interrogante de que haya sido esa la escala de producción, mientras que la presencia exclusiva de costales, señala en principio, producción de excedentes, almacenamiento y tráfico. Sin embargo, la decoración de estos contenedores no sugiere vínculos hacia afuera de San Pedro; por lo tanto, se podría suponer que en este caso los costales referirían más bien al almacenaje. En Solor sucede algo similar, aunque existen también las talegas grandes que podrían aludir a la producción doméstica y junto a los costales al almacenaje y transporte; sin embargo, se advierte cierta escasez de recursos, específicamente de fibra o hilados, por la recurrencia con que se depositó saquitos amuleto. Aunque de manera no muy elocuente, los vínculos se orientarían al Loa (Tipo 16) y al Noroeste Argentino (Tipos 31 y 31 A), indicando estos últimos la insipiente apertura a espacios más distantes. Asimismo, aunque no es un atributo frecuente, el uso de trama continua en algunos costales miniatura y bolsas sin decoración, parece explicitar la reutilización de piezas de períodos previo y/o con otras procedencias. Posiblemente, las diferencias en el depósito de estas bolsas estén indicando cambios en las prácticas y modalidades de producción en el tránsito del Período Medio al Intermedio Tardío, producto de la desarticulación de los vínculos con Tiwanaku (Uribe y Agüero 2003) y que no permiten suponer que en esos momentos la localidad haya podido constituir un punto de enlace del tráfico interregional.

Como sea, lo que sucede tanto en el Loa Medio y San Pedro como en el Cementerio Oriente y Chacance, es distinto de lo que se observa en el Cementerio Poniente, donde el 18% de las bolsas domésticas son costales que junto con las talegas grandes indicarían la función principal de transporte y almacenamiento, sugiriendo indirectamente, un carácter más excedentario en la producción, que iguala los procesos del oasis a los que se han reconocido de manera contemporánea en tierras altas del Loa y Atacama (Uribe *et al.* 2002). En este sentido, resulta más o menos claro que entre los cementerios de ambos lados del río, existe una importante diferencia entre las actividades económicas que se explicita principalmente en la categoría de

⁹⁷ No obstante, Mostny (1956) describe un costal Tipo 19 de la localidad y en el Museo de Tilcara hay otro de más de 1180 mm de largo, el de mayor tamaño que he registrado, recolectado por Casanova en Chiu Chiu; ambos son más tardíos que el grueso de las bolsas recuperadas aquí, que corresponden a momentos tempranos del Período Intermedio Tardío.

costal que aumenta de manera notable en un sustrato dominado por las talegas, entre las cuales las muy pequeñas tienen frecuencias aún menores que las del Cementerio Oriente. Si bien las talegas medianas experimentan una baja, están lejos de discutir la importancia y vigencia de la producción y consumo a nivel doméstico; por el contrario, es una baja relativa, en que los costales se vuelven francamente importantes, manifestando un cambio en la producción que autoriza y acentúa el almacenaje y el traslado.

La diversidad tipológica de las talegas del Cementerio Poniente, a su vez, refiere a relaciones con distintos espacios donde lo Loa-Tarapacá es definitivamente menos frecuente y no exhiben tanta fusión de elementos como al otro lado del río. Por otra parte, si bien el componente de Valles Occidentales es ligeramente más común que en el Cementerio Oriente, es interesante que, además de la categoría ritual, este aumento se relacione con las bolsas domésticas. En este sentido, la persistencia de materiales de Tarapacá y Valles Occidentales no permite descartar que se haya usado el Cementerio Poniente, al menos esporádicamente, durante la convivencia con Tarapacá.

En este sitio son más importantes los tipos que aluden al Loa, San Pedro de Atacama y la Puna, sugiriendo la apertura hacia nuevos espacios donde Tarapacá, al menos, ha debilitado su vigencia. En el caso de los costales esto es aún más gráfico, pues con una sola excepción todos indican la vinculación del Loa con San Pedro en acuerdo con el afianzamiento de la unidad atacameña (Uribe *et al.* 2002), lo que está reforzado por talegas medianas presentes también en el Noroeste Argentino que pasan a ocupar la importancia que tuvo Tarapacá en la rivera opuesta del río. Entonces, en este cambio Quillagua ha reorientado sus vínculos, donde el almacenamiento y tráfico cobran una importancia sin precedentes, tal como se ha señalado en espacios superiores del Loa y en los oasis piepuneños (Sepúlveda 2002; Uribe *et al.* 2002).

También se sugieren nuevas dinámicas a partir de evidencias como las bolsas anilladas y aquellas sin función conocida. Si bien las primeras están en uso desde el Período Formativo, siguen en uso en períodos posteriores (Agüero y Cases 2001; Moragas 1995; Sanhueza 1985; Ulloa 1982 a y b). En ese sentido, me parece que su hallazgo en el Cementerio Poniente se vincularía a la interacción con poblaciones costeras, posiblemente reactivando dinámicas preexistentes desde los inicios del Intermedio Tardío, tal como lo sugiere el uso de pintura roja en parte del ajuar del

contexto recuperado en este sitio, como la ausencia de materiales formativos en el mismo. Las segundas, por su parte, ausentes en el Cementerio Oriente, podrían constituir una variante de los saquito amuleto, en cuyo caso podrían relacionarse con el tráfico.

Por otra parte, aún cuando las relaciones con Tarapacá se han debilitado, es claro que las bolsas rituales siguen en uso, sugiriendo que se han “incorporado” a las prácticas desarrolladas en Quillagua, extendiéndose su uso hasta la llegada de influencias incaicas a la región. Eso implicaría que el vínculo con Valles Occidentales mantiene vigencia, posiblemente marcando diferencias en la sociedad local, tal como se anunciaba en el Cementerio Oriente Alto.

Por su parte, las ocupaciones quebradeñas del Salar de Atacama, enseñan en Catarpe-2 la producción a escala doméstica, mientras que el almacenaje se manifiesta en silos o trojas usados como depósito (Uribe *et al.* 2002) y el tráfico se infiere indirectamente, por la presencia de saquitos amuletos que ostentan la mayor frecuencia. Sin embargo, al igual que en los oasis, no se constatan relaciones importantes con espacios fuera del ámbito del Salar, las que atañen sólo al Loa. En Peine, la presencia de una sola talega mediana plantea que la producción doméstica, seguramente agrícola, se encontraría consolidada, confirmado por la abundancia de restos orgánicos en superficie (González 2003) y estructuras de patrón constructivo tipo *chullpa* con restos de maíz (Adán 2003). Aunque la evidencia no es muy contundente, recurriendo al argumento técnico y a la posición cronológica más tardía del sitio, se puede considerar que los vínculos del poblado se habrían orientado hacia la Puna de Jujuy.

Allí, a partir de Doncellas se infiere la importancia de la producción y consumo a nivel doméstico, aparejado al aumento en el tráfico, que en este caso podría ser excedentario por la frecuencia de las talegas grandes (cuyo largo en el caso del Tipo 16 A tiene un rango de variación de escasos 110 mm, sugiriendo más explícitamente su estandarización), y las imponentes obras agrícolas de Casabindo y la Quebrada de Humahuaca (Albeck 1995 y Nielsen 1995, respectivamente). Asimismo, acusa vinculaciones con San Pedro, principalmente con el ámbito de oasis, pero también con el Loa, lo que se propone desde los costales Tipo 16 y las talegas del Tipo 16 A. Cabe señalar, también, que existe un total y absoluto predominio de tramas múltiples, cuyas únicas excepciones corresponden a las *chuspa*, sugiriendo que esta categorías de bolsa fue

la única de producción no local, coherentemente con que es una pieza externa a la subárea.

De todo esto, es evidente que las localidades con las que Quillagua se vinculó en el Período Intermedio Tardío, muestran, en general, un panorama bastante homogéneo en términos de las actividades y escala de producción. La salvedad la constituyen el Loa Medio y los oasis atacameños, en los últimos de los cuales no hay talegas medianas, sólo costales y talegas grandes, situación inversa a lo que se observa en los espacios quebradeños y puneños. Si se considera que las talegas se vincularían a la siembra, cosecha y recolección como al traslado de alimentos en actividades como el pastoreo o en viajes de caravanas, todas estas actividades parecen no haber sido centrales durante los momentos iniciales del Período Intermedio Tardío en los oasis atacameños. Esto es coherente con prácticas económicas bastante tradicionales, que descansan fundamentalmente en el pastoreo, complementado con la recolección de chañar y algarrobo, a lo que se suma un desarrollo agrícola poco relevante, a nivel de autosubsistencia, como se ha planteado para las ocupaciones del oasis de Atacama (González 2003; Uribe *et al.* 2002). De igual modo, la presencia de costales muy reparados y la frecuencia de las miniaturas señalan cierta escasez, que se oculta en la necesidad de almacenar grandes volúmenes de alimentos y en el uso intensivo de estas piezas, seguramente producto de la dificultad de reemplazarlos. Por otra parte, los costales y la talega grande sugieren movimientos que se limitarían al Loa, seguramente para complementar la producción del oasis con la de otros espacios productivos. Esto confirmaría una reestructuración económica y social en dichos espacios, sugerida desde otros materiales, que se relacionaría con el final de las vinculaciones con Tiwanaku y la transición al Período Intermedio Tardío inicial (Uribe *et al.* 2002). En este sentido, parece claro que los oasis de San Pedro de Atacama en un momento más temprano del período no exhiben materiales que puedan señalarlos como un eje relevante del tráfico, ni mucho menos, de la producción que lo habría sustentado. Asimismo, es evidente que los circuitos establecidos por el oasis efectivamente habrían estado a menor distancia que durante el Período Medio, en principio con Chiu Chiu. No obstante estas observaciones, debo señalar que lo referente a San Pedro y la última localidad debe tomarse con suma cautela, pues existe una notable diferencia de muestra entre ambas y el resto del Loa.

También es claro que los sucesos de San Pedro tienen un carácter local, pues en Quillagua la

producción no parece insinuar escasez, y aunque las evidencias de tráfico inicialmente no son masivas, éste se habría efectuado a corta como a larga distancia (costa y Tarapacá y tierras altas atacameñas, respectivamente), confirmando que esta cuenca fluvial ha adquirido otra importancia en términos productivos y sociales (Uribe *et al.* 2002). Esta situación, habría constituido una ventaja comparativa que permitió una expansión agrícola y ganadera sin precedentes, habilitando a los pobladores del Loa a establecer contacto con gentes de otros territorios y “compartir” con otras entidades culturales: Valles Occidentales, la costa y Tarapacá en el Loa Inferior y con lo “altiplánico” en la subárea del río Salado (Agüero *et al.* 1997, 1999; Adán y Uribe 1995; Aldunate y Castro 1981; Ayala 2000; Uribe 1996), situación que se infiere en la última localidad por datos de asentamiento y cerámica.

No será hasta momentos clásicos del Período Intermedio Tardío que las quebradas adyacentes al Salar entran en la abundancia, acompañados de actividades productivas como la agricultura y ampliando sus vínculos hacia el río Loa en su totalidad y hacia Noroeste Argentino. Esto se corrobora en la recuperación de grupos cerámicos y textiles –bolsas y túnicas— de momentos clásicos entre el curso inferior y medio del río Loa, que no sólo dan cuenta de dicha interacción, sino que a través de las bolsas, restos orgánicos e instrumental relativo a la agricultura, enseñan la mayor importancia de esta actividad, particularmente en el Loa Medio y Superior (Catalán 2003). Al respecto, cabe señalar el hallazgo en otros cementerios del Loa Medio, de escasos restos de bolsas, como los Tipos 16, 17 A, 18 y 19 en Chunchurrí o Dupont, sugiriendo una ocupación previa, contemporánea y posterior a la fecha de 1390 DC obtenida por Núñez (1968); de los Tipos 16, 17 A y 26 en Topater, corroborando la extensión del uso de este cementerio al Período Intermedio Tardío como al Tardío, y del Tipo 19 en Lasana⁹⁸. Aunque fragmentarios, estos hallazgos permiten incorporar a estos sitios en los procesos descritos más arriba.

Ante la escasez de los materiales tratados en esta memoria, producto de las lluvias estivales en tierras altas del Loa, otras evidencias arqueológicas que avalan la intensificación de la agricultura se halla en los asentamientos, como el eventual uso de estructuras de patrón constructivo tipo *chullpa* como depósitos de grano y el desarrollo de sistemas agrohídricos (Adán 1996, 1999;

⁹⁸ Estos materiales se registraron en 1997 en la Corporación Cultural y Turismo de Calama, donde fueron hallados en cajas y/o bolsas rotulados con los nombres de los sitios y sin mayores referencias.

Adán y Uribe 1995; Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Alliende *et al.* 1993; Ayala 2000; Carrasco 2003; Uribe y Carrasco 1999; Uribe *et al.* 2002).

En relación al Noroeste Argentino, se ha señalado la importancia de sus obras agrícolas, a las que se suma instrumental vinculado a esta actividad (Albeck 1994, 1995; Nielsen 1995), como también bolsas domésticas que vinculan este sector con el Loa Inferior y San Pedro de Atacama. A juzgar por la información de Doncellas, habría existido un énfasis en el traslado de productos, lo que es sumamente coherente con la magnitud de las instalaciones agrícolas, que debió haber proveído a una igualmente amplia población, y posiblemente, generando excedentes agrarios.

Recapitulando la información de Quillagua, en un primer momento del Período Intermedio Tardío, se constata que las talegas fueron depositadas con mayor frecuencia en los contextos funerarios, sugiriendo, por una parte, el predominio de la producción doméstica y, por otra, un escaso movimiento a otras regiones, según da cuenta el reducido hallazgo de costales. Sin embargo, éste se habría enfocado inicialmente hacia Tarapacá, en concomitancia con los primeros arribos masivos de atacameños al oasis, en la Fase Yaye (900 – 1100 DC), mientras que en la Fase Solor (1100 – 1350 DC), el tráfico se habría ido reorientando hacia el curso superior del Loa y San Pedro de Atacama. En momentos clásicos del Período Intermedio Tardío, correspondientes a la Fase Turi de Quillagua (1390 – 1470 DC), si bien las talega siguen siendo depositadas en el Cementerio Poniente, es sobresaliente el aumento de los costales, lo que se relacionaría un notable incremento de la producción, que habría permitido el almacenamiento de excedentes y su traslado hacia Atacama y la puna adyacente. En este sentido, si bien la producción y consumo domésticos siguen siendo importantes, es también evidente una mayor agregación social para emprender viajes de caravanas, los que pudieron ser más frecuentes, según da cuenta la uniformidad de su patrón decorativo. Esto sugeriría, además, la consolidación de formas de autoridad y diferenciación social (anunciadas en los sectores Bajo y Alto del Cementerio Oriente), que habrían organizado la producción, su traslado y la señalética de su traslado.

Si bien estos cambios en las frecuencias de las bolsas domésticas depositadas en Quillagua, parecen demostrar la integración de la localidad al tráfico de caravanas, para afirmarlo con

propiedad, es necesario revisar el resto de los indicadores planteados al final del Capítulo 2.

4. Los indicadores del tráfico de caravanas en Quillagua

Si las características señaladas en el Capítulo 1, ya parecían indicar a Quillagua como un oasis atractivo para el asentamiento de distintas poblaciones, ahora se puede sumar su potencial para el tráfico de caravanas. En ese sentido, es relevante que su emplazamiento permite articular las regiones de Tarapacá, Atacama y la costa, junto a los abundantes recursos propios del oasis, que habrían permitido obtener materias primas y productos para el tráfico, como también proveer los insumos necesarios para el alimento y descanso de hombres y animales.

El arte rupestre de Quillagua, independiente de que sean geoglifos o paneles con pintura, suele estar asociado a estructuras aisladas que coinciden en el carácter expeditivo y, en principio, con la transitoriedad de sus ocupaciones (Figura 10). Se sitúan de manera periférica al núcleo poblacional del oasis, rodeándolo y, en ese sentido, demarcan el territorio y las rutas, que unen al oasis con Tarapacá y la costa, pero también con Chacance, San Salvador y Calama en el Loa Medio. Además, su asociación a senderos, arte rupestre y/o apachetas, sugiere su relación con las caravanas y su emplazamiento en espacios retirados (a más de un kilómetro) de la concentración ocupacional del período, podrían responder a la lógica de mantenerse fuera o separados de las poblaciones nucleares, para evitar conflictos, tal cual señala Nielsen (2001). Esto se vería confirmado con mejores argumentos si la cerámica detectada es pequeña y portátil, sugiriendo su uso en el consumo y preparación de alimentos y traslado de agua; como también si su excavación arrojara depósitos poco densos, sugiriendo su una ocupación expeditiva, como se ha detectado, aunque en otro ámbito y contexto en un campamento minero-caravanero adyacente a Chuquicamata (Núñez *et al.* 2003).

Este tipo de evidencia difiere notablemente de la ocupación nuclear detectada hacia el centro del oasis, donde se dispone el poblado principal, La Capilla, los cementerios y corrales. Al interior de la aldea, los recintos comprenderían las funciones que caracterizan los espacios domésticos (Adán 1999), es decir, de habitación, cocina y almacenamiento —principalmente de algarrobo y maíz—, a los que se suman los corrales, que están en espacios más retirados (Figura 10).

Asimismo, los patios y espacios interrecintos se habrían usado para cargar y descargar animales, en coherencia con el hallazgo superficial de material orgánico, como maíz y algarrobo en recintos que pudieran comportar la función de depósito y habitación, así como más, esporádicamente de restos de ganchos, sogas e hilados.

Además de estas funciones, la aldea habría albergado actividades diversificadas, entre las que se cuenta la molienda de algarrobo y maíz, la fundición de metales para la producción de piezas terminadas –como aquellas depositadas en los contextos funerarios del Cementerio Oriente— y preformas (Cervellino y Téllez 1980; López 1979). Y seguramente, la producción de textiles a juzgar por el estilo Loa-Tarapacá y el hallazgo de instrumental relacionado a su producción (Figura 9 h). Por otra parte, el hallazgo de morteros planos con adherencias de grasa podría indicar su uso en el procesamiento de restos animales (por ejemplo *charqui*, según López [1979]). La alfarería presente en los contextos de Quillagua corresponde a cántaros, ollas, escudillas, vinculados a la preparación y consumo de alimentos (Agüero *et al.* 1997, 1999), siendo algunos de los cántaros de gran tamaño, lo que propone no sólo su producción local, como igualmente lo sugieren las adherencias de arcillas y colorantes en los morteros; sino también su uso para almacenar líquidos y sólidos, y con ello que al menos una parte de la aldea fuera habitada de manera permanente. Tal como se ha verificado para los poblados de las tierras altas del Loa y Atacama (Uribe *et al.* 2002), este tipo de hallazgo implicaría también el desarrollo de actividades rituales o festivas en La Capilla, ampliando el rango de actividades realizadas en su interior.

La intensidad ocupacional del oasis, se manifiesta también en los densos basurales con desechos de maíz, algarrobo, fauna menor, camarón del Loa, pero sobre todo de restos de pescado y mariscos. Este hallazgo se reproduce en otra escala en los contextos funerarios (pulpo, pescados, concha), que sugieren explícitamente una fuerte vinculación con la costa.

Estos datos confirman que Quillagua tuvo, desde el asentamiento y su aldea principal, condiciones que permitieron el abastecimiento de las caravanas, tanto en relación al descanso y alimentación de las mismas, así como a que el intercambio se hubiera desarrollado en su interior, contando con una producción que la hubiese sustentado independiente de si se trató del algarrobo,

maíz, otros productos localmente disponibles o de la costa.

Los complejos artefactuales detectados en la Colección Latcham aluden, asimismo, a diversas actividades relativas, en orden decreciente, a la caza, alimentación, atavíos, pastoreo-caravaneo, psicotrópico, textil, pesca, herramientas tecnológicas, agricultura e instrumentos musicales (Catalán 2003). Esta distribución marca una notable diferencia en las actividades desarrolladas en Quillagua con relación a otras localidades del Loa, donde predominan las agrícolas, cosa que –creo, en parte—, podría responder a diferencias cronológicas dentro de la colección, pero sobre todo, a una producción complementaria con la de otras localidades. Por su parte, el hallazgo de cuerdas, cencerros, ganchos de atalaje, costales y restos de camélido en los contextos funerarios confirman el desarrollo de viajes de caravanas.

Se ha señalado, tal vez insistido, en que los materiales recuperados de los contextos funerarios de la localidad aluden de manera bastante explícita a Tarapacá, como al resto del Loa y San Pedro de Atacama y que al menos en la primera parte del período, el grupo Loa-Tarapacá habría constituido lo propio de la localidad. En ese sentido, los geoglifos posiblemente se relacionen a tal momento –sino más temprano—, cuando las vinculaciones con Tarapacá eran aún relevantes. Asimismo, el hallazgo de materiales que vinculan a la costa, tanto en los basurales de la aldea como en los cementerios, tampoco puede entenderse como elementos foráneos, ya que sugieren una fluidez, casi cotidiana, de contactos entre oasis y desembocadura, que tiene antecedentes en el Formativo, lo cual podría sugerir una posible ampliación en las áreas de cobertura de recursos tanto de los habitantes de la costa como del oasis. A partir de la pintura roja en el ajuar del entierro del Cementerio Poniente se sugiere cercanía con los desarrollos costeros, donde es frecuente el hallazgo de instrumentos de trabajo a los que se ha aplicado colorantes rojos, constituyen en este caso otro indicador de contacto entre ambos territorios (López 1979).

Un aspecto que es evidente en Quillagua, es una notable alza poblacional en comparación con el Formativo, según se deduce del asentamiento nuclear que pudo ocuparse de manera más o menos permanente, y asentamientos satélites a modo de estancias agrícolas y/o ganaderos de distinta envergadura, abrigos rocosos y paraderos, que muestran una intensificación y diversificación en las prácticas productivas. Este proceso se manifiesta también en la edificación de espacios

habitacionales y sobre todo, en la construcción de obras agrohidráulicas en las quebradas altas de la subregión del río Salado, de Atacama y la puna adyacente (Adán y Uribe 1995; Albeck 1995; Aldunate y Castro 1981; Alliende 1993; Nielsen 1995; Uribe *et al.* 2002), obras que habrían requerido de planificación, sugiriendo de manera más o menos explícita instancias de organización que superan a la unidad doméstica.

Es importante recordar que las ocupaciones de ambos cementerios de Quillagua son parcialmente contemporáneas, con un número mínimo de individuos cercano a 150 (Strange 1995), lo que, a pesar del extremo saqueo al que estuvieron sometidos, evidencia un contingente poblacional importante a lo largo del período y que, considerando que los entierros son principalmente colectivos (Strange y Silva 1997), es posible que se haya tratado de familias o grupos de estirpe común. Asimismo, las condiciones de vida de los antiguos habitantes de Quillagua sugieren intenso trabajo. Sobre ello, cabe señalar que en el Cementerio Poniente se detectó una ligera alza de hombres fallecidos en relación al Cementerio Oriente, siempre en un sustrato en que predominan las mujeres, que posiblemente se vincule con el mayor desgaste que pudo implicar para la población masculina el haberse visto crecientemente involucrada en el movimiento de productos hacia otros espacios. Sólo en este sentido, por ahora y para esta localidad, el caravaneo parece haber constituido una actividad especializada, es decir, en cuanto tarea masculina.

Por otra parte, número de individuos indica, no sólo la existencia de mano de obra para desarrollar la edificación de la aldea, sino que parte importante de la producción local se habría destinado al autoconsumo. Por esta razón, no me parece sustentable que la producción del oasis haya generado excedentes para un tráfico a gran escala (Cervellino y Téllez 1975-6, 1981; López 1979). Esto tendría cierta coherencia en la información disponible de la aldea, que no sugiere explícitamente que el almacenaje, ni la producción, hubiera superado la escala doméstica, lo que no implica que algunas actividades como la agricultura y el traslado de productos hayan requerido del trabajo conjunto de agregados de tales unidades. De tal modo, indicaría que la intensidad del tráfico desde Quillagua a otros espacios fue tan intensa que los productos no llegaran a acopiarse en grandes cantidades y que el movimiento fue bastante persistente.

Lo anterior se confirmaría en los asertos de Aschero (1996, 2001) en torno a que la

representación de tumis y figuras escutiformes, representan a los líderes socio-políticos emergentes que están organizando la producción y su circulación para sustentar a la extensa población que habita el desierto y la puna. Asimismo, la representación de caravanas en el arte rupestre, podría mostrar los agregados de unidades domésticas desarrollando el tráfico de caravanas más que a caravaneros especialistas o el tráfico de bienes suntuarios (Berenguer 1994, 1995).

Con la salvedad de la ausencia de depósitos comunales en La Capilla, la información expuesta hasta aquí confirma las expectativas materiales del tráfico de caravanas a nivel del asentamiento que se señalaron en el Capítulo 2. De hecho, se constatan emplazamientos vinculados a rutas relacionados con arte rupestre, independiente de la envergadura de los poblados, espacios de habitación y almacenaje, así como la ampliación del ámbito doméstico en los corrales que en principio acercaría a la localidad a sus pares tanto en la cuenca del Loa, en particular en el curso superior, como en los espacios quebradeños de San Pedro de Atacama (Adán 1999; Uribe *et al.* 2002). Los distintos tipos de sitio, asimismo, sugieren tanto el pastoreo, agricultura, caza menor y tráfico, todas ellas formando parte de la complementación de recursos y actividades necesarias para hacer el espacio habitable y productivo.

En consecuencia, el tráfico en Quillagua habría tenido el objetivo de mover los productos necesarios para la subsistencia de la masa poblacional en un volumen muy superior al de los bienes de prestigio⁹⁹, que existió, pero en una escala más restringida (Uribe *et al.* 2002). Entre ellos, se contarían para la localidad, los textiles de Valles Occidentales, principalmente por las *chuspa* y bolsas faja a lo largo de todo el Período Intermedio Tardío; en la primera parte del período, los tejidos teñidos por amarras de Tarapacá, cuya escasa distribución¹⁰⁰ sugiere un carácter de exclusividad (Cases y Agüero 2000) y durante el Período Intermedio Tardío clásico, las túnicas Circumpuneñas en tapicería (Agüero *et al.* 1997, 1999); las calabazas botelliformes de Valles Occidentales y las pirograbadas del Noroeste Argentino (Catalán 2003). Si bien en Quillagua la metalurgia sería de desarrollo local, y aunque se vinculó al atavío, también se pudo relacionar a la confección de herramientas para la extracción de maderas como las azuelas con

⁹⁹ Entendidos como aquellos objetos que por su exclusividad, denotan el éxito social de un individuo o grupo (Aguirre 1993: 212).

¹⁰⁰ Aproximadamente uno o dos por sitio (Cases y Agüero 2004).

una pieza metálica descrita por Latcham (1938: 341, Fig. 141-2). Si bien la actividad metalúrgica parece tener una escala pequeña, se requiere de estudios más detallados para evaluar si pudo haber constituido excedentes para el intercambio (Cervellino y Téllez 1975-6, 1981; López 1979).

De todo esto, parece claro, que Quillagua efectivamente presenta las evidencias que avalan la realización de prácticas caravaneras, tanto a nivel del asentamiento, de las características de la aldea principal, como de los materiales recuperados en ésta y de los cementerios y del contingente poblacional. De acuerdo a la naturaleza de esta información, en coherencia con los procesos ocurridos en el resto del Loa y en el Salar, el tráfico de caravanas se habría intensificado durante el momento clásico del Período Intermedio Tardío, en concomitancia con el desarrollo agrario y un alza poblacional sin precedentes. Esto se corrobora en las diferencias en que se ofrendó las bolsas domésticas en Quillagua, específicamente, en el aumento de los costales durante los momentos más tardíos del Período Intermedio Tardío. Aún cuando la producción pudo tener un carácter más bien doméstico, su movilización y redistribución pudo tener uno más comunal, a juzgar por la uniformidad visual de los costales y por el desarrollo de fiestas en la aldea. Independiente de la escala, quedan en el tintero las siguientes preguntas: ¿qué se produjo en Quillagua?, ¿fue la producción del oasis lo que permitió su incorporación efectiva al territorio atacameño, su esfera de interacción y al tráfico de caravanas? Y más indirectamente ¿cuál fue el interés de las poblaciones que vivieron y se enterraron en la localidad por ocupar el oasis? Para buscar una respuesta, es necesario re-visitar los materiales allí recuperados.

5. Las prácticas productivas en Quillagua

De acuerdo a la ofrenda de algarrobo en el contexto funerario del Cementerio Poniente y por los potentes depósitos de este recurso en La Capilla (Cervellino y Téllez 1975-6; López 1979), se deduce al inicio del Período Intermedio Tardío un uso bastante tradicional de los recursos, posiblemente por medio de la recolección, donde al igual que en los oasis piepuneños (González 2003; Uribe *et al.* 2002), el uso intensivo del bosque —que en ese momento habría tenido mayor extensión que en la actualidad—, que desde mi punto de vista, fue central y cuenta con antecedentes desde el Formativo (Agüero *et al.* 2001). En efecto, el bosque, fue una fuente

constante de materias primas para la realización de una serie de artefactos de madera, vinculados a la caza (astiles, dardos, arcos), a lo doméstico (cucharas, husos, torteras), a la agricultura (azadones, palo cavador, palas), al caravaneo y pastoreo (ganchos de atalaje, cencerros), y ceremonial (poste funerario, cajitas, tubos, tabletas) y otros (por ejemplo, trompos), todo lo cual pudo producirse localmente, junto a la extracción de madera¹⁰¹ (Figura 9 f, izquierda). Además, habría proveído de carbón como fuente de combustible, para usos domésticos y la fundición metalúrgica. Aparentemente, su explotación pudo ser predominante, incluso especializada, de manera complementaria a los productos marítimos que se mantienen constantes y abundantes en los depósitos desde el Formativo al final del Período Intermedio Tardío, tanto en los cementerios como en los sitios habitacionales. Asimismo, las canteras líticas y de arcilla aportaron materias primas para realizar instrumentos relativos a la caza, pesca, faenamiento y molienda, así como la preparación, consumo y almacenamiento de alimentos.

No obstante, los palos cavadores del mismo contexto también enseñan las transformaciones que están teniendo lugar como la introducción de tecnologías agrícolas, que en este momento aún no son importantes, pero que anuncian cambios cualitativos en el ajuar y ofrenda. Estas se vinculan, en su mayoría, a la producción de alimentos a través de la agricultura, la recolección, la caza-faenamiento, pesca y su traslado por medio del capacho, este último mostrando continuidad con períodos previos. A estos cambios insipientes, se suman, los que exhiben las ofrendas vegetales del contexto funerario del Cementerio Oriente, insinuando que la agricultura del maíz habría adquirido mayor relevancia, equiparándose con la recolección del algarrobo como producto tradicional. Esto se apoya además, en la ofrenda de las bolsas domésticas que contienen ambos productos (Figura 26 d, abajo).

El constante hallazgo de restos de maíz en la excavación del Cementerio Poniente, así como en los depósitos más superficiales de La Capilla y la importancia que adquiere la molienda (*sensu* Cervellino y Téllez 1980; López 1979), sugieren su adaptación a las condiciones desérticas y la consolidación de este tipo de cultivo en el oasis. Evidencia indirecta es el hallazgo de maíz en distintos estados: entero, en grano, en palomitas y harina, en los contextos funerarios. Junto a la construcción de la aldea, la agricultura habría introducido los cambios más radicales en el paisaje

¹⁰¹ Como lo evidencia, por ejemplo, la azuela descrita por Latcham (1938: 321, 341).

del oasis, imponiendo, por consiguiente, un aglutinamiento en la ocupación hacia el centro para propiciar el cuidado de las plantas a lo largo del ciclo de siembra, maduración y cosecha, sea que se desarrollara a pocos metros de La Capilla como lo señalaron Cervellino y Téllez (1978) y López (1979), en una modalidad similar a Solor en San Pedro de (Uribe *et al.* 2002), o despejando parte de la terraza E como sugiere el canal que la rodea.

Este cambio en las prácticas productivas se vería afirmado también por otros, tanto en el ceremonial mortuario como en la ofrenda. A juzgar por la información del Cementerio Poniente, atributos como la separación de la muerte del ámbito de la vida con entierros realizados en fosas individuales, serían aspectos que al inicio del Intermedio Tardío mantienen continuidad con momentos más tempranos; sin embargo, acortar distancias entre lo habitacional y lo funerario, según se constata en el mismo sitio con respecto a La Capilla, aparece como una innovación. A ésta se sumó, al otro lado del río en el Cementerio Oriente, el entierro colectivo que caracterizará también los momentos posteriores de la ocupación del Poniente, junto a la práctica de depositar bolsas tejidas a telar, principalmente domésticas. La incorporación de éstas, instrumental agrícola, de trabajo y el entierro colectivo, sugieren un cambio conceptual sobre la muerte en relación al período previo que involucraría al ancestro y posiblemente al linaje o familia, como semilla de la vida que trabaja para los vivos sembrando, pastoreando y atrayendo lluvias, todo lo cual requiere su utillaje (Harris 1983; van Kessel 2001). Esto se vería confirmado también por la incorporación de entierros en La Capilla (Cervellino y Téllez 1980; Gallardo *et al.* 1993 a y b; López 1979), que independiente de su visibilidad y sin presentar los mismos elementos que en tierras altas del Loa –patrón constructivo tipo *chullpa*— sugiere que los mismos procesos están operando en la localidad, obviamente con variaciones. Éstos también se vincularían con el ancestro, no sólo en cuanto marcador territorial y, por ende, de los derechos de agua y tierra como han sugerido Uribe y colaboradoras (2002), sino también en cuanto propiciadores de fertilidad, abundancia y reproducción, tema central de la agricultura, que de acuerdo a la información disponible estaría reforzándose en el ofrendar bolsas domésticas, con productos o con semillas. Lo mismo se puede decir en relación a la importancia que este tipo de producción y el almacenaje tienen en momentos más tardíos del período.

A pesar de que existen referencias a la mejor calidad del algarrobo de Quillagua, de vaina más

dulce y grande (Odone 1991), en el primer momento del Período Intermedio Tardío no parece que esto sólo haya motivado su explotación masiva, a nivel excedentario, para su posterior tráfico, como lo planteara López (1979). Sin negar que se pudo recolectar y moler, su uso pudo estar destinado al consumo doméstico, a juzgar por la recurrencia de las talegas y un volumen menor, como lo indicaría el hallazgo de talegas grandes en Pica, haberse destinado a dicha localidad. Analizado con detención, es evidente que recursos tales como el bosque de algarrobo y chañar, por sí solos no serían el imán que atrajo a las poblaciones que habitaron Quillagua, salvo para las poblaciones costeras. Son recursos que están presentes en el oasis de Atacama y en Calama, a no ser que éstos se hayan desecado —para lo cual no conozco información concreta— o que producto de los conflictos y trastornos sociales y económicos post Tiwanaku fuera necesario explorar otros territorios (Uribe *et al.* 2002; Uribe y Adán 2003). Por otra parte, los mismos recursos asociados, con excepción del camarón del Loa, debieron estar en todos los lugares en que existió el bosque lo que implica que para las poblaciones de Tarapacá, en principio, éstos tampoco habrían sido fundamentales.

Por otra parte, al igual que en San Pedro de Atacama y el Loa Superior (González 2003; Uribe *et al.* 2002), el cultivo del maíz no habría sido muy importante en la primera parte del período. Para ello, no obstante, el oasis contó con un acceso constante al agua que junto a la formación de terrazas lo convirtieron en un ámbito apropiado para el desarrollo de agricultura; esto sin duda, pudo verse favorecido por condiciones climáticas más benignas y estables en el año. Con estas características, su productividad debió ser al menos equivalente a las de tierras altas. Por la información proveniente de las excavaciones de La Capilla (Cervellino y Téllez 1975-6, 1981; López 1979), este cultivo habría sido más relevante en el momento clásico del período, similar a las quebradas altas del Loa y del Salar de Atacama (Uribe *et al.* 2002).

Considerando el alza demográfica experimentada que se vislumbra en la particularmente en momentos clásicos del período en cuestión (Uribe *et al.* 2002; Uribe y Adán 2003), parece razonable considerar la necesidad de abastecer a una población creciente, no sólo de carbohidratos sino también de proteínas como los productos marinos —pescados y mariscos secos—, que pudieron haber incrementado su importancia. Asimismo, el cambio en el ceremonialismo que pudo implicar la intensificación de la agricultura habría requerido de nuevos

productos, que si bien pudieron usarse previamente, ahora adquieren mayor relevancia como las conchas, estrellas, soles y agua de mar (Bittmann 1988). Esto indirectamente sugiere que el acceso a la costa pudo volverse más importante que en períodos anteriores, de lo cual darían cuenta las estructuras aisladas y rutas que rodean al oasis, del mismo modo que el uso de colorante rojo en el entierro del Cementerio Poniente y el hallazgo de bolsas anilladas, ambos elementos bien documentados hasta períodos tardíos en el litoral (Moragas 1995; Sanhueza 1985). Del mismo modo, la inexistencia de evidencias de estructuras destinadas al acopio comunal de producción, podría vincularse con que la localidad estuviera involucrada principalmente en el tráfico de productos marinos que son constantes a lo largo del año (Moragas 1995; Schiappacasse *et al.* 1989)

Atendiendo a las referencias que señala Martínez (1998: 106) en torno al uso de anchoas como abono, resulta igualmente incitante que una de los grandes atractivos de Quillagua durante el período se haya relacionado con la obtención de este tipo de productos, como también el guano y otros nutrientes necesarios para la protección y cuidado de los suelos. Este se habría extraído desde la desembocadura, como lo planteara López (1979), para hacer productivas las tierras no sólo del oasis, sino también las quebradas altas del Loa y del Salar de Atacama (Com. pers., Gallardo, 2003).

Hasta la década de 1950, la arriería del guano era frecuente en Quillagua, realizándose principalmente en concurrencia con la siembra del maíz (entre septiembre y octubre) y la ruta que era apuntalada por una serie de paraderos adyacentes al Loa en dirección NW, como Ancachi, Calate y Calartoco (Odone 1995).

Aunque no se han realizado análisis especializados en esta dirección, obtener abono habría sido crucial para la formación y mejora de suelos de las terrazas, considerando el notable aumento de esta actividad en los desarrollos regionales, particularmente en su etapa más tardía. Esto tendría mucho sentido en términos del interés de ocupar el oasis, pues más allá de los propios recursos habría sido el acceso a la costa lo que estuvo en juego. En esos términos, parece justificado el despliegue material de Atacama para consolidar el acceso y control de la producción costera como también contar con una ruta más directa con el Alto Loa a través de la Quebrada de

Chuncaguaico jalonada por geoglifos, aguadas y vegas, las que habrían estado en uso aún hasta el siglo XX (Odone 1995). Este acceso también pudo ser de interés para los atacameños, a juzgar por el pequeño conjunto aglutinado (Qui.66), el que sin embargo presenta materiales de Valles Occidentales y Tarapacá, cuyo emplazamiento sugiere el control sobre dicha quebrada y rutas (Figura 10).

Este proceso tendría relación con el “cierre” de la frontera norte de Atacama y su consolidación en el curso inferior hasta la desembocadura, de manera posterior al 1300 DC (Agüero *et al.* 1997, 1999). Así lo indica la cerámica de Caleta Huelén 12 que muestra, en un temprano Intermedio Tardío, tipos de la Fase San Miguel de los Valles Occidentales (1100–1350 DC), del complejo cultural Pica-Tarapacá, sobre un sustrato de alfarería Loa-San Pedro, acompañado del componente Altiplánico (Uribe 2002); a lo que se suma el hallazgo en Caleta Huelén 51 de túnicas tejidas en urdimbres transpuestas y tapicería dentada, características de los textiles Circumpuneños (Agüero *et al.* 1997, 1999). Asimismo, su amplia dispersión (Agüero 2000 b) sería el resultado de tráfico de larga distancia, como lo han señalado Uribe y colaboradoras (2002) y que las túnicas en tapicería hayan constituido un bien de prestigio, como se señaló anteriormente, vinculado a la propiciación de ritos agrícolas o reproductivos, como lo sugerirían la representación de ave, sapo o lagarto, que aluden al agua y por tanto, a la fertilidad (Arnold 1994).

De ser la cercanía a la producción costera lo que atrajo a los atacameños, esto explicaría por qué se establecieron vínculos entre el curso inferior del Loa y espacios tan distantes como la Puna de Jujuy, donde estimando la escala de las obras agrícolas, sería del todo coherente asegurar el abastecimiento de abono para cuidar las tierras, lo que pudo justificar el establecimiento de algún tipo de alianza. Aunque la posible explotación prehispánica de nitrato no se ha explorado desde la arqueología, me parece dudoso que los habitantes del desierto, grandes conocedores de su medio, hayan ignorado sus propiedades como abono y los potenciales de su aprovechamiento tanto a nivel local, como para destinar al tráfico. Si bien aquí no pasa de ser una hipótesis, contrastarla permitiría comprender cómo se ocupó la pampa y el posible rol de poblados como Quillagua y Chacance en las dinámicas económicas y sociales de la prehistoria.

Desde esta perspectiva, los tempranos lazos establecidos entre Quillagua y Tarapacá se podrían vincular con la disminución del algarrobo en algunas quebradas tarapaqueñas, entre 650 y 800 DC (Núñez 1982), lo que insinuaría que inicialmente la recolección y molienda de este recurso se haya enfocado en tal dirección, según se infiere por los geoglifos y rutas que rodean al oasis loíno. Un destino similar pudo tener la producción agrícola de los inicios del Período Intermedio Tardío, todo lo cual parece haberse desarrollado a escala doméstica. En tal sentido, Quillagua habría sido de interés para Tarapacá por la estabilidad del algarrobo y del agua, pero no fundamental en relación al litoral, ya que existe una serie de enclaves tarapaqueños en la costa sur de Iquique con ocupaciones desde el Formativo en adelante (Moragas 1995).

De este modo, no se puede descartar que la avanzada a este territorio haya sido justamente de gentes del Loa, porque de acuerdo a la evidencia del Formativo Tardío (Agüero y Cases 2004; Uribe y Ayala 2004), son ellos quienes ocuparon e interactuaron tradicionalmente con el oasis de Quillagua y con las poblaciones que ocupaban este espacio, a diferencia de los débiles indicios de gentes del Salar quienes en esos momento estaban involucrados en otro tipo de dinámicas con representantes de Tiwanaku (Uribe y Agüero 2002). Sin embargo, estas poblaciones podrían haber llegado posteriormente, tras readecuar su territorio y conexiones una vez desarticulados los vínculos con las sociedades circunlacustres (Adán 2002; Agüero 2000; Uribe 2002; Uribe *et al.* 2002), como lo sugiere la incorporación de tumbas en La Capilla.

En este sentido, es interesante recordar que el Cementerio Poniente habría experimentado una reocupación del sitio que se superpone a otras más tempranas y con cierta vinculación a la costa, sugiriendo cierta violencia en la remoción de tumbas para poner las propias, que sería responsable al menos en parte del saqueo del sitio. Esto se insinúa desde el material en estudio, en el hallazgo en superficie de textiles realizados con trama continua, mientras aquellos con tramas múltiples provienen casi exclusivamente de excavación¹⁰². Posteriormente, esta irrupción habría dado paso a la mixtura de elementos y poblaciones en el estilo Loa-Tarapacá que se manifiesta principalmente al otro lado del río, y luego al predominio absoluto de Atacama en el oasis. Este proceso pudo culminar en los albores del Período Intermedio Tardío clásico con el establecimiento del “pacto”

¹⁰² En tal sentido, cabe preguntarse si el tema de la no visibilidad de las fosas (Montt 2003), tendría relación más bien con occidentales mirando otros entorno y momento, que con la visibilidad real para los habitantes del desierto.

de ocupar distintos sectores del oasis para la recolección del algarrobo, modalidad que operó al menos hasta el siglo XVIII, fecha en que Quillagua estaba incorporada al corregimiento de Tarapacá (Martínez 1998; Odone 1995), aspecto que sólo excavaciones en sectores más al norte del nucleamiento ocupacional podrían dilucidar.

6. Recapitulación

Los resultados de las primeras investigaciones sistemáticas del Período Intermedio Tardío en Quillagua (Agüero *et al.* 1997, 1999), permitió afirmar que el valle de Quillagua fue ocupado y dominado, desde el Formativo, por poblaciones atacameñas cuyas poblaciones utilizaron los Cementerios Oriente y Poniente y la aldea La Capilla desde el inicio del período en cuestión. Este primer momento correspondía a la Fase Yaye (900-1100 DC), representada por textiles de estilo San Pedro y cerámica atacameña. Posteriormente, la Fase Solor (1100- 1300 DC) se caracterizaba por la intrusión de materiales cerámicos y textiles de Tarapacá. Éstos alcanzaban cantidades significativas sólo en el Cementerio Oriente donde se evidenciaba una “situación de etnicidad”, evidenciada arqueológicamente por la presencia mayoritaria de un componente atacameño tanto cerámico como textil, secundado por un grupo de tejidos ambiguo, Loa-Tarapacá, que manifestaría la intención de disminuir diferencias entre Atacama y Tarapacá y, posiblemente abrir un espacio de diálogo. Este comportamiento material fue interpretado como una estrategia atacameña para mantener fuera de su territorio a Tarapacá, desarrollando una fuerte identidad cultural a través de una alta presencia de cerámica y textiles propios de su tradición y de tejidos instrumentalmente creados para armonizar con el componente tarapaqueño. A finales de esta fase el Cementerio Oriente deja de ser utilizado y con ello se evidencia un abandono de las poblaciones tarapaqueñas, de lo que se infería el éxito de la estrategia atacameña, volviéndose a ocupar el Cementerio Poniente con un predominio total en la Fase Turi (1390-1450 DC), hasta tiempos tardíos relacionados con la llegada de influencias incaicas a la región (Agüero *et al.* 1997, 1999).

Sin embargo, a partir de investigaciones posteriores, esta vez centradas en el Período Formativo, el temprano predominio atacameño comenzaba a cuestionarse (Agüero *et al.* 2001; Agüero y Cases 2003; Uribe y Ayala 2003). En efecto, esta información mostraba que las vinculaciones de

este sector del Loa con Tarapacá contaban con antecedentes más tempranos (700 AC – 700 DC), siendo sugerente el hallazgo de cerámica local fuertemente vinculada a Tarapacá hacia el final del Formativo (Uribe y Ayala 2003). Asimismo, tanto las escasas evidencias de San Pedro de Atacama en el oasis, como las fechas más tardías de este período, que tienden a traslaparse con aquellas más tempranas de los desarrollos regionales, indicarían cierta continuidad cultural y seguramente poblacional entre ambos, donde uno de los hilos de continuidad eran los materiales que vinculaban a Tarapacá y al Loa.

Desde esta perspectiva, los planteos iniciales se ven enriquecidos también a la luz de los resultados de la presente investigación, los que se centran básicamente en aspectos económicos que antes no habían sido abordados en profundidad, como resultado del estudio detallado de las bolsas doméstica. Al estudiar las bolsas en relación al tráfico de caravanas, necesariamente esta memoria se sitúa en uno de los temas centrales del Período Intermedio Tardío, ya que se trata de uno de los modelos de interacción que contaría con evidencias más claras; de manera más tangencial, pero teniendo a las prácticas caravaneras como hilo conductor, se abordaron otros aspectos relevantes del período, como la multiplicación de las esferas de interacción, los mecanismos de complementariedad, la existencia de diferenciación social y las modalidades de liderazgo y autoridad, entre otros (Schiappacasse *et al.* 1989).

Primeramente, se sugiere que las talegas apuntan a actividades relativas al procuramiento de alimentos, a una escala de producción y consumo doméstico, mientras los costales atañen al almacenamiento y al traslado. El primero de los usos de los costales, aludiría a situaciones más bien domésticas, mientras que en el segundo lo hacen a una escala más comunal, basada en el agregado de unidades domésticas. Considerando que la decoración de estas bolsas señalaría su pertenencia a unidades domésticas, se podría suponer que durante la convivencia de Tarapacá y Atacama, con el fin de armonizar el proceso, se establecieron alianzas familiares (matrimoniales) entre los interesados en ocupar el oasis. A este tipo de vinculaciones, respondería la fusión de elementos técnicos y decorativos que se observa en los textiles Loa-Tarapacá, sugiriendo el establecimiento permanente de cierto contingente poblacional en el oasis. Es posible que en los preludios del Intermedio Tardío, los atacameños interesados en asegurar su acceso a los recursos del oasis hayan establecido este tipo de alianzas, siendo dichos textiles el resultado de esta

estrategia de complementariedad. Así, la distribución de estos tejidos, indicaría la dispersión de los miembros de las unidades domésticas en extensos territorios y/o el establecimiento de vínculos de parentesco.

Si se asume que el tejido pudo ser una práctica femenina, en el cual, tratándose de las bolsas domésticas, incorporan sus pericias textiles, pero también una connotación de fertilidad y reproducción para los productos que las bolsas van a contener (Arnold 1994; Cereceda 1978, 1990; Torrico 1989), se podría suponer que la mixtura de elementos que se observa en las bolsas depositadas, principalmente, en los sectores Alto y Bajo del Cementerio Oriente, expresa la intimidad de las unidades familiares, en términos de estar haciendo evidentes alianzas matrimoniales entre los residentes en Quillagua. En este escenario, la mujer debió incorporar o producir un nuevo estilo decorativo que visualmente podría no corresponder y tal vez ni siquiera estar emparentado con su familia o comunidad de origen. Sin embargo, en el proceso de producción de este estilo decorativo está introduciendo un elemento que no va a quedar expuesto una vez terminada la pieza; en principio, su estilo de tejer va a ser invisible, bajo la terminación que dé forma a la bolsa, pero que sin embargo se hace manifiesta siglos después en el registro arqueológico.

Se podría suponer que en un momento inicial del período –incluso en la transición con el Formativo— hubo mujeres tarapaqueñas habitando permanentemente el oasis, de lo cual darían cuenta aquellas bolsas de aspecto atacameño, pero tejidas con trama única; sin embargo, rápidamente la situación se habría invertido. En efecto, al avanzar en el período, es evidente que son las poblaciones atacameñas las que se encuentran consolidadas en el oasis, sugiriendo la incorporación de éste a la unidad cultural atacameña, y con ello, que sus mujeres habrían residido de manera más permanente en el oasis. Esto se apoya parcialmente en los datos bioantropológicos, pues en los cementerios Oriente y Poniente fallecieron más mujeres que hombres. Sin duda, esto es sólo una hipótesis que requiere de mayor fundamentación en sistemas de parentescos, normas de residencia, información etnohistórica y relativa a la transmisión y enseñanza del tejido. No obstante, me parece interesante plantearlo como una posible estrategia de complementariedad, que puede integrarse con la interpretación del mismo estilo realizada por Agüero y colaboradores (1997, 1999), para quienes representaba una estrategia de marcación del

espacio mortuorio. Ante esto, me parece que la marcación es más bien un resultado de la convivencia de ambas entidades culturales en Quillagua. Igualmente, me interesa destacar la flexibilidad, tal vez una condición fundamental para compartir un espacio con los “otros”, en la cual la unidad doméstica debió tener un rol fundamental por su versatilidad (Martínez 1998).

Por otra parte, este juego entre una visibilidad tarapaqueña con técnicas atacameñas que se ocultan en las orillas, o al revés, tendría una contraparte en el asentamiento. En efecto, se ha señalado la existencia de iconografía rupestre tarapaqueña en los geoglifos ubicados en la periferia del oasis, mientras que en el núcleo ocupacional, la presencia atacameña se explaya en el espacio construido. En ese sentido, pareciera que Tarapacá está privilegiando marcar las rutas que conducen a su territorio, el destino al que se orientaría la producción de Quillagua al inicio y durante buena parte del primer segmento del Período Intermedio Tardío. Por su parte, Atacama haciendo eco de los procesos exploratorios y de interacción areal detectados en el Loa Superior y en los oasis del Salar de Atacama, que permitirán la posterior consolidación atacameña en la totalidad del territorio compuesto por ambas cuencas (Uribe y Adán 2003), “construye para habitar” en palabras de Adán (2003), manifestando un interés por permanecer y consolidarse en el oasis. Esta diferencia creo que se vincularía con distintos intereses de cada entidad por ocupar este sector del Loa: Tarapacá como paradero estacional para la explotación del algarrobo, mientras Atacama se interesaría por el acceso a la producción costera. Posiblemente los tarapaqueños ocuparon con ese objetivo el oasis por varios siglos, pero ante la llegada de los atacameños, habría requerido de “instalar” cierto contingente poblacional para asegurar su acceso a los recursos. Al mismo tiempo, los atacameños habrían requerido establecer alianzas con el mismo propósito. Con esto, se habría establecido una amplia zona de frontera, que incluiría la totalidad del territorio entre el Loa Inferior y Pica. Resulta también tentador, desde la perspectiva de la verticalidad (Murra 1972), señalar a estas prácticas como aludiendo al establecimiento de colonias que garantizaran el acceso directo de los recursos del oasis a sus respectivos núcleos, más aún considerando su naturaleza mutiétnica.

Desde las propias bolsas, las actividades domésticas como la recolección y siembra a pequeña escala se desprende de las abundantes talegas y escasos costales depositados en el Cementerio Oriente; el costal se habría orientado a almacenar y trasladar productos en una escala igualmente

reducida, más bien como un tráfico a escala doméstica, con lo cual la idea de una producción excedentaria no parece producirse en un primer momento (Cervellino y Téllez 1975-6, 1981; López 1979). El destino de esta producción se habría orientado a Tarapacá, dando paso, paulatinamente, a una mayor fluidez hacia el resto de Atacama. En la segunda mitad del Período Intermedio Tardío, existe mayor énfasis en el traslado y almacenamiento de productos, que reproducen los procesos económicos bien documentados en tierras altas del Loa (Uribe *et al.* 2002). En este sentido, se sugiere también a nivel hipotético, que una de las atracciones de Quillagua, pudo vincularse con su situación a escasos kilómetros de la desembocadura del Loa, siendo los recursos marinos constantes el imán principal. De hecho, aparte de los productos alimenticios y los elementos rituales para las nuevas prácticas agrícolas, el acceso a las guaneras pudo tener un papel fundamental para la formación de suelos en tierras interiores.

Entonces, las diferencias en la distribución de categorías funcionales que afecta a las bolsas domésticas, entre los cementerios principales de Quillagua, responderían a transformaciones sociales y económicas a través del tiempo, donde los vínculos orientados a Tarapacá al inicio del período, se han reencauzado hacia San Pedro y la Puna de Jujuy durante los momentos clásicos del Período Intermedio Tardío y Tardío. Proceso que va aparejado a iguales modificaciones en la escala productiva desde una orientación doméstica posiblemente vinculada a la explotación tradicional del algarrobo, a otra que privilegia la generación de excedentes, el almacenaje y el tráfico, que se vincularía tanto a la consolidación de la unidad atacameña, como a la importancia de la economía agraria en toda la región (Uribe y Adán 2003; Uribe *et al.* 2002). En efecto, tanto en los cementerios como en la aldea La Capilla se observan cambios en materiales y ofrendas que sugieren la importancia inicial del algarrobo, obtenido por medio de la recolección, lo cual paulatinamente se va equiparando con la producción agrícola del maíz que parece haber sido crecientemente importante. Asimismo, de la ausencia de material tarapaqueño en el Período Intermedio Tardío clásico de Quillagua, se puede asumir no sólo el éxito de la consolidación atacameña en todo el Loa, sino el restringido interés de Tarapacá en el aprovechamiento del algarrobo, pudiéndose especular que en lo sucesivo sus poblaciones se concentrarían más al norte de la ocupación atacameña, tal como lo sugiere la documentación etnohistórica (Martínez 1998; Odone 1995). Los cambios de escala se reflejarían también en las bolsas domésticas, que del formato pequeño y mediano de las talegas varía hacia el costal, haciendo eco de las nuevas

necesidades de producción y traslado que trae aparejado el Intermedio Tardío clásico.

A juzgar por el despliegue material de Atacama, por consiguiente, parece ser el emplazamiento y su potencial estratégico en relación a la producción costera lo que motiva la apropiación de localidad; esto se vería refrendado en la importancia que tienen los restos marinos tanto en los basurales de la aldea, como en los contextos funerarios. Aunque parte de éstos fueron de consumo local, es posible que hayan sido necesarios para suplir los requerimientos productivos y alimenticios de una creciente población en tierras altas atacameñas. Igualmente, si se atiende el fuerte desarrollo de la agricultura durante este momento resulta plausible pensar que extraer o tener control de la producción de guano u otros abonos fuera crucial para la sociedad atacameña, al punto de extender sus territorios hacia la desembocadura, donde se habría establecido una concentración poblacional importante (Núñez 1971), donde además, la diversidad alfarera, en la que predominan el componente Loa-San Pedro, sugiere el establecimiento de una ocupación también multicultural (Uribe 2002). En tal sentido, Quillagua se consolida como un asentamiento fundamental para el acceso y control de los recursos marinos estables a través de una vía amigable como es el río Loa. Es justamente en esta dinámica y con tales productos que se habrían cargado costales y caravanas. Además, que esta haya sido la producción que se movió a través del oasis es coherente con la ausencia de evidencias de acopio comunitario en La Capilla, considerando la constancia de la producción costera (Moragas 1995; Núñez 1984). Aún cuando este tipo de tráfico pudo ser de mayor distancia, se vincularía a mejorar la producción agrícola y suplir o complementar los requerimientos proteicos del resto del territorio atacameño.

Por otra parte, los bienes de prestigio (*chuspas*, túnicas, calabazas, tabletas) no parecen haber constituido un ítem frecuente en el tráfico; no obstante, su presencia a lo largo del período sugiere el surgimiento de desigualdad social en Quillagua a partir de la primera parte del Intermedio Tardío, según lo mostrarían las túnicas teñidas por amarras del contexto funerario recuperado en el Cementerio Oriente y la frecuencia de *chuspas* del sector Alto. Luego, en su momento clásico, estas diferencias se habrían consolidado en formas de autoridad que organizan la producción agrícola que ahora parece más relevante y la señalética del tráfico, por medio de la unificación visual de los costales, la que podría aludir a la comunidad, y que como actividad económica estaría consolidada y en pleno funcionamiento. Las *chuspas* seguirían en uso como bien de

prestigio, sugiriendo su incorporación a las prácticas rituales del oasis, como también las túnicas en tapicería, ambas pudiendo estar relacionadas con ritos de propiciación de la fertilidad. Quiero destacar que aún ante la desigualdad social y formas de autoridad, no creo encontrar evidencias suficientes para sostener la existencia de una práctica especializada de caravaneros, a no ser en cuanto actividad masculina. Esto por que los costales, uno de los objetos que alude más directamente a las caravanas, parecen ser de confección doméstica y porque sería esta unidad productiva la responsable de materializar la mayor parte de la producción. Esto no niega, sin embargo, que esta actividad tuvo mayor relevancia en las postrimerías del período en cuestión, de lo cual daría cuenta en Quillagua el aumento de hombres fallecidos en el Cementerio Poniente en relación al Oriente, pero en ambos casos con frecuencias inferiores a los decesos de mujeres (Strange y Silva 1997).

Esto se confirma en el asentamiento, que muestra no sólo un alza demográfica importante y la consiguiente necesidad de complementar la producción; sino también la existencia de mano de obra para desarrollar actividades más diversificadas tanto en el oasis como al interior de La Capilla. Además, en virtud de la cantidad de poblados y de las obras agrohidráulicas de las quebradas altas del Loa y San Pedro de Atacama, se infiere una situación similar, con una instancia de autoridad que cohesionaba a unidades domésticas, las organiza en términos de ampliar recursos y la producción necesarios para abastecer a esta extensa población, al tiempo que redistribuye los productos, posiblemente por medio de actividades rituales (Uribe *et al.* 2002).

De acuerdo a la discusión de las secciones previas, parece claro que San Pedro de Atacama no tuvo mayor gravitación económica y social en los inicios del Período Intermedio Tardío, ni haber estado en condiciones de constituir un nodo de tráfico interregional (Llagostera 1996), a diferencia de lo que sucedió con el Loa a lo largo del período. Por esta razón, en principio, se ha sugerido también que, sería gente del Loa la que llega a Quillagua, pudiéndose incorporar San Pedro, en la medida que se integraba a iguales procesos que en tierras altas (Uribe *et al.* 2002).

Todo este proceso se vería reflejado también en un cambio en las prácticas funerarias, donde conceptualmente el difunto se visualiza como semilla de la vida, lo que produce un mayor acercamiento entre este ámbito y el de la muerte, que se manifiesta en la creciente incorporación

de bolsas domésticas en los contextos funerarios de Quillagua, de éstos en espacios domésticos en La Capilla, a los que se suma en tierras más altas, el patrón constructivo tipo *chullpa*, usado eventualmente como trojas de almacenaje (Uribe *et al.* 2002).

Es en este contexto social Quillagua se incorpora definitivamente al territorio atacameño, luego de la resolución de la “disputa” de un territorio antiguamente ocupado por poblaciones costeras, tarapaqueñas y loínas, en momentos que se observa el mayor desarrollo de prácticas caravaneras en el oasis.

No quisiera terminar esta sección sin señalar que Quillagua tiene una historia de constantes interacciones y permeabilidades, que al final del Período Intermedio Tardío Clásico, parece haber tenido un rol fundamental para Atacama, lo que cuestiona un poco la marginalidad con que se le ha visto desde la arqueología. Esto sin duda, más que una realidad en sí, sería el reflejo de una mirada a la prehistoria local “desde” tierras altas (Schiappacase *et al.* 1989)

7. Palabras Finales

En primer lugar, considero apropiado hacer una crítica sobre el tipo de información usada para abordar el estudio de funcionalidad de las bolsas domésticas. En este contexto usé lo que Stahl denominó un “modelo pastiche” (1993: 249), que no incluyó ningún tipo de discusión de fuentes. Efectivamente, utilicé la analogía etnográfica combinando un enfoque histórico directo y con condiciones limitantes que, por cierto, obviaba las evidentes diferencias geográficas entre las fuentes de información (Sur Lípez, Región Intersalar y Macha en Bolivia; Isluga, Enquelga y Atacama, en Chile) y los materiales del Loa Inferior (Quillagua). Como el fin era, básicamente, iluminar la funcionalidad de las bolsas en torno a la producción requerida para realizar el tráfico de caravanas y ante la relativa escasez de investigaciones que abordaran de manera específica a este conjunto de bolsas, se privilegió usar el máximo de información disponible, consistente en un cúmulo de datos recopilados de publicaciones (Cereceda 1978; Lecoq 1987; Medvinsky 2002; Nielsen 1997/8, 1997, 2001; Hoces de la Guardia y Rojas 2000; Torrico 1989) y comunicaciones personales (Medvinsky y Nielsen, ambas del 2002); sin realizar un análisis crítico de los objetivos de los estudios, sino el que hubieran observado estos textiles en sus contextos de uso.

Del mismo modo, tampoco pareció relevante si los estudios habían sido realizados por arqueólogos, antropólogas o diseñadoras textiles, sin considerar aspectos como la duración de los trabajos de campo; si los relatos eran observaciones reales, “memorias” de tiempos previos o afirmaciones de ciertas normas y tal vez, lo más importante, las transformaciones experimentadas por las sociedades “tradicionales”. A pesar de esta tendencia “acrítica”, la distancia espacial entre “las fuentes” etnográficas y la muestra arqueológica, y sobre todo la observación de claras divergencias entre la decoración de bolsas arqueológicas y el discurso homogeneizante desde lo etnográfico, sugerían que lo más apropiado por ahora, era extraer correlatos materiales susceptibles de contrastarse en las bolsas arqueológicas. Esto, asumiendo la abismal diferencia entre ambos cuerpos de datos, donde la “contraparte” etnográfica consistió en los datos recién mencionados y en ciertas inferencias técnicas derivadas de ellos.

Por su parte, en términos metodológicos, considero que la ecuación de regresión para proyectar una dimensión a partir de la otra con miras a determinar categorías y subcategorías funcionales, constituye uno de los principales logros para abordar fragmentos textiles, que combinados con aspectos técnicos y decorativos como los que se abordaron por medio del análisis de conglomerados y de componentes principales, podría arrojar importantes resultados en esta dirección. Este hecho no es trivial si se considera que gran parte de los textiles recuperados en contextos saqueados como los de Quillagua, pero también en los domésticos, corresponden a material de esta naturaleza, lo que permitirá mejorar la obtención de textiles y su comprensión en otros contextos de uso y descarte. En ese sentido, combinar atributos técnicos y decorativos en la asignación de fragmentos a categorías y subcategorías funcionales, permitió mejorar notablemente el acercamiento a esta forma textil.

A pesar de las limitaciones señaladas más arriba, se obtuvo resultados que permitieron la primera definición de estas bolsas a partir de muestras arqueológicas recogiendo y enfatizando variaciones en relación a sus pares contemporáneas, que como efecto colateral cuestionan directamente la continuidad previamente asumida. Con tal información, fue viable realizar una lectura funcional y social de las bolsas domésticas, con las cuales evaluar el tráfico de caravanas en Quillagua, tanto desde aspectos productivos como del asentamiento, sitios habitacionales y cementerios. Con ese ejercicio en su totalidad, se intentó una aproximación más integral, que

permitiera el diálogo de distinta evidencia arqueológica, la que creo será factible de reproducir, y por ciento, perfeccionar, en localidades tanto de la Subárea Circumpuneña, como de otras.

Es evidente, que se acentuó el rol de las bolsas domésticas en dicho contexto y particularmente el de los costales, aportando con ello información sobre uno de los materiales más ignorados, quizás por la obiedad que supone la existencia de contenedores para trasladar productos. En tal sentido, considero haber mostrado que las bolsas pueden constituir un material, que a través de una metodología apropiada, sirve para enriquecer la interpretación y comprensión del período, ya no sólo a través del estudio de su decoración, sino también de su funcionalidad. Con esto, se logró además caracterizar talegas y costales arqueológicos desde sus propios atributos y desde ellos evaluar si era posible o no asumir igual funcionalidad que las piezas etnográficas.

De la evidencia y argumentos expuestos a lo largo de este ejercicio, creo que es claro que las bolsas domésticas se vinculan a las caravanas con la salvedad que esta relación es más directa en los costales y talegas grandes que en las más pequeñas y medianas, las que sin embargo aludirían a la producción. Éstas últimas, no se relacionan única ni exclusivamente a la agricultura, sino también a la recolección y quizás lo más importante a una escala de producción, almacenamiento y consumo doméstico. De igual manera, creo que el haber profundizado en su funcionalidad permitió comprender mejor las dinámicas que ocurrieron al interior de Quillagua a lo largo del Período Intermedio Tardío, e iluminar el rol de lo doméstico en las actividades del Período Intermedio Tardío, independiente de la existencia de formas de autoridad que las organizaran.

En relación al tráfico de caravanas en sí, creo que costales y talegas grandes son indicadores importantes, pero necesariamente este tipo de registro debe contrastarse con los datos del asentamiento y en los materiales recuperados de contextos domésticos o funerarios. Por eso, abordar el tema de las caravanas requiere de una batería de indicadores para probar la interrelación que cada línea de evidencia sugiere y ojalá provenir de sitios de distinta envergadura para acercarse a las dinámicas particulares a la actividad. En este sentido, creo que se puede suponer el movimiento cotidiano de algunos animales cargados en contextos de producción doméstica, es decir, para el traslado de instrumental de trabajo y/o productos a distancias cortas, como también el movimiento de grandes volúmenes de bienes y productos a grandes distancias.

En el primer contexto, creo que el caravaneo corresponde a segmentos de una misma sociedad haciendo productivos una diversidad de espacios. En el segundo, me parece que el caravaneo habría sido una actividad especializada, eso sí, sólo en su calidad de masculina y desarrollada por pastores, que se habría materializado por medio del agregado de unidades sociales, para llevar a cabo una empresa que requiere una inversión de energía y trabajo semejante (y complementaria) a las prácticas agrícolas.

Considero que, además de constituir un aporte al conocimiento de la localidad y período, esta memoria inaugura una línea de investigación que aborda textiles con funciones distintas al vestuario, que pueden mostrar una dimensión más cotidiana de los pueblos prehispánicos como es el trabajar para comer y por ende, para vivir. Las posibilidades de análisis de las bolsas no se agotan en las actividades productivas y el tráfico de productos, sino que parecen ser un terreno fértil para realizar estudios estilísticos en cuanto forma no verbal de comunicación y de género, en cuanto vislumbrar la división sexual y etárea del trabajo, entre múltiples otras posibilidades.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, O.

2001 La muerte en el contexto Uru: El caso Chipaya. *Chungara* Vol. 33, Nº 2, pp. 259-270, Arica.

Adán, L.

1995. Diversidad funcional y uso del espacio en el Pukara de Turi. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II: 125-134, Antofagasta.

1996. *Arqueología de lo cotidiano. Sobre diversidad funcional y uso del espacio en el Pukara de Turi*. Memoria para optar al Título de Arqueóloga. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Santiago.

2003. Arquitectura doméstica atacameña durante los períodos Intermedio Tardío y Tardío. Enviado a publicación a *Estudios Atacameños*.

Adán, L. y M. Uribe

1995. Cambios en el uso del espacio en los períodos agroalfareros: un ejemplo de ecozona de quebradas altas, la localidad de Caspana (Provincia El Loa, II Región). *Actas del II Congreso de Antropología Chilena*: 541-555, Valdivia.

Adán, L., M. Uribe, P. Alliende y N. Hermosilla

1995. Entre el Loa y San Pedro: Nuevas investigaciones arqueológicas en Caspana. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. *Hombre y Desierto* 5: 147-156, Antofagasta.

Adelson, L. y A. Tracht

1983. *Aymara Weavings: Ceremonial Textiles of Colonial and 19th Century Bolivia*. Smithsonian Institution Travelling Exhibition Service, Washington D.C.

Agüero, C.

1994 a. *Madeiras, hilados y pelos: Sistematización de los Turbantes del Período Formativo Temprano en Arica, Norte de Chile*. Tesis para optar al Título de Arqueólogo. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Santiago.

1994 b. Clasificación de Turbantes del Período Formativo Temprano en el Norte de Chile. *Boletín Comité Nacional de Conservación Textil*, Nº2, pp. 61-70, Santiago de Chile.

1995 a. Indicadores textiles de grupos formativos. *Hombre y Desierto* 9: 97-111, Universidad de Antofagasta, Antofagasta.

1995 b. El cementerio *Protonazca* de Pisagua (D), Colección Max Uhle. II Estudio de la Textilería. *Hombre y Desierto* 9: 7-16, Universidad de Antofagasta, Antofagasta.

1995 c Ms. Sobre Terminologías Textiles.

1998 a. Estilos textiles de Atacama y Tarapacá y su presencia en Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil* 3: 103-128, Santiago.

1998 b. Textilería de *Los Aborígenes de Arica*. Un intento por documentar la Colección Uhle del Museo Nacional de Historia Natural. *Aesthesis*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago. En prensa.

2000 a. Tarapacá-40 y la textilería Formativa del Norte de Chile. *Actas XIII Reunión Anual Comité Nacional de Conservación Textil*: 7-18. Santiago.

2000 b. Fragmentos para armar un territorio. La textilería en Atacama durante los períodos Intermedio Tardío y Tardío. *Estudios Atacameños* Nº20: 7-28. San Pedro de Atacama.

2000 c. Las tradiciones de Tierras Altas y de Valles Occidentales en la textilería arqueológica del valle de Azapa. *Chungara* 32 (2): 217-226, Arica.

2002 a Ms. Textiles del Período Intermedio Tardío de San Pedro de Atacama y su relación con los de la cuenca del Loa. *Informe 2º Año Fondecyt* 1000148.

2003. Componente Tiwanaku vs. Componente Local en los oasis de San Pedro de Atacama. *Textiles Andinos: Pasado, Presente y Futuro*, V. Solanilla y A. Peters (Eds.), Universidad Autónoma de Barcelona, (en prensa)
- Agüero C., y B. Cases
2001. Los textiles formativos del norte de Chile, en *Actas del XV congreso nacional de Arqueología Chilena*, Arica (en prensa).
- Agüero C., y J. Correa
1997 Ms. Cercanía y distancia entre Atacama y Tarapacá en el Loa Inferior durante el Período Intermedio Tardío. Una versión sobre su encuentro a partir del análisis de los textiles de los cementerios de Quillagua. II Parte: Cementerio Poniente. *Informe Final Proyecto FONDECYT 1950071*.
- Agüero C. y H. Horta
1997 Ms. Los textiles del Período Intermedio Tardío del Valle de Azapa y costa de Arica. *Informe Final Proyecto FONDECYT 1960113*.
- Agüero C., Uribe M. y O. Reyes
1995. Nuevos Sitios para la ocupación Formativa del Valle de Quillagua. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* N° 21:24-27, Santiago.
- Agüero C., G. Carmona, B. Cases y J. Correa
1996 Ms. Tradiciones textiles de Atacama y Tarapacá y su presencia en Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. *Informe Final Proyecto FONDECYT 1950071*.
- Agüero C., M. Uribe, P. Ayala y B. Cases
1997. Variabilidad Textil durante el Período Intermedio Tardío en el Valle de Quillagua: Una aproximación a la etnicidad. *Estudios Atacameños* N°14: 263-290, San Pedro de Atacama.
1999. Una aproximación arqueológica a la etnicidad y el rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua (Norte de Chile). *Gaceta Arqueológica Andina* N° 25: 167-197.
- Agüero C., Uribe M., P. Ayala, Cases, B., y C. Carrasco
2001. Ceremonialismo del Periodo Formativo en Quillagua, Norte Grande de Chile, en *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, N° 32: 24-34, Santiago.
- Aguirre, A.
1993. *Diccionario Temático de la Antropología*. Editorial Boixareu Universitaria, Barcelona, España.
- Albeck, M.
1994. La quebrada de Humahuaca en el intercambio prehispánico. *De Costa a Selva*, M.E.Albeck (Ed.), Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Tilcara. Pp: 117-126.
1995. Tecnología agrícola e hidráulica en Casabindo, Provincia de Jujuy, Argentina. *Hombre y Desierto* 9 (I): 257-268.
- Aldunate, C.
1993. Arqueología del Pukara de Turi. *Actas de XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Temuco 1991, Boletín Museo Regional de la Araucanía Tomo II, N°4: 61-78, Temuco.
- Aldunate, C. y V. Castro
1981. *Las chullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior Período*

Tardío. Ediciones Kultrun, Santiago.

- Aldunate, C., Berenguer, J., Castro, V., Cornejo, L., Martínez, J.L. y C. Sinclair
1986. *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*. DIB, Universidad de Chile, Santiago.
- Alliende, P., V. Castro y R. Gajardo
1993. Paniri: Un ejemplo de tecnología agrohidráulica. *Actas de XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Boletín Museo Regional de la Araucanía, Tomo II, Nº4: 123-128, Temuco.
- Arias G., A. Benavente y P. Gecele
1993. Identificación y variabilidad del uso del animal a través de textiles arqueológicos: Contraste con patrones fanéreos actuales. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II, pp.151-162, Temuco.
- Arnold, D.
1994. Hacer al hombre a la imagen de ella: Aspectos de género en los textiles Qaqachaka. *Chungara* Vol. 26 (1): 79-115.
- Arnold, D., D. Jiménez y J. D. Yapita
1992. *Hacia un orden andino de las Cosas. Tres pista de los Andes Meridionales*. Hisbol / ILCA. Bolivia.
- Arnold, P.
1999. On Typologies, Selection, and Ethnoarcheology in Ceramic Production Studies. *Material Meanings. Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, E. Chilton (ed), pp. 103-117. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- Aschero, C.
1996. Arte y Arqueología: Una visión desde la puna argentina. *Chungara* 28 (1-2): 175 – 197.
2000. Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*. M. Podestá y M. de Hoyos (Eds), Sociedad Argentina de Antropología, Asociación de Amigos del Instituto Nacional de Antropología y pensamiento latinoamericano. pp. 15-44.
- Ayala, P.
1997 Ms. Cementerios Atacameños. *Informe Final Proyecto FONDECYT 1950071*.
2000. *Reevaluación de las Tradiciones Culturales del Período Intermedio Tardío en el Loa Superior: Caspana*. Memoria para optar al Título Profesional de Arqueóloga, Universidad de Chile.
1999 Ms. Modalidades de ocupación del espacio durante los Períodos Intermedio Tardío y Tardío (900 d. C - 1560 d. C) en la subregión del río salado (II región), *Informe Proyecto Fondecyt, 1970528*
2001. Las sociedades Formativas del Altiplano Circumtiticaca y Meridional y su relación con el Norte Grande de Chile. *Estudios Atacameños* Nº21: 7-39.
- Ayala, P. y M. Uribe
1995. Pukara de Lasana: Revalidación de un sitio “olvidado” a partir de un análisis de cerámica de superficie”. *Revista Hombre y Desierto*, Nº 9, Tomo II: 135-145, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta, Antofagasta.
1996 a. Caracterización de dos tipos cerámicos ya definidos. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* Nº 22: 24-28, Santiago.
1996 b. Ms. Informe técnico-estilístico de los tipos cerámicos identificados en los Cementerios Arqueológicos de Quillagua y las colecciones Latcham, Chacance-1, Pica-8 y Solor-4. *Informe*

Final Proyecto FONDECYT 1950071.

2001. La alfarería de Quillagua en el contexto formativo del Norte Grande. En: *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica. En prensa.

Ayala, P., O. Reyes y M. Uribe

1999. El cementerio de los Abuelos de Caspana: El espacio mortuario local durante el dominio del *Tawantinsuyu*. *Estudios Atacameños* N° 18: 35-54, San Pedro de Atacama.

Bascope, V.

2001. El Sentido de la Muerte en la Cosmovisión Andina: el Caso de los Valles Andinos de Cochabamba. *Chungara* Vol. 33, N° 2, pp. 271-278, Arica.

Beck, C.

2002. Projectile Points Types as Valid Chronological Units. *Unit Issues in Archaeology. Measuring Time, Space and Material*. A.F.Ramenofsky y A. Stefen (Eds.), pp. 21-41, University of Utah Press, Salt Lake City.

Benavente, A.

1982. Chiu Chiu 200: Una comunidad pastora temprana en la Provincia del Loa (II Región). *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología*:. 75-94.

Berenguer, J.

1994. Asentamientos, Caravaneros y Tráfico de Larga Distancia en el Norte de Chile: El Caso de Santa Bárbara. *De Costa a Selva*,; M.E.Albeck (Ed.), Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Tilcara. Pp. 17-50

1995. Impacto del caravaneo prehispánico tardío en Santa Bárbara, Alto Loa. *Hombre y Desierto* N° 9, Tomo I (Simposios), pp. 185-202, Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Antofagasta.

Berenguer, J., Aldunate, C. y V. Castro

1984. Orientación orográfica de las chullpas en Likán: la importancia de los cerros en la Fase Toconce. Simposio Culturas Atacameñas, 44 Congreso Internacional de Americanistas, Manchester, Universidad de Antofagasta.

Berenguer J., Deza A., A. Román y A. Llagostera

1986. La secuencia de Miriam Tarragó para San Pedro de Atacama: Un test por termoluminiscencia. *Revista Chilena de Antropología* N°5, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile, Santiago.

Berenguer J. y P. Dauelsberg

1989. El Norte Grande en la órbita Tiwanaku (400 – 1200 DC). *Culturas de Chile. Prehistoria: desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, pp. 129-180. Editorial Andrés Bello.

Bittmann, B.

1988. Recursos y supervivencia en el Desierto de Atacama. *Recursos Naturales Andinos*. Masuda, S. (Ed.), Universidad de Tokio, Japón. Pp: 153-208

Boman, E.

1992 [1908]. Antigüedades de la Región Andina de la República Argentina y el Desierto de Atacama. Tomo II. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy, Argentina.

- Bonte, P. y M. Izard.
1996 [1991]. *Diccionario Akal de Etnología y Antropología*. Akal Ediciones, Madrid, España.
- Browman, D. L.
1994. Información y manejo de riesgo de los fleteros de llamas en los Andes Centro-Sur. *Zooarqueología de Camélidos* 1, pp. 43-56, Buenos Aires.
- Brugnoli P. y S. Hoces de la Guardia
1989. Análisis Técnico y Glosario. *Arte Mayor de los Andes*. Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Brugnoli P., S. Hoces de la Guardia y A. Antonelli
1994. Análisis de un textil Nazca: tejido en técnica de urdimbre y trama discontinua. *Boletín Comité Nacional de Conservación Textil*, N°2, pp. 43-50, Santiago de Chile.
- Carrasco, C.
2001. Las industrias líticas de Quillagua durante el Período Formativo en el contexto del Norte Grande. *Estudios Atacameños* 22: 33-57.
2003. Los artefactos de molienda durante los períodos Intermedio Tardío y Tardío en la región de San Pedro de Atacama y Loa Superior. *Estudios Atacameños* 25: 35-53..
- Cartajena, I.
1994. Determinación de restos óseos de camélidos en dos yacimientos del Loa Medio (II Región). *Estudios Atacameños* 11: 25-52, San Pedro de Atacama.
- Casaverde, J.R.
1977. El trueque en la economía patoril. *Pastores de Puna*. J. Flores Ochoa (Compilador), Lima, Perú.. Pp.: 171-192
- Cases, B.
1997 a. Bolsas de Quillagua: Una sistematización del Universo Textil Contenedor. *Contribución Arqueológica* N°5: 83-117, Museo Regional de Atacama, Copiapó.
1997 b. Tradiciones textiles presentes en Quillagua en el Período Intermedio Tardío: El caso de las bolsas. *Informe Final FONDECYT 1950071*.
2000. Textiles Formativos de la Cuenca del Loa y de Atacama. *Actas XIII Reunión Anual Comité Nacional de Conservación Textil*: 35-43. Santiago.
2002 a. Bolsas del Período Intermedio Tardío de la Costa Sur de Iquique y su relación con el Loa (900 – 1200 DC). *Actas de la XV Reunión Anual del Comité Nacional de Conservación Textil*: 41-48, Santiago.
2002 b Ms. Sobre la relación de grupos textiles y cerámicas del Loa (Período Intermedio Temprano o Formativo). *Informe Final Proyecto FONDECYT 1990168*.
- Cases B. y C. Agüero
2004. Textiles teñidos por amarras en Chile prehispánico. *Estudios Atacameños*, En prensa.
- Castro V. y J.L. Martínez
1996. Poblaciones indígenas de Atacama. *Culturas de Chile, Etnografía, Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*, Editores J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Megge, Editorial Andrés Bello, Santiago. 69-109
- Castro V. y V. Varela

1994. *Ceremonias de Tierra y Agua: Ritos milenarios andinos*. Santiago, Chile. FONDART, Ministerio de Educación.
- Castro, V., J. Berenguer, C. Aldunate, S. Godoy y C. Gómez
 1979. Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el Período Tardío: Toconce. En *Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena*, Vol. II, pp. 477-498. Editorial Kultrún, Santiago.
- Castro, V., C. Aldunate y J. Berenguer.
 1984. Orígenes Altiplánicos de la fase Toconce. *Estudios Atacameños* 7: 209-235.
- Castro, V., Maldonado, F. y M. Vásquez
 1993. Arquitectura del "Pukara" de Turi. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Boletín N°4, Museo Regional de la Araucanía, Temuco.
- Castro, V., Aldunate C., Berenguer J., Cornejo L., Sinclair C. y V. Varela
 1994. Relaciones entre el noroeste argentino y el norte de Chile: el sitio 02-TU-002, vegas de Turi. *Taller de Costa a Selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*. M. E. Albeck (Ed). Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Jujuy, Argentina. Pp.:215-239.
- Catalán, D.
 2003. Identidad cultural atacameña: una aproximación a partir de las calabazas, cucharas y tabletas de los contextos funerarios tardíos de San Pedro de Atacama y la región del río Loa. *Antropológica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima. En prensa.
- Centro de estudios de la mujer.
 1987. *Savuiña: Textiles Aymara*.
- Cereceda, V.
 1978. Les targes d'Isluga. "Sémiologie des tissus andins". *Annales. E.S.C.* 33 (5-6), pp. 1017-1035, París.
 1987. Aproximaciones a una Estética Andina: de la Belleza al Tinku. *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, Editorial Hisbol, La Paz, Bolivia.
 1990. A partir de los colores de un pájaro. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* N°4, pp.57-104, Santiago, Chile.
- Cervellino M., y F. Téllez
 1975-6. *Emergencia y Desarrollo en una Aldea Prehispánica de Quillagua-Antofagasta*. Memoria para optar al Título Profesional de Arqueólogos. Universidad del Norte. Departamento de Ciencias Sociales. Antofagasta.
 1980. *Emergencia y Desarrollo en una Aldea Prehispánica de Quillagua-Antofagasta*. *Contribución Arqueológica*, N°1 (Copayapu), DIBAM, Museo Regional de Atacama, Copiapó.
- Chilton, E. S.
 1999 One size fits all. Typology and Alternatives for Ceramic Research. *Material Meanings. Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, E. Chilton (ed), pp. 44-60. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- Clark, N.
 1993. *The Estuqiña textile tradition. Cultural patterning in Late Prehistoric Fabrics, Far Southern Peru*.

Washington University. Ph. D. Dissertation.

Clarkson, P. B. y L. Briones

2001. Geoglifos, senderos y etnoarqueología de caravanas en el desierto chileno. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* N°8: 35-45, Santiago.

Conklin, W.

1985. Pucara and Tihuanaco Tapestry: Time and Style in a Sierra Weaving Tradition. *Ñawpa Pacha* N° 21(1983), pp. 1-43, Berkeley.
1998. Structures as meanings in Andean Textiles. *Chungara*, Vol. 29, N° 1, pp. 109-131, Arica.

Cornejo, L.

1984. *Area de Cobertura de recursos: una nueva perspectiva en el estudio del asentamiento arqueológico*. Tesis para optar al grado de Licenciado en arqueología y Prehistoria, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Dpto. de antropología, Universidad de Chile, Santiago.
1993 Estableciendo diferencias: La representación del orden social en los gorros del Período Tiwanaku. En *Identidad y Prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*. J. Berenguer (Ed.). Museo Chileno de Arte Precolombino. Pp.: 17-23.

Correa, J.

1998. Descripción y análisis de diseño de los tejidos del Cementerio Oriente de Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. *Boletín Comité Nacional de Conservación Textil* 3: 129-144.

Correa, J. y L. Ulloa

2000. Bolsas de la costa sur de Arica, Período Tardío. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, N° 29, pp. 9-19, Santiago.

Digby, P.G.N. y R. A. Kempton.

- 1994 (1987). *Multivariate Analysis of Ecological Communities*. Chapman y Hall, Londres.

Dransart, P.

1988. Continuidad y Cambio en la Producción Textil Tradicional Aymara, *Hombre y Desierto: Una perspectiva Cultural* 2: 41-57, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta.

Emery, I.

- 1995 [1967]. *The primary structures of fabrics. An Illustrated Classification*. Watson-Guptill Publications/ Whitney Library of Design. The Textile Museum. Washington, D.C.

Espouey, O., H. Horta y V. Reciné

1995. Estudio de una pieza textil de filiación Tiwanaku del Valle de Azapa, Arica, Chile. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, N° 6, pp. 111-125, Santiago.

Fernández, G.,

2001. Almas y difuntos: Ritos mortuorios entre los Aymaras Lacustres del Titicaca. *Chungara* Vol. 33, N° 2, pp. 201-220, Arica.

Fisher, E.

2003. Prácticas manuales y elementos estructurales de los textiles andinos. De la estructura a la técnica: La confección textil visto como un proceso cognitivo. *Resúmenes Simposio ARQ 21: "Tejiendo*

Sueños en el Cono Sur. Textiles Andinos: Pasado, Presente y Futuro", 51 Congreso Internacional de Americanistas, Santiago.

Flores Ochoa, J. A.

1977. Pastoreo, Tejidos e Intercambio. *Pastores de Puna*, J. Flores Ochoa (ed.), Lima, Perú. Pp.: 131-154.

Franquemont E., C. Franquemont y B.J. Isbell

1994. Awaq Ñawin: el ojo del tejedor. La práctica de la cultura en el tejido. *Revista Andina* 19: 47-80.

Fuentes, J.

1963. Análisis de los tejidos del período agroalfarero de Conanoxa. *Revista Universitaria* N° 48. Univ. Católica, Stgo.

1965. *Tejidos prehispánicos de Chile*. Editorial Andrés Bello, Santiago.

Gallardo, F.

1993 La sustancia privilegiada: Turbantes, poder y simbolismo en el Formativo del Norte de Chile. En *Identidad y Prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*. J. Berenguer (Ed.). Museo Chileno de Arte Precolombino. Pp.: 9-15.

Gallardo F., L. Cornejo, R. Sánchez, B. Cases, A. Román y A. Deza

1993 a. Una aproximación a la cronología y el asentamiento en el oasis de Quillagua (Río Loa, II Región). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología*, Tomo II, pp. 41-60, Temuco.

1993 b Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, Norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* N° 23: 125-138.

Gallardo, F. y F. Vilches

1995. Nota acerca de los estilos de Arte Rupestre en el Pukara de Turi (Norte de Chile). *Boletín de la Sociedad chilena de Arqueología*, N° 20, Santiago.

García, S., D. Rolandi y D. Olivera

2000. *Puna e historia. Antofagasta de la Sierra, Catamarca*. Asociación de Amigos del Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires.

Gavilán, V.

1998 Ms. Antecedentes etnográficos acerca de la muerte y los tejidos entre los Aymaras: Un aporte para comprender el ajuar mortuario de las poblaciones prehispánicas tardías de la costa del Norte de Chile. *Informe Proyecto Fondecyt N° 1960047*.

Gavilán V. y Ulloa L.

1992. Proposiciones metodológicas para el estudio de los textiles andinos. *Revista Andina* 19: 107-134.

Gisbert, T., S. Arze y M. Cajías

1987. *Arte Textil y Mundo Andino*. Gisbert y Cía., La Paz, Bolivia.

Göbel, B.

1998. Salir de viaje: Producción pastoril e intercambio económico en el noroeste argentino. En: S. Dedenbach-Salazar Sáenz, C. Arellano Hoffmann, E. König, y H. Prümers (Eds.) *50 años de Estudios americanistas en la Universidad de Bonn. Nuevas contribuciones a la arqueología, etnohistoria, etnolingüística y etnografía de las Américas. 50 Years Americanist Studies at the University of Bonn. New contributions to the archaeology, ethnohistory, ethnolinguistics and*

- ethnography of the Americas*. Pp.: 867-891. Verlag Anton Saurwein.
2003. "La plata no aumenta, la hacienda sí": Continuidades y cambios en la economía pastoril de Susques (Puna de Atacama). *Puna de Atacama: Sociedad, economía y frontera*. A. Benedetti (ed.). En prensa.
- González, J.
2003. Restos de alimentos en sitios tardíos de San Pedro de Atacama. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 35/36: 86-92.
- Harris, O.
1983. Los muertos y los diablos entre los Laymi de Bolivia. *Chungara*, N°11, pp. 135-152, Arica.
- Hoces de la Guardia, S. y A.M. Rojas
2000. Textiles Tradicionales de la Puna Atacameña. *Estudios Atacameños*, n° 20, pp. 117-137, San Pedro de Atacama.
2003. *Textiles Atacameños. Investigación, registro y diagnóstico de las artesanías textiles del Loa y el Salar de Atacama*. Fundación Minera Escondida, Santiago.
- Horta, H.
1997. Estudio comparativo de la decoración de textiles arqueológicos de Arica (I Región), Pica y Loa (II Región). *Informe Final FONDECYT 1950071*.
- 1998 a. Estudio Iconográfico de Textiles Arqueológicos del Valle de Azapa, Arica. *Chungara* 29: 81-108.
- 1998 b. Catálogo de motivos de la decoración estructural de textiles arqueológicos del Valle de Azapa, Arica, Chile. *Boletín de Comité Nacional de Conservación Textil* N°3: 145-167, Santiago, Chile.
2001. Iconografía del Período Formativo (Norte Grande de Chile). En prensa.
- Horta H. y C. Agüero
1997. Definición de *Chuspa*: Textil de uso ritual durante el Período Intermedio Tardío en la zona arqueológica de Arica. *Contribución Arqueológica* N°5: 45-82, Museo Regional de Atacama, Copiapó.
- King, M. E.
1965. *Textiles and Basketry of the Paracas Period, Ica Valley, Peru*. Department of Anthropology, The University of Arizona. Ph.D. Dissertation.
- Latcham, R.
1933. Notas preliminares de un viaje arqueológico a la localidad de Quillagua. *Revista Chilena de Historia y Geografía* XXXVIII, pp. 130-138.
1938. *Arqueología de la Región Atacameña*. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago.
1939. Tejidos Atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía* XLIII, pp. 62-68.
1940. Tejidos Atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía* XLIV, pp. 7-11.
- Lecoq, P.
1985. Ethnoarquéologie du Salar d'Uyuni. "Sel et cultures régionales Inter Salar". *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*, XIV, N° 1-2, pp. 57-84, Lima.
1987. Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosí, en Bolivie. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*, XVI, N° 3-4, pp. 1-38, Lima.
1991. *Sel et archeologie en Bolivie. De quelques problèmes á l'occupation préhispanique de la cordillère Intersalar (Sud-Ouest bolivien)*. These de Doctorat de l'Univesite Paris 1, Panteón Sorbonne,

Sciences Humaines. Centre de Recherche d'Archeologie Précolombienne.

Le Paige, G.

- 1957-58. Antiguas culturas Atacameñas en la Cordillera Chilena. *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso* N°4-5, Santiago.
- 1958-59. Antiguas culturas Atacameñas en la Cordillera Chilena. *Revista Universitaria de la Universidad Católica de Chile*, año XLICIV, Santiago.
1963. La continuidad y discontinuidad de la Cultura Atacameña. Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, N°2:5-25, Antofagasta.
1964. Los cementerios agroalfareros en San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*, N°3, Antofagasta.

Lindberg, L.

- 1957 Análisis de Algunos Tejidos de la Provincia de Tarapacá. *Apartado de Arqueología Chilena*. Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile, Santiago.
- 1960 Un nuevo tipo de sombrero Atacameño. *Separata*, Universidad Católica de Chile, Santiago.
- 1962 Breve nota sobre Textiles y adornos de un Cementerio Tihuanacoide en la región Atacameña Chilena. *Nota del Museo Etnográfico de la Universidad Católica de Chile*, Santiago.
- 1963 Tejidos y Adornos de los Cementerios Quitor 2, 5 y 6 de San Pedro de Atacama. Apartado *Revista Universitaria* (Universidad Católica de Chile), Año XLVIII.
- 1967 Técnicas en tejidos del Área Andina de la Provincia de Antofagasta. *Separata Revista de la Universidad del Norte* N° 2, Antofagasta, Chile.

Llagostera, A.

- 1976 Hipótesis sobre la expansión incaica en la vertiente occidental de los Andes Meridionales, en: J.M. Cassassas (ed.), *Homenaje al R. P. Gustavo Le Paige s. j.*, 203-218, Universidad del Norte, Antofagasta.
- 1996 San Pedro de Atacama: nodo de complementariedad reticular, en X. Albó et al. (eds). *La integración Surandina cinco siglos después*: 43-61. Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas", Cuzco, Perú; Corporación Norte Grande Taller de Estudios Andinos, Arica; Universidad Católica del Norte, Antofagasta.

López, P.

1979. *Emergencia y desarrollo de una aldea prehispánica de Quillagua, Antofagasta*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Universidad de Antofagasta.

López, P., J. Crus y A. Bustos.

- 1983 Ms. Informe Preliminar sobre Excavaciones Arqueológicas en la Aldea Prehispánica de Chacance 1.

Mamani, M.

1999. Chacha-Warmi: Paradigma e identidad matrimonial Aymara en la provincia de Parinacota. *Chungara* 31 (2): 307-317.

Manríquez, V.

- 2002 De Atacamas y Atacameños. La construcción de identidades en Atacama Colonial (siglos XVI y XVII), *Informe Proyecto FONDECYT 1000148*.

Martínez, J.L.

1998. *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Ediciones de la Dirección de

Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago.

Medlin, M. A.

1986. Learning to weave in Calcha, Bolivia. *The Junius B. Bird Conference on Andean Textiles*. A. P. Rowe (Ed.), The Textile Museum, Washington, D.C. Pp: 275-287.

Medvinsky, D.

2002. Los tejidos en la siembra de Isluga: su uso práctico y ceremonial. *Actas XVI Reunión Anual del Comité Nacional de Conservación Textil*, pp. 145-153, Santiago.

Medvinsky, D., K. Peronard y J. Sanhueza

1979. Fajas y trenzados: Textiles Incaicos del Cerro Esmeralda. Iquique - I Región. *Documento de trabajo N°5*, Universidad del Norte, Sede Iquique.

Michieli, C.T.

1990. *Textilería Incaica en la Provincia de San Juan: Los ajuares de los Cerros Mercedarios, Toro y Tambillos*. Publicaciones Instituto de Investigaciones arqueológicas y Museo, Facultad de Filosofía, Humanidades y Arte, Universidad Nacional de San Juan, Argentina.

2000. Telas rectangulares decoradas: Piezas de vestimenta del Período Tardío Preincaico (San Juan, Argentina). *Estudios Atacameños* 20: 77-90.

Montell, G.

1926 *An archaeological collection from the Río Loa Valley, Atacama*. Etnografisk Museum Skrifter. Oslo.

Montt, I.

2002 Ms. Instalaciones funerarias del Período Intermedio Temprano en el Norte Grande de Chile. *Informe Proyecto FONDECYT N°19900168, Año 2*.

2003. Representaciones sociales en torno a la vida y la muerte: una (re) visión de las instalaciones funerarias en Atacama, períodos Intermedio Temprano e Intermedio Tardío. *Gaceta Arqueológica Andina*. En prensa.

Moragas, C.

1995 Desarrollo de las comunidades prehispánicas del litoral de Iquique-Desembocadura río Loa. *Hombre y Desierto* 9: 65-80. Antofagasta.

Mostny, G.

1952. Una tumba de ChiuChiu. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*. Tomo XXVI, pp. 1-55, Santiago de Chile.

Murra, J.

1991(1962). Las Funciones del Tejido Andino en Diversos Contextos Sociales y Políticos. *Arte Mayor de los Andes*, pp. 9-19, Museo Chileno de Arte Precolombino.

1972 El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*, IEP, Lima, Perú. Pp. 59-116

Niemayer, H.

1989. El Escenario Geográfico. *Culturas de Chile: Prehistoria*, pp. 1-12. Hidalgo J. et al. (eds). Editorial Andrés Bello, Santiago.

Nielsen, A.

1995. Aportes al estudio de la producción agrícola Inka en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Hombre y Desierto* 9 (I): 245-256.
1997. El tráfico caravanero visto desde la Jara. *Estudios Atacameños* N°14: 339-372, San Pedro de Atacama.
- 1997-8. Tráfico de Caravanas en el Sur de Bolivia: observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXII-XXIII, pp. 139-178.
2001. Ethnoarchaeological Perspectives on Caravan Trade in the South-Central Andes. *Ethnoarchaeology of Andean South America. Contributions to Archaeological Method and Theory*, pp. 163-201, L.A.Kuznar (ed.), International Monographs in Prehistory, Ethnoarchaeological Series 4.

Núñez, L.

1965. Desarrollo cultural prehispánico del Norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* N° 1, pp. 37-111, Antofagasta.
1968. Sub-área Loa-Costa chilena desde Copiapó a Pisagua. *Actas del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 2, pp. 145-182, Argentina.
1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112: 3-25.
1976. Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige, S.J.*, pp. 147-201, Universidad de Chile.
1978. Northern Chile. *Chronologies in New World Archaeology*, pp. 483-511. R. E. Taylor y C. W. Meighan (eds). Academic Press.
1982. Asentamiento de cazadores-recolectores tardíos de la Puna de Atacama: hacia el sedentarismo. *Chungara* 8: 137-168.
1984. *Tráfico de Complementariedad de Recursos entre las Tierras Altas y el Pacífico en el Área Centro-Sur Andina*. Tesis Doctoral. Universidad de Tokio, Departamento de Antropología Cultural.
1994. Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama: Las Evidencias del sitio Tulán-54. *Taller de Costa a Selva*, M.E.Albeck (Ed.). Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Jujuy.
1996. Movilidad caravánica en el área centro sur andina: Reflexiones y expectativas. *La integración Surandina cinco siglos después: 43-61*. X. Albó et al. (Eds.). Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas", Cuzco, Perú; Corporación Norte Grande Taller de Estudios Andinos, Arica; Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
1999. Valoración minero-metalúrgica circumpuneña: menas y mineros para el Inka rey, *Estudios Atacameños* 18: 177-221.

Núñez L. y T. D. Dillehay

- 1995 [1979]. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad del Norte, Antofagasta.

Núñez, L., C. Agüero, B. Cases y P. De Souza

2003. El campamento minero Chuquicamata -2 y la explotación cuprífera prehispánica en el Desierto de Atacama. *Estudios Atacameños* N° 25: 7-34.

Oakland, A.

1992. Textiles and ethnicity : Tiwanaku in San Pedro de Atacama, North Chile. *Latin American Antiquity*, vol.3(4), pp. 316- 340, Society for American Archaeology.
1994. Tradición e Innovación en la Prehistoria andina de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 11: 109-120.

Odone, C.

1991. Ms. Reporte de informantes entrevistados en Quillagua, entre junio 7-28, 1991. *Informe Final FONDECYT 91-0189*

1995. Quillagua: La descripción de un espacio desde la historia. *Actas II Congreso Nacional de Antropología (II)*: 598-605, Valdivia.

Ortega, M.

2001. Escatología Andina: Metáforas del Alma. *Chungara* Vol. 33, Nº 2, pp. 253-258, Arica.

Oyarzún, A.

1981 (1931). Tejidos de Calama. *Estudios Antropológicos y Arqueológicos*, pp. 127-131, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Paul, A., D. Arnold y E. Espejo

2003. El simbolismo de los límites en los textiles antiguos y en las comunidades contemporáneas de los Andes Centrales: usar el presente para iluminar el pasado. *Resúmenes Simposio ARQ 21: "Tejiendo Sueños en el Cono Sur. Textiles Andinos: Pasado, Presente y Futuro"*, 51 Congreso Internacional de Americanistas, Santiago.

Pérez De Micou, C.

1997. Indicios caravaneros en contextos funerarios de la Puna Argentina. *Estudios Atacameños* Nº14: 159-174, San Pedro de Atacama.

Pollard, G.

1970. *The cultural ecology of ceramic stage settlement in the Atacama Desert*, Ph.D. Dissertation, Columbia University.

Reyes, O.

2001 Restos óseos craneales de las colecciones Yaye, Sólór y Catarpe del Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama, *Informe Proyecto FONDECYT 1000148*.

Rodríguez, C. y Sepúlveda, J.

1982. Diagnóstico de la Actividad Agraria en el oasis de Atacama. Memoria para optar al Título de Profesor de Historia y Geografía. Departamento de Historia y Geografía. Universidad del Norte, Antofagasta.

Ryden, S.,

1944. *Contributions to the archaeology of the Rio Loa Region*, Elanders Boktryckeri Aktiebolag, Göteborg.

Sanhueza, C.

1992. Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI. *Estudios Atacameños* 10: 169-182.

Sanhueza, J.

1985 Poblaciones tardías en playa "Los Verdes", costa sur de Iquique (I Región – Chile). *Chungara* 14: 45-60.

Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer

1989. Los desarrollos regionales en el norte grande (1000 a 1400 d.C.). *Culturas de Chile: Prehistoria*, pp. 181-220. Hidalgo J. et al (eds). Editorial Andrés Bello, Santiago.

Shennan, S.

1992. *Arqueología Cuantitativa*. Editorial Crítica. Barcelona

Sinclair, C.

1994. Los sitios de "Muros y cajas" del río Loa y su relación con el tráfico de caravanas. *De Costa a Selva*, pp. 51-74; M.E. Albeck (Ed.), Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Tilcara.

1995 La tradición de Fajas y Cintas trenzadas en el Período Medio e Intermedio Tardío del Valle de Azapa: Una proposición tipológica. *Hombre y Desierto*, N° 9, Tomo II (Comunicaciones), pp. 55-68, Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Antofagasta.

1996. Ms. Tipología de Bolsas Tejidas de un elemento estructural (de punto), Colección Manuel Blanco Encalada. *Informe Final Proyecto Fondecyt 193-0202*, 1996.

1997. Pinturas Rupestres y textiles formativos en la región atacameña. *Estudios Atacameños* N°14: 327-338, San Pedro de Atacama. (Actas Taller Binacional: Interacciones Socioeconómicas entre el NOA y el Norte de Chile en épocas prehispánicas San Pedro de Atacama/buenos Aires).

1998. Los Gorros de 4 punas de la colección Arqueológica Manuel Blanco Encalada: Tipología y Secuencia para el Valle de Azapa, Arica. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil*, N°3, pp. 169-184. Santiago, Chile.

2001. Prehistoria del Período Formativo en la cuenca alta del río Salado (Región del Loa Superior): un estado de la cuestión. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica. (en prensa)

2002. Tapicerías policromas del Período Formativo en la Región Atacameña: Un caso de estudio. *Actas XV Reunión Anual Comité Nacional de Conservación Textil*: 153-166.

Spahni, J.C.

1963 Tombes inédites du cimetière Atacamien de Chiu - Chiu (Chili)", en *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, N° 26, pp. 9-12, Geneve, Suisse.

1964 a Momie Atacamenienne mutilée du Rio Salvador (Chili). *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, N° 28, Geneve, Suisse.

1964 b Le Cimetière Atacamenien du Pucara de Lasana, vallée du rio Loa (Chili)", en *Journal de la Société de Américanistes*, Tome LIII, Paris.

1967 Recherches Archéologiques à L'embocadura du rio Loa (côte du Pacifique - Chili)", en *Journal de la Société de Américanistes*, Tome LVI - I, Paris.

Stark, M.

1999. Social Dimensions of Technical Choice in Kalinga Ceramic Traditions. *Material Meanings. Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, E. S. Chilton (Ed.), University of Utah Press, Salt Lake City. pp. 24-43.

Strange, J.

1995. Cementerios saqueados de Quillagua. *Museos* 20: 21-24.

1997. Antropología Física en el oasis de Quillagua. *Contribuciones Arqueológicas* 5 (2): 507-524.

Tarragó, M.

1984. La historia de los pueblos circumpuneños en relación con el Altiplano y los Andes Meridionales. *Estudios Atacameños* N°7.

1989. *Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del valle Calchaquí*. Tesis para optar al Título de Doctor en Historia, Especialidad Antropología. Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario, Argentina.

Thomas, C.

1978. Estudio arqueológico del poblamiento prehispánico tardío de Chiu Chiu. *Revista Chilena de*

Antropología 1: 85-104, Santiago, Chile.

Thomas, C. y A. Benavente

1974-5 Proposición de un modelo para el análisis de fragmentería cerámica poco diagnóstico. *Boletín de Prehistoria de Chile* 6-7.

Torrico, C.

1989 Ms. *Tejidos vivos: El simbolismo de las bolsas de los pastores bolivianos*.

Tsunekawa, K.

1988. Explotación y consumo del camarón de río, *Cryphiops camentarius* (Molina, 1982) en el Perú y Chile. *Recursos Naturales Andinos*. Masuda, S. (Ed.), pp: 3-57. Universidad de Tokio, Japón.

Uhle, F. M.

1913 Tabletas de madera de Chiu Chiu. *Revista Chilena de Historia y Geografía* VIII, Santiago.

Ulloa, L.

1974. Análisis del material textil sitio El Laucho. *Chungara* 3: 96-103.

1982 a. Evolución de la industria textil prehispánica en la zona de Arica. *Chungara* 8: 97-108, Arica.

1982 b. Estilos decorativos y formas textiles de poblaciones agromarítimas en el extremo norte de Chile. *Chungara* 8: 109-136, Arica.

Uribe, M.

1996. *Religión y poder en los andes del Loa: una reflexión desde la alfarería (Período Intermedio Tardío)*. Memoria para optar al título de arqueólogo, Dpto. de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.

2002. Sobre Alfarería, cementerios, fases, procesos y la construcción de Atacama en la prehistoria Tardía (800 – 1600 DC). *Estudios Atacameños* N° 22: 7-31. San Pedro de Atacama.

Uribe M. y L. Adán

1995. Tiempo y espacio en Atacama: La mirada desde Caspana. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21: 35-36, Santiago.

2003. Historia cultural y evolución social en los períodos tardíos de San Pedro de Atacama y su relación con la cuenca del río Loa. Enviada a *Latin American Antiquity*.

Uribe, M. y C. Agüero

2000. Iconografía, alfarería y textilería Tiwanaku: elementos para una revisión del Período Medio en el Norte Grande de Chile. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica. (en prensa)

2003 La Puna de Atacama y la problemática Yavi. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomé. (en prensa).

Uribe, M. y P. Ayala

1997 La construcción de la identidad en el espacio mortuario: el ejercicio del poder en Atacama a través de la alfarería del oasis de Quillagua (Período Intermedio Tardío). *Informe final Proyecto Fondecyt 1950071*.

2000 La alfarería de Quillagua en el contexto formativo del Norte Grande, en *Actas del XV congreso nacional de Arqueología Chilena*, Arica (en prensa).

Uribe, M. y C. Carrasco

1999 Tiestos y piedras talladas: La producción cerámica y lítica en el Período Tardío del Loa Superior.

Estudios Atacameños 18: 55-72.

Uribe, M., L. Adán y C. Agüero

2001. Arqueología de los Períodos Intermedio Tardío y Tardío de San Pedro de Atacama y su relación con la cuenca del Loa. Enviado a publicación a *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*.
2002. El dominio del Inka, Identidad local y Complejidad Social en las Tierras Altas del Desierto de Atacama, Norte Grande de Chile (1450 – 1541 DC). *Boletín de Arqueología PUPC* N° 6: 301-336.

Varela, V.

1992. *De Toconce pueblo de alfareros a Turi pueblo de Gentiles*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Antropología con mención en Arqueología, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

Varela, V., Uribe, M. y L. Adán

1993. La cerámica Arqueológica del sitio “Pukara” de Turi: 02-TU-001. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Boletín Museo Regional de la Araucanía, Tomo II, N°4: 107-122, Temuco.

Van Kessel, J.

1996. Los aymaras contemporáneos de Chile. En *Culturas de Chile, Etnografía, Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*, Editores J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y P. Megge, Editorial Andrés Bello, Santiago. Pp.: 47-67.
2001. El Ritual Mortuorio de los Aymaras de Tarapacá como Vivencia y Crianza de la Vida. *Chungara* 33 (2): 221-234.

Vergara, L.

1902. Estudio Comparativo Sobre Cráneos Araucanos y Antiguos Aimaraes Huacas de Quillagua). *Revista Chilena de Historia Natural* VI: 197-217.
1905. Cráneos de Paredes Gruesas (Nuevas investigaciones en 63 cráneos de Quillagua y algunos la costa). *Revista Chilena de Historia Natural* IX(1): 172-190.

Weissner, P.

1983. Style and social information in Kalahari San Projectile Points. *American Antiquity*, 48 (2): 253-276.

Zlatar, V.

1984. *Cementerio de Pica-8*. Universidad de Antofagasta, Facultad de Educación y Ciencias Humanas, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Restauración Monumental.

Zorn, E.

- 1987 Un análisis de los tejidos en los atados rituales de los pastores, *Revista Andina* 5 (2): 489-525, Cuzco, Perú.

ANEXO N° 2: VARIABLES BOLSAS DOMÉSTICAS

1.- Zona:

1. Loa
2. San Pedro de Atacama
3. Tarapacá
4. Puna de Jujuy

2.- Sitio o Colección:

1. Pica-8
2. Col. Latcham
3. 02.Quillagua.01 / Cementerio Oriente
4. 02.Quillagua.02 / Cementerio Oriente Alto
5. 02. Quillagua.03 / Cementerio Poniente
6. Chacance-1 / Aldea?
7. Chacance-2 / Cementerio
8. Chacance s/n
9. Solor-3
10. Solcor Nva. Pob. (Ckilapana)
11. Catarpe-2. (Catarpe W)
12. Peine
13. Chiu Chiu
14. Doncellas
15. Solor s/n°

3.- Unidad de Recuperación:

- a. Sector
- b. UR

4.- N° Pieza: Correlativo colección

5.- Largo: dimensión expresada en mm.

6.- Ancho: dimensión expresada en mm.

7.-Morfología:

1. Rectangular de $L < A$
2. Cuadrada
3. Rectangular de $L > A$
4. Semitrapezoidal
0. No reconocible

8.- Categoría de Bolsa:

1. Doméstica
2. Ritual
3. Miniatura
4. sin función conocida

9.- Categoría Funcional:

1. Chuspa
3. Talega
4. Bolsa anillada
5. bolsa en torzal
6. Costal
7. Bolsa sin decoración
8. Bolsa faja
9. Saquito amuleto

10. Subcategoría domésticas:

1. Talega Muy pequeña
2. Talega Pequeña
3. Talega Mediana
4. Talega grande
5. Costal Mediano
6. Costal grande
0. no corresponde

11. Ligamento o técnica de manufactura:

1. ligamento tela
2. faz de urdimbre
3. faz de trama
4. anillado sencillo
5. anillado doble torsión
6. torzal oblicuo doble
7. urdimbres discontinuas

12.- Densidad U: N° de hilos de U por cm²

0. no corresponde / no reconocible

Rango densidad de U:

0. no corresponde / no reconocible
1. Baja (menos de 20)
2. Media (entre 20 y 39)
3. Alta (igual o sobre 40)

13. Densidad T: N° de hilos de T por cm²

0. no corresponde / no reconocible

Rango densidad de T:

0. no corresponde / no reconocible
1. Baja (menos de 6)
2. Media (entre 6 y 10)
3. Alta (igual o sobre 11)

ANÁLISIS DE URDIMBRE

14. Número de hilados de urdimbre analizados

0. no corresponde / no reconocible

15. Fibra de los hilados de urdimbre:

0. no corresponde / no reconocible
1. camélido
2. algodón
3. camélido y algodón
4. fibra vegetal

16.- Color de los hilados de urdimbre

0. no corresponde / no reconocible

Natural

1. café oscuro
2. café medio
3. café ocre
4. café rojizo
5. café rosa
6. café claro
7. beige ocre
8. beige claro
9. blanco crema

Artificial

10. rojo
11. granate
12. concho de vino
13. morado oscuro
14. magenta
15. rosa pálido
16. rosa fuerte
17. naranja
18. naranja ocre
19. amarillo pálido
20. amarillo fuerte
21. azul piedra
22. azul marino
23. azul petróleo
24. verde claro
25. verde fuerte
26. verde musgo
27. verde botella
28. celeste
29. café rojizo
30. café oscuro
31. café negro
32. negro
33. amarillo ocre
34. turquesa
35. azul verdoso

Combinaciones de colores de hilados de urdimbre para bolsas domésticas:

Naturales

40. café oscuro, beige claro, blanco crema,
42. café oscuro, café medio, beige ocre, beige claro
44. café oscuro, café claro, beige claro, blanco crema
50. café oscuro, café medio, beige claro
51. café oscuro, café medio, café claro, beige ocre, blanco crema
53. café oscuro, blanco crema
54. café oscuro, café medio, café claro, beige claro
58. café oscuro, café medio, blanco crema
61. café oscuro, café medio, café ocre, beige claro, beige ocre

Naturales más artificiales

37. café claro, beige ocre, rojo, azul piedra
38. café medio, blanco crema, rojo, azul piedra, verde claro
39. café oscuro, café medio, blanco crema, rojo, azul piedra
41. café claro, beige claro, rojo, amarillo fuerte

- 43. café oscuro, café ocre, café claro, rojo
- 45. café medio, blanco crema, rojo, azul piedra, verde claro, amarillo ocre
- 46. beige ocre, blanco crema, rojo, azul piedra/ verde botella
- 47. café oscuro, café medio, blanco crema, rojo, azul piedra, amarillo ocre
- 48. café oscuro, beige claro, rojo, azul piedra, verde musgo
- 49. café oscuro, beige claro, blanco crema, rojo, azul piedra, verde musgo
- 52. café oscuro, café medio, café claro, beige claro, blanco crema, rojo
- 55. café oscuro, café medio, café claro, beige ocre, blanco crema, rojo
- 56. café oscuro, café medio, rojo
- 57. beige claro, blanco crema, granate, rosa pálido, rosa fuerte, amarillo fuerte, turquesa
- 59. café oscuro, beige ocre, blanco crema, rojo, azul piedra
- 60. café oscuro o café medio, blanco crema, rojo, amarillo fuerte, azul piedra
- 62. café oscuro, rojo, amarillo fuerte, azul piedra
- 63. café oscuro/medio/ocre, café rojizo/rojo/granate, naranja/naranja ocre, azul piedra/verde claro, verde musgo/celeste
- 64. rojo, azul piedra, verde claro
- 65. café oscuro, beige claro, rojo, concho de vino

17. Origen colores Urdimbre:

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Sólo naturales
- 2. Naturales + artificiales.
- 3. Sólo artificiales

18. Tipos de hilados de urdimbre y dirección de torsiones

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Monocromo regular 2Z-S
- 4. Monocromo regular 2Z-S y Molinés regular 2Z-S
- 5. Monocromo regular 2Z-S y monocromo regular 1 cabo.

19. ° torsión de los hilados de urdimbre

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Floja
- 2. Media
- 3. Fuerte
- 4. muy fuerte
- 5. media y fuerte
- 6. media, fuerte y muy fuerte
- 7. floja, media y fuerte
- 8. floja y media
- 9. floja y fuerte

20. Título de los hilados de urdimbre

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Muy grueso
- 2. Grueso
- 3. Regular
- 4. Fino
- 5. Muy fino
- 6. fino y muy fino
- 7. regular y fino
- 8. regular, fino y muy fino
- 9. regular y muy fino
- 10. grueso y regular

ANÁLISIS DE TRAMA

21. Número de tramas

0. no corresponde / no reconocible

22. Tramas Múltiples

0. no corresponde / no reconocible
1. 1 Trama
2. Tramas Múltiples ($n \geq 2$)

23. Fibra de los hilados trama

0. no corresponde / no reconocible
1. Camélido
2. Algodón
3. camélido + algodón
4. fibra vegetal

24. Color de los hilados trama

0. no corresponde / no reconocible

Natural

1. café oscuro
2. café medio
3. café ocre
4. café rojizo
5. café rosa
6. café claro
7. beige ocre
8. beige claro
9. blanco crema
33. beige grisáceo

Artificial

10. rojo
11. granate
12. concho de vino
13. morado oscuro
14. magenta
15. rosa pálido
16. rosa fuerte
17. naranja
18. naranja ocre
19. amarillo pálido
20. amarillo fuerte
21. azul piedra
22. azul marino
23. azul petróleo
24. verde claro
25. verde fuerte
26. verde musgo
27. verde botella
28. celeste
29. café rojizo
30. café oscuro
31. café negro
32. negro

- 33. amarillo ocre
- 34. turquesa
- 35. azul verdoso

Combinaciones de colores de hilados de trama para bolsas domésticas:

- 34. café medio-blanco crema
- 35. café oscuro-café medio
- 36. café medio-beige claro
- 37. café claro-beige claro
- 38. café oscuro-café claro o beige claro
- 39. beige ocre-café medio u oscuro
- 40. blanco crema + otros tonos naturales
- 41. combinación de tonos naturales y artificiales

25. Origen color de T:

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Sólo naturales
- 2. naturales + artificiales
- 3. Artificiales

26. Tipo de hilados trama

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Monocromo regular 2Z-S
- 2. Molinés regular 2Z-S
- 3. Monocromo regular 2S-Z
- 4. Monocromo regular 2Z-S y molinés regular 2Z-S

27. ° Torsión hilados trama

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Floja
- 2. Media
- 3. Fuerte
- 4. floja y media
- 5. media y fuerte

28. Título hilados trama

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. Muy grueso
- 2. Grueso
- 3. Regular
- 4. Fino
- 5. Muy fino
- 6. regular y fino
- 7. fino y muy fino
- 8. regular y muy fino

29. Reparaciones

- 0. no corresponde / no reconocible
- 1. con reparaciones
- 2. Sin reparaciones

ANÁLISIS TERMINACIONES

30. Orillas de urdimbre: Número de la terminación que corresponda

- 0. sin terminación
- 1. encandelillado
- 2. festón simple

- 3. festón anillado sencillo
- 4. festón anillado doble
- 5. festón de ojal
- 14. puntada zig-zag
- 16. hilván
- 20. festón anillado cruzado sencillo
- 21. sin terminación; cerrada por un hilván
- 22. sin terminación; cerrada por un cable
- 23. encandelillado y festón anillado simple
- 24. festón simple y bordado en puntada anillada
- 25. festón anillado simple y cerrada por hilván
- 26. festón anillado simple y cerrado por cable
- 27. festón anillado simple y cerrada por encandelillado
- 28. sin terminación; cerrada por encandelillado
- 29. festón simple y festón anillado doble
- 30. encandelillado y cerrada por un cable
- Z. no reconocible
- Y. no corresponde

31. Terminaciones de trama o unión lateral: Número de la terminación que corresponda

- 0. sin terminación
- 1. encandelillado
- 2. festón simple
- 3. festón anillado sencillo
- 4. festón anillado doble
- 11. puntada en 8
- 21. festón sencillo y festón anillado sencillo
- 22. encandelillado y festón sencillo
- 23. festón anillado cruzado sencillo
- 24. encandelillado y puntada corrida simple
- 25. puntada en 8 e hilván
- Z. no reconocible
- Y. no corresponde

ANÁLISIS DECORACIÓN

32. Técnicas decorativas (se entiende que cubren la superficie tejida)

Estructurales

- 0. sin decoración
- 1. faz de urdimbre (con alternancia de color)
- 2. faz de urdimbre y urdimbres flotantes derivadas del faz de urdimbre
- 3. faz de urdimbre y urdimbres complementarias
- 4. faz de urdimbre y urdimbres transpuestas
- 5. urdimbres discontinuas
- 6. tapicería
- 7. torzal oblicuo doble
- 8. anillado sencillo o doble torsión

33.- Composiciones espaciales/ motivos:

a) Bolsas domésticas

- 1. Listas finas (simples, pares, triples o en módulo) sobre fondo liso, adyacentes al reborde de trama.
- 2. Listas finas (simples, pares, triples o en módulo) sobre fondo liso
- 3. Listas gruesas a medianas sobre fondo liso contrastante.
- 4. Listas gruesas flanqueadas por listas finas, sobre fondo liso contrastante.
- 5. Elemento central (ajedrezado), flanqueado por 3 a 7 listas gruesas a medias a cada lado.
- 6. Elemento central (ajedrezado), sobre amplia pampa, flanqueada en el reborde de trama por listas finas (2 ó 3).

7. Elemento central (ajedrezado) y dos laterales situados en $\frac{1}{4}$ y $\frac{3}{4}$ aprox, alternados con listas gruesas.
8. Elemento central (ajedrezado) y dos laterales situados cerca del reborde de trama, alternado por listas medias y finas.
9. Elemento central (ajedrezado) y dos laterales situados en $\frac{1}{4}$ y $\frac{3}{4}$ aprox, alternados con listas pares medias sobre fondo blanco.
10. Elemento central (ajedrezado simple o peinecillo) y dos laterales alternados por listas muy gruesas y gruesas.
11. Lista gruesa central, flanqueada por ajedrezados laterales alternados con listas medianas y dos ajedrezados (de módulo rectangular) adyacentes al reborde de trama.
12. Tres ajedrezados (de módulo rectangular) –uno central- sobre fondo liso.
13. 4 ó 5 ajedrezados (de módulo rectangular) o peinecillos sobre fondo liso.
14. Listas finas de peinecillos y veteadas, de grosor mediano, alternadas con listas de colores contrastantes.
15. 4 listas en urdimbres complementarias (motivo Rombos en sucesión vertical en torno a eje ondulado), alternadas con listas gruesas.
16. 2 ó más listas decoradas por medio de urdimbres transpuestas (espigas) alternadas por listas ajedrezados (de módulo rectangular) de distinto grosor, alternadas con listas medias a gruesas.
17. 4 listas lisas o ajedrezados flanqueadas por motivo cruz de lados desiguales en urdimbres flotantes, alternadas por 4 a 5 listas delgadas.
18. 4 listas decoradas con urdimbres transpuestas, formando el motivo de espigas, en torno a un ajedrezado, alternado con listas finas.
19. Una lista central con peinecillo, alternada con 2 módulos decorados por urdimbres transpuestas, formando el motivo de rombos en sucesión vertical.
20. 2 ajedrezados situados hacia el tercio central, alternado con listas 3 a 5 listas gruesas hacia el reborde de trama.
21. 2 ajedrezados laterales, situados cerca del reborde de trama, separadas por una Lista central gruesa o mediana, alternadas por listas medianas y finas.
22. 2 ajedrezados separados por 2 ó 3 listas muy gruesas o medianas, alternadas con listas finas y gruesas hacia el reborde de trama.
23. Ajedrezado central con dos pampas o listas muy gruesas adyacentes de colores iguales o distintos, seguido por listas finas y medianas (entre 4 y 10) hacia el reborde de trama.
24. Ajedrezado central y 2 laterales, alternados por listas o módulos de listas simples, pares o triples medias y delgadas.
25. Ajedrezado central y 2 laterales, alternadas con listas gruesas y medianas.
27. Ajedrezado central, alternado por listas medianas, finas y muy finas.
28. Toda la superficie decorada por medio de urdimbres transpuestas.

b) Otras categorías en Anexo 3 (dibujos composiciones espaciales).

c) Motivos decorativos: números en dibujos Anexo 3 (Horta 1997)

- e) listas lisas
- g) escocés

34.- Combinación de elementos

0. sin decoración
- 1.- Sólo listas lisas de distintos grosores
- 2.- Ajedrezados o peinecillos (1 ó más) + listas lisas de distinto grosor
- 3.- Ajedrezados o peinecillos (1 ó más) + listas lisas de distinto grosor + motivos logrados por otras técnicas decorativas.
- 4.- listas lisas + motivos en otras técnicas decorativas.
- 5.- sólo motivos en otras técnicas

35. Simetría

0. no reconocible / no corresponde
1. sin elemento central
2. eje central
3. eje central + 2 laterales

ANEXO N° 3: MEMORIA DE CÁLCULO

1. PIEZAS COMPLETAS

Tabla N° 1: Resultados de la prueba de Correlación de Pearsons

		LARGO	ANCHO
LARGO	Corr.de Pearsons	1,000	,876
	Sig. (1-cola)		,000
	N	163	163
ANCHO	Corr.de Pearsons	,876	1,000
	Sig. (1-cola)	,000	
	N	163	163

Tabla N° 2: Frecuencia de talegas y costales

FORMA	N	%
Talega	186	89,86%
Costal	21	10,14%
Total general	207	100,00%

Tabla N° 3: Relación de morfología por forma

Morfología	Talega	Costal	Total general
Rect. L < A	10,22%	0,00%	9,18%
Cuadrada	2,69%	0,00%	2,42%
Rect. L > A	87,10%	100,00%	88,41%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 4: Ejemplos de predicción a partir del largo y ancho.

Procedencia / N° Pza.	Largo	Ancho	Ancho (calc)	Diferencia	Largo (calc)	Diferencia
Pica-8/0196	230	200	184,0041	15,9959	286,16	-56,16
Chacance/810240	995	470	428,55165	41,44835	933,971	61,029

Tabla N° 5: Relación de ligamento por forma

Ligamento	Talega	Costal	Total general
1 Ligamento tela	0,54%	0,00%	0,48%
2 Faz de Urdimbre	99,46%	100,00%	99,52%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 6: Relación de fibra de urdimbre y trama por forma

Fibra Urdimbre	Talega	Costal	Total general
Camélido	94,62%	100,00%	95,17%
Algodón	2,15%	0,00%	1,93%

Camélido + Algodón	3,23%	0,00%	2,90%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Fibra Trama			
N/R	0,54%	0,00%	0,48%
Camélido	94,62%	100,00%	95,17%
Algodón	4,30%	0,00%	3,86%
Cam + Algodón	0,54%	0,00%	0,48%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 7: Relación de densidad de tejido por forma

Densidad U	Talega	Costal	Total general
Baja (<20)	2,89%	20,00%	4,34%
Media (20 - 39)	82,11%	80,00%	81,93%
Alta (40 ó +)	15,00%	0,00%	13,73%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Densidad T			Total general
Baja (<6)	9,30%	61,54%	12,86%
Media (6-10)	77,18%	38,46%	74,54%
Alta (11 ó +)	13,52%	0,00%	12,60%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 8: Relación de torsión de hilados de urdimbre y trama por forma.

Torsión U	Talega	Costal	Total general
No reconocible	6,99%	0,00%	6,28%
Floja	1,08%	0,00%	0,97%
Media	5,91%	4,76%	5,80%
Fuerte	55,91%	76,19%	57,97%
Muy Fuerte	0,54%	0,00%	0,48%
Media y Fuerte	23,66%	19,05%	23,19%
media, fuerte y muy fuerte	0,54%	0,00%	0,48%
floja, media y fuerte	1,08%	0,00%	0,97%
floja y media	3,23%	0,00%	2,90%
floja y fuerte	1,08%	0,00%	0,97%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Torsión T			
N/R	9,14%	0,00%	8,21%
Floja	62,37%	71,43%	63,29%
Media	20,97%	19,05%	20,77%
Fuerte	5,38%	0,00%	4,83%
Floja y media	2,15%	9,52%	2,90%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 9: Relación de título de urdimbre y trama por forma

Título Urdimbre	Talega	Costal	Total general
n/r	6,99%	0,00%	6,28%
Regular	5,91%	0,00%	5,31%
Fino	37,63%	42,86%	38,16%
Muy fino	20,43%	38,10%	22,22%
fino y muy fino	24,19%	19,05%	23,67%
regular y fino	4,30%	0,00%	3,86%
regular, fino, muy fino	0,54%	0,00%	0,48%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Título Trama			
n/r	7,53%	0,00%	6,76%
Regular	9,68%	14,29%	10,14%
Fino	54,84%	71,43%	56,52%
muy fino	8,60%	4,76%	8,21%
regular y fino	18,82%	4,76%	17,39%
fino y muy fino	0,54%	4,76%	0,97%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 10: Relación cantidad de tramas por forma ¹

N° Tramas	Talega	Costal	Total general
n/r	20,43%	9,52%	19,32%
Tr. Continua	39,25%	23,81%	37,68%
Tr. Múltiples	40,32%	66,67%	43,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 11: Relación de reparaciones por forma

Reparaciones	Talega	Costal	Total general
Con reparaciones	11,71%	68,00%	15,64%
Sin reparaciones	88,29%	32,00%	84,36%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 12: Relación de tipos de hilados de urdimbre y trama por forma

Tipo de Urdimbre	Talega	Costal	Total general
Monocromo Reg 2ZS	93,01%	100,00%	93,72%
Idem + Molinés reg 2ZS	6,99%	0,00%	6,28%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Tipo de Trama			
N/R	5,91%	0,00%	5,31%

¹ En esta tabla, las tramas múltiples se han agrupado para dar una mejor idea de conjunto. Sin embargo, su número oscila entre 2 y 7.

Monocromo reg 2ZS	66,13%	19,05%	61,35%
Molinés reg 2ZS	24,19%	71,43%	28,99%
Monocr reg 2ZS+Molinés reg 2ZS	3,76%	9,52%	4,35%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 13: Relación de colores de urdimbre por forma².

Color Urdimbre	Talega	Costal	Total general
37	2,15%	0,00%	1,93%
38	3,23%	0,00%	2,90%
39	2,15%	9,52%	2,90%
40	0,54%	0,00%	0,48%
41	6,45%	0,00%	5,80%
42	1,08%	0,00%	0,97%
43	4,84%	4,76%	4,83%
44	2,69%	0,00%	2,42%
45	15,05%	4,76%	14,01%
46	2,69%	0,00%	2,42%
47	18,28%	4,76%	16,91%
48	2,15%	0,00%	1,93%
49	3,76%	4,76%	3,86%
50	6,45%	19,05%	7,73%
51	0,54%	0,00%	0,48%
52	1,08%	0,00%	0,97%
53	1,08%	4,76%	1,45%
54	0,54%	0,00%	0,48%
55	0,54%	0,00%	0,48%
56	0,54%	0,00%	0,48%
57	0,54%	0,00%	0,48%
58	1,08%	14,29%	2,42%
59	6,99%	0,00%	6,28%
60	15,05%	0,00%	13,53%
61	0,00%	33,33%	3,38%
62	0,54%	0,00%	0,48%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Combinaciones			
Sólo tonos naturales	13,98%	71,43%	19,81%
Naturales + Artificiales	86,02%	28,57%	80,19%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 14: Relación de cantidad de urdimbres (colores) por forma.

N° Urdimbre	Talega	Costal	Total general
N/R	2,15%	0,00%	1,93%
2	8,60%	14,29%	9,18%

² Las filas marcadas en amarillo muestran combinaciones de colores solamente naturales.

3	6,45%	38,10%	9,66%
4	26,34%	38,10%	27,54%
5	26,34%	4,76%	24,15%
6	19,35%	0,00%	17,39%
7	8,06%	4,76%	7,73%
8	2,69%	0,00%	2,42%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 15: Relación de técnicas decorativas por forma

Técnica Decorativa	Talega	Costal	Total general
Faz de U (colores alternados)	94,09%	95,24%	94,20%
Idem + Faz de U	3,76%	0,00%	3,38%
Idem + U	0,54%	0,00%	0,48%
Complementarias	1,61%	4,76%	1,93%
Idem + U transpuestas	1,61%	4,76%	1,93%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 16: Relación de composiciones espaciales por forma³.

Comp. Espaciales	Talega	Costal	Total general
N/R	2,15%	0,00%	1,93%
1	6,99%	0,00%	6,28%
2	4,30%	0,00%	3,86%
3	1,08%	0,00%	0,97%
4*	4,84%	0,00%	4,35%
5	16,13%	19,05%	16,43%
6	19,89%	0,00%	17,87%
7*	20,43%	4,76%	18,84%
8*	2,15%	0,00%	1,93%
9*	3,76%	0,00%	3,38%
10*	6,45%	19,05%	7,73%
11	0,54%	0,00%	0,48%
12*	1,08%	0,00%	0,97%
13	1,08%	0,00%	0,97%
14	0,54%	0,00%	0,48%
15	0,54%	0,00%	0,48%
16	0,54%	0,00%	0,48%
17	2,69%	0,00%	2,42%
18	0,00%	4,76%	0,48%
19	0,54%	0,00%	0,48%
20	1,08%	4,76%	1,45%
21*	0,00%	9,52%	0,97%
22*	0,54%	9,52%	1,45%

³ El color amarillo muestra las composiciones claramente simétricas, con un eje central; el asterisco (*), aquellos casos en que existen además, dos ejes laterales.

23	0,00%	23,81%	2,42%
24*	1,08%	0,00%	0,97%
25*	0,00%	4,76%	0,48%
27	1,08%	0,00%	0,97%
28	0,54%	0,00%	0,48%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 17: Relación de elementos decorativos por forma

Elementos	Talega	Costal	Total general
N/R	1,08%	0,00%	0,97%
Listas (lisas)	17,74%	0,00%	15,94%
Listas + Ajed / Peinecillo	76,34%	95,24%	78,26%
Listas+Ajed/Pein +Otr.Téc.	3,76%	4,76%	3,86%
Listas + Otras técnicas	1,08%	0,00%	0,97%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 18: Relación de simetría por forma

Simetría	Talega	Costal	Total general
N/R	2,15%	0,00%	1,93%
Sin Eje	14,52%	4,76%	13,53%
Eje central	43,01%	47,62%	43,48%
Eje central+2 laterales	40,32%	47,62%	41,06%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 19: Relación de terminaciones de urdimbre por forma

Terminación Urdimbre	Talega	Costal	Total general
Sin terminación	44,62%	52,38%	45,41%
encandelillado	13,44%	4,76%	12,56%
Festón simple	3,76%	4,76%	3,86%
Festón anillado simple	37,10%	38,10%	37,20%
Festón anillado doble	1,08%	0,00%	0,97%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 20: Relación de terminación y cierre por forma

Terminación y Cierre	Talega	Costal	Total general
S/T cerrada x hilván	46,67%	0,00%	43,75%
s/t cerrada x cable	20,00%	0,00%	18,75%
FAS, cerrada x hilván	20,00%	0,00%	18,75%
FAS, cerrada x cable	6,67%	100,00%	12,50%
FAS, cerrada x encandelillado	6,67%	0,00%	6,25%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 21: Relación de unión lateral por forma.

Unión Lateral	Talega	Costal	Total general
N/r	2,69%	9,52%	3,38%
Encandelillado	18,82%	33,33%	20,29%
festón simple	48,39%	38,10%	47,34%
festón anillado simple	4,30%	4,76%	4,35%
Festón anillado doble	2,15%	0,00%	1,93%
puntada en 8	2,69%	9,52%	3,38%
festón sencillo y fas	4,84%	4,76%	4,83%
encand+ f. Sencillo	16,13%	0,00%	14,49%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

2. SUBCATEGORÍAS

Tabla N° 22: Resultados test de normalidad largo Talegas y costales

	Kolmogorov – Smirnov ^a			W Shapiro Wilk		
	Statistic	df	Sig.	Statistic	df	Sig.
Talegas	,052	186	,200*	,966	186	,006
Costales	,131	21	,200*	,953	21	,384

* Este es un límite inferior de la verdadera significación.

^a Corrección de significación de Lilliefors.

Tabla N° 23: Distribución de las subcategorías

Subcategorías	Talega	Costal	Total general
M . Pequeña	4,30%	0,00%	3,86%
Pequeña	44,62%	0,00%	40,10%
Mediana	41,94%	0,00%	37,68%
Grande	9,14%	0,00%	8,21%
Mediano	0,00%	47,62%	4,83%
Grande	0,00%	52,38%	5,31%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 24: Subcategorías de Talegas y Costales

T. M. P.	Talega (Mediana)		T. Grande	Costal		
Talega M. Pequeña (TMP)	Talega Pequeña (TP)	Talega Mediana (TM)	Talega Grande (TG)	Costal Mediano (CM)	Costal Grande (CG)	
L <= 129	130 - 259	260 – 389	390 - 579	580 - 829	830 –1102	
3,86	40,10	37,68	8,21	4,83	5,31	%
8	83	78	17	10	11	N

a) Talegas

Tabla N° 25: Relación de morfología por subcategoría

Morfología	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
Rect. L < A	62,50%	16,87%	0,00%	0,00%	10,22%
Cuadrada	0,00%	6,02%	0,00%	0,00%	2,69%
Rect. L > A	37,50%	77,11%	100,00%	100,00%	87,10%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 26: Relación de ligamento por subcategoría

Ligamento	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
Ligamento tela	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
Faz de U	100,00%	98,80%	100,00%	100,00%	99,46%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 27: Relación de fibra por subcategoría

Fibra U	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
Camélido	62,50%	93,98%	97,44%	100,00%	94,62%
Algodón	12,50%	3,61%	0,00%	0,00%	2,15%
Camélido + Algodón	25,00%	2,41%	2,56%	0,00%	3,23%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Fibra T					
N/R	0,00%	0,00%	1,28%	0,00%	0,54%
Camélido	87,50%	93,98%	94,87%	100,00%	94,62%
Algodón	12,50%	6,02%	2,56%	0,00%	4,30%
Cam + Algodón	0,00%	0,00%	1,28%	0,00%	0,54%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 28: Relación de torsión por subcategoría

Torsión U	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
No reconocible	0,00%	4,82%	10,26%	5,88%	6,99%
Floja	0,00%	2,41%	0,00%	0,00%	1,08%
Media	12,50%	4,82%	6,41%	5,88%	5,91%
Fuerte	50,00%	62,65%	51,28%	47,06%	55,91%
Muy Fuerte	0,00%	0,00%	1,28%	0,00%	0,54%
Media y Fuerte	25,00%	15,66%	29,49%	35,29%	23,66%
media, fuerte y muy fuerte	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
floja, media y fuerte	0,00%	2,41%	0,00%	0,00%	1,08%
floja y media	12,50%	3,61%	1,28%	5,88%	3,23%
floja y fuerte	0,00%	2,41%	0,00%	0,00%	1,08%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Torsión T					
N/R	25,00%	6,02%	11,54%	5,88%	9,14%
Floja	37,50%	57,83%	66,67%	76,47%	62,37%
Media	12,50%	26,51%	19,23%	5,88%	20,97%

Fuerte	25,00%	7,23%	1,28%	5,88%	5,38%
Floja y media	0,00%	2,41%	1,28%	5,88%	2,15%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 29: Relación de títulos por subcategoría

Título U	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
n/r	0,00%	4,82%	10,26%	5,88%	6,99%
Regular	12,50%	8,43%	3,85%	0,00%	5,91%
Fino	62,50%	34,94%	42,31%	17,65%	37,63%
Muy fino	0,00%	24,10%	17,95%	23,53%	20,43%
fino y muy fino	0,00%	22,89%	24,36%	41,18%	24,19%
regular y fino	25,00%	4,82%	1,28%	5,88%	4,30%
regular, fino, muy fino	0,00%	0,00%	0,00%	5,88%	0,54%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Título T					
n/r	0,00%	4,82%	11,54%	5,88%	7,53%
Regular	12,50%	13,25%	6,41%	5,88%	9,68%
Fino	62,50%	45,78%	57,69%	82,35%	54,84%
muy fino	0,00%	13,25%	5,13%	5,88%	8,60%
regular y fino	25,00%	21,69%	19,23%	0,00%	18,82%
Fino y muy fino	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 30: Relación de densidad por subcategoría

	Talega				Total Talega
Densidad U	Muy Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	
Baja (<20)	6,67%	3,51%	1,25%	5,88%	2,89%
Media (20-39)	93,33%	77,19%	87,50%	76,47%	82,11%
Alta (40 ó +)	0,00%	19,30%	11,25%	17,65%	15,00%
Densidad T					
Baja (<6)	23,08%	7,32%	11,72%	3,03%	9,30%
Media (6-10)	76,92%	74,39%	75,86%	96,97%	77,18%
Alta (11 ó +)	0,00%	18,29%	12,41%	0,00%	13,52%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 31: Relación de número de trama por subcategoría

N° Tramas	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
n/r	12,50%	18,07%	24,36%	17,65%	20,43%
Tr. Continua	75,00%	43,37%	33,33%	29,41%	39,25%
Tr. Múltiples	12,50%	38,55%	42,31%	52,94%	40,32%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 32: Relación de reparaciones por subcategoría

Reparaciones	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
Con Reparaciones	6,67%	12,16%	6,85%	41,67%	11,71%
Sin Reparaciones	93,33%	87,84%	93,15%	58,33%	88,29%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 33: Relación de tipo de hilados de urdimbre por subcategoría

Tipo Urdimbre	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
Monocromo Reg 2ZS	87,50%	95,18%	91,03%	94,12%	93,01%
Idem + Molinés reg 2ZS	12,50%	4,82%	8,97%	5,88%	6,99%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Tipo Trama					
N/R	12,50%	3,61%	7,69%	5,88%	5,91%
Monocromo reg 2ZS	87,50%	71,08%	61,54%	52,94%	66,13%
Molinés reg 2ZS	0,00%	21,69%	26,92%	35,29%	24,19%
Monocr reg 2ZS+Molinés reg 2ZS	0,00%	3,61%	3,85%	5,88%	3,76%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 34: Relación de colores de urdimbre por subcategoría⁴

Color U	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
37	12,50%	3,61%	0,00%	0,00%	2,15%
38	0,00%	3,61%	3,85%	0,00%	3,23%
39	0,00%	1,20%	2,56%	5,88%	2,15%
40	0,00%	0,00%	1,28%	0,00%	0,54%
41	37,50%	9,64%	1,28%	0,00%	6,45%
42	12,50%	1,20%	0,00%	0,00%	1,08%
43	0,00%	6,02%	5,13%	0,00%	4,84%
44	0,00%	2,41%	3,85%	0,00%	2,69%
45	25,00%	13,25%	15,38%	17,65%	15,05%
46	0,00%	4,82%	1,28%	0,00%	2,69%
47	0,00%	14,46%	23,08%	23,53%	18,28%
48	0,00%	2,41%	2,56%	0,00%	2,15%
49	0,00%	3,61%	3,85%	5,88%	3,76%
50	12,50%	4,82%	7,69%	5,88%	6,45%
51	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
52	0,00%	1,20%	1,28%	0,00%	1,08%
53	0,00%	2,41%	0,00%	0,00%	1,08%
54	0,00%	0,00%	0,00%	5,88%	0,54%
55	0,00%	0,00%	1,28%	0,00%	0,54%
56	0,00%	0,00%	1,28%	0,00%	0,54%
57	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%

⁴ Las filas marcadas en amarillo muestran las combinaciones con colores sólo naturales.

58	0,00%	2,41%	0,00%	0,00%	1,08%
59	0,00%	3,61%	7,69%	23,53%	6,99%
60	0,00%	15,66%	16,67%	11,76%	15,05%
61	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
62	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Origen Colores					
Sólo tonos naturales	25,00%	14,46%	12,82%	11,76%	13,98%
Naturales + Artificiales	75,00%	85,54%	87,18%	88,24%	86,02%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 35: Número de urdimbres (colores) por subcategoría

4N°U	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
N/R	12,50%	3,61%	0,00%	0,00%	2,15%
2	37,50%	9,64%	6,41%	0,00%	8,60%
3	0,00%	10,84%	3,85%	0,00%	6,45%
4	12,50%	31,33%	21,79%	29,41%	26,34%
5	25,00%	26,51%	25,64%	29,41%	26,34%
6	12,50%	8,43%	30,77%	23,53%	19,35%
7	0,00%	7,23%	8,97%	11,76%	8,06%
8	0,00%	2,41%	2,56%	5,88%	2,69%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 36: Relación de técnicas decorativas por subcategoría

Técnica Decorativa	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
Faz de U (colores alternados)	100,00%	92,77%	94,87%	94,12%	94,09%
Idem + Faz de U	0,00%	4,82%	3,85%	0,00%	3,76%
Idem + U					
Complementarias	0,00%	0,00%	0,00%	5,88%	0,54%
Idem + U transpuestas	0,00%	2,41%	1,28%	0,00%	1,61%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 37: Composiciones espaciales por subcategoría⁵

Comp. Espaciales	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
N/R	0,00%	2,41%	2,56%	0,00%	2,15%
1	25,00%	9,64%	3,85%	0,00%	6,99%
2	25,00%	6,02%	1,28%	0,00%	4,30%
3	12,50%	1,20%	0,00%	0,00%	1,08%
4*	0,00%	4,82%	5,13%	5,88%	4,84%
5	25,00%	15,66%	15,38%	17,65%	16,13%
6	0,00%	19,28%	20,51%	29,41%	19,89%

⁵ El color amarillo muestra las composiciones claramente simétricas, con un eje central; el asterisco (*), aquellos casos en que existen además, dos ejes laterales.

7*	0,00%	15,66%	25,64%	29,41%	20,43%
8*	0,00%	0,00%	5,13%	0,00%	2,15%
9*	0,00%	3,61%	3,85%	5,88%	3,76%
10*	12,50%	4,82%	7,69%	5,88%	6,45%
11	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
12*	0,00%	1,20%	1,28%	0,00%	1,08%
13	0,00%	2,41%	0,00%	0,00%	1,08%
14	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
15	0,00%	0,00%	0,00%	5,88%	0,54%
16	0,00%	0,00%	1,28%	0,00%	0,54%
17	0,00%	2,41%	3,85%	0,00%	2,69%
18	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
19	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
20	0,00%	2,41%	0,00%	0,00%	1,08%
21*	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
22*	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
23	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
24*	0,00%	1,20%	1,28%	0,00%	1,08%
25*	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
27	0,00%	1,20%	1,28%	0,00%	1,08%
28	0,00%	1,20%	0,00%	0,00%	0,54%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 38: Relación de elementos decorativos por subcategoría

Elementos	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
N/R	0,00%	0,00%	2,56%	0,00%	1,08%
Listas (lisas)	62,50%	22,89%	10,26%	5,88%	17,74%
Listas + Ajed / Peinecillo	37,50%	72,29%	82,05%	88,24%	76,34%
Listas+Ajed/Pein +Otr.Téc.	0,00%	3,61%	5,13%	0,00%	3,76%
Listas + Otras técnicas	0,00%	1,20%	0,00%	5,88%	1,08%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 39: Relación simetría por subcategoría

Simetría	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
N/R	0,00%	2,41%	2,56%	0,00%	2,15%
Sin Eje	25,00%	19,28%	10,26%	5,88%	14,52%
Eje central	62,50%	45,78%	37,18%	47,06%	43,01%
Eje central+2 laterales	12,50%	32,53%	50,00%	47,06%	40,32%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 40: Relación de terminación de urdimbre por subcategoría

Terminación U	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
S/T	50,00%	40,96%	50,00%	35,29%	44,62%

encandelillado	37,50%	14,46%	11,54%	5,88%	13,44%
Festón simple	0,00%	7,23%	1,28%	0,00%	3,76%
Festón anillado simple	12,50%	36,14%	35,90%	58,82%	37,10%
Festón anillado doble	0,00%	1,20%	1,28%	0,00%	1,08%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 41: Relación de terminación / cierre por subcategoría

17 TER.U	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
S/T cerrada x hilván	33,33%	55,56%	0,00%	43,75%
S/t cerrada x cable	16,67%	22,22%	0,00%	18,75%
FAS, cerrada x hilván	0,00%	22,22%	100,00%	18,75%
FAS, cerrada x cable	16,67%	0,00%	0,00%	6,25%
FAS, cerrada x encandelillado	16,67%	0,00%	0,00%	6,25%
FAS +Festón simple	16,67%	0,00%	0,00%	6,25%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 42: Relación de unión lateral por subcategoría

Unión Lateral	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
N/r	0,00%	0,00%	6,41%	0,00%	2,69%
Encandelillado	50,00%	18,07%	16,67%	17,65%	18,82%
festón simple	37,50%	48,19%	42,31%	82,35%	48,39%
festón anillado simple	0,00%	6,02%	3,85%	0,00%	4,30%
Festón anillado doble	0,00%	3,61%	1,28%	0,00%	2,15%
puntada en 8	0,00%	3,61%	2,56%	0,00%	2,69%
festón sencillo y fas	0,00%	3,61%	7,69%	0,00%	4,84%
encand+ f. Sencillo	12,50%	16,87%	19,23%	0,00%	16,13%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

b) Costales

Tabla N° 43: Relación de morfología por subcategoría

Morfología	Mediano	Grande	Total Costal
Rect. L > A	100,00%	100,00%	100,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 44: Relación de morfología por subcategoría

Ligamento	Mediano	Grande	Total Costal
Ligamento tela	0,00%	0,00%	0,00%
Faz de U	100,00%	100,00%	100,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 45: Relación de fibra por subcategoría

Fibra Urdimbre	Mediano	Grande	Total Costal
Camélido	100,00%	100,00%	100,00%
Algodón	0,00%	0,00%	0,00%
Camélido + Algodón	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Fibra Trama			
N/R	0,00%	0,00%	0,00%
Camélido	100,00%	100,00%	100,00%
Algodón	0,00%	0,00%	0,00%
Cam + Algodón	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 46: Relación de densidad por subcategoría

Densidad U	Mediano	Grande	Total Costal
Baja (<20)	17,65%	22,22%	20,00%
Media (20-39)	82,35%	77,78%	80,00%
Alta (40 ó +)	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Densidad T			
Baja (<6)	66,67%	57,14%	61,54%
Media (6-10)	33,33%	42,86%	38,46%
Alta (11 ó +)	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 47: Relación de torsión por subcategoría

Torsión Urdimbre	Mediano	Grande	Total Costal
No reconocible	0,00%	0,00%	0,00%
Floja	0,00%	0,00%	0,00%
Media	10,00%	0,00%	4,76%
Fuerte	80,00%	72,73%	76,19%
Muy Fuerte	0,00%	0,00%	0,00%
Media y Fuerte	10,00%	27,27%	19,05%
media, fuerte y muy fuerte	0,00%	0,00%	0,00%
floja, media y fuerte	0,00%	0,00%	0,00%
floja y media	0,00%	0,00%	0,00%
floja y fuerte	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Torsión Trama			
N/R	0,00%	0,00%	0,00%
Floja	90,00%	54,55%	71,43%
Media	10,00%	27,27%	19,05%
Fuerte	0,00%	0,00%	0,00%
Floja y media	0,00%	18,18%	9,52%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 48: Relación de título por subcategoría

Título Urdimbre	Mediano	Grande	Total Costal
n/r	0,00%	0,00%	0,00%
Regular	0,00%	0,00%	0,00%
Fino	60,00%	27,27%	42,86%
Muy fino	30,00%	45,45%	38,10%
fino y muy fino	10,00%	27,27%	19,05%
regular y fino	0,00%	0,00%	0,00%
regular, fino, muy fino	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Título Tramas			
n/r	0,00%	0,00%	0,00%
Regular	10,00%	18,18%	14,29%
Fino	90,00%	54,55%	71,43%
muy fino	0,00%	9,09%	4,76%
regular y fino	0,00%	9,09%	4,76%
fino y muy fino	0,00%	9,09%	4,76%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 49: Número de tramas por subcategoría

N° Tramas	Mediano	Grande	Total Costal
n/r	20,00%	0,00%	9,52%
Tr. Continua	40,00%	9,09%	23,81%
Tr. Múltiples	40,00%	90,91%	66,67%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 50: Relación reparaciones por subcategoría

Reparaciones	Mediano	Grande	Total Costal
Con Reparaciones	66,67%	69,23%	68,00%
Sin Reparaciones	33,33%	30,77%	32,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 51: Tipo de hilados por subcategoría

Hilados Urdimbre	Mediano	Grande	Total Costal
Monocromo Reg 2ZS	100,00%	100,00%	100,00%
Idem + Molinés reg 2ZS	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Hilados Trama			
N/R	0,00%	0,00%	0,00%
Monocromo reg 2ZS	30,00%	9,09%	19,05%
Molinés reg 2ZS	70,00%	72,73%	71,43%
Monocr reg 2ZS+Molinés reg 2ZS	0,00%	18,18%	9,52%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 52: Colores de urdimbre por subcategoría⁶

Colores Urd.	Mediano	Grande	Total Costal
37	0,00%	0,00%	0,00%
38	0,00%	0,00%	0,00%
39	20,00%	0,00%	9,52%
40	0,00%	0,00%	0,00%
41	0,00%	0,00%	0,00%
42	0,00%	0,00%	0,00%
43	10,00%	0,00%	4,76%
44	0,00%	0,00%	0,00%
45	0,00%	9,09%	4,76%
46	0,00%	0,00%	0,00%
47	0,00%	9,09%	4,76%
48	0,00%	0,00%	0,00%
49	0,00%	9,09%	4,76%
50	10,00%	27,27%	19,05%
51	0,00%	0,00%	0,00%
52	0,00%	0,00%	0,00%
53	10,00%	0,00%	4,76%
54	0,00%	0,00%	0,00%
55	0,00%	0,00%	0,00%
56	0,00%	0,00%	0,00%
57	0,00%	0,00%	0,00%
58	10,00%	18,18%	14,29%
59	0,00%	0,00%	0,00%
60	0,00%	0,00%	0,00%
61	40,00%	27,27%	33,33%
62	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%
Combinaciones			
Sólo tonos naturales	70,00%	72,73%	71,43%
Naturales + Artificiales	30,00%	27,27%	28,57%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 53: N° de urdimbres / colores por subcategoría

N° Urdimbres	Mediano	Grande	Total Costal
N/R	0,00%	0,00%	0,00%
2	20,00%	9,09%	14,29%
3	40,00%	36,36%	38,10%
4	30,00%	45,45%	38,10%
5	10,00%	0,00%	4,76%
6	0,00%	0,00%	0,00%

⁶ Las filas marcadas en amarillo muestran las combinaciones con colores sólo naturales.

7	0,00%	9,09%	4,76%
8	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 54: Técnicas decorativas por subcategoría

Técnicas Decorativas	Mediano	Grande	Total Costal
Faz de U (colores alternados)	90,00%	100,00%	95,24%
Idem + Faz de U	0,00%	0,00%	0,00%
Idem + U Complementarias	0,00%	0,00%	0,00%
Idem + U transpuestas	10,00%	0,00%	4,76%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 55: Composiciones espaciales por subcategoría⁷

Comp.Espaciales	Mediano	Grande	Total Costal
N/R	0,00%	0,00%	1,93%
1	0,00%	0,00%	6,28%
2	0,00%	0,00%	3,86%
3	0,00%	0,00%	0,97%
4*	0,00%	0,00%	4,35%
5	18,18%	19,05%	16,43%
6	0,00%	0,00%	17,87%
7*	9,09%	4,76%	18,84%
8*	0,00%	0,00%	1,93%
9*	0,00%	0,00%	3,38%
10*	27,27%	19,05%	7,73%
11	0,00%	0,00%	0,48%
12*	0,00%	0,00%	0,97%
13	0,00%	0,00%	0,97%
14	0,00%	0,00%	0,48%
15	0,00%	0,00%	0,48%
16	0,00%	0,00%	0,48%
17	0,00%	0,00%	2,42%
18	0,00%	4,76%	0,48%
19	0,00%	0,00%	0,48%
20	9,09%	4,76%	1,45%
21*	9,09%	9,52%	0,97%
22*	0,00%	9,52%	1,45%
23	18,18%	23,81%	2,42%
24*	0,00%	0,00%	0,97%
25*	9,09%	4,76%	0,48%
27	0,00%	0,00%	0,97%
28	0,00%	0,00%	0,48%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

⁷ El color amarillo muestra las composiciones claramente simétricas, con un eje central; el asterisco (*), aquellos casos en que existen además, dos ejes laterales.

Tabla N° 56: Elementos decorativos por subcategoría

Elementos Decorativos	Mediano	Grande	Total Costal
N/R	0,00%	0,00%	0,00%
Listas (lisas)	0,00%	0,00%	0,00%
Listas + Ajed / Peinecillo	90,00%	100,00%	95,24%
Listas+Ajed/Pein +Otr.Téc.	10,00%	0,00%	4,76%
Listas + Otras técnicas	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 57: Simetría por subcategoría

Simetría	Mediano	Grande	Total Costal
N/R	0,00%	0,00%	0,00%
Sin Eje	10,00%	0,00%	4,76%
Eje central	50,00%	45,45%	47,62%
Eje central+2 laterales	40,00%	54,55%	47,62%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 58: Terminación de urdimbre por subcategoría

Terminación Urdimbre	Mediano	Grande	Total Costal
S/T	50,00%	54,55%	52,38%
encandelillado	10,00%	0,00%	4,76%
Festón simple	10,00%	0,00%	4,76%
Festón anillado simple	30,00%	45,45%	38,10%
Festón anillado doble	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla N° 59: Terminación de urdimbre / cierre por subcategoría

Terminación / Cierre	Grande	Total Costal
S/T cerrada x hilván	0,00%	0,00%
s/t cerrada x cable	0,00%	0,00%
FAS, cerrada x hilván	0,00%	0,00%
FAS, cerrada x cable	100,00%	100,00%
FAS, cerrada x encandelillado	0,00%	0,00%
FAS +Festón simple	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%

Tabla 60: Terminación de trama por subcategoría

Unión Lateral	Mediano	Grande	Total Costal
N/r	10,00%	9,09%	9,52%
Encandelillado	30,00%	36,36%	33,33%

festón simple	50,00%	27,27%	38,10%
festón anillado simple	0,00%	9,09%	4,76%
Festón anillado doble	0,00%	0,00%	0,00%
Puntada en 8	10,00%	9,09%	9,52%
festón sencillo y fas	0,00%	9,09%	4,76%
encand+ f. Sencillo	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%

2. PIEZAS COMPLETAS, FRAGMENTOS Y OTRAS CATEGORÍAS DE BOLSA

a. Cementerio Oriente

. Distribución de categorías por cuadrante

SECTOR	T.M.P.	Talega	T. Grande	Subtotal Ta	Costal	Subtotal C	Total
NE	0,00%	82,05%	10,26%	92,31%	7,69%	7,69%	100,00%
NW	1,33%	70,67%	16,00%	88,00%	12,00%	12,00%	100,00%
SE	4,35%	60,87%	34,78%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
SW	0,00%	100,00%	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
	1,19%	73,52%	15,81%	90,51%	9,49%	9,49%	100,00%
	1,19%	73,52%	15,81%	90,51%	9,49%	9,49%	100,00%

Tabla 61. Categorías, tipos, N° de Tramas Contexto Funerario

Suma de Subcat Resum			SITIO SECTOR UR								Total 02QUI01	Total general
			02QUI01							Total NE		
			NE									
Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NE-B/CF1	NE-B/CF2	B/CF3	NE-B/NE-B/A/2	NE-B/NE-B/A-1					
Talega	2	1	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%	
		2	0,00%	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%	
	Total 2		0,00%	3,13%	3,13%	0,00%	0,00%	6,25%	6,25%	6,25%		
	16	0	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	6,25%	9,38%	9,38%	9,38%		
		2	3,13%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	9,38%	9,38%	9,38%		
	Total 16		3,13%	3,13%	0,00%	3,13%	9,38%	18,75%	18,75%	18,75%		
	17	0	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	6,25%	6,25%	6,25%		
	Total 17		3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	6,25%	6,25%	6,25%		
	18	0	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	6,25%	6,25%	6,25%		
		1	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
		2	0,00%	3,13%	3,13%	0,00%	3,13%	9,38%	9,38%	9,38%		
	Total 18		3,13%	6,25%	3,13%	0,00%	6,25%	18,75%	18,75%	18,75%		
	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,25%	6,25%	6,25%	6,25%		
		1	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
		2	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
	Total 19		3,13%	3,13%	0,00%	0,00%	6,25%	12,50%	12,50%	12,50%		
	16A	2	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
	Total 16A		0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
	2A	1	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
	Total 2A		0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
N/I		0	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	3,13%	3,13%		
		2	0,00%	3,13%	0,00%	0,00%	0,00%	3,13%	6,25%	6,25%		
	Total N/I		3,13%	3,13%	0,00%	0,00%	3,13%	9,38%	9,38%	9,38%		

Total Talega		15,63%	25,00%	6,25%	3,13%	28,13%	78,13%	78,13%	78,13%
T. Grande	16	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,25%	6,25%	6,25%
	Total 16		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,25%	6,25%	6,25%
	18	2	0,00%	6,25%	0,00%	0,00%	0,00%	6,25%	6,25%
Total 18		0,00%	6,25%	0,00%	0,00%	0,00%	6,25%	6,25%	6,25%
Total T. Grande		0,00%	6,25%	0,00%	0,00%	6,25%	12,50%	12,50%	12,50%
Costal	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	9,38%	9,38%	9,38%
	Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	9,38%	9,38%	9,38%
Total Costal		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	9,38%	9,38%	9,38%	9,38%
Total general		15,63%	31,25%	6,25%	3,13%	43,75%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 62. Cuadrante NE, Recolección Superficial: Categorías, forma, tipo, tramas múltiples.

Suma de Subcat Resum			1 Subcat FORMA Resum 22 TIPO T.M				3		Total 3	Total general
			Talega				Total Talega			
			17	Total 17	19	Total 19				
SITIO	SECTOR	UR	2	0						
02QUI01	NE	12.2/5.2	0,00%	0,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
		12.4/1.2	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
		17.4/2.1	0,00%	0,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
		19/10.3	0,00%	0,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total NE			20,00%	20,00%	80,00%	80,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total 02QUI01			20,00%	20,00%	80,00%	80,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total general			20,00%	20,00%	80,00%	80,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

Tabla 63. Cuadrante NE, excavación: Categorías, forma, tipo, tramas múltiples.

Suma de Subcat Resum			1 Subcat FORMA Resum 22 TIPO T.M				3		Total 3	Total general
			Talega				Total Talega			
			17	Total 17	18	Total 18				
SITIO	SECTOR	UR	0	2						
02QUI01	NE	NE-A/1	0,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	
		NE-A/S	50,00%	50,00%	0,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	
		Total NE	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total 02QUI01			50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total general			50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

Tabla 64. Cuadrante NW, Recolección Superficial: Categorías, forma, tipo, tramas múltiples.

Suma de Subcat Resum			1 Subcat FORMA Resum 22 TIPO T.M				3		Total 3	Total general
			Talega				Total Talega			
			13	Total 13	16	Total 16	19	Total 19		

SITIO	SECTOR	UR	0	2	0	0	0	0	0	0	0	0
02QUI01	NW	1.5/20.8	50,00%	0,00%	50,00%	0,00%	0,00%	50,00%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		22.8/19	0,00%	0,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		9.2/6	0,00%	100,00%	100,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total NW			20,00%	20,00%	40,00%	20,00%	20,00%	40,00%	40,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 02QUI01			20,00%	20,00%	40,00%	20,00%	20,00%	40,00%	40,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general			20,00%	20,00%	40,00%	20,00%	20,00%	40,00%	40,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 65. Unidad NW-B, excavación: Categorías, forma, tipo, tramas múltiples.

02QUI01								Total 02QUI01	Total general		
Subcat Resum	22 TIPO	T.M	1 FORMA	NW				Total NW			
				NW- B/1	NW- B/2	NW- B/3	NW-B/A1- 1				
T.M.P.	14	1	3	0,00%	0,00%	2,13%	0,00%	2,13%	2,13%	2,13%	
			Total 1	0,00%	0,00%	2,13%	0,00%	2,13%	2,13%	2,13%	
			Total 14	0,00%	0,00%	2,13%	0,00%	2,13%	2,13%	2,13%	
Total T.M.P.				0,00%	0,00%	2,13%	0,00%	2,13%	2,13%	2,13%	
Talega	16	1	3	0,00%	0,00%	0,00%	4,26%	4,26%	4,26%	4,26%	
			Total 1	0,00%	0,00%	0,00%	4,26%	4,26%	4,26%	4,26%	
			2	8,51%	0,00%	0,00%	4,26%	12,77%	12,77%	12,77%	
	Total 2	8,51%	0,00%	0,00%	4,26%	12,77%	12,77%	12,77%			
	Total 16				8,51%	0,00%	0,00%	8,51%	17,02%	17,02%	17,02%
	17	0	3	0	0,00%	4,26%	4,26%	8,51%	17,02%	17,02%	17,02%
				Total 0	0,00%	4,26%	4,26%	8,51%	17,02%	17,02%	17,02%
				2	8,51%	0,00%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%
	Total 2	8,51%	0,00%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%			
	Total 17				8,51%	4,26%	4,26%	8,51%	25,53%	25,53%	25,53%
	18	0	3	0	4,26%	0,00%	0,00%	4,26%	8,51%	8,51%	8,51%
				Total 0	4,26%	0,00%	0,00%	4,26%	8,51%	8,51%	8,51%
				Total 18	4,26%	0,00%	0,00%	4,26%	8,51%	8,51%	8,51%
	19	0	3	0	0,00%	0,00%	0,00%	4,26%	4,26%	4,26%	4,26%
				Total 0	0,00%	0,00%	0,00%	4,26%	4,26%	4,26%	4,26%
Total 19				0,00%	0,00%	0,00%	4,26%	4,26%	4,26%	4,26%	
N/I	0	3	0	4,26%	4,26%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%	
			Total 0	4,26%	4,26%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%	
			Total N/I	4,26%	4,26%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%	
Total Talega				25,53%	8,51%	4,26%	25,53%	63,83%	63,83%	63,83%	
T. Grande	18	2	3	0,00%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%	8,51%	
			Total 2	0,00%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%	8,51%	

Total 18		0,00%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%	8,51%
Total T. Grande		0,00%	0,00%	0,00%	8,51%	8,51%	8,51%	8,51%
Costal	19	0	6	0,00%	0,00%	12,77%	0,00%	12,77%
	Total		0	0,00%	0,00%	12,77%	0,00%	12,77%
	Total 19		0,00%	0,00%	12,77%	0,00%	12,77%	12,77%
	N/I	1	6	12,77%	0,00%	0,00%	0,00%	12,77%
	Total		1	12,77%	0,00%	0,00%	0,00%	12,77%
Total N/I		12,77%	0,00%	0,00%	0,00%	12,77%	12,77%	12,77%
Total Costal		12,77%	0,00%	12,77%	0,00%	25,53%	25,53%	25,53%
Total general		38,30%	8,51%	19,15%	34,04%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 66. Unidad NW/C, Excavación: Categorías, forma, tipo, tramas múltiples.

Suma de Subcat Resum			SITIO SECTOR UR					
			02QUI01					
			NW					
Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NW-C/1	NW-C/2	NW-C/3	NW-C/4	NW-C/5	NW-C/A1-1
T.M.P.	14	2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
Total 14			0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
Total T.M.P.			0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
Talega	6	0	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	0,00%	0,00%
	Total 6		0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	0,00%	0,00%
	14	1	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
		2	2,15%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	Total 14		2,15%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	16	0	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%
			0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
		2	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	Total 16		8,60%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%
	17	0	2,15%	0,00%	0,00%	4,30%	0,00%	0,00%
			0,00%	2,15%	0,00%	2,15%	2,15%	0,00%
	Total 17		2,15%	2,15%	0,00%	6,45%	2,15%	0,00%
18	0	2,15%	2,15%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	
		Total 18		2,15%	2,15%	0,00%	0,00%	0,00%
19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	
		Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%
N/I	0	2,15%	0,00%	0,00%	4,30%	0,00%	0,00%	
		1	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%
Total N/I		2,15%	0,00%	0,00%	4,30%	0,00%	2,15%	
Total Talega			17,20%	4,30%	2,15%	10,75%	6,45%	4,30%
T. Grande	16	2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	Total 16		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	17	2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
Total 17		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	

	18	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	Total 18		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%
	Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%
Total T. Grande			0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%
Costal	19	0	6,45%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
	Total 19		6,45%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
Total Costal			6,45%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
Total general			23,66%	4,30%	2,15%	15,05%	6,45%	4,30%	

Suma de Subcat Resum										Total general
Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NW-C/A1-2	NW-C/A1-3	NW-C/A1-4	NW-C/A2-1	NW-C/A2-2	NW-C/A2-4	Total NW	
T.M.P.	14	2	0,00%	1,08%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	1,08%	1,08%
	Total 14		0,00%	1,08%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	1,08%	1,08%
Total T.M.P.			0,00%	1,08%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	1,08%	1,08%
Talega	6	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%
	Total 6		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%
	14	1	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%
		2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%
	Total 14		0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%
	16	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	8,60%	8,60%
		1	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	2,15%	2,15%
		2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%
	Total 16		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%	15,05%	15,05%
	17	0	0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	0,00%	10,75%	19,35%	19,35%
		2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,45%	6,45%
	Total 17		0,00%	0,00%	2,15%	0,00%	0,00%	10,75%	25,81%	25,81%
	18	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,45%	6,45%
	Total 18		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,45%	6,45%
	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%
	Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%
	N/I	0	2,15%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	12,90%	12,90%
		1	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	2,15%	2,15%
	Total N/I		2,15%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	15,05%	15,05%
Total Talega			2,15%	0,00%	2,15%	2,15%	2,15%	17,20%	70,97%	70,97%
T. Grande	16	2	0,00%	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%
	Total 16		0,00%	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%
	17	2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%	4,30%

	Total 17		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%	4,30%
	18	0	4,30%	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	8,60%	8,60%
	Total 18		4,30%	4,30%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	8,60%	8,60%
	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%
	Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	4,30%
Total T. Grande			4,30%	8,60%	0,00%	0,00%	0,00%	4,30%	21,51%	21,51%
Costal	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,45%	6,45%
	Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,45%	6,45%
Total Costal			0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,45%	6,45%
Total general			6,45%	9,68%	2,15%	2,15%	2,15%	21,51%	100,00%	100,00%

Tabla 67. Cuadrante SW: Recolección superficial

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR			
				02QUI01		Total 02QUI01	Total general
				SW	Total SW		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	18.5/10.5			
	3 Talega	13	0	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total 13		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total Talega		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 68. Cuadrante SE: Recolección superficial.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR				
				02QUI01		Total 02QUI01	Total general	
				SE	Total SE			
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	15/2	27.7/2.05			
	3 Talega	13	1	0,00%	20,00%	20,00%	20,00%	
		Total 13		0,00%	20,00%	20,00%	20,00%	
		14	0	0,00%	20,00%	20,00%	20,00%	
			2	20,00%	0,00%	20,00%	20,00%	20,00%
		Total 14		20,00%	20,00%	40,00%	40,00%	40,00%
Total Talega				20,00%	40,00%	60,00%	60,00%	
	T. Grande	19	0	40,00%	0,00%	40,00%	40,00%	
		Total 19		40,00%	0,00%	40,00%	40,00%	
Total T. Grande				40,00%	0,00%	40,00%	40,00%	
Total 3				60,00%	40,00%	100,00%	100,00%	
Total general				60,00%	40,00%	100,00%	100,00%	

Tabla 69. Unidad SE/A.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR			
				02QUI01		Total 02QUI01	Total general
				SE	Total SE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-A/3			
	3 Talega	15	0	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total 15		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
	Total Talega			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 70. Unidad SE/R1.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR			
				02QUI01		Total 02QUI01	Total general
				SE	Total SE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-R1			
	3 T.M.P.	16	1	9,09%	9,09%	9,09%	9,09%
		Total 16		9,09%	9,09%	9,09%	9,09%
	Total T.M.P.			9,09%	9,09%	9,09%	9,09%
	Talega	17	0	18,18%	18,18%	18,18%	18,18%
		Total 17		18,18%	18,18%	18,18%	18,18%
		N/I	0	18,18%	18,18%	18,18%	18,18%
			1	18,18%	18,18%	18,18%	18,18%
		Total N/I		36,36%	36,36%	36,36%	36,36%
	Total Talega			54,55%	54,55%	54,55%	54,55%
	T. Grande	19	0	36,36%	36,36%	36,36%	36,36%
		Total 19		36,36%	36,36%	36,36%	36,36%
	Total T. Grande			36,36%	36,36%	36,36%	36,36%
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

b. Cementerio Oriente Alto

Tabla 71. Distribución de categorías por cuadrante

		3		Total 3	Total general
SITIO	SECTOR	Talega	T. Grande		
02-QUI-02	NE	90,00%	10,00%	100,00%	100,00%
	SE	100,00%	0,00%	100,00%	100,00%
	SW	100,00%	0,00%	100,00%	100,00%
Total 02-QUI-02		91,67%	8,33%	100,00%	100,00%
Total general		91,67%	8,33%	100,00%	100,00%

Tabla 72. Recolección Superficial

Suma de	SITIO	SECTOR	UR
---------	-------	--------	----

Subcat Resum				02-QUI-02							Total 02-QUI-02	Total general
				NE			Total NE					
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	11.5/7	7.7/6.5	7.7/6.6						
	3 Talega	14	1	100,00%	0,00%	0,00%	25,00%		25,00%	25,00%		
Total 14				100,00%	0,00%	0,00%	25,00%		25,00%	25,00%		
		17		0	0,00%	100,00%	0,00%	25,00%		25,00%	25,00%	
				1	0,00%	0,00%	50,00%	25,00%		25,00%	25,00%	
Total 17				0,00%	100,00%	50,00%	50,00%		50,00%	50,00%		
		N/I		0	0,00%	0,00%	50,00%	25,00%		25,00%	25,00%	
Total N/I						0,00%	0,00%	50,00%	25,00%		25,00%	25,00%
Total Talega				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%		100,00%	100,00%		
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%		100,00%	100,00%		
Total general				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%		100,00%	100,00%		

Tabla 73. Unidad NE/A. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR					Total 02-QUI-02	Total general
				02-QUI-02		Total NE				
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NE-A/1	NE-A/2					
	3 Talega	16	1	12,50%	0,00%	12,50%		12,50%	12,50%	
			2	12,50%	0,00%	12,50%				
Total 16				25,00%	0,00%	25,00%		25,00%	25,00%	
		17		1	0,00%	12,50%	12,50%		12,50%	12,50%
				2	12,50%	0,00%	12,50%			
Total 17				12,50%	12,50%	25,00%		25,00%	25,00%	
		18		2	25,00%	0,00%	25,00%		25,00%	25,00%
Total 18						25,00%	0,00%	25,00%		
	N/I		0	25,00%	0,00%	25,00%		25,00%	25,00%	
Total N/I					25,00%	0,00%	25,00%			
Total Talega				87,50%	12,50%	100,00%		100,00%	100,00%	
Total 3				87,50%	12,50%	100,00%		100,00%	100,00%	
Total general				87,50%	12,50%	100,00%		100,00%	100,00%	

Tabla 74. Unidad NE-B. Excavación

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR				Total 02-QUI-02	Total general
				02-QUI-02		Total NE			
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NE-B/1					
	3 Talega	16	0	50,00%	50,00%	50,00%		50,00%	

		1	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%
	Total 16		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total Talega			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 3			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 75. Unidad NE-C.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR						
				02-QUI-02				Total 02-QUI-02	Total general	
				NE			Total NE			
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NE-C/1	NE-C/2	NE-C/A1-1				
3	Talega	16	0	0,00%	16,67%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%	
			1	0,00%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%	16,67%	
		Total 16			0,00%	16,67%	16,67%	33,33%	33,33%	33,33%
		17	0	16,67%	0,00%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%	
		Total 17			16,67%	0,00%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%
		18	1	16,67%	0,00%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%	
	Total 18			16,67%	0,00%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%	
	Total Talega			33,33%	16,67%	16,67%	66,67%	66,67%	66,67%	
	T. Grande		19	2	0,00%	0,00%	33,33%	33,33%	33,33%	
	Total 19			0,00%	0,00%	33,33%	33,33%	33,33%	33,33%	
Total T. Grande			0,00%	0,00%	33,33%	33,33%	33,33%	33,33%		
Total 3				33,33%	16,67%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total general				33,33%	16,67%	50,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

Tabla 76. Unidades SW- A y B. Excavación.

Suma de Subcat Resum			1 Subcat							
			FORMA Resum	22 TIPO	T.M				Total 3	Total general
			3				Total Talega			
			Talega							
			17	Total 17	18	Total 18				
SITIO	SECTOR	UR	0	0	0	0				
02-QUI-02	SW	SW-A/1	100,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		SW-B/1	0,00%	0,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
	Total SW			66,67%	66,67%	33,33%	33,33%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 02-QUI-02			66,67%	66,67%	33,33%	33,33%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general			66,67%	66,67%	33,33%	33,33%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 77. Unidad SE-Trinchera. Excavación.

Suma de Subcat Resum			SITIO SECTOR UR			
			02-QUI-02		Total 02-QUI-02	Total general
			SE	Total SE		
Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-TRIN			
Talega	17	0	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Total 17	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total Talega	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

c. Cementerio Poniente

Tabla 78. Distribución de categorías por cuadrante.

SITIO	SECTOR	3			Total 3	6	Total 6	Total general
		T.M.P.	Talega	T. Grande				
02QUIO3	NE	3,45%	41,38%	13,79%	58,62%	41,38%	41,38%	100,00%
	NW	0,56%	39,11%	6,70%	46,37%	53,63%	53,63%	100,00%
	SE	0,00%	59,26%	29,63%	88,89%	11,11%	11,11%	100,00%
	SW	0,00%	54,17%	8,33%	62,50%	37,50%	37,50%	100,00%
Total 02QUIO3		0,65%	45,16%	11,61%	57,42%	42,58%	42,58%	100,00%
Total general		0,65%	45,16%	11,61%	57,42%	42,58%	42,58%	100,00%

Tabla 79. Cuadrante NE: Recolección superficial.

Suma de Subcat Resum				SECTO						
				SITIO R			UR			
				02QUIO3				Total 02QUIO3	Total general	
				NE				Total NE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	11.5/1	11.5/10	5	15.5/2. NE(SW)/S			
	3 T.M.P.	14	1	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	4,00%	4,00%	
	Total	14		0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	4,00%	4,00%	
	Total T.M.P.			0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	4,00%	4,00%	
	Talega	17A	0	33,33%	0,00%	0,00%	0,00%	8,00%	8,00%	
		Total 17A		33,33%	0,00%	0,00%	0,00%	8,00%	8,00%	
		17B	0	0,00%	0,00%	0,00%	12,50%	8,00%	8,00%	
		Total 17B		0,00%	0,00%	0,00%	12,50%	8,00%	8,00%	
		25A	1	0,00%	0,00%	0,00%	12,50%	8,00%	8,00%	
		Total 25A		0,00%	0,00%	0,00%	12,50%	8,00%	8,00%	
		2A	1	0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	8,00%	8,00%	
		Total 2A		0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	8,00%	8,00%	
	Total Talega			33,33%	0,00%	0,00%	25,00%	32,00%	32,00%	
	T. Grande	15	1	66,67%	0,00%	0,00%	0,00%	16,00%	16,00%	
		Total 15		66,67%	0,00%	0,00%	0,00%	16,00%	16,00%	
	Total T. Grande			66,67%	0,00%	0,00%	0,00%	16,00%	16,00%	
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	25,00%	52,00%	52,00%	
	6 Costal	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	75,00%	48,00%	48,00%	

		Total 19	0,00%	0,00%	0,00%	75,00%	48,00%	48,00%	48,00%
	Total Costal		0,00%	0,00%	0,00%	75,00%	48,00%	48,00%	48,00%
Total 6			0,00%	0,00%	0,00%	75,00%	48,00%	48,00%	48,00%
Total general			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 80. Unidades NE 13 A y 6K. Excavación.

Suma de Subcat Resum			SITIO SECTORUR					
			02QUIO3			Total 02QUIO3	Total general	
			NE			Total NE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO T.M	NE-13A/I NE-6K/1					
	3 Talega	17A	2	100,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%
		Total 17A		100,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%
		N/I	2	0,00%	100,00%	50,00%	50,00%	50,00%
		Total N/I		0,00%	100,00%	50,00%	50,00%	50,00%
Total Talega			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total 3			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total general			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

Tabla 81. Cuadrante NW. Recolección superficial.

Suma de Subcat Resum			SITIO SECTOR UR					
			02QUIO3			Total 02QUIO3	Total general	
			NW			Total NW		
Subcat Resum	22 TIPO T.M	3.3/1.7	NW(NCR1)/SNW(S)/S					
Talega	26	2	0,00%	0,00%	25,00%	9,09%	9,09%	9,09%
	Total 26		0,00%	0,00%	25,00%	9,09%	9,09%	9,09%
Total Talega			0,00%	0,00%	25,00%	9,09%	9,09%	9,09%
T. Grande	19	1	100,00%	0,00%	0,00%	18,18%	18,18%	18,18%
		2	0,00%	40,00%	0,00%	18,18%	18,18%	18,18%
	Total 19		100,00%	40,00%	0,00%	36,36%	36,36%	36,36%
Total T. Grande			100,00%	40,00%	0,00%	36,36%	36,36%	36,36%
Costal	19	2	0,00%	60,00%	0,00%	27,27%	27,27%	27,27%
		Total 19		0,00%	60,00%	0,00%	27,27%	27,27%
	N/I	2	0,00%	0,00%	75,00%	27,27%	27,27%	27,27%
	Total N/I		0,00%	0,00%	75,00%	27,27%	27,27%	27,27%
Total Costal			0,00%	60,00%	75,00%	54,55%	54,55%	54,55%
Total general			100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 82. Unidad NW-18 F. Excavación.

Suma de Subcat Resum		SITIO SECTOR UR	
		02QUIO3	
		NW-18F	
		Total g	

1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	Sup.	NW-18F	INW-18F	IaAMPL/I	I(R2-EW)	I(R3-EW)	(EW)	R(C)	DEW		
3	Talega	6	2	4,55%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4		
		Total 6		4,55%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4	
		13	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,55%	4	
		Total 13		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4,55%	4
		19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	9,09%	0,00%	4,55%	13	
			2	0,00%	4,55%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4	
		Total 19		0,00%	4,55%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	9,09%	0,00%	4,55%	18	
		17A	2	0,00%	0,00%	4,55%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4	
Total 17A		0,00%	0,00%	4,55%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	4			
Total Talega		4,55%	4,55%	4,55%	0,00%	0,00%	0,00%	9,09%	0,00%	9,09%	3			
Total 3				4,55%	4,55%	4,55%	0,00%	0,00%	9,09%	0,00%	9,09%	3		
6	Costal	19	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	13,64%	13,64%	0,00%	0,00%	27		
			2	0,00%	0,00%	0,00%	13,64%	0,00%	0,00%	13,64%	0,00%	27		
		Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	13,64%	13,64%	13,64%	13,64%	0,00%	54		
		N/I	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	13,64%	0,00%	0,00%	0,00%	13		
		Total N/I		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	13,64%	0,00%	0,00%	0,00%	13		
Total Costal		0,00%	0,00%	0,00%	13,64%	27,27%	13,64%	13,64%	0,00%	68				
Total 6				0,00%	0,00%	0,00%	13,64%	27,27%	13,64%	13,64%	0,00%	68		
Total general				4,55%	4,55%	4,55%	13,64%	27,27%	22,73%	13,64%	9,09%	100		

Tabla 82. Unidad NW-28 D. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTORUR			
				02QUIO3		Total 02QUIO3	Total general
				NW	Total NW		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NW-28D/I			
3	Talega	13	0	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total 13		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total Talega		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 83. Unidad NW 3C. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTORUR			
				02QUIO3		Total 02QUIO3	Total general
				NW	Total NW		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NW-3C/Ia	NW-3C/II		
3	Talega	6	2	0,00%	20,00%	20,00%	20,00%
		Total 6		0,00%	20,00%	20,00%	20,00%
		19	0	0,00%	40,00%	40,00%	40,00%
		Total 19		0,00%	40,00%	40,00%	40,00%
		N/I	0	20,00%	0,00%	20,00%	20,00%
			1	20,00%	0,00%	20,00%	20,00%
Total N/I		40,00%	0,00%	40,00%	40,00%		

Total Talega	40,00%	60,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 3	40,00%	60,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general	40,00%	60,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 84. Unidades NW 8J y 9J. Excavación

Suma de Subcat Resum				SECT SITIOOR UR										Total general		
				02QU IO3												
				NW										Total NW		
1	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NW- 8J/I	NW- 8J/IV	NW- 8J/VIII	NW- 9J/II	NW- 9J/III	NW- 9J/IV	NW- 9J/V	NW- 9J/VII	NW- 9J/DER R				
3	Talega	14	1	0,00 %	5,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	5,00%		
		Total 14			0,00 %	5,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	5,00%	
		19	0	5,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	0,00%	10,00%	10,00%		
		Total 19			5,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	0,00%	10,00%	10,00%	
		17A	2	0,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	5,00%	5,00%	5,00%	
		Total 17A			0,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	5,00%	5,00%	5,00%
		N/I	1	0,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	5,00%	
		Total N/I			0,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	5,00%	
		Total Talega			5,00 %	5,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	0,00%	5,00%	5,00%	25,00%	25,00%	
		Total 3				5,00 %	5,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	5,00%	0,00%	5,00%	5,00%	25,00%	25,00%
6	Costal	19	0	0,00 %	0,00 %	0,00%	15,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	15,00%	15,00%		
		1	0,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	15,00%	30,00%	30,00%			
		2	0,00 %	0,00 %	15,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	15,00%	15,00%			
		Total 19			0,00 %	0,00 %	15,00%	15,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	15,00%	60,00%	60,00%		
		28	1	0,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	15,00%	0,00%	0,00%	15,00%	15,00%		
		Total 28			0,00 %	0,00 %	0,00%	0,00%	0,00%	15,00%	0,00%	0,00%	15,00%	15,00%		
Total Costal			0,00 %	0,00 %	15,00%	15,00 %	0,00%	15,00%	0,00%	15,00%	75,00%	75,00%				
Total 6				0,00 %	0,00 %	15,00%	15,00 %	0,00%	15,00%	0,00%	15,00%	75,00%	75,00%			
Total general				5,00 %	5,00 %	15,00%	15,00 %	0,00%	15,00%	5,00%	20,00%	100,00 %	100,00%			

Tabla 85. Rasgo 1. Excavación

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR							
				02QUIO3							Total NW
				NW							Total NW
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	NW-R1/AE-INW-R1/AESNW-R1/I	NW-R1/Ia	NW-R1/Ia(SW)	NW-R1/II				
3	T.M.P.	14	0	0,00%	0,00%	0,00%	1,64%	0,00%	0,00%	1,64%	
		Total 14		0,00%	0,00%	0,00%	1,64%	0,00%	0,00%	1,64%	
	Total T.M.P.			0,00%	0,00%	0,00%	1,64%	0,00%	0,00%	1,64%	
	Talega	6	0	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	3,28%	3,28%	
			Total 6		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	3,28%	3,28%
		13	0	0,00%	0,00%	0,00%	6,56%	0,00%	0,00%	6,56%	
			Total 13		0,00%	0,00%	0,00%	6,56%	0,00%	0,00%	6,56%
		14	0	0,00%	0,00%	3,28%	0,00%	0,00%	3,28%	6,56%	
			Total 14		0,00%	0,00%	3,28%	0,00%	0,00%	3,28%	6,56%
		19	0	0,00%	0,00%	0,00%	9,84%	3,28%	0,00%	13,11%	
			2	0,00%	0,00%	0,00%	3,28%	3,28%	0,00%	6,56%	
		Total 19			0,00%	0,00%	0,00%	13,11%	6,56%	0,00%	19,67%
		17A	0	0,00%	0,00%	0,00%	3,28%	3,28%	0,00%	6,56%	
	Total 17A		0,00%	0,00%	0,00%	3,28%	3,28%	0,00%	6,56%		
	N/I	0	0,00%	0,00%	0,00%	3,28%	0,00%	0,00%	3,28%		
		1	0,00%	0,00%	0,00%	3,28%	0,00%	3,28%	6,56%		
	Total N/I			0,00%	0,00%	0,00%	6,56%	0,00%	3,28%	9,84%	
	Total Talega			0,00%	0,00%	3,28%	29,51%	9,84%	9,84%	52,46%	
	T. Grande	19	2	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,56%	6,56%	
		Total 19		0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,56%	6,56%	
Total T. Grande			0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	6,56%	6,56%		
Total 3				0,00%	0,00%	3,28%	31,15%	9,84%	16,39%	60,66%	
6	Costal	19	0	0,00%	9,84%	0,00%	0,00%	0,00%	9,84%	19,67%	
			1	0,00%	0,00%	0,00%	9,84%	0,00%	0,00%	9,84%	
			2	9,84%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	9,84%	
		Total 19		9,84%	9,84%	0,00%	9,84%	0,00%	9,84%	39,34%	
Total Costal			9,84%	9,84%	0,00%	9,84%	0,00%	9,84%	39,34%		
Total 6				9,84%	9,84%	0,00%	9,84%	0,00%	9,84%	39,34%	
Total general				9,84%	9,84%	3,28%	40,98%	9,84%	26,23%	100,00%	

Tabla 86. Cuadrante SE. Recolección Superficial.

Suma de Subcat Resum				SECTO						
				SITIO R UR			Total 02QUIO3		Total general	
				SE			Total SE			
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	1.9/0.7	6.2/3.7	SE(N)/SE(E)/S S				
3	Talega	19	1	33,33%	0,00%	0,00%	0,00%	12,50%	12,50%	

				Total 19	33,33%	0,00%	0,00%	0,00%	12,50%	12,50%	12,50%
				16A	2	0,00%	0,00%	0,00%	100,00%	12,50%	12,50%
				Total 16A		0,00%	0,00%	0,00%	100,00%	12,50%	12,50%
				17A	0	0,00%	0,00%	0,00%	100,00%	12,50%	12,50%
				Total 17A		0,00%	0,00%	0,00%	100,00%	12,50%	12,50%
				Total Talega		33,33%	0,00%	0,00%	100,00%	37,50%	37,50%
				T. Grande	19	2	66,67%	0,00%	0,00%	0,00%	25,00%
				Total 19		66,67%	0,00%	0,00%	0,00%	25,00%	25,00%
				Total T. Grande		66,67%	0,00%	0,00%	0,00%	25,00%	25,00%
				Total 3		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	62,50%	62,50%
				6Costal	19	2	0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	37,50%
				Total 19		0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	37,50%	37,50%
				Total Costal		0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	37,50%	37,50%
				Total 6		0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	37,50%	37,50%
				Total general		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 87. Unidad SE-10C. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTORUR			
				02QUIO3		Total 02QUIO3	Total general
				SE	Total SE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-10C/la			
	3Talega	17B	1	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total 17B		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total Talega		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total 3		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
		Total general		100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 88. Unidad SE-17A. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR			
				02QUIO3		Total 02QUIO3	Total general
				SE	Total SE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-17A(A)/ISE-17A(A)/lb			
	3Talega	13	0	25,00%	0,00%	25,00%	25,00%
		Total 13		25,00%	0,00%	25,00%	25,00%
		15	1	0,00%	25,00%	25,00%	25,00%
		Total 15		0,00%	25,00%	25,00%	25,00%
		16A	2	25,00%	0,00%	25,00%	25,00%
		Total 16A		25,00%	0,00%	25,00%	25,00%
		17A	2	25,00%	0,00%	25,00%	25,00%

	Total 17A	25,00%	0,00%	25,00%	25,00%	25,00%
	Total Talega	75,00%	25,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 3		75,00%	25,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general		75,00%	25,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 89. Unidad SE 2H. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR					
				02QUIO3			Total 02QUIO3	Total general	
				SE			Total SE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-2H/la	SE-2H/RSUP				
3	Talega	N/I	2	0,00%	33,33%	33,33%	33,33%	33,33%	
		Total N/I		0,00%	33,33%	33,33%	33,33%	33,33%	
	Total Talega				0,00%	33,33%	33,33%	33,33%	33,33%
	T. Grande	19	0	66,67%	0,00%	66,67%	66,67%	66,67%	
		Total 19		66,67%	0,00%	66,67%	66,67%	66,67%	
	Total T. Grande				66,67%	0,00%	66,67%	66,67%	66,67%
Total 3				66,67%	33,33%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total general				66,67%	33,33%	100,00%	100,00%	100,00%	

Tabla 90. SE- 3B. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTORUR					
				02QUIO3			Total 02QUIO3	Total general	
				SE			Total SE		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-3B/I	SE-3B/la	SE-3B/ld			
3	Talega	13	1	0,00%	0,00%	14,29%	14,29%	14,29%	
			2	0,00%	14,29%	0,00%	14,29%	14,29%	
		Total 13			0,00%	14,29%	14,29%	28,57%	28,57%
		19	1	14,29%	0,00%	0,00%	14,29%	14,29%	
		Total 19			14,29%	0,00%	0,00%	14,29%	14,29%
		16A	2	14,29%	0,00%	0,00%	14,29%	14,29%	
	Total 16A			14,29%	0,00%	0,00%	14,29%	14,29%	
	17A	2	0,00%	14,29%	0,00%	14,29%	14,29%		
	Total 17A			0,00%	14,29%	0,00%	14,29%	14,29%	
	Total Talega				28,57%	28,57%	14,29%	71,43%	71,43%
T. Grande	19	0	0,00%	0,00%	28,57%	28,57%	28,57%		
	Total 19		0,00%	0,00%	28,57%	28,57%	28,57%		
Total T. Grande				0,00%	0,00%	28,57%	28,57%	28,57%	
Total 3				28,57%	28,57%	42,86%	100,00%	100,00%	
Total general				28,57%	28,57%	42,86%	100,00%	100,00%	

Tabla 91. Unidad SE 7J. Excavación.

Suma de Subcat Resum			SITIO SECTORUR	
----------------------	--	--	----------------	--

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTORUR			Total 02QUIO3	Total general	
				02QUIO3		Total SW			
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SE-7J/I	SE-7J/Iib				
3	Talega	17A	0	25,00%	25,00%	50,00%	50,00%	50,00%	
		Total 17A			25,00%	25,00%	50,00%	50,00%	50,00%
	Total Talega				25,00%	25,00%	50,00%	50,00%	50,00%
	T. Grande	19	0	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%
		Total 19			0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%
Total T. Grande				0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%
Total 3				25,00%	75,00%	100,00%	100,00%	100,00%	
Total general				25,00%	75,00%	100,00%	100,00%	100,00%	

Tabla 92. Cuadrante SW. Recolección superficial.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTORUR			Total 02QUIO3	Total general
				02QUIO3		Total SW		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	28.1/0.0	5.7/6.8			
3	Talega	14	0	50,00%	0,00%	33,33%	33,33%	33,33%
		Total 14			50,00%	100,00%	66,67%	66,67%
	17A	2	50,00%	0,00%	33,33%	33,33%	33,33%	33,33%
		Total 17A			50,00%	0,00%	33,33%	33,33%
	Total Talega				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 93. Unidad SW 5G. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR			Total 02QUIO3	Total general	
				02QUIO3		Total SW			
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T.M	SW-5G/I	SW-5G/Ia		SW-5G/Ib		
3	Talega	17A	2	0,00%	0,00%	20,00%	20,00%	20,00%	20,00%
		Total 17A			0,00%	0,00%	20,00%	20,00%	20,00%
	17B	2	20,00%	0,00%	0,00%	20,00%	20,00%	20,00%	20,00%
		Total 17B			20,00%	0,00%	0,00%	20,00%	20,00%
	Total Talega				20,00%	0,00%	20,00%	40,00%	40,00%
Total 3				20,00%	0,00%	20,00%	40,00%	40,00%	40,00%
6	Costal	19	0	0,00%	60,00%	0,00%	60,00%	60,00%	60,00%
		Total 19			0,00%	60,00%	0,00%	60,00%	60,00%
	Total Costal				0,00%	60,00%	0,00%	60,00%	60,00%
Total 6				0,00%	60,00%	0,00%	60,00%	60,00%	60,00%
Total general				20,00%	60,00%	20,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tabla 94. Unidad SW 7B. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR							
				02QUIO3					Total 02QUIO3	Total general	
				SW				Total SW			
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T. M	SW-7B(ASW)/I	SW-7B(EW)/R	SW-7B/I	SW-7B/la				
3	Talega	13	0	0,00%	0,00%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%	16,67%	
		Total 13		0,00%	0,00%	0,00%	16,67%	16,67%	16,67%	16,67%	
		16	0	0,00%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	8,33%	
		Total 16		0,00%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	8,33%	
		17	2	0,00%	8,33%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	
		Total 17		0,00%	8,33%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	
		17A	0	8,33%	0,00%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	
		Total 17A		8,33%	0,00%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	
		N/I	1	0,00%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	8,33%	
Total N/I		0,00%	0,00%	0,00%	8,33%	8,33%	8,33%	8,33%			
Total Talega				8,33%	8,33%	0,00%	33,33%	50,00%	50,00%	50,00%	
Total 3				8,33%	8,33%	0,00%	33,33%	50,00%	50,00%	50,00%	
6	Costal	19	0	0,00%	0,00%	50,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	
		Total 19		0,00%	0,00%	50,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	
	Total Costal				0,00%	0,00%	50,00%	0,00%	50,00%	50,00%	
Total 6				0,00%	0,00%	50,00%	0,00%	50,00%	50,00%	50,00%	
								100,00			
Total general				8,33%	8,33%	50,00%	33,33%	%	100,00%	100,00%	

Tabla 95. Unidad SW 12D. Excavación.

Suma de Subcat Resum				SITIO SECTOR UR			
				02QUIO3		Total 02QUIO3	Total general
				SW	Total SW		
1 FORMA	Subcat Resum	22 TIPO	T. M	SW-12D/lb			
3	Talega	6	0	25,00%	25,00%	25,00%	25,00%
		Total 6		25,00%	25,00%	25,00%	25,00%
		N/I	2	25,00%	25,00%	25,00%	25,00%
		Total N/I		25,00%	25,00%	25,00%	25,00%
		Total Talega				50,00%	50,00%
T. Grande		19	0	50,00%	50,00%	50,00%	50,00%
		Total 19		50,00%	50,00%	50,00%	50,00%
		Total T. Grande				50,00%	50,00%
Total 3				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
Total general				100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Tipo Decorativo	Mediano	Grande	Total Costal
2	0,00%	0,00%	0,00%
2 ^a	0,00%	0,00%	0,00%
6	0,00%	0,00%	0,00%
13	0,00%	0,00%	0,00%
13 ^a	0,00%	0,00%	0,00%
14	0,00%	0,00%	0,00%
15	0,00%	0,00%	0,00%
15 ^a	0,00%	0,00%	0,00%
16	5,88%	5,88%	11,76%
16A	0,00%	0,00%	0,00%
17	0,00%	2,56%	2,56%
17A	0,00%	0,00%	0,00%
17B	0,00%	0,00%	0,00%
18	0,00%	0,00%	0,00%
19	6,25%	18,75%	25,00%
20	0,00%	0,00%	0,00%
24	0,00%	0,00%	0,00%
25	0,00%	0,00%	0,00%
26	0,00%	0,00%	0,00%
27	0,00%	0,00%	0,00%
28	33,33%	0,00%	33,33%
28A	0,00%	0,00%	0,00%
29	50,00%	50,00%	100,00%
30	60,00%	40,00%	100,00%
31	0,00%	33,33%	33,33%
31A	66,67%	0,00%	66,67%
33	0,00%	100,00%	100,00%
34	0,00%	0,00%	0,00%
35	0,00%	0,00%	0,00%
N/I	0,00%	0,00%	0,00%
Total general	4,83%	5,31%	10,14%

Sitio	Mediano	Grande	Total Costal
PICA-8	0,00%	0,00%	0,00%
C.LATCHAM	0,00%	5,88%	5,88%
C.Oriente	0,00%	0,00%	0,00%
C.Oriente A.	0,00%	0,00%	0,00%
C.Poniente	20,00%	0,00%	20,00%
CHACANCE	0,00%	8,82%	8,82%
CHIUCHIU	0,00%	0,00%	0,00%
SOLOR-3	37,50%	50,00%	87,50%
Solcor	50,00%	50,00%	100,00%
Catarpe-2	0,00%	0,00%	0,00%
Peine	0,00%	0,00%	0,00%

Doncellas	3,77%	0,00%	3,77%
Total general	4,83%	5,31%	10,14%

Sitio	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
PICA-8	4,69%	48,44%	42,19%	4,69%	100,00%
C.LATCHAM	11,76%	17,65%	52,94%	11,76%	94,12%
C.Oriente	12,50%	75,00%	12,50%	0,00%	100,00%
C.Oriente A.	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
C.Poniente	10,00%	30,00%	40,00%	0,00%	80,00%
CHACANCE	2,94%	38,24%	38,24%	11,76%	91,18%
CHIUCHIU	0,00%	66,67%	33,33%	0,00%	100,00%
SOLOR-3	0,00%	0,00%	0,00%	12,50%	12,50%
Solcor	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
Catarpe-2	0,00%	50,00%	50,00%	0,00%	100,00%
Peine	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
Doncellas	0,00%	41,51%	41,51%	13,21%	96,23%
Total general	3,86%	40,10%	37,68%	8,21%	89,86%

Tipos Decorativos	M. Pequeña	Pequeña	Mediana	Grande	Total Talega
2	18,18%	63,64%	18,18%	0,00%	100,00%
2 ^a	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
6	0,00%	40,00%	60,00%	0,00%	100,00%
13	0,00%	50,00%	50,00%	0,00%	100,00%
13 ^a	33,33%	66,67%	0,00%	0,00%	100,00%
14	50,00%	50,00%	0,00%	0,00%	100,00%
15	0,00%	42,86%	42,86%	14,29%	100,00%
15 ^a	0,00%	50,00%	50,00%	0,00%	100,00%
16	5,88%	38,24%	35,29%	8,82%	88,24%
16 ^a	0,00%	43,24%	43,24%	13,51%	100,00%
17	0,00%	33,33%	51,28%	12,82%	97,44%
17A	0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	100,00%
17B	0,00%	50,00%	50,00%	0,00%	100,00%
18	0,00%	42,86%	42,86%	14,29%	100,00%
19	6,25%	25,00%	37,50%	6,25%	75,00%
20	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
24	0,00%	50,00%	50,00%	0,00%	100,00%
25	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
26	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
27	0,00%	0,00%	0,00%	100,00%	100,00%
28	0,00%	33,33%	33,33%	0,00%	66,67%
28A	0,00%	100,00%	0,00%	0,00%	100,00%
29	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
30	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
31	0,00%	66,67%	0,00%	0,00%	66,67%
31A	0,00%	33,33%	0,00%	0,00%	33,33%

33	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%	0,00%
34	0,00%	0,00%	100,00%	0,00%	100,00%
35	0,00%	50,00%	50,00%	0,00%	100,00%
N/I	0,00%	50,00%	50,00%	0,00%	100,00%
Total general	3,86%	40,10%	37,68%	8,21%	89,86%

Comportamiento Cementerios de Quillagua

Contar de T.M.		T.M.		
Sitio Res.	22 TIPO	1	2	Total general
02QUI01	2	50,00%	50,00%	100,00%
	2A	100,00%	0,00%	100,00%
	13	50,00%	50,00%	100,00%
	14	40,00%	60,00%	100,00%
	16	25,00%	75,00%	100,00%
	16A	0,00%	100,00%	100,00%
	17	0,00%	100,00%	100,00%
	18	14,29%	85,71%	100,00%
	19	50,00%	50,00%	100,00%
	N/I	60,00%	40,00%	100,00%
Total 02QUI01		29,55%	70,45%	100,00%
Total general		29,55%	70,45%	100,00%

Contar de T.M.				T.M.		
Sitio Res.	SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general
02QUI01	NE	12.4/1.2	17	0,00%	100,00%	100,00%
		Total 12.4/1.2		0,00%	100,00%	100,00%
		NE-A/1	18	0,00%	100,00%	100,00%
		Total NE-A/1		0,00%	100,00%	100,00%
		NE-B/CF1	16	0,00%	100,00%	100,00%
			19	0,00%	100,00%	100,00%
		Total NE-B/CF1		0,00%	100,00%	100,00%
		NE-B/CF2	2	100,00%	0,00%	100,00%
			2A	100,00%	0,00%	100,00%
			16A	0,00%	100,00%	100,00%
			18	33,33%	66,67%	100,00%
			19	100,00%	0,00%	100,00%
			N/I	0,00%	100,00%	100,00%
		Total NE-B/CF2		50,00%	50,00%	100,00%
		NE-B/CF3	2	0,00%	100,00%	100,00%
			18	0,00%	100,00%	100,00%
		Total NE-B/CF3		0,00%	100,00%	100,00%
		NE-B/NE-B/A/2	16	0,00%	100,00%	100,00%
		Total NE-B/NE-B/A/2		0,00%	100,00%	100,00%
		NE-B/NE-B/A-1	16	0,00%	100,00%	100,00%
	18	0,00%	100,00%	100,00%		
	N/I	0,00%	100,00%	100,00%		
Total NE-B/NE-B/A-1		0,00%	100,00%	100,00%		
Total NE		22,22%	77,78%	100,00%		
Total 02QUI01				22,22%	77,78%	100,00%
Total general				22,22%	77,78%	100,00%

Contar de T.M.	T.M.
----------------	------

Sitio Res.		SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general
02QUI01	NW	9.2/6	13		0,00%	100,00%	100,00%
		Total 9.2/6			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-B/1	16		0,00%	100,00%	100,00%
			17		0,00%	100,00%	100,00%
			N/I		100,00%	0,00%	100,00%
		Total NW-B/1			20,00%	80,00%	100,00%
		NW-B/3	14		100,00%	0,00%	100,00%
		Total NW-B/3			100,00%	0,00%	100,00%
		NW-B/A1-1	16		50,00%	50,00%	100,00%
			18		0,00%	100,00%	100,00%
		Total NW-B/A1-1			33,33%	66,67%	100,00%
		NW-C/1	14		0,00%	100,00%	100,00%
			16		0,00%	100,00%	100,00%
		Total NW-C/1			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-C/2	17		0,00%	100,00%	100,00%
		Total NW-C/2			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-C/4	17		0,00%	100,00%	100,00%
		Total NW-C/4			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-C/5	17		0,00%	100,00%	100,00%
		Total NW-C/5			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-C/A1-1	N/I		100,00%	0,00%	100,00%
		Total NW-C/A1-1			100,00%	0,00%	100,00%
		NW-C/A1-3	14		0,00%	100,00%	100,00%
			16		0,00%	100,00%	100,00%
		Total NW-C/A1-3			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-C/A2-1	14		100,00%	0,00%	100,00%
		Total NW-C/A2-1			100,00%	0,00%	100,00%
		NW-C/A2-2	16		100,00%	0,00%	100,00%
		Total NW-C/A2-2			100,00%	0,00%	100,00%
		NW-C/A2-4	17		0,00%	100,00%	100,00%
Total NW-C/A2-4			0,00%	100,00%	100,00%		
Total NW			27,27%	72,73%	100,00%		
Total 02QUI01			27,27%	72,73%	100,00%		
Total general			27,27%	72,73%	100,00%		

Contar de T.M.				T.M.		
Sitio Res.	SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general
02QUI01	SE	15/2	14		0,00%	100,00%
		Total 15/2			0,00%	100,00%
		27.7/2.05	13		100,00%	0,00%
		Total 27.7/2.05			100,00%	0,00%
		SE-R1	16		100,00%	0,00%
			N/I		100,00%	0,00%
Total SE-R1			100,00%	0,00%		
Total SE			75,00%	25,00%		
Total 02QUI01			75,00%	25,00%		

Total general	75,00%	25,00%	100,00%
---------------	--------	--------	---------

Cementerio Oriente Alto

Contar de T.M.		T.M.		
Sitio Res.	22 TIPO	1	2	Total general
02-QUI-02	14	100,00%	0,00%	100,00%
	16	75,00%	25,00%	100,00%
	17	66,67%	33,33%	100,00%
	18	33,33%	66,67%	100,00%
	19	0,00%	100,00%	100,00%
Total 02-QUI-02		58,33%	41,67%	100,00%
Total general		58,33%	41,67%	100,00%

Contar de T.M.				T.M.			
Sitio Res.	SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general	
02-QUI-02	NE	11.5/7	14	100,00%	0,00%	100,00%	
		Total 11.5/7		100,00%	0,00%	100,00%	
		7.7/6.6	17	100,00%	0,00%	100,00%	
		Total 7.7/6.6		100,00%	0,00%	100,00%	
	Total NE				100,00%	0,00%	100,00%
	NE	NE-A/1	16	16	50,00%	50,00%	100,00%
			17	17	0,00%	100,00%	100,00%
			18	18	0,00%	100,00%	100,00%
		Total NE-A/1		20,00%	80,00%	100,00%	
		NE-A/2	17	17	100,00%	0,00%	100,00%
			Total NE-A/2		100,00%	0,00%	100,00%
		NE-B/1	16	16	100,00%	0,00%	100,00%
			Total NE-B/1		100,00%	0,00%	100,00%
		NE-C/1	18	18	100,00%	0,00%	100,00%
			Total NE-C/1		100,00%	0,00%	100,00%
		NE-C/A1-1	16	16	100,00%	0,00%	100,00%
			19	19	0,00%	100,00%	100,00%
	Total NE-C/A1-1		50,00%	50,00%	100,00%		
	Total NE				50,00%	50,00%	100,00%
	Total 02-QUI-02				58,33%	41,67%	100,00%
Total general				58,33%	41,67%	100,00%	

Cementerio Poniente

Contar de T.M.		T.M.		
Sitio Res.	22 TIPO	1	2	Total general
02QUIO3	2A	100,00%	0,00%	100,00%
	6	0,00%	100,00%	100,00%
	13	50,00%	50,00%	100,00%
	14	100,00%	0,00%	100,00%
	15	100,00%	0,00%	100,00%

16A	0,00%	100,00%	100,00%
17	0,00%	100,00%	100,00%
17A	0,00%	100,00%	100,00%
17B	50,00%	50,00%	100,00%
19	33,33%	66,67%	100,00%
25A	100,00%	0,00%	100,00%
26	0,00%	100,00%	100,00%
28	100,00%	0,00%	100,00%
N/I	55,56%	44,44%	100,00%
Total 02QUIO3	39,62%	60,38%	100,00%
Total general	39,62%	60,38%	100,00%

Contar de T.M.				T.M.			
Sitio Res.	SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general	
02QUIO3	NE	11.5/1	15	100,00%	0,00%	100,00%	
		Total 11.5/1			100,00%	0,00%	100,00%
		11.5/10	14	100,00%	0,00%	100,00%	
		Total 11.5/10			100,00%	0,00%	100,00%
		15.5/2.5	2A	100,00%	0,00%	100,00%	
		Total 15.5/2.5			100,00%	0,00%	100,00%
		NE(SW)/S	25A	100,00%	0,00%	100,00%	
		Total NE(SW)/S			100,00%	0,00%	100,00%
		NE-13A/I	17A	0,00%	100,00%	100,00%	
		Total NE-13A/I			0,00%	100,00%	100,00%
		NE-6K/1	N/I	0,00%	100,00%	100,00%	
Total NE-6K/1			0,00%	100,00%	100,00%		
Total NE				66,67%	33,33%	100,00%	
Total 02QUIO3				66,67%	33,33%	100,00%	
Total general				66,67%	33,33%	100,00%	

Contar de T.M.				T.M.			
Sitio Res.	SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general	
02QUIO3	NW	3.3/1.7	19	100,00%	0,00%	100,00%	
		Total 3.3/1.7			100,00%	0,00%	100,00%
		NW(NCR1)/S	19	0,00%	100,00%	100,00%	
		Total NW(NCR1)/S			0,00%	100,00%	100,00%
		NW(S)/S	26	0,00%	100,00%	100,00%	
			N/I	0,00%	100,00%	100,00%	
		Total NW(S)/S			0,00%	100,00%	100,00%
		NW/SC18F	6	0,00%	100,00%	100,00%	
		Total NW/SC18F			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-18F(AN)/I	19	0,00%	100,00%	100,00%	
		Total NW-18F(AN)/I			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-18F(EW)/R(C)	19	0,00%	100,00%	100,00%	
		Total NW-18F(EW)/R(C)			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-18F/I	19	0,00%	100,00%	100,00%	
		Total NW-18F/I			0,00%	100,00%	100,00%
		NW-18F/la	17A	0,00%	100,00%	100,00%	

Total NW-18F/la			0,00%	100,00%	100,00%
NW-3C/la	N/I		100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-3C/la			100,00%	0,00%	100,00%
NW-3C/II		6	0,00%	100,00%	100,00%
Total NW-3C/II			0,00%	100,00%	100,00%
NW-8J/IV		14	100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-8J/IV			100,00%	0,00%	100,00%
NW-8J/VIII		19	0,00%	100,00%	100,00%
Total NW-8J/VIII			0,00%	100,00%	100,00%
NW-9J/DERR	17A		0,00%	100,00%	100,00%
		19	100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-9J/DERR			50,00%	50,00%	100,00%
NW-9J/III		19	100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-9J/III			100,00%	0,00%	100,00%
NW-9J/IV	N/I		100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-9J/IV			100,00%	0,00%	100,00%
NW-9J/V		28	100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-9J/V			100,00%	0,00%	100,00%
NW-R1/AE-I		19	0,00%	100,00%	100,00%
Total NW-R1/AE-I			0,00%	100,00%	100,00%
NW-R1/la		19	50,00%	50,00%	100,00%
	N/I		100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-R1/la			66,67%	33,33%	100,00%
NW-R1/la(SW)		19	0,00%	100,00%	100,00%
Total NW-R1/la(SW)			0,00%	100,00%	100,00%
NW-R1/II		19	0,00%	100,00%	100,00%
	N/I		100,00%	0,00%	100,00%
Total NW-R1/II			50,00%	50,00%	100,00%
Total NW			38,46%	61,54%	100,00%
Total 02QUIO3			38,46%	61,54%	100,00%
Total general			38,46%	61,54%	100,00%

Contar de T.M.				T.M.		
Sitio Res.	SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general
02QUIO3	SE	1.9/0.7	19	50,00%	50,00%	100,00%
		Total 1.9/0.7		50,00%	50,00%	100,00%
		SE(E)/S	19	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SE(E)/S		0,00%	100,00%	100,00%
		SE(N)/S	16A	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SE(N)/S		0,00%	100,00%	100,00%
		SE-10C/la	17B	100,00%	0,00%	100,00%
		Total SE-10C/la		100,00%	0,00%	100,00%
		SE-17A(A)/I	16A	0,00%	100,00%	100,00%
			17A	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SE-17A(A)/I		0,00%	100,00%	100,00%
		SE-17A(A)/Ib	15	100,00%	0,00%	100,00%
		Total SE-17A(A)/Ib		100,00%	0,00%	100,00%
		SE-2H/RSUP	N/I	0,00%	100,00%	100,00%

		Total SE-2H/RSUP		0,00%	100,00%	100,00%
		SE-3B/I	16A	0,00%	100,00%	100,00%
			19	100,00%	0,00%	100,00%
		Total SE-3B/I		50,00%	50,00%	100,00%
		SE-3B/la	13	0,00%	100,00%	100,00%
			17A	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SE-3B/la		0,00%	100,00%	100,00%
		SE-3B/ld	13	100,00%	0,00%	100,00%
		Total SE-3B/ld		100,00%	0,00%	100,00%
		Total SE		35,71%	64,29%	100,00%
		Total 02QUIO3		35,71%	64,29%	100,00%
		Total general		35,71%	64,29%	100,00%

Contar de T.M.				T.M.		
Sitio Res.	SECTOR	UR	22 TIPO	1	2	Total general
02QUIO3	SW	28.1/0.0	17A	0,00%	100,00%	100,00%
		Total 28.1/0.0		0,00%	100,00%	100,00%
		5.7/6.8	14	100,00%	0,00%	100,00%
		Total 5.7/6.8		100,00%	0,00%	100,00%
		SW-12D/lb	N/I	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SW-12D/lb		0,00%	100,00%	100,00%
		SW-5G/I	17B	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SW-5G/I		0,00%	100,00%	100,00%
		SW-5G/lb	17A	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SW-5G/lb		0,00%	100,00%	100,00%
		SW-7B(EW)/R	17	0,00%	100,00%	100,00%
		Total SW-7B(EW)/R		0,00%	100,00%	100,00%
		SW-7B/la	N/I	100,00%	0,00%	100,00%
		Total SW-7B/la		100,00%	0,00%	100,00%
		Total SW		28,57%	71,43%	100,00%
		Total 02QUIO3		28,57%	71,43%	100,00%
		Total general		28,57%	71,43%	100,00%

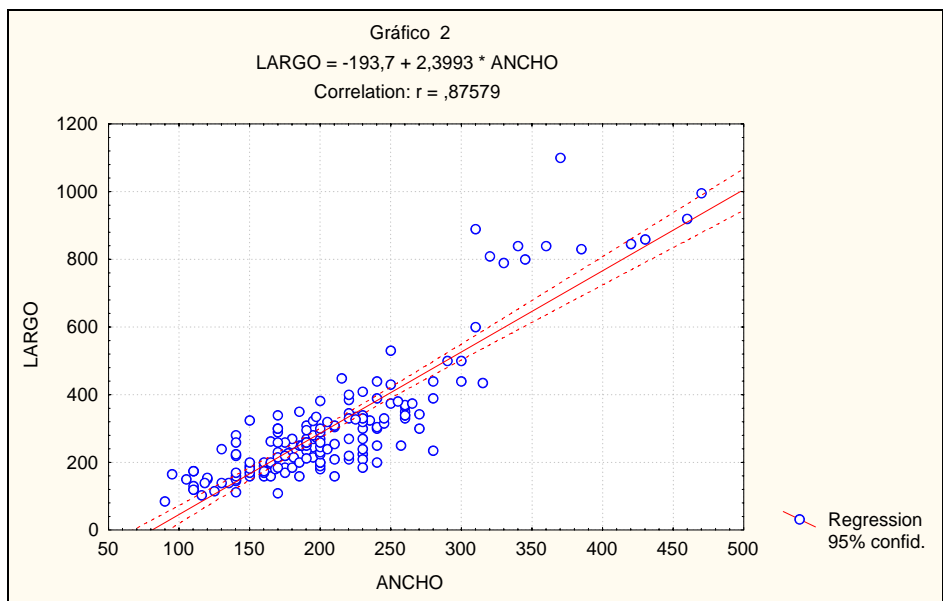
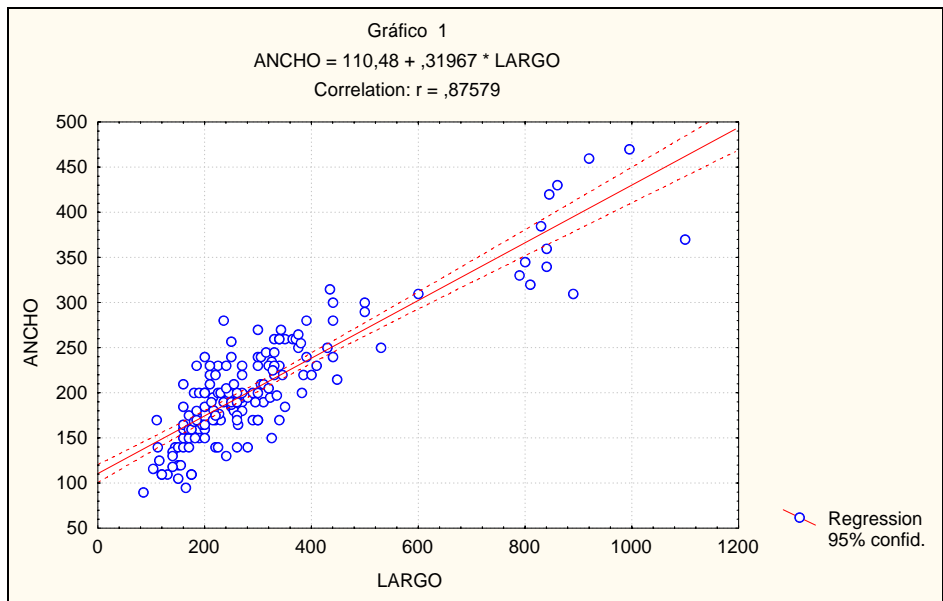


Gráfico 3

Histograma Largo

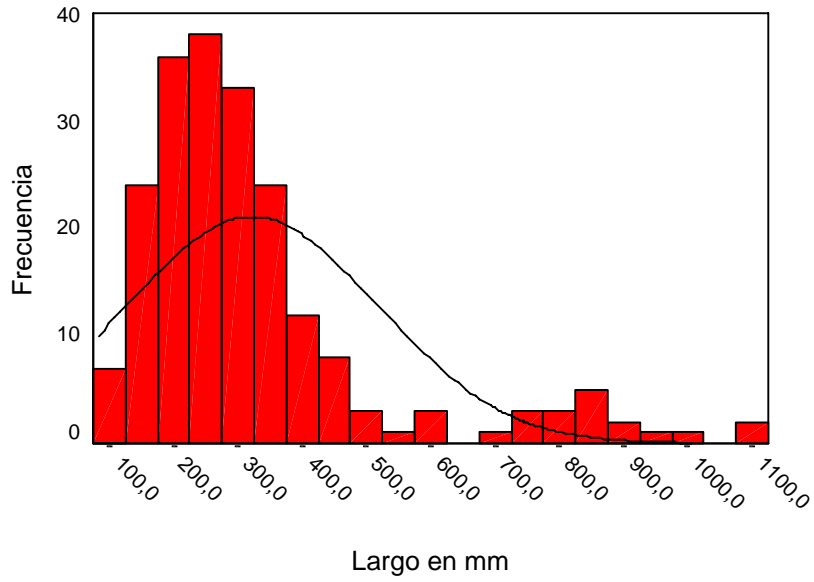
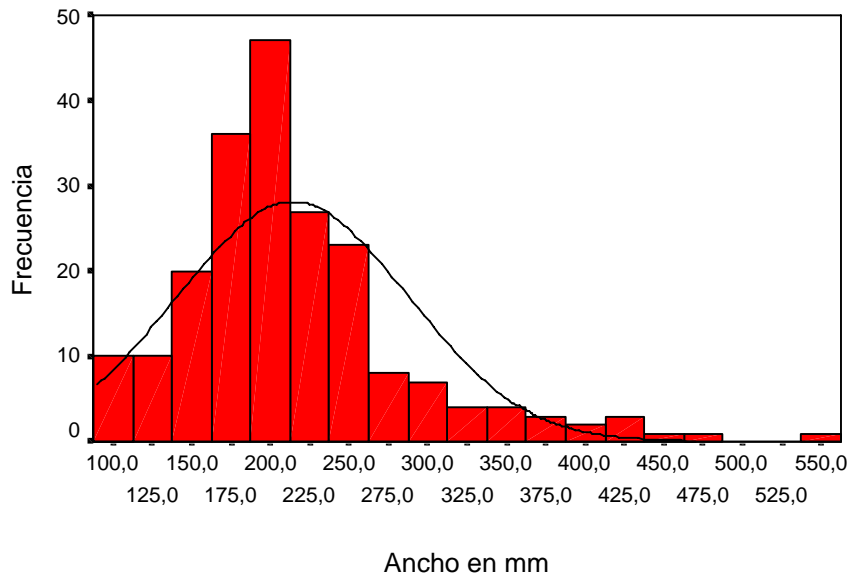


Gráfico 4

Histograma Ancho



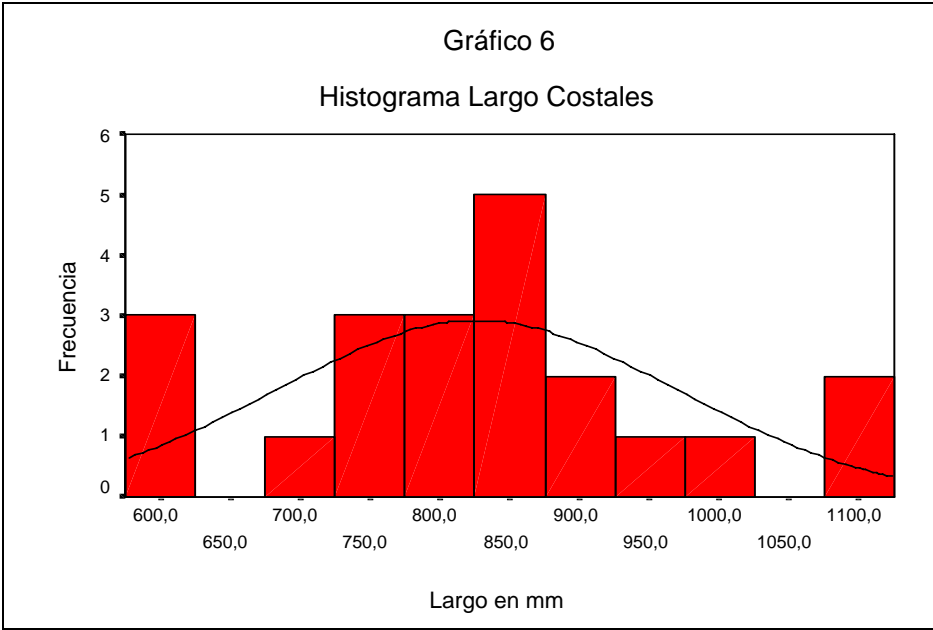
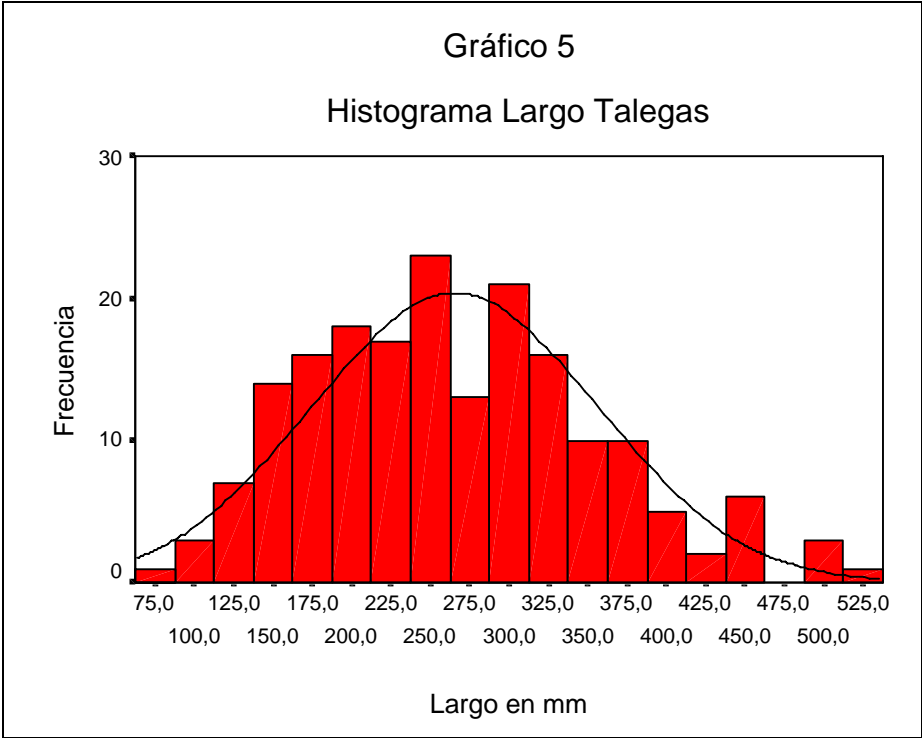


Gráfico 7
Morfología por zona

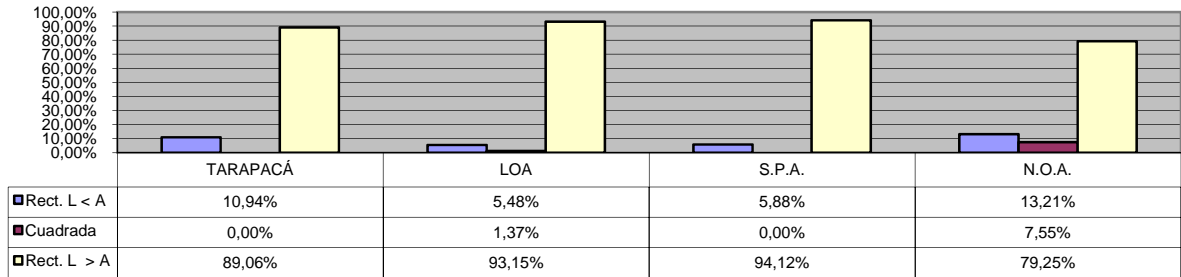


Gráfico 8
Nº de Tramas por zona

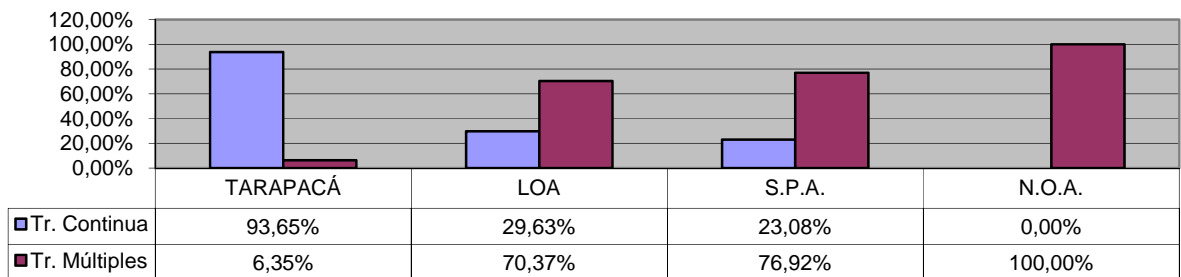


Gráfico 9
Reparaciones por zona

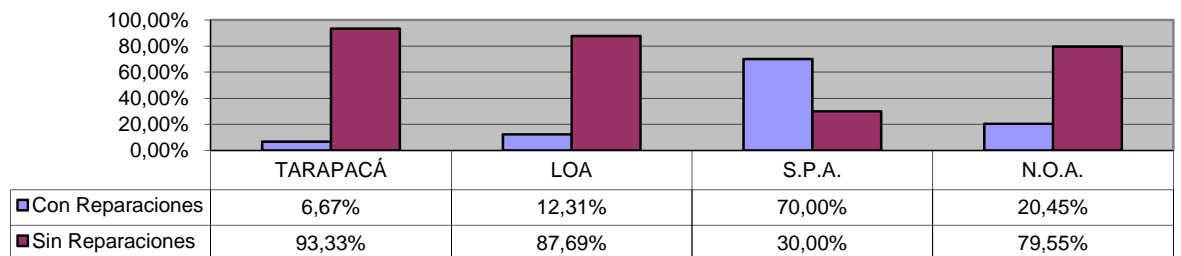


Gráfico 10
Elementos Decorativos por Zona

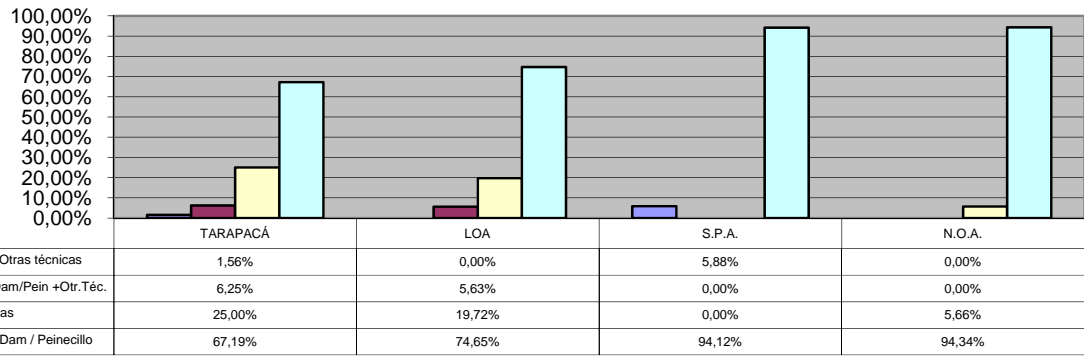


Gráfico 11
Distribución de Categorías Funcionales por Sitio/Colección

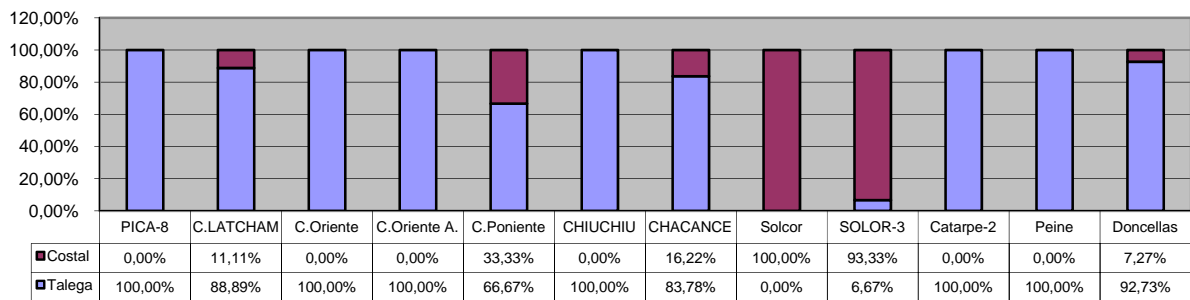


Gráfico 12
Subcategoría por zona

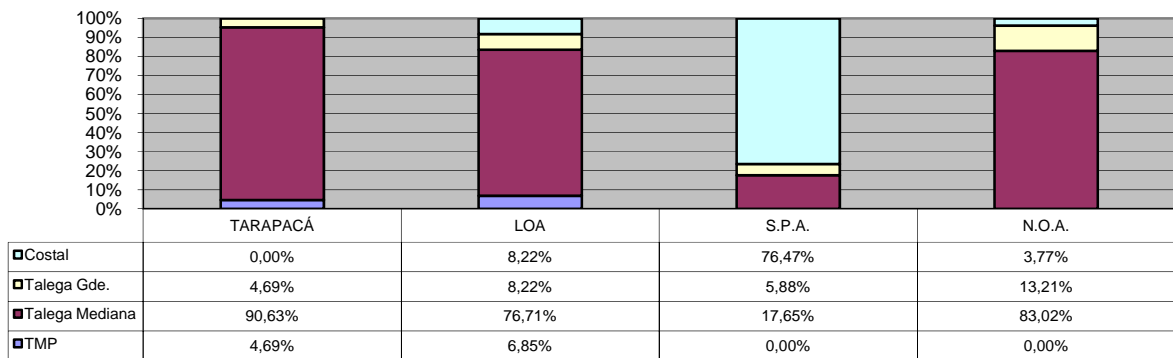


Gráfico 13: Dendrograma para 197 casos
Enlace completo
Porcentaje de Diferencia

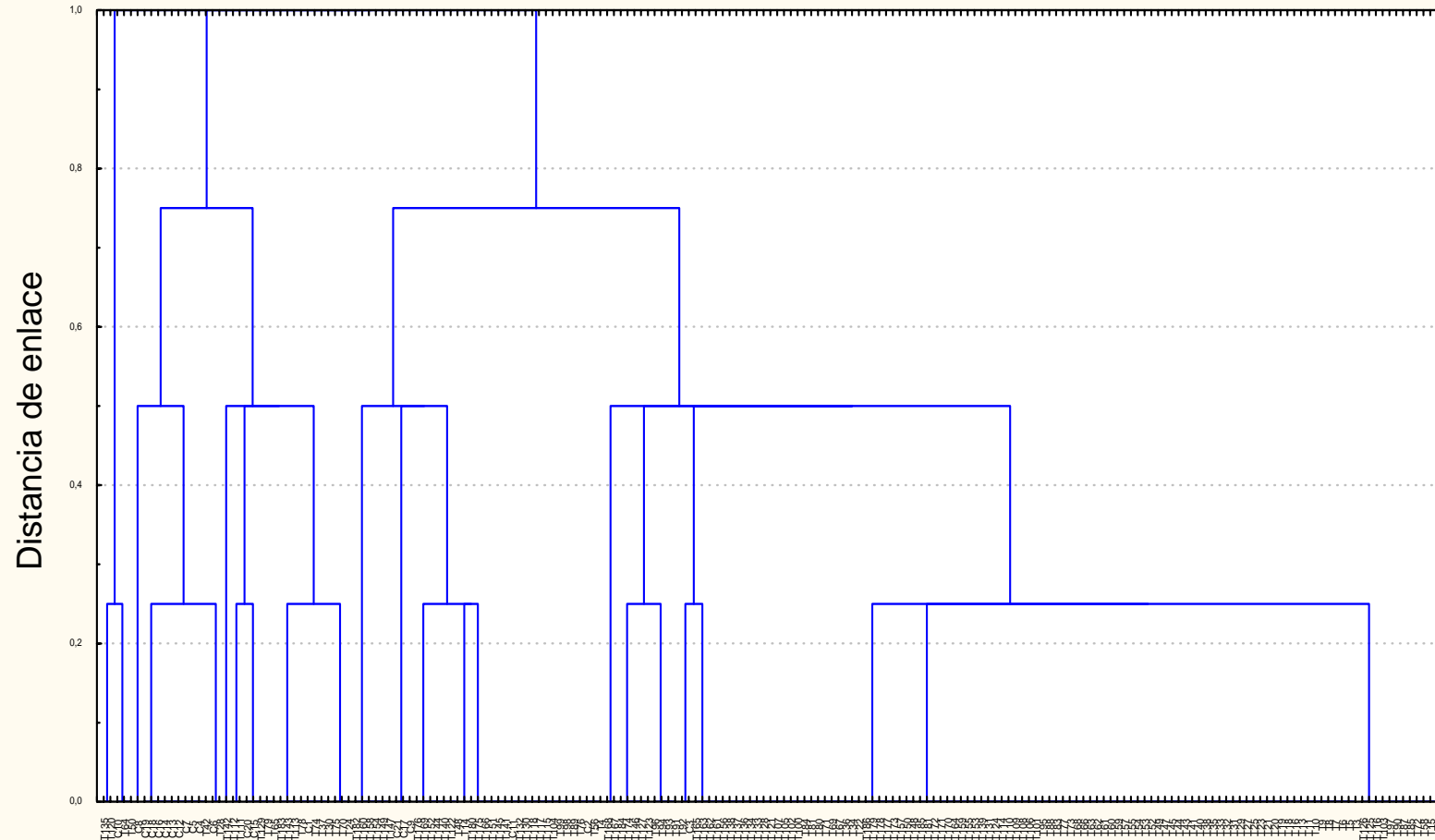


Gráfico 14
Ordenación de Componentes Principales

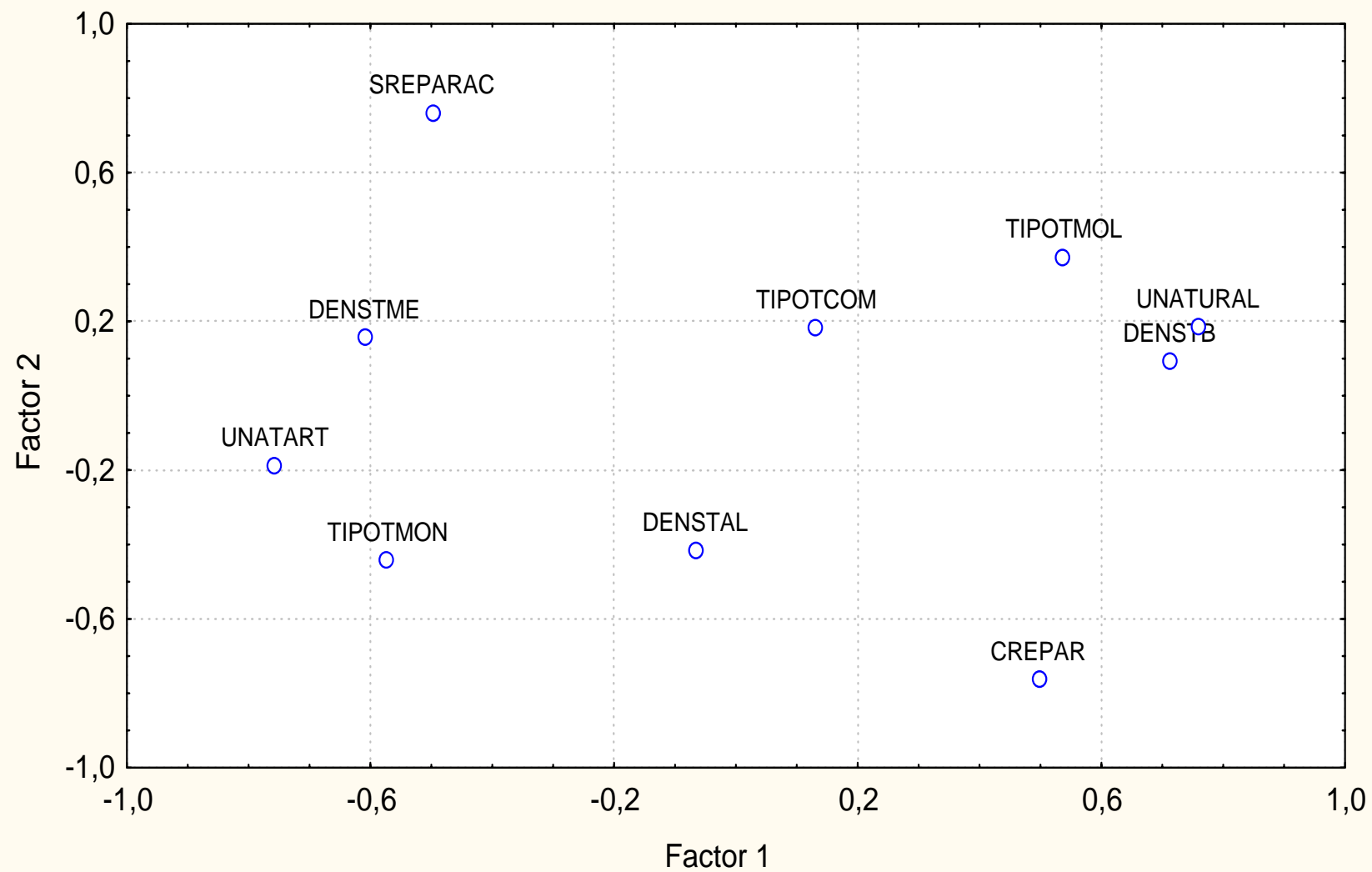




Figura 1. Bolsas tejidas: a) costal; b) talega; c) *chuspa*; d) bolsa faja; e) bolsa sin decoración; f) bolsa anillada; g) bolsa tejida en torzal; h) bolsa anudada (Fuentes: a-e: Colección Museo Arqueológico de Santiago (MAS); g: Colección Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo (IIAM), cortesía J C. Agüero; f-h: Colección Chacance, Archivo FONDECYT 1000148)

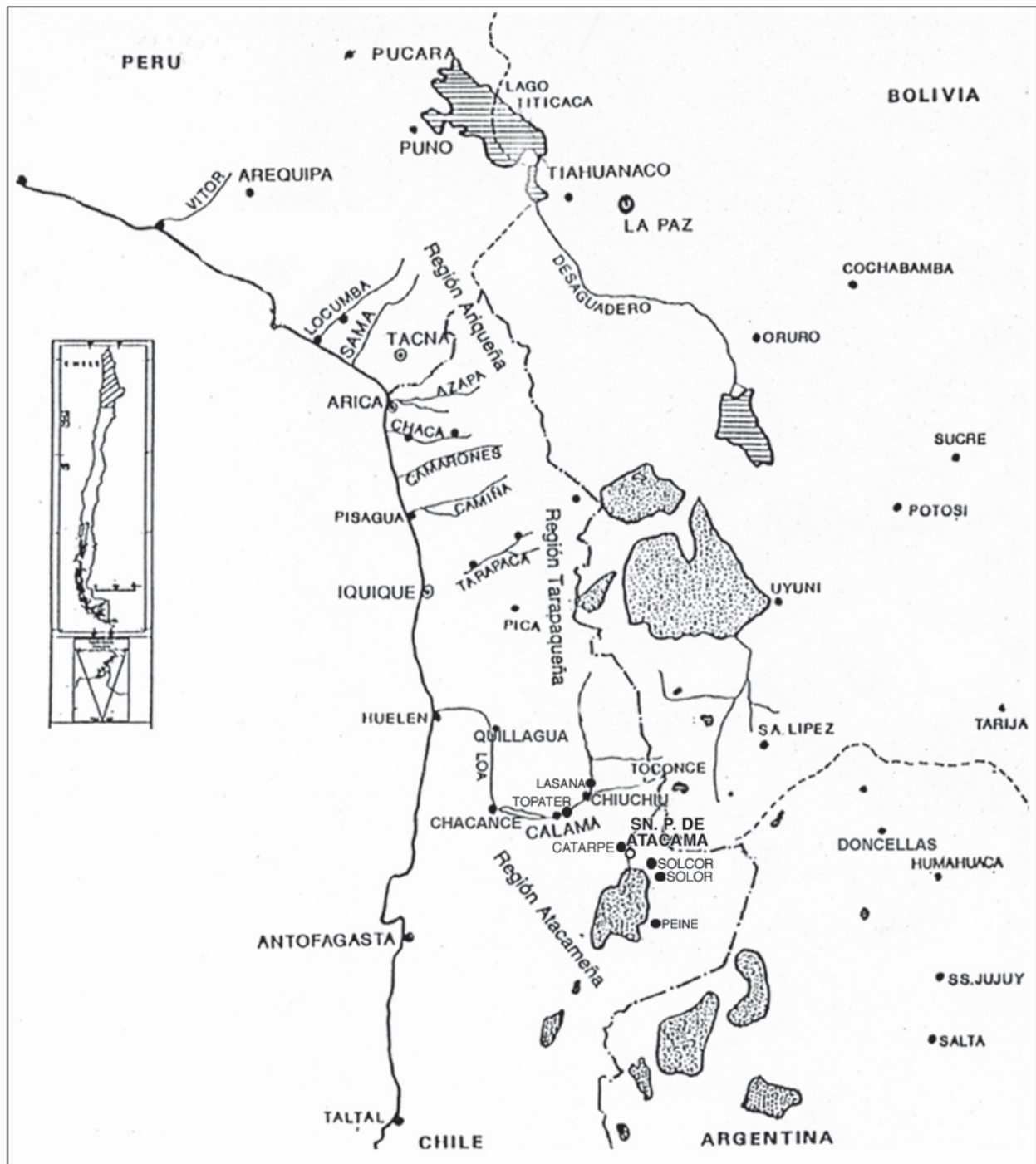


Figura 2. Quillagua en la vertiente occidental Circumpunefia (Adaptado de Agüero *et al.* 1997).

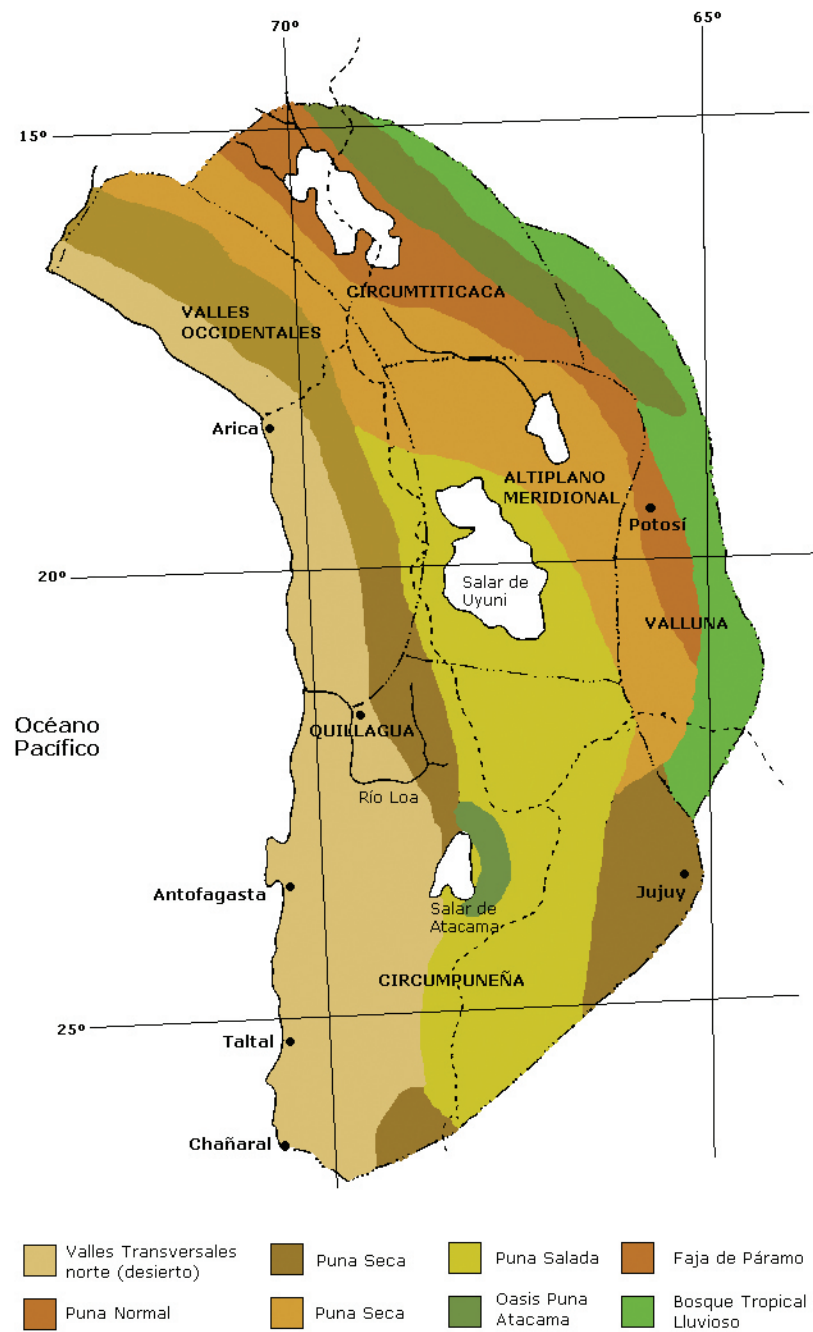


Figura 3. La Subárea Circumpuneña y sus franjas ambientales en los Andes-Centro Sur (Fuentes: Aldunate y Castro 1981; Núñez 1984).